



Los muertos estaban quietos

JUAN MIGUEL DE MORA



 DIFUSIÓN
CULTURAL
UNAM
LITERATURA

TEXTOS DE DIFUSIÓN CULTURAL • UNAM



JUAN MIGUEL DE MORA es investigador de carrera de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, especializado en cultura sánscrita, y profesor en la Facultad de Filosofía y Letras desde hace treinta y seis años, además de autor de una treintena

de novelas, numerosos libros académicos y de otros temas. Doctor en Letras y en Filosofía, ha estudiado posgrados en la Universidad de París, Francia, y en la de Saigón, Vietnam, entre otras, y ha sido profesor visitante en varias universidades, entre ellas la de Delhi (India), la de Sao Paulo (Brasil) y la de Salamanca (España). Aunque procedente del D.F. (1921), muy joven se fue a vivir a Tabasco, donde estudió en el Instituto Juárez, hoy Universidad; fundó en Comalcalco *La Voz de la Chontalpa*, dirigió el *Diario de Tabasco* y desarrolló otras actividades de índole cultural.

Viajero irredento desde su primera juventud, fue corresponsal en la Guerra Civil Española y combatió en la batalla del Ebro con la XV Brigada Internacional; fue durante años corresponsal extranjero de *Siempre!* (y de guerra en Vietnam), haciendo reportajes como el que en este libro se relata, y desarrolló una carrera periodística (anterior primero y paralela después a la académica) en la que lleva ya sesenta y tres años. Actualmente escribe en la sección editorial de *Excelsior*.



Los muertos estaban quietos

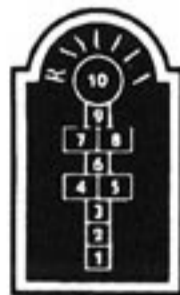
Reportaje para olvidadizos
y novela para desmemoriados





Los muertos estaban quietos

Reportaje para olvidadizos
y novela para desmemoriados





Los muertos estaban quietos

JUAN MIGUEL DE MORA

Textos de Difusión Cultural
Serie Rayuela



Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura/UNAM
México, 2001

Primera edición, 2001

DR © 2001, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria 04510, México, D.F.
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

Impreso y hecho en México

ISBN de la serie 968-36-3762-0
ISBN 968-36-9209-5

¿No habrá llegado el momento de dominar colectivamente el “retorno de lo reprimido”, de salir de nuestra amnesia voluntaria de los contenidos de la guerra civil, para abordarlos en fin —sin espíritu de retorno, de revancha o de rencor, naturalmente— con la voluntad de un avance social que no tenga en cuenta ni los mitos del pasado ni los silencios u olvidos del presente?

Jorge Semprún

Federico Sánchez se despide de ustedes

El intentar cosas de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentar aquéllas a que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura.

Miguel de Cervantes
El Quijote

Yo he estado en la India y en el Caribe y en Rusia y he hecho cosas que ya no puedo contar a nadie porque resultarían ridículas y no se creerían, yo sé bien lo que se puede contar y lo que no se puede según los tiempos, porque he dedicado mi vida a saberlo en la literatura y lo distingo.

Javier Marías
Todas las almas

Los muertos estaban quietos, como suelen estar los muertos.

Eran cuatro. Tres hombres y una mujer. Ella estaba en el centro, entre dos varones. Y el cuarto encima, parte sobre la mujer y parte sobre el de la derecha. Ella llevaba un vestido sencillo, al parecer de percal, con la falda a media pantorrilla y allí seguía la falda después de muerta su dueña. A media pantorrilla. Las medias eran corrientes, baratas. Por el aspecto humilde de la mujer podía inferirse que las llevaría sujetas poco más arriba de la rodilla con gomas o ligas redondas pero que no se le veían.

Uno de los hombres, de unos cuarenta o cuarenta y cinco años, vestía un traje gris, de buena calidad. Pero en lugar de camisa llevaba una chaqueta de pijama. Sin corbata. Y, en vez de zapatos, unas zapatillas de piel, de andar por casa. Las manos finas y cuidadas, con las uñas recortadas y limpias, el rostro sin afeitar pero sin demasiada barba, apenas la de una noche. Tenía los ojos abiertos, un poco sorprendidos, el rostro rígido, sin más fijación que la de la muerte. Eso significa suavidad en la expresión, esa imagen de aparente rejuvenecimiento que produce la relajación definitiva de todos los músculos.

El que estaba encima, parte sobre la mujer y parte sobre el del pijama, era más joven, quizá de unos veinticinco años, pero con aspecto despistado. Suena idiota hablar de un cadáver que tenía expresión de despistado, pero así lo vi. Era

rubio, con las cejas y las pestañas del color del pelo, color de azafrán. Tal vez ese color rojizo azafranado repetido en todo el rostro, incluso en la barba naciente, fue lo que me sugirió esa extraña idea del despiste. Y, otra cosa rara, al mirarle tuve la impresión de que era miope, aunque yo entonces no sabía nada de miopía ni menos podría pensar algo así con sólo ver los ojos de un muerto.

Al otro casi no se le veía entre la mujer y el rubio. Unas botas cortas negras de las que llevan un elástico a cada lado, arriba, para que entren fácilmente en el pie y una agarradera atrás para ponérselas. Pantalones de paño muy gastado, negros también. Y, hasta donde yo lo vi, estaba en mangas de camisa y de bruces.

Los cuatro estaban en la plataforma de una camioneta descubierta modelo 1935, muy cuidada, casi nueva, a la que los habían arrojado descuidadamente, a como cayeran. Y así habían caído la segunda vez. Porque la primera cayeron donde los mataron.

La memoria es como un ordenador manejado por alguien inexperto: durante muchos años un archivo está perdido, olvidado por completo. Y uno no se acuerda para nada de cosas que fueron importantes, que son dignas de atención y de reflexión. Pero súbitamente, cuando menos se lo espera, los recuerdos llegan y se instalan; se niegan a irse, se fijan en la pantalla y el inexperto manipulador, que es uno mismo, no sabe cómo sacarlos de allí, enviarlos lejos o deshacerse de ellos.

Así fue como, tras muchos años de olvido, volvieron a mi mente y se quedaron en ella aquellos cuatro muertos. Yo no había visto nunca un cadáver de alguien asesinado. Entonces no podía imaginar cuántos cadáveres con heridas de bala habría de ver en tiempos cercanos. Ahora he olvidado muchos, pero recuerdo aquellos cuatro.

Los cuatro muertos estaban rígidos. La mujer tenía un brazo levantado a la altura de la cintura, con el codo separado del

cuerpo y tan fijo como el de una estatua. El rubio rojizo, que yo consideré miope y despistado, tenía los brazos estirados, tan inamovibles como si fuesen de metal o de piedra.

Pero lo más importante de los cadáveres eran sus heridas. El del pelo azafrán, que estaba más a la vista, tenía una herida del lado izquierdo en la cabeza, que había sangrado bastante, y tres orificios de bala en el pecho y el costado del mismo lado. Pero la herida de la cabeza no era de bala, sino de un golpe, un golpe muy fuerte que había hundido un poco el hueso. La mujer tenía un sólo balazo en el temporal izquierdo disparado tan cerca que había quemado el pelo al entrar y había esparcido la masa encefálica por un enorme agujero del otro lado, al salir.

Y en lo que quedaba visible del rostro persistía el residuo de un terror que sin duda era muy anterior al disparo mismo. Se presentía que había estado muerta de miedo, como dice el tópico, horas antes de estar definitivamente muerta.

Las heridas de bala son a la entrada relativamente pequeñas casi siempre, pero suficientes para que por ellas se vayan las almas. Si es que tenemos alma. Si esto es así, resulta que la tuvieron aquellos muertos y que también la tenían quienes los mataron, lo que lleva a pensar lo diferentes que son las almas entre sí. Y cómo algunas son capaces de matar, de destruir, de asesinar. ¿O no son las almas?

Para mí el problema era entonces insoluble. Pero tal vez ahora, tantos años después, sea más difícil de entender. En aquel tiempo todo estaba supeditado a la necesidad. Necesidad de sobrevivir, necesidad de matar. Porque el hombre tiene, a veces, necesidad de matar. Suena horrible, pero el matar no es inhumano sino, por el contrario, profundamente humano. Lo humano, lo característico de la humanidad, es la matanza de toda clase de seres vivos, incluso los de la misma especie. Lo aprendí aquel día, ante aquellos cuatro cadáveres.

Porque los muertos eran lo de menos. Una mujer. Tres hombres. De diferentes tipos, de muy distintas clases socia-

les. Muertos. Se acabó el trajinar cotidiano de la vida. Se acabaron los hijos, se acabaron los padres, los amigos. Se acabaron las amigas, la Juana, la Manuela, la Pepa. Todo se acabó para ellos. Todo. Pero sólo para ellos, porque el mundo seguía como siempre.

Y digo que los muertos eran lo de menos porque lo fundamental, lo monstruoso, era que allí mismo, con una mirada penetrante en un rostro como de mármol, con un perfil aquilino inolvidable, de ave rapaz, y unos ojos sorprendentemente inquisitivos pero neutros, sin alegría, sin tristeza y sin matiz alguno de expresión (en el sentido general que se da a ese término en la cotidianidad banal), estaba el asesino, o uno de ellos, explicándome tranquilamente cómo los había matado. Vestía un mono azul como todo el mundo en aquellos días. Llevaba en la cabeza una gorra cuartelera mitad roja, mitad negra, y empuñaba un fusil. A la cintura un revólver de grueso calibre. O quizá una pistola Astra, de calibre nueve largo. El arma que portaba en la cintura no la recuerdo muy bien pero sí la semejanza del hombre con un buitre, el contraste de sus ojos vivos y penetrantes en un rostro inexpresivo y el hecho de que, aunque no sonreía, su rostro proyectaba una idea de ironía cruel y desprecio hacia el mundo. Creo recordar que en el pecho del mono llevaba la insignia de algún partido o de algún sindicato, pero no puedo recordar cuál. Lo que no tiene importancia, porque detrás de cada insignia, de cada emblema y de cada carnet lo que había en aquella guerra, como en todas, era un ser humano, aunque los había entonces, y los hay hoy, de muy diferentes tipos y sentimientos. En el caso que aquí recuerdo, todos los detalles externos estaban opacados por la viveza de los ojos y la fuerza de la (en una paradoja inefable) inexpresiva expresión.

—A éste —dijo señalando al rubio— le di un culatazo en la cabeza con el fusil y fue a parar al suelo. Pero al caer se le desprendieron las gafas. Era un cegato que no veía nada sin

ellas, de manera que se puso en cuatro patas y empezó a tantear el suelo, buscándolas. Y allí estaba palpando la tierra en busca de sus anteojos, con la cabeza abierta. Le di un tiro, pero seguía moviéndose. Con dos más se quedó quieto.

Yo estaba allí, escuchando aquello. Y el asesino tenía algo que, sin serlo, podría parecer una sonrisa en la boca y en los ojos mientras me hablaba, pero que a mí me parecía como una especie de hielo gris, de tan neutro, de tan lejano a cualquier descripción ordinaria de lo que solemos llamar una sonrisa. Y eso mientras me contaba cómo había asesinado a aquellos pobres seres indefensos, no juzgados por ningún tribunal, no convictos de nada. Condenados a muerte sin juicio ni prueba alguna, sin más motivo que el innoble deseo de matarlos. El deseo de matar, la satisfacción del instinto criminal, fue el motivo directo de aquellos asesinatos. Pero la causa real de las cuatro muertes de las que estoy hablando, y de otros muchos crímenes, lo que hizo surgir al instinto criminal dándole libertad y medios para desarrollarse, fue la decisión de liberar a España que había sido tomada por algunos generales.

—La loca esa —se refería a la mujer— comenzó a gritar con unos chillidos que rompían los tímpanos, por lo que un compañero sacó la pistola y le metió un balazo en la cabeza. Sólo así se calló. Una rata de sacristía, una lamecuras.

—El tipo de las zapatillas y el pijama estaba muy tranquilo. “Es un error, nos dijo, yo no soy fascista, soy republicano de toda la vida. Ya verán cómo se aclara.” El muy gilipollas creía que íbamos a entrar en aclaraciones con los fascistas.

Seguía el relato detallado de los cuatro asesinatos. Relato hecho a un adolescente. Un adolescente que era yo mismo. Un casi niño que se asomaba a la vida mirando cuatro cadáveres y escuchando, de uno de los asesinos, el relato de cómo los mataron

Así entré en la madurez, de un solo golpe, en unos pocos minutos. Madurez endurecida antes de conocer las cosas que suelen endurecer la vida de los hombres.

Fue como un cauterio. Una parte de mí quedó insensible, curtida, áspera, resistente a las emociones que normalmente suscitan cosas así en los seres humanos.

Algo que jamás puede hacerse entender a otros. Sólo lo sabe a fondo quien lo vive.

Tardé muchos años en recuperar lo perdido en aquellos minutos. Si es que lo recuperé verdaderamente.

CAPÍTULO PRIMERO

El primer problema grave en Madrid fue la boina. Una boina vasca, con etiqueta de Bilbao, llevada por alguien que acaba de llegar a una pensión madrileña y que por lo tanto debe entregar su Documento Nacional de Identidad (DNI) para ser registrado, es una fuente de sospechas para la policía. ¿Quién es el que la lleva? ¿Es vasco? ¿A qué viene a Madrid? Sería suficiente un comentario de la dueña de la pensión a un agente para que el recién llegado fuese interrogado. La dueña no tenía nada que ver con la Resistencia o la oposición a la dictadura, pero otorgaba a sus huéspedes la gracia de no registrarlos ante la policía. Salvo si llegaba una inspección, lo que ocurría de vez en cuando, en cuyo caso sí registraba a todos y a algunos como recién llegados, lo fuesen o no.

El franquismo temía a los vascos, y los vigilaba más porque eran los mejor organizados. Y yo cometí el error de dejar la boina sobre la cama mientras salía a la calle el mismo día que llegué a la pensión. Al regresar la vi y comprendí la gravedad del asunto. En la pensión podía haber delatores, informantes de la policía que posiblemente entrasen a la habitación de un huésped nuevo para echar un ojo. Corrí a una cabina telefónica y llamé a mi contacto para explicarle lo sucedido. La respuesta fue contundente: "Recoja todo y salga de ahí inmediatamente".

Por una boina. Me fui alegando una emergencia familiar y dejé pagada una semana explicando que volvería. Por una boina. La integridad física, la libertad y hasta la vida dependen, cuando se está en la clandestinidad, de pequeños detalles que pueden parecer hasta ridículos para quienes no saben de estas cosas, que son la inmensa mayoría de las personas. Para la gente corriente, de vida "normal", estos hechos no son reales porque la realidad se conforma para cada hombre según su experiencia vital y sus alcances. No hay, no ha habido nunca, una realidad válida para todos. Los que sí entienden cosas así son, por ejemplo, quienes militaron en la resistencia antinazi en países europeos. O Jorge Semprún, para dar un nombre.

El más extraño de los animales es el ser humano. Un hombre puede estar muy a gusto, viviendo confortablemente y de pronto decide ir a buscar problemas. Decide cambiar una vida cómoda por una existencia peligrosa, a salto de mata, huyendo de todo el aparato represivo de una dictadura sangrienta. Así es el hombre. O quizá, para ser más precisos, el Hombre. Pero yo no era entonces, ni ahora, ni he sido nunca, de los hombres con mayúscula. Yo era simplemente uno de tantos. Uno de tantos que, en un momento dado, hacen cosas que sorprenden a otros. Por eso he dicho: el hombre es el más extraño de los animales.

La idea no era que yo realizase una labor muy eficaz en la Resistencia. Debería, sí, ser uno más entre los que trabajaban en el *Gudari* clandestino, arrojaban volantes desde las azoteas o izaban *ikurriñas* en la cúspide de grandes edificios. Debería vivir con ellos, lo mismo que ellos, con el fin de que yo transmitiese a México esa lucha del pueblo vasco, en general ignorada más allá de sus fronteras. Los vascos de México sufragaron el importe del pasaje, y el gobierno vasco en el exilio (José Rezola, vicepresidente, dirigió toda la operación) y el Partido Nacionalista Vasco me protegerían, ayudándome a eludir a la policía franquista. Porque lo interesante es que yo

estaría publicando mis reportajes en *Siempre!* de México, al mismo tiempo que estaba en España. No después, no al regreso, sino al mismo tiempo. La idea era exasperar a los franquistas. Tenía sus riesgos, pero valió la pena.

En aquellos seis reportajes, más la carta a Fraga Iribarne, ya al regreso, no hablé casi nada de mi actividad personal porque hacerlo habría sido dar a la policía de Franco puntas de un hilo por las que se podría haber sacado el ovillo. Ni del ascensor de Begoña, ni de don Juan Ajuriaguerra, ni de la familia Béistegui, ni del prior del convento de carmelitas de Amorebieta, ni de muchas cosas podía yo hablar entonces, ni en los diez o doce años siguientes. Cierto que, siguiendo las pautas generales de la lucha clandestina, la mayoría de los resistentes que me acompañaban o me protegían no sabían mi nombre ni yo el de ellos, pero con los lugares y las fechas aproximadas hubiera sido bastante para dar a la Brigada Político Social indicios muy precisos. Por ejemplo, no dije nada de la aventura de San Sebastián, cuando detuvieron a mi contacto y tuve que ir al Hotel María Cristina, y, por el contrario, di algunos datos deliberadamente falsos, como, por ejemplo, decir que me llevaron a Donostia-San Sebastián en coche, cuando en realidad fui en autobús. Ahora es cuando puedo, acudiendo a mi memoria, hablar un poco más de lo que me ocurrió. En los reportajes de *Siempre!*, en cambio, di informaciones precisas sobre la vida en la España fascista en 1964, que más adelante reproduciré.

Si alguien me preguntase por qué los seres humanos son tan raros o están tan locos como para hacer cosas así, yo no podría responder más que por mí mismo. De los demás no sé. En cuanto a mí, era esa sensación de cosa inacabada, de algo dejado a medias, que perduraba desde veinticinco años antes: desde que crucé la frontera cuando perdimos la guerra.

Tenía yo a los quince años un cuerpo como de dieciocho y, aunque acudí de inmediato desde París a ocupar un puesto en

la contienda por la libertad (haber sido derrotados los leales costó a los españoles casi cuarenta años de tiranía fascista), la edad me impidió defender con las armas, desde el principio, al gobierno legítimo de la República. De la compañía de intendencia del Quinto Regimiento me echaron apenas supieron mi verdadera edad, "en cumplimiento del decreto del gobierno que fija la edad mínima para la permanencia en filas". Así dice mi baja honrosa. Queriendo ser útil me inicié en el periodismo. Era una forma de hacer algo y de estar en el frente, en lugar de en las tediosas reuniones políticas que tanto se prodigaban por todas partes. Así, estuve en Madrid en noviembre de 1936, en el Ebro en 1938, con la XV Brigada Internacional del XV Cuerpo de Ejército que mandaba Manuel Tagüeña (aunque ahí fui más combatiente que corresponsal) y en muchas otras partes. Con los internacionales, con los españoles, con los defensores de la República. Fui corresponsal de guerra a la edad en que generalmente apenas se empieza de mensajero en las redacciones. Escribía mal, muy mal, pero estaba allí.

Por fin, con diecisiete años, pude ser soldado y comisario de guerra de tiempo completo. Pero la República ya estaba perdida y lo único que hice fue combatir en las últimas semanas, defendiendo lo que quedaba de Cataluña. Eso es otra historia. Lo que cuenta aquí es que, por esa larga espera, cuando fui soldado ya era muy tarde. Y quedé con la sensación de que algo que yo debía hacer en la vida no lo había hecho. Por eso volví a la España de los vencedores, la de Franco, a seguir luchando contra lo mismo que combatí veinticinco años antes en el bando de los vencidos. Aunque estar vencido es, en parte, un estado de ánimo, una cuestión subjetiva. Y si uno no se siente vencido no lo está.

¡Qué más quisiera yo que poder explicar a fondo todo eso! Pero hay demasiadas cosas que no tienen explicación hacia fuera. Ni hacia dentro, si bien lo pensamos. Uno va viviendo según su buen saber y entender. Y ya. Y un día se encuentra

poniendo una *ikurriña* en la cúpula del ascensor de Begoña o gritando *iGora Euzkadi!* sin ser vasco, mientras México espera a lo lejos, muy lejos, con personas queridas que tienen la esperanza de que uno vuelva.

Claro que esta clase de asuntos pueden explicarse de una manera rimbombante, con grandes frases, con tono de manifiesto. Pero esas explicaciones no dicen nada.

Uno hace muchas cosas sin saber con precisión por qué las hace. Yo creo que eso se debe a que hay dos maneras de hacer en el hombre: lo hecho con el cerebro, lo que se piensa, y eso es relativamente fácil explicárselo a otros, y lo realizado con el sentimiento, que es lo que se siente, y eso es imposible hacérselo comprender a nadie fuera de uno mismo. Porque aunque otros lo afirmen, y hasta crean sinceramente que lo entienden, nunca podrán estar dentro de quien lo hizo y sentirlo como él.

De modo que un día de fines de 1964 me encontré pasando los Pirineos a campo traviesa en compañía de un vasco que me guiaba por una hermosa naturaleza, me hacía subir la montaña y me dejaba contemplar la nieve y admirar los bosques que cubrían laderas y valles. De mi anterior cruce de los Pirineos no recuerdo nada que se relacione con el paisaje. Gente huyendo, aviones arrojando bombas y cosas así. Estaba demasiado ocupado y era muy joven.

Pero de aquel viaje con el vasco, cuidándonos de no topar con la Guardia Civil que patrullaba toda la zona, recuerdo muy bien la nieve, los árboles, las posadas o merenderos, y hasta un caballo pastando, dueño único, en aquel momento, de todo el verde de la montaña. Especialmente aquel caballo. Alazán, joven, de pelo lustroso que brillaba en la grupa por un rayo de sol que le llegaba de entre las ramas de los árboles. Un caballo que no tenía otra ocupación, ni otra preocupación, que seleccionar el pasto que le pareciera más apetitoso. Era, sin duda, un caballo querido. Pastaba cerca de una casa de piedra del

más puro estilo vasco y era evidente que se trataba de un animal muy cuidado, muy atendido por su dueño que con frecuencia le cepillaría, le hablaría con voz suave y le rascaría el testuz. Recuerdo que me sorprendió que daba la clara impresión de ser un caballo de silla, cuando por allá la mayoría de los caballos suelen ser de trabajo. Pero el caballo quedó atrás, como para mí tantas cosas.

En aquel primer momento al salir de la libertad y entrar en la tiranía, o más bien de salir de un yo mismo y entrar en otro yo, no recuerdo haber tenido miedo. Eso vendría después. Llegaría muy pronto el momento en que tendría tanto miedo como jamás lo tuve antes, ni en el frente. Pero eso es adelantar las cosas.

Me fui retratando en cada establecimiento de los que ofrecen una buena comida y una buena bebida a los paseantes y turistas. Para mostrar cómo entraba en España y por dónde. Y aquel gran periodista que se llamó José Pagés Llergo publicaba esas fotos. El objetivo de exasperar al franquismo fue logrado con creces. Fraga Iribarne montó en cólera. Y su periódico *El Español* dedicó planas enteras a insultarme.

¿Cuánto cuesta meterse en un recuerdo, introducirse dentro de uno y sacar situaciones, angustias y miedos que quedaron muy atrás en la vida y en la memoria? Lo malo de adentrarse de esta manera es que se encuentran cosas que no siempre son agradables. Es como bucear en aguas poco conocidas o nada exploradas, avanzar entre una espesa niebla por un camino que alguna vez se recorrió, mucho tiempo atrás, con plena visibilidad.

Y el camino se me enredó en los pies o al menos eso me pareció. El vasco que me conducía (aunque lo vi después nunca llegué a saber su nombre) me puso la zancadilla y simultáneamente me empujó, haciéndome caer al tiempo que me tapaba la boca con la mano derecha y con la izquierda me hacía señas de callar poniendo el índice vertical sobre los labios.

Mi cara quedó sobre unas agujas de pino, entre la nieve, y el frío me llegó a la cabeza, a pesar de la gorra que llevaba. El guía, con un leve movimiento y una mirada, señaló en dirección a nuestra derecha: una pareja de la Guardia Civil a caballo avanzaba hacia nosotros y, de no variar el rumbo, pasarían a unos diez o doce metros de distancia.

El miedo es algo tan peculiar que cada persona tiene el suyo. No existe un miedo uniforme, semejante, igual para todos. Aunque a varios les parezca que tienen el mismo miedo, en realidad tienen miedos distintos. Incluso una misma persona no tiene siempre el mismo miedo.

Recuerdo que en marzo de 1938 estaba yo en Barcelona durante los bombardeos con los que Francisco Franco quería convencer a los catalanes de la bondad de su causa. Durante esas fechas inolvidables, en las que escuadrillas de *Junkers* lanzaban bombas cada diez o quince minutos, yo, como mucha gente, estuve recogiendo heridos y desescombrando por toda la ciudad, con brevísimos descansos, y el día 18, precisamente unas horas antes de que Lázaro Cárdenas decretase en México la expropiación del petróleo, uno de los ataques me alcanzó en el patio de una casa en la calle de Claris. Escuché caer una bomba y ya para entonces habíamos aprendido a saber por el silbido si la muerte caía lejos o cerca. Aquella venía casi directamente sobre mí y todo lo que se me ocurrió fue pensar que yo ya no contaría la guerra de España. Nada más. Cayó a dos o tres metros y se clavó en el rojo baldosín del patio, pero no estalló. Y todo mi pánico se limitó a pensar que ya no lo contaría. No tuve tiempo para más.

Por eso digo que los matices de cada miedo varían en uno mismo según la causa, la situación, el estado de ánimo y otros factores internos y externos. El miedo mío de aquel instante al cruzar la frontera fue algo así como convertirme en un muñeco de hielo, pero conservando todos los sentidos: sintiendo el frío, la humedad y la rigidez de brazos y piernas que, por ser de

hielo, ya no tienen movilidad ni coyunturas. El miedo y el susto son cosas diferentes, impresiones distintas. Los académicos dicen que un susto es una impresión repentina causada en el ánimo por sorpresa, miedo, espanto o temor. Pero un susto puede ser —suele ser— algo pasajero. La presencia imprevista de una persona donde no se le esperaba puede ocasionar un susto, aun cuando quien lo provoca sea alguien conocido e incluso querido. Entonces el susto desaparece al comprobar qué fue lo que lo produjo. Pero uno como el mío en aquel momento, apenas fue de fracciones de segundo, para convertirse instantáneamente en miedo, en pavor, en algo que no sólo no desaparece, sino que se prolonga y va aumentando. El miedo, el miedo por causa sólida, el miedo justificado, el miedo a lo que puede ocurrir, pero con la casi seguridad de que ocurrirá.

Los guardias civiles avanzaban sin prisa alguna, con las riendas sueltas sobre el cuello de los caballos y al paso cansino que libremente adoptaron los equinos. Uno de los guardias iba apoyado enteramente sobre su muslo derecho, todo el lado izquierdo fuera de la silla, como suelen hacer, por cambiar de postura, los que pasan muchas horas a caballo. El otro se echaba hacia atrás y hacia adelante, en el mismo afán de evitar el envaramiento por las largas horas cabalgando.

Yo tenía un brazo bajo el cuerpo, en una postura que me producía dolor y esa sensación de ser de hielo (lo que es una pésima descripción, pero no encuentro otra mejor), además de la cara contra las agujas de pino y la nieve, pero a pesar de todo ello, al ver cómo venían los guardias, se me ocurrió que bien podrían bajarse del caballo y caminar un rato o sentarse un rato a descansar, con los efectos consiguientes sobre nosotros. Y enseguida me di cuenta de que esas hipótesis eran innecesarias porque tal como venían tenían forzosamente que vernos sin siquiera cambiar de postura.

Era verdad que no podía moverme. Creo que ni siquiera movía los ojos, clavados en los jinetes que llevaban sus

tercerolas, uno colgada al hombro y el otro atravesada sobre la silla. Esa situación debe haber durado unos segundos pero a mí me pareció mucho tiempo. Y después comencé a pensar, angustiado, en lo que haría —qué haríamos— cuando nos descubriesen, aunque en verdad muy poco podríamos hacer. Había dos opciones: o levantar los brazos y entregarse, o correr y recibir un balazo por la espalda. En la primera iríamos directamente a las palizas y la tortura, cuyas consecuencias eran imprevisibles.

Esto me lo confirmaría cuarenta y ocho horas más tarde don Juan Ajuriaguerra, presidente del Consejo Delegado de la Resistencia de Bilbao:

—Si le agarran no sé qué harán con usted. Tal vez le devuelvan a México para congraciarse con aquel gobierno. Pero, sea como sea, la primera paliza de la Guardia Civil no se la quita nadie —me dijo.

La segunda opción era más definitiva, rápida y con menos dolor si se moría en ella. Porque de quedar vivo, después vendrían los malos tratos. Y sería peor aún.

Los guardias civiles seguían acercándose cuando sentí un aliento cálido en la oreja y la voz del guía que susurraba:

—Si nos ven yo me levanto con los brazos en alto y usted corre hacia Francia y espera a que le llegue un aviso.

Cuando, horas más tarde, reflexioné sobre esas palabras pensé en la extraordinaria solidaridad y el valor de aquel hombre. Pero en días posteriores supe y comprobé que el gobierno vasco había ordenado protegerme a toda costa y que no sólo el guía, sino también otros, estaban dispuestos a todo para evitar que yo fuese capturado.

Porque el primer artículo, anunciando mi propósito de vivir la España de los vencidos y no la de los vencedores, ya se había publicado en México y la policía franquista me buscaba.

Cuando con sólo unos pasos más los guardias nos hubieran visto, se produjo un ruido fuerte, de ramas rotas y de pa-

esos muy pesados justo delante de nosotros, bastante más arriba. En ese momento el azar, la casualidad, lo fortuito, nos salvó, al guía y a mí. Suelen pensar algunas personas de vida más bien monótona que el azar sólo funciona en las películas o en las novelas para salvar a los protagonistas. Pero si se fijasen un poco verían que sus vidas están, al igual que las de todos, regidas en buena parte por el azar. A ellos el azar no les salvará de un atentado, de un disparo, de una bomba o de ser apresados, pero puede salvarles la vida, como en el caso de quienes por una u otra razón no toman un avión, un coche o un autobús que en ese viaje se accidentan. Y el azar les hace en muchos casos, por ejemplo, conocer a la que más tarde será su esposa, encontrar a quien se convertirá en su mejor amigo o en su mayor enemigo, a quien le dará un empleo o a quien de alguna manera influirá en su vida. El azar funciona para todos, es consustancial con la vida misma, incluso con la de los animales. Pero generalmente sólo sorprende o resulta increíble cuando salva, cuando mata o cuando surge en algo que tenga sabor a aventura y esté fuera de la vida normal de un honrado y tranquilo empleado de comercio o de oficina, por poner únicamente dos ejemplos.

Los guardias empuñaron sus armas y acicatearon a los caballos en dirección al lugar de origen de aquello que rompía el plácido silencio de la montaña. Y ellos desde muy cerca, y nosotros desde nuestro miedo, vimos al causante de los sonidos: un oso de los Pirineos que al acercarse los caballos se alejaba trotando con su pesado ritmo de plantígrado gordo, porque estaba bien alimentado. El azar es juguetón e impredecible.

Suele decirse en estos casos que respiramos con alivio porque, en efecto, parece como si uno, después de un susto, soltase un aire que, sin darse cuenta, había conservado en los pulmones. Y algo así sentí cuando los guardias se alejaron desde más arriba, sin volver ya a la ruta que traían originalmente. Pero también una sensación como de debilidad gene-

ral, un presagio de un temblor en las piernas que no llegó a producirse, al tiempo que, desde ese momento, adquirí plena conciencia de la trascendencia vital que tenía para mí el asunto en que me estaba metiendo. Porque si ése fue mi primer encuentro con la Guardia Civil, el segundo fue mucho peor y más angustioso si cabe, y éste sí lo conté en el reportaje del número 597 de *Siempre!*, con fecha 2 de diciembre de 1964, que en la parte relativa dice lo siguiente:

Ya cerca de Vera de Bidasoa, mi guía y yo penetramos en un caserío por la parte de atrás —el guía no está en las fotos por razones obvias— y fue allí donde los hechos me cortaron la respiración. La salida de Sare fue a las seis y media p.m. y la llegada al caserío a las nueve p.m. —considerando el tiempo en la venta y la charla con los campesinos— y, como a la media hora de estar allí, el ruido de unas motocicletas que se detenían en la puerta me hizo correr a la escalera que sube al pajar, con el que se comunica por una trampa [en el techo].

Llegué [subí] corriendo [al sobrado] y ya arriba agarré la trampa, para cerrarla, cuando se abrió la puerta de la calle [debí decir "exterior" puesto que allí no había calle] y entró un guardia civil armado. Yo no podía bajar ya la trampa porque el ruido me habría delatado, de modo que permanecí de pie, sujetando la trampa de madera y viendo perfectamente al guardia, que con sólo levantar la vista me habría descubierto. Crispé la mano contra la madera y permanecí rígido, clavado en mi lugar con los ojos fijos en el guardia, mientras uno de los ocupantes del caserío agarraba como al desgaire un gran cuchillo y un pan, que estaban sobre la mesa, y el otro tomaba de la pared una horquilla de las que se usan para amontonar la paja. Ambos lo hicieron con gran naturalidad pero yo percibí [creí] la tensión bajo su desenvoltura.

—Han pasado unos la frontera esta tarde. ¿Los habéis visto?

—¿Y cómo sabes que han pasado?

—Los vieron con los prismáticos, pero estaban muy lejos. Venían más o menos hacia aquí.

—¡Aquí abajo los tengo en un sótano, con un demonio!
—exclamó airado el otro campesino.

—Podíais haberlos visto. ¡Y no te des humos que aquí se ve mucho! —el guardia civil era muy joven y se sentía a disgusto.

—¿Quieres pan y queso? —intervino conciliador el del cuchillo.

—No puedo, estoy de servicio.

Una moto rugió afuera y el guardia civil salió sin levantar la vista.

Tal fue mi segundo encuentro con la Guardia Civil. Fue mucho mayor el susto que en el primero y de mi texto se desprende que cuando uno tiene miedo, o recuerda un gran miedo cuando acaba de pasarlo, escribe mal. Las palabras entre corchetes las he escrito ahora, para facilitar la comprensión. Quizá porque en aquel juego podía perder la vida o tal vez por temor al fracaso, estaba asustado. Mientras tenía lugar la llegada del guardia civil, el guía había salido, me parece recordar que a prevenir que no hubiese peligro en el siguiente tramo del trayecto. Los dos vascos eran de la Resistencia y nos esperaban para ayudarnos y si había mujeres en el caserío no las vi; quizá estaban acostadas porque ya era tarde para laborar en el campo.

Así, mis dos grandes sustos fueron uno tras otro, ambos en el cruce de la frontera. Pero, mientras yo estaba todavía impresionado por la visita del guardia, los dos campesinos estaban, valga el tópico, muertos de la risa. Fue eso y la seguridad de que a ciertos lectores esas cosas les parecerían cuentos, lo que me hizo desistir de contar el primer miedo en los reportajes, hasta ahora, más de treinta años después. Con lo cual vuelvo a mi relato anterior.

Muy despacio, con mucho cuidado, seguimos montaña adelante. El guía tuvo una sonrisa grave, una sonrisa consciente del peligro verdadero, de alguien capaz de saber lo que se jugaba y seguir jugando. El paisaje me pareció más bello, más interesante. La nieve presentaba ahora superficies diver-

sas, ricas en distintas tonalidades de blanco, según la luz que recibía, y los árboles me fueron enseñando que no todos eran iguales, que había cedros, pinos, abetos y, otros muchos para mí desconocidos. Quizá este cambio en mi perspectiva de la naturaleza se debió a un aviso subconsciente de que estaba en posibilidad de perder todo eso para siempre. Como cuando uno está obligado a abandonar un espacio grato y lo mira todo para no olvidarlo y un poco para despedirse. Mucho tiempo después yo sentiría nostalgia por los Pirineos, por la nieve, por los abetos y hasta por aquel hombre que estuvo dispuesto, sin más, a arriesgar y perder su vida por salvarme. No a un desconocido como yo era para él, sino a alguien que era útil para la causa de los vascos.

Unas horas más tarde yo estaba en un ómnibus que me llevaba a San Sebastián, Donostia en vascuence. Allí, en el autobús, comenzó algo que seguí haciendo, sin proponérmelo deliberadamente, casi todo el tiempo que permanecí en España: miraba a la gente, sus rostros, sus expresiones, sus movimientos, su indumentaria, sus gestos. Estaba buscando el país y la gente que tuve que abandonar veinticinco años antes. Buscaba saber si eran los mismos, aquellos con los que conviví durante la República. Los que lucharon como héroes en los campos de Euzkadi. Quería leer en sus rostros cómo pensaban ahora, qué sentían, cuál era su vida. Buscaba un país y un pueblo que eran los mismos pero que, sin embargo, ya no lo eran. Como en el poema de Neruda: *Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos*. Me sentía culpable por no haber estado allí, con ellos, todo el tiempo de la angustia, de la soledad, de la opresión. Pero recordé que no hubiese estado allí, de haberme quedado, porque probablemente me habrían fusilado enseguida. Un comisario de guerra de la República tenía pocas probabilidades de vivir si era capturado por los franquistas. Sin embargo, ahora, en plena dictadura, iba a ver si podía hacer algo. Me dije que este razonamiento era falso, era

una mentira para tranquilizarme a mí mismo. Y me sentí tan lejano a todo, tan extraño como si estuviese en una nación absolutamente desconocida.

Ciertamente yo no había estado en Euzkadi durante la guerra. Mis batallones y mi gente de entonces no habían sido los *gudaris*, con sus capellanes y sus misas antes de entrar en combate. Pero había visto tantas veces la *ikurriña*, había llevado tantas banderitas vascas en la solapa del uniforme, había participado en tantas reuniones acerca de cómo ayudar a Euzkadi que no me sentía tan lejano por tratarse del País Vasco. Me sentía extraño a toda la Península, a ese país que me había expulsado de su seno bajo pena de muerte a una edad en la que debí tener en las manos los últimos libros del bachillerato, pero lo que empuñaba, era un subfusil ametrallador.

Llegué a la oficina del ómnibus en San Sebastián, donde me esperaba alguien con una indumentaria y una contraseña que me dio el guía. No era más que un cuarto pequeño con una mesa a la que estaba sentado el vendedor de billetes. También había unos bancos a los lados. Pero no había nadie esperándome. Durante una hora o algo más esperé en vano. Debo confesar que bastante nervioso. No podía quedarme allí indefinidamente sin despertar sospechas. Por fin tomé una decisión.

—Si alguien viene y pregunta por Paulino (era mi nombre en la Resistencia) dígame que estoy en el Hotel María Cristina —le dije al encargado y vendedor de billetes.

Nada de eso había sido previsto, pero la policía sospecha menos de los huéspedes de los grandes hoteles de lujo, que de quienes se refugian en lugares muy baratos o de ambiente obrero. En la dictadura franquista, y en muchas otras, los obreros son siempre sospechosos porque son los que luchan en mayor número y con mayor valor. Los señoritos ricos, la gente del ambiente de lujo es tratada con más cuidado, y sus lugares de reunión no pueden ser invadidos por la policía con la misma facilidad, y con la violencia y el abuso con que invade

las casas de los pobres. Yo sabía que el Hotel María Cristina era el más lujoso de San Sebastián. Pero también que en cualquier hotel era necesario dejar el pasaporte o el Documento Nacional de Identidad (DNI) que recogía la Guardia Civil y que devolvían al día siguiente o más tarde, tras haber sido revisado en las oficinas policiacas. Mis documentos no hubieran resistido un examen cuidadoso, de modo que tuve que inventar algo.

Llegué al hotel a las dos de la madrugada y me atendió un portero somnoliento.

—Tengo un problema —le dije— y espero que usted me entienda. Vine a ver a una señora y no me conviene, ni tampoco a ella, que yo aparezca registrado aquí esta noche.

—Pero no puedo darle un cuarto sin dejar el DNI —me dijo el hombre.

—Ya lo sé y se lo voy a dar. Pero mire —dije dándole doscientas pesetas— ¿A qué hora pasa la Guardia Civil a recoger los documentos de los huéspedes?

—A las siete de la mañana.

—¿Y a qué hora lo relevan a usted?

—A las ocho.

—Pues yo le dejo aquí el documento y usted no me inscribe. Si por casualidad llegan antes, usted dice que acabo de llegar y hace todo el trámite normal. Pero si no, me llama usted a las seis, salgo del cuarto y usted me devuelve el documento y yo no estuve aquí.

—Vale.

Jamás podré saber si el portero se imaginó algo relacionado con la verdad, o si creyó mi historia y pensó que se trataba de una aventura adúltera pero la cosa funcionó. Por supuesto que no me acosté ni me dormí. Me di una ducha y descansé. Pero antes de que el portero me llamase yo estaba ya en el vestíbulo con mi maleta y había recogido mi falso DNI. Eran las seis y media cuando entró en el vestíbulo del hotel el mis-

mo guía que me condujo a través de la frontera, ahora vestido de traje y corbata, me vio, se dirigió a mí y me dijo:

—No pude venir antes, vámonos.

Tan pronto supo la Resistencia que mi contacto en San Sebastián estaba preso me enviaron al guía porque era el único que me conocía y yo conocía. Una vez que le avisaron, él fue, ya muy tarde, a la oficina de autobuses y allí le dieron mi recado. Me admiró la organización de mis anfitriones.

En la calle tenía un automóvil pequeño, un Seat o algo así, en el que me llevó a Bilbao. Y en el viaje me explicó que el hombre que esperé en vano la noche anterior había sido detenido por la policía durante la tarde.

—Pero no en relación con usted —explicó—, aunque ya le buscan por la publicación de su primer artículo anunciando sus planes. Le buscan pero no tienen ni idea de dónde está usted. Sucedió que quien debió recibirle es uno de los nuestros, fue comandante de un batallón vasco durante la guerra y está muy vigilado.

Fue entonces cuando supe que varios de los que tendrían contacto conmigo habían sido jefes de batallones vascos.

—Nos detienen con frecuencia —siguió explicando el guía— cuando encuentran propaganda o periódicos clandestinos o por cualquier otra cosa, o si se enteran de una reunión o reciben informes de algún chivato.

Y así llegué a Bilbao, con esa primera alteración en los planos, ocasionada por una detención.

Si en algo esencial se diferencia el hombre del resto del mundo animal (muy especialmente de los mamíferos vertebrados), no es sólo por ser tan proclive a la crueldad y a hacer sufrir a los individuos de su propia especie, y los de otras, torturas y horrores que ningún animal sería capaz de realizar, sino también por tener un tipo de necesidades que no se dan en ninguna otra especie. El hombre necesita libertad para hablar con quien quiera, para pensar, adorar a un dios o a va-

rios, para escribir, circular, leer y residir en sus territorios con otros de su mismo clan (pueblo, ciudad o nación), utilizando su lengua nativa para entenderse con los suyos. Todo lo cual puede resumirse en el hecho de que el hombre requiere para vivir normalmente una serie de libertades, es decir, tiene la necesidad de vivir en libertad, como los demás animales, pero en su caso en una que va mucho más allá de estar fuera de la jaula, del encarcelamiento. Lo que de ninguna manera significa estar capacitado para hacer buen uso de la libertad que necesita, así como el niño recién nacido no lo está tampoco para proveerse por sí mismo de los alimentos y cuidados que necesita.

Pero la Guerra Civil Española (y otras guerras), mi retorno a la España de la dictadura y la organización de la Resistencia vasca (y todas las demás resistencias y actos de lucha contra la dictadura), el hecho de estar allí arriesgándolo todo, eran consecuencias directas, por un lado, de esas necesidades del ser humano y, por el otro, de su capacidad para combatir las en otros de su misma especie, observaciones que se completan con el hecho de que una minoría pueda imponerse a los más por el terror, como ha sucedido en diversas áreas del planeta a lo largo de la historia. Todo lo cual se me ocurrió, palabras más o menos, mientras estaba en mis actividades antifranquistas, como una demostración de la necesidad que tiene el hombre, a diferencia de los otros animales, de justificar y explicarse las cosas que hace.

Puedo asegurar, con conocimiento de causa, que saberse buscado por la policía de un país es una situación poco agradable. Y esto no es un exceso de imaginación mía, ya que el propio gobierno franquista se encargó —grave error de su parte— de divulgarlo a los cuatro vientos por medio de su Ministerio de Información y Turismo, por aquel entonces a cargo del distinguido político gallego don Manuel Fraga Iribarne. Dentro y fuera de España, incluso en Estados Unidos, me lla-

maron "alimaña", y una publicación franquista editada en California, *Carta de Los Ángeles*, dirigida por Rogelio García Barcala, tituló: "Un hampón se mete en España: Mora". Otro diario publicado en el País Vasco dijo que la Guardia Civil ya me tenía localizado y que muy pronto sería detenido. Y, además, planas completas en *El Español*, pretendiendo burlarse de mí y asegurando que en España no había Resistencia, tergiversaban deliberadamente las cosas interpretando "resistencia" como lucha armada.

De esta última hubo mucha al terminar la guerra y duró años. Numerosos testimonios lo confirman. Pero yo nunca hablé de lucha armada en 1964. La Resistencia vasca a la que yo me incorporé se manifestaba de muchas formas: entre otros periódicos clandestinos recuerdo *Gudari*, *Lan Deya*, *Alderdi* y *Euzkadi Socialista*. Y no era nada fácil hacer periódicos clandestinos. Las palizas, las torturas aplicadas a los que detenían con alguno para que delatasen a quienes los imprimían o los repartían eran lo cotidiano. Además estaban las huelgas. La de 1947 fue la primera en el mundo contra un estado fascista y totalitario lo cual paralizó Vizcaya, Guipuzcoa y parte de Álava. Y un movimiento huelguístico de esa magnitud en un país fascista y represivo requiere una perfecta organización. No fue el único, sino el primero. Todo eso y muchísimo más, como el funcionamiento clandestino de muchos partidos, sindicatos y grupos antifranquistas, pese a la existencia de una policía política especializada en perseguirlos y encarcelar a sus afiliados, todo eso era una verdadera Resistencia, mal que le pesase a Franco y a sus cómplices. Y, por otra parte, sí había grupos armados que de vez en cuando atentaban contra algún policía torturador, aunque éstos no pertenecían a la misma Resistencia a la que yo me uní.

Todo eso no son más que palabras, descripciones, nada. Pero vivir la clandestinidad, estar siempre mirando por encima del hombro, sentir temor cada vez que se ve un policía

uniformado, intentar descubrir a los agentes de paisano entre la gente que va por la calle o que está en un café, vivir en ese estado permanente de nervios alerta, eso es algo muy diferente a las palabras que lo describen. Sólo para el que lo vive. Sólo para el que lo siente.

Salí de la pensión madrileña después de informar acerca de la boina olvidada y caminé por la calle, llevando la maleta, en la dirección que se me había ordenado. Y tres o cuatro calles más adelante un automóvil se detenía junto a mí, un desconocido me saludaba con la misma cordialidad de un amigo de toda la vida y tomaba mi maleta, la introducía en el coche y emprendíamos camino, él sabría hacia dónde porque yo estaba en sus manos. En las de la Resistencia vasca, es decir, en buenas manos, por las calles de Madrid.

Mi llegada a la capital española había sido en Talgo. Un tren cómodo y rápido. Al descender en la estación debía ir al bar de la misma, como lo hice, pedir un anís del Mono y hacer un comentario:

—Al acercarse el invierno los días son más cortos cada vez y es una lata.

Y alguien que estaba, como yo, en la barra, respondió:

—Y esas latas no son como las de sardinas.

Yo sabía que aquél era mi enlace. Reímos juntos, pero no hablamos más. Él pagó su consumo y salió. Esperé unos cinco o diez minutos, pagué, cogí mi maleta y salí a mi vez. Mi contacto estaba en la calle, como esperando a alguien, sin hacer nada. Pasé junto a él sin detenerme y me dijo:

—Suba a aquel coche azul.

Y eso fue todo. Nunca más volví a ver a ese hombre. El coche azul me llevó a la pensión y el conductor me dio las instrucciones pertinentes. Así fue como llegué al Madrid de la dictadura.

Aquel Madrid que no se parecía al que yo conocí. No sólo no era la ciudad indignada pero alegre de julio de 1936, ni tam-

poco el Madrid heroico y decidido, aunque también alegre, de noviembre del mismo año. No. Ni nada tenía del Madrid agobiado por las carencias de la guerra y el sitio prolongado, un Madrid dolorido, pero tenaz, pese a sus angustias y a su dolor; un Madrid hartado de guerra y de hambre, pero firme.

El Madrid que yo vi en 1964 era una ciudad a la que le habían robado la alegría y la risa era un lujo, donde el miedo transitaba entre la gente. Un Madrid de calles con seres que, sin proponérselo, llevaban en los ojos y en la expresión el peso de la tiranía, de las amenazas y del recuerdo de los amigos o parientes, o simples conocidos, encarcelados o asesinados por los vencedores de cinco lustros antes. En algunos rostros se notaba el esfuerzo por sobreponerse y la propaganda que inundaba a toda España, la de "veinticinco años de paz", organizada por Fraga Iribarne; sonaba a burla, a escarnio sangriento contra las víctimas de aquella paz. Claro que estaban también los vencedores, los que habían ganado la guerra que ellos mismos desataron y éstos, los menos, vivían felices. Pero lo más lamentable no eran los vencidos ni los vencedores, sino las generaciones que nacieron o crecieron bajo la dictadura, los que fueron formados en la escuela "nacional católica" aquellos que en sus casas escucharon durante años cosas como "hijo, no te signifiqués", "no te distingás", "no te hagas notar", "no te metas en nada", conversaciones domésticas que fueron, en aquel tiempo, el más claro reflejo de lo que es un régimen de terror. Y ése era el Madrid en el que yo estaba, un Madrid donde pese a todo, los mejores seguían luchando.

Era un Madrid que dolía, como la muerte de un ser querido.

Días antes de eso, en Bilbao, ya al anochecer, me llevaron al piso de un vasco cuyo nombre no pude mencionar antes (ni en la revista *Siempre!* ni en el libro sobre mi viaje que publicó en México Comunidad Ibérica) porque Franco seguía en el poder, y dar un nombre hubiese sido una delación. Pero ahora, más

de treinta años después, puedo darlo: Juan Béistegui, que vivía allí con su esposa y sus hijos, entonces niños y ahora ya adultos, pero que quizá me recuerden.

Tanto don Juan como su esposa me recibieron, sin conocerme, como a un viejo amigo. Con una naturalidad que no dejaba traslucir el hecho de que estaban poniéndose en un grave peligro al recibir en su casa a un hombre buscado por toda la policía franquista. Ya en la noche, después de cenar, Juan Béistegui me llevó al final del pasillo, a una ventana que daba sobre una azotea y me explicó:

—Por aquí tengo una salida por si vienen a detenerme. De aquí voy hasta allá —con la mano me señalaba los lugares— por donde paso a esa otra azotea, voy hasta aquella puerta y bajo por aquella casa hasta otra calle. Lo tengo bien pensado y he hecho el recorrido varias veces.

Juan Béistegui, como todos los resistentes, estaba en continuo peligro de ser apresado. La policía los detenía con frecuencia, para interrogarles, para mantenerlos amenazados y a veces, cuando ocurría algún hecho importante en el que estuviese implicada la Resistencia, para torturarles exigiéndoles información.

Charlamos un buen rato el matrimonio y yo sobre la situación española en general, sobre aquello de lo que podíamos hablar, siempre sin que ellos supiesen mi verdadero nombre. Yo era don Paulino y nada más, porque en esta clase de asuntos cuanto menos se sepa, mejor. No hay forma de obligar a nadie a que diga lo que no sabe. Un mexicano que iba a ayudar a la causa de los vascos. Ya tarde nos despedimos, fui a mi cuarto y me dormí en una comodísima cama en la habitación de los huéspedes.

A la mañana siguiente desperté, me vestí y desayunamos juntos los mayores, porque los chicos se fueron a la escuela temprano. Y apenas habíamos desayunado llamaron a la puerta. Esto parecerá increíble o falso para quienes han llevado

siempre una vida sin complicaciones. Cuando lo publiqué en *Siempre!*, sin dar nombres, hubo quien dijo que yo le daba un tono melodramático al relato. Pero así fueron los hechos. Cuando Béistegui preguntó:

—¿Quién?

La respuesta fue:

—¡Abran a la policía!

—¿Nos vamos por la ventana? —pregunté.

—No —respondió Juan Béistegui—. Si no me encuentran registrarán la casa, darán con su maleta y sabrán que estaba usted aquí. Y lo buscarán en Bilbao antes que podamos sacarlo o ir a un sitio seguro. Me han encargado protegerlo. Váyase al fondo, a su cuarto.

Ya la esposa, con una serenidad admirable, me tomaba del brazo y me llevaba hacia el fondo. El marido abrió la puerta y alcancé a oír el diálogo:

—¿Es usted Juan Béistegui?

—Sí.

—Venga con nosotros.

Y don Juan Béistegui se puso la chaqueta y salió con ellos.

Aqué! era un piso como cualquier otro, como el de una familia media. La entrada daba a la sala comedor y después había un pasillo a cuyos lados se abrían las puertas a las alcobas. Como en cualquier parte. Al final del pasillo, a la derecha, estaba la alcoba de los huéspedes, la mía, muy cerca de la ventana en la que el dueño de la casa me diese las explicaciones sobre su plan de fuga. Era un piso como había muchos en Bilbao. Pero en éste estaban sucediendo cosas de las que no ocurren todos los días.

Cuando conté, muy disfrazados, estos hechos (*Siempre!* número 597 del 2 de diciembre de 1964), tuve que hablar de “un hombre en cuya casa estuve” y agregué a una hija que no estaba en ese momento, para dificultar una posible identifica-

ción. Sin embargo, conocedor de la naturaleza humana del hombre medio, no relaté más que parte de lo que me dijo la esposa, para que no creyeran los lectores (y algunos colegas míos, incluso de la misma revista) que estaba escribiendo una novela. Y he aquí la verdad tal como sucedió: cuando salió el esposo con la policía, la señora no pudo contener las lágrimas. Y yo, con un nudo en la garganta, le dije:

—¡Cuánto la admiro, señora!

Y ella, enjugándose el rostro, me dijo:

—Si no es nada, es que a veces nos ponemos tontas.

Y pasados unos minutos, ya sin contener la congoja, añadió:

—¡Cómo son las cosas! ¡Se llevan a uno de los nuestros y otro viene de México a ayudarnos!

Y en la revista cuyo número y fecha he señalado, escribí:

En ese momento comprendí que Euzkadi será libre, tarde o temprano, antes o después, pero libre... Y aunque sólo sea por esa mujer, cuyo nombre debo tragarme en lugar de gritarlo a los cuatro vientos para que usted lo publicara en grande, con letras que cubriesen dos páginas, aunque sólo fuera por ella, maestro Pagés, estoy orgulloso de estar aquí, en la primera línea, con la Resistencia vasca.

¿Lirismo? ¿Cursilería? Tal vez. Pero Euzkadi y toda España son ya libres de la dictadura y ahora puedo decir que era aquélla la casa de don Juan Béistegui, vasco que había vivido en México, que su esposa, la señora Béistegui, fue la que me dijo aquello y actuó con ese valor espartano. Y que sin duda sus hijos recordarán el heroísmo de sus padres.

¿Cómo pueden creer esto quienes no han vivido situaciones semejantes más que en el cine?

Aún puedo añadir un detalle más, muy "cinematográfico", para los pobres de imaginación: la señora Béistegui tenía un precioso prendedor que, mediante un truco, se abría y mos-

traba dentro una *ikurriña*. Sí, exactamente igual al anillo con la cruz de Lorena que muestra un personaje en la película *Casablanca*.

A las dos horas, poco más o menos, de la detención de Juan Béistegui, llegó a su piso nada menos que don Juan Ajuriaguerra en persona, con otros dos miembros del Consejo Delegado de la Resistencia de Bilbao, aunque no sé o no recuerdo cómo se enteraron.

El motivo de esta visita era además de por mi seguridad, por la rígida moral vasca, que no se perdía ni en las más difíciles circunstancias.

—Vamos a cambiarle de casa —dijo Ajuriaguerra— porque, al estar encarcelado Juan, no está bien que un hombre se quede en la casa de una mujer sola.

Pero no contaban con el valor y el carácter de la señora Béistegui:

—Este señor se queda aquí. Juan lo recibió aquí porque ustedes lo mandaron, porque viene a ayudarnos, y aquí se queda por los días que deba quedarse.

Y fue en esa vida, en esas circunstancias, como conocí la historia de Arantxa.

Cuando Arantxa vino al mundo, sus padres ya habían muerto.

El padre, Josú Belausti, miembro del Partido Nacionalista Vasco, admirador de Sabino Arana y católico practicante, había sido comandante de un batallón de gudarís que, como todos los demás, tenía un capellán castrense. Los soldados vascos oían misa antes de entrar en combate y luchaban por la República, que para ellos era luchar por una Euzkadi con estatuto autonómico, en donde pudiesen hablar su lengua y conservar sus tradiciones, entre otras cosas. La prensa franquista francesa los llamaba "cristianos rojos". Josú fue uno de los últimos en salir de Bilbao, lo que hizo la madrugada del 19

de junio de 1937. Pero, en vez de huir con el resto de las unidades en retirada, se fue al monte con unos cuantos de su batallón y permaneció allí un tiempo, sosteniendo algunos encuentros con patrullas franquistas que hacían lo que en términos militares se llama "operaciones de limpieza".

Tras haber sufrido graves bajas y haber causado bastantes al enemigo, Josú y los suyos se dispersaron y se escondieron. Durante más de un año no hubo noticias de Josú, hasta que una noche llegó subrepticamente a su pueblo a visitar a su esposa e hijo —Arantxa tenía un hermano un año mayor que ella— y se quedó allí, escondido. Seguramente alguien lo vio la noche de su llegada porque a los seis días se presentó la Guardia Civil a buscarlo. Josú salió por una ventana al patio, saltó la tapia y corrió, pero por la parte trasera de la casa le esperaban otros dos guardias civiles. Murió del primer balazo, pero recibió siete en total.

Ocho meses y medio después, Arantxa veía por primera vez la luz solar. No se puede decir que nació porque no fue exactamente eso lo que ocurrió. La viuda de Josú, embarazada de algo más de ocho meses, fue a Bilbao a que la viese un ginecólogo que había sido amigo de su esposo en el ejército vasco. Después de la consulta y de recibir las instrucciones médicas relativas a su estado, salió de la clínica e iba a ver a una amiga que vivía por el barrio de las Siete Calles, cuando un hombre pasó corriendo a su lado, con una pistola en la mano y perseguido por varios policías, también armados, de la Brigada Político-Social. Unos diez metros después de haberla pasado, el hombre se volvió y disparó contra sus perseguidores, justo en el momento en que Arantxa madre, asustada, cruzaba la calle corriendo para no quedar en el camino de los policías. En el tiroteo recibió un disparo en la cabeza y murió en el acto.

Aproximadamente una hora después de muerta la madre, los médicos de la Casa de Socorro, mediante una operación

cesárea hecha a la desesperada, extraían a Arantxa del vientre de la difunta. No tenían casi ninguna esperanza, pero pusieron tanto empeño y tanta voluntad que lograron revivir a la niña.

Por eso, como dije, cuando Arantxa vino al mundo, sus padres ya habían muerto.

Después de que se hicieron algunas indagaciones, la recién nacida quedó al cuidado de una tía lejana, prima segunda de su padre, soltera ya de alguna edad y católica muy ferviente, que se ocupó de que Arantxa tuviese la educación religiosa que corresponde "a una niña cristiana de familia decente", en tanto que Iñaki, su hermano, pasaba a un orfanato regido por sacerdotes estrictos que comenzaron por hacerle saber que el nombre Iñaki no existe y que él se llamaba Ignacio, que ése sí es un nombre cristiano, enaltecido por un vasco eminente, Ignacio de Loyola, ya canonizado y fundador de la orden a la que pertenecían los maestros de Iñaki.

Los orfanatos no son lugares muy agradables. Las paredes estaban descascaradas y las baldosas sucias, con suciedad de muchos años. Una de las tuberías, la que llevaba agua al lavadero, estaba rota o tapada (decían los frailes que los rojos la destruyeron cuando ocuparon el lugar) y los huérfanos tenían que llevar el agua en cubos, a veces demasiado grandes y pesados para la edad del que los llevaba. El transporte del agua para lavar la ropa estaba sujeto, para los internos, a un factor fortuito. Cuando los vigilaba el padre Anselmo todo iba bien y si a alguno se le caía un poco de agua al andar él no decía nada y a veces hasta ayudaba a los más pequeños. Pero si la vigilancia estaba a cargo del padre Adolfo la cosa andaba mal.

El fraile en cuestión era enorme, fuerte, con una expresión agriada por una vida de la que estaba insatisfecho, víctima de un celibato en cuyos efectos no pensaron sus padres cuando, a los doce años, lo metieron en el seminario. Amargado por ser uno más, sin autoridad alguna entre sus iguales,

y odiando a su hermano de sangre, mayor que él, que se quedó en la casa y las tierras paternas y, por si fuera poco, estuvo con los rojos durante la guerra. Claro que él no eligió su bando. Le tocó de ese lado porque allí estaba su casa, pero tuvo que ayudar porque era imposible para el mayor no ayudar a la defensa de lo que para él era Euzkadi y para el menor, el jesuita, el País Vasco. Ciertamente nadie persiguió ni molestó a los curas, frailes y religiosos en general —hubo algunos casos aislados— mientras tuvo el poder el gobierno vasco, pero eso no menguaba el rencor ni la ira del padre Adolfo. Y ese estado de ánimo en perpetua cólera, ese rencor contra el mundo y contra sus padres por haberle hecho fraile, lo pagaban los huérfanos, especialmente cuando no estaba a la vista el padre Anselmo. A los demás sacerdotes del orfanato les era indiferente el trato que Adolfo diese a los internos, pero Anselmo los defendía y hacerlo le había ganado, también, el odio de Adolfo.

Arantxa se educó en un colegio de monjas para niñas pobres y huérfanas donde, entre otras cosas, le enseñaron a sufrir para ofrecer a Dios su sacrificio. Ella y otras niñas cada viernes santo pasaban tres horas de rodillas para la salvación de las ánimas o alguna otra petición al Cielo. Y en cualquier época las monjas ponían dentro de sus zapatos algún pequeño guisante seco y duro o alguna piedrecita para ofrecer a Dios ese sacrificio. Aunque respetaba mucho a las monjas, la persona en la que Arantxa encontró refugio y consuelo fue el confesor, don Pablo Urrutia, sacerdote bondadoso y cristiano que procuraba, en la medida de sus posibilidades, ser ayuda y apoyo para aquellas niñas sin padres y sin un verdadero cariño familiar. Alto, con el pelo blanco, ojos claros de mirada recta, muy cerca ya de los sesenta años y siempre comprensivo y tolerante, Pablo Urrutia se convertía en un abuelo cariñoso para la mayoría de las huérfanas, en vigoroso contraste con los regaños, las exigencias y la rigidez de las monjas.

Así, año tras año, estudiando religión y los textos oficiales, haciendo penitencias y confesando al padre Urrutia inocentes pecados infantiles, Arantxa se convirtió en una muchacha muy hermosa. Aunque siempre usaba ropa gruesa y oscura, con la falda hasta el tobillo, tal como le habían enseñado las monjas, bajo la tela se adivinaba su cuerpo, alto y muy bien formado, de lo cual ella no era consciente. Además tenía un rostro ovalado muy atractivo, dominado por unos grandes ojos azules bajo unas cejas bien formadas en las que nada sobraba y nada faltaba. Los hombres volvían la cabeza para verla cuando ella pasaba, pero Arantxa no se daba cuenta.

Cuando Iñaki cumplió los dieciocho años era un muchacho vasco típico: alto, de anchos hombros, de mirada franca y de ideas claras, tenía una educación bastante buena dentro de lo que se llamó escuela nacional católica y llevaba ya tres años trabajando como cerrajero. Desde muy pequeño le habían atraído las cerraduras. La primera vez cuando el padre Adolfo lo encerró en el cuarto de escobas, y dio dos vueltas a la llave, para castigarle por haber derramado agua del enorme cubo que llevaba. Desde ese día se propuso conocer muy bien las cerraduras para que cuando le encerrasen pudiese abrirlas y escapar. No lo logró mientras estuvo en el orfanato, pero ésa fue la razón por la que a los doce años escogió el taller de cerrajería y se dedicó a su trabajo con tanto empeño que dejó de ser aprendiz y pasó a oficial cuando ya no había cerradura que pudiera guardarle, aunque para entonces ya nadie le encerraba.

A los dieciocho años le sacaron del orfanato y dada su habilidad y su gran conocimiento del oficio encontró trabajo muy pronto. Y como por entonces la salud de la tía dejaba mucho que desear, Iñaki se fue a vivir con su hermana en la misma casa aportando íntegramente su salario para contribuir al sostenimiento de los tres, ya que los médicos y las medicinas para la tía se habían llevado todo lo que la anciana poseía.

Meses más tarde falleció la tía, lo que fue un golpe muy fuerte para Arantxa, en primer lugar porque quería mucho a su tía y en segundo porque fue aquélla la primera muerte con que tropezó en su vida.

La noche del velorio, con apenas los vecinos de la casa, que pasaron por allí un rato, dieron el pésame y se fueron, Arantxa, que tenía los ojos secos, se pasó horas mirando el perfil marfileño de su tía en el ataúd. Aunque había oído hablar mucho de muertos y de muertes, era aquélla su primera experiencia personal y, además de la angustia por la pérdida de la que había sido como su madre, el hecho mismo de la muerte le causó una gran impresión. Allí había un misterio que ella no entendía, porque una cosa es entender las palabras y otra muy distinta sentir lo que dicen, entrar en ellas, comprender. Su tía estaba viva unas horas antes, hablaba, pedía un sacerdote, se confesaba con él. Aunque desmejorada y pálida, todavía vivía, era un ser vivo, una persona. Y ahora, ¿qué era?

Iñaki estaba más tranquilo, no por ser varón, sino porque tenía más experiencia. Durante su estancia en el orfanato había visto morir, en ocasiones diferentes, a cinco de sus compañeros, uno de ellos se dijo que de pulmonía por haber estado castigado en el patio en una noche de crudo invierno. Sabía ya Iñaki lo que es ver inmóvil y ajeno a alguien que poco antes estaba hablando, sintiendo, pidiendo algo o quejándose. Iñaki aceptaba la muerte como algo ya conocido, ya visto antes. Arantxa, en cambio, se estremecía ante lo desconocido y así estuvo, rígida, hasta que por fin, cuando vinieron a llevarse el cuerpo, dio un solo grito ronco y lloró sin freno y sin consuelo.

Después del entierro los hermanos siguieron viviendo juntos, convirtiéndose Iñaki, pese a la poca diferencia en edad que los separaba, en la figura paterna que Arantxa jamás había conocido.

Al transcurrir el tiempo, Iñaki fue haciendo descubrimientos que entraban en contradicción con lo que le habían enseñado los jesuitas.

La vida es un continuo aprender, un saber cada día algo nuevo, algo que antes se ignoraba. Aunque hay quienes se resisten a saber cosas diferentes a las que les enseñaron de niños o de adolescentes, sobre todo si se contradicen con las primeras, Iñaki no era de éstos. Mientras estuvo en el orfanato su vida se reducía a lo que en él oía, vivía y hacía. Las paredes, los altos muros, la vieja construcción, los padres jesuitas, unos buenos, otros menos buenos, algunos peores. Y, naturalmente, la religión, las misas, los rosarios, las festividades religiosas, el nombre de Cristo, las oraciones. Nada acerca del exterior, nada del país, nada de política, nada que no estuviese autorizado por los sacerdotes.

Pero cuando salió y consiguió trabajo se asomó a una existencia que ni siquiera sospechaba. Sabía, desde antes, que estaba en Bilbao, que Bilbao era la capital de Vizcaya, que Vizcaya era una provincia española, que España era un país muy bueno, el mejor según sus maestros jesuitas. Pero ignoraba tanto sobre la vida y la realidad que durante casi un año no salía de su asombro al descubrir hechos nuevos, antes para él insospechados.

Comenzó por saber que sus compañeros de trabajo en la fábrica de cerraduras y hasta un poco el patrón, el dueño, le tenían miedo a la policía. Al principio no entendía por qué, pero poco a poco aprendió que había muchas cosas de las que no se podía hablar sin peligro, por ejemplo de una huelga. Un viejo operario le explicó lo que era una huelga y le dijo que la huelga era un recurso de los trabajadores para ganar un poco más, pero también que el gobierno no permitía las huelgas y que la policía se llevaba presos a los obreros que hacían huelgas, por lo que hablar en público de huelgas que pudiesen tener lugar en alguna parte podría llevar al que

lo hiciese a la comisaría donde les solían dar palizas a los obreros detenidos.

Y creo que, para beneficio de los jóvenes que no conocieron el fascismo, y para recordatorio de algunos desmemoriados que sí lo conocieron, vale la pena reproducir parte del artículo que, durante mi estancia en la clandestinidad, publiqué en *Siempre!*, en el número 598 con fecha del 9 de diciembre de 1964:

...he observado que uno de los factores que mantienen el terror en esta Península Ibérica son las palizas policiacas. La gente le teme más a una comisaría que a una condena, por grave que sea. Pero dejemos las vicisitudes de la Resistencia para tratar algo fundamental: la condición actual de la clase obrera española, verdadera derrotada en la guerra que elevó a Franco al poder.

En veinticinco años "de paz" —más bien *25 años de victoria*, como dijo el abad de Montserrat— ningún sindicato español ha planteado una huelga por la sencilla razón de que la huelga es ilegal y los sindicatos son oficiales. Las huelgas las tienen que organizar clandestinamente y en el País Vasco son obra de la Resistencia por medio de la Alianza Sindical de Euzkadi (UGT, CNT y STV —Solidaridad de Trabajadores Vascos), e invariablemente van seguidas de represión, torturas y procesos.

De conformidad con los estatutos y reglamentos de los sindicatos falangistas —únicos permitidos en la Península— *los trabajadores no tienen derecho a reunirse en asambleas por ningún motivo*. Los sindicatos están integrados por patronos y obreros, por industrias. Los obreros designan unos "enlaces" que son los únicos que pueden reunirse, *siempre que se lo ordenen*, con los empresarios y los dirigentes gubernamentales. Pero ni siquiera para elegir a esos "enlaces" pueden los obreros reunirse en asambleas. En un pizarrón de cada fábrica o centro de trabajo aparecen los nombres de aquellos que los dirigentes sugieren. Sólo de entre ellos pueden los trabajadores escoger, pero aun después de elegidos, los "enlaces" pueden ser recusados "por razones políticas" sin que nadie explique tales razones. Los patronos pueden reunirse todo lo que quieran.

Este tipo de sindicato mitad patronal, mitad obrero, recuerda el cuento del pastel "mitad alondra y mitad caballo", es decir, medio caballo y medio alondra.

Las huelgas en la Península Ibérica ya no son solamente por reivindicaciones económicas; ahora en todas ellas (ilegales) se pide también libertad sindical, pero esta libertad es y seguirá siendo absolutamente incompatible con el franquismo. Ejercer esa libertad es causa invariable y constante de represalias laborales y policiacas. Pero, no obstante el silencio culpable de los medios de información internacional, esa lucha no se detiene. Últimos casos, por ejemplo: seis trabajadores cesados y detenidos en la fábrica Maíz, en Vergara, Guipúzcoa, por su labor en la organización de una huelga que duró dos semanas; once despedidos —y perseguidos— en la fábrica Echevarría de Beasain, por haber participado en una huelga. De todos esos conflictos los sindicatos oficiales franquistas "no se enteran".

El cuatro de agosto fueron juzgados Francisco Calle Mancilla, Agustín Mariano Pascual y José Cases Alonso, en Madrid, por el "delito" de haber querido organizar una central sindical libre. Y cabe, de paso, recordar que en 1945 fueron asesinados por el franquismo el padre y la madre de Cases, por ser trabajadores sindicalizados. El defensor principal, Manuel Giménez Fernández —importante dirigente de la izquierda social cristiana del cual hablaré en otro artículo—, ante las absurdas acusaciones de asociación ilegal que se hacían a dos de los acusados, expresó: "Si esto se admitiera tendríamos que reconocer que un matrimonio, que es el conjunto de dos personas, podría ser acusado de reunirse clandestinamente". Pero Calle fue condenado a seis años, Cases a cinco y Mariano Pascual a tres. Con esas condenas el franquismo parece "suave" a sus defensores, porque antes asesinaba o condenaba a veinte o treinta años de cárcel, pero ¿se ha detenido alguien a pensar que esas condenas tan frecuentes de tres a cinco años son por hechos que en ningún país civilizado serían no ya delito, sino ni siquiera falta administrativa?

El colmo de los colmos, revelador de hasta qué punto los obreros son los vencidos en Iberia, lo constituye una sentencia fresquecita, acabada de notificar en estos días, a David Morín Salgado, Valeriano Gómez Lavin, Ricardo Basarte

y Amezaga, Agustín José Sánchez Corrales y José María Echevarría Heppe (sumario 62/64, rollo 93/64) del Tribunal de Orden Público, notificada el 22 de octubre inmediato anterior. El primer resultado explica que los acusados constituyeron una "Comisión Obrera de Vizcaya" con representación de obreros de diversas empresas de la región" [sic] y comenzaron "a dirigir escritos y peticiones a las Jerarquías Nacionales, Ministros, Autoridades y personalidades", todo ello para "promover la readmisión de los obreros despedidos a consecuencia de los conflictos laborales".

Es preciso hacer notar que teóricamente los españoles tienen derecho bajo el franquismo a dirigirse a las autoridades con peticiones o súplicas. El primer considerando de la sentencia confiesa tranquilamente que ninguno de los acusados tiene antecedentes penales de ninguna clase y, lo que es más sensacional, *que no hay delito político ninguno*, no obstante lo cual se les sentencia a seis meses de cárcel, en la que ya llevan más de un año.

Veamos ahora el otro aspecto, el económico: el 5 de noviembre actual (recuérdese la fecha de este artículo) el diario "YA" publicaba el "presupuesto actual mínimo para un matrimonio con dos hijos" con datos de la revista *Informaciones sociales* que edita Acción Social Patronal. Según dichos datos "el presupuesto actual mínimo para un matrimonio con dos hijos es de 182.87 pesetas, las cuales se desglosan del modo que sigue:

Alimentos	88.29
Combustibles	12.20
Vivienda y gastos de casa	22.96
Vestido y aseo personal	42.54
Varios	16.88

El pequeño detalle estriba en dos cosas: la primera que no es verdad esa distribución, pues todo es más caro de lo que sugiere ese reparto de pesetas, y la segunda, más interesante aún, que son muchos miles y miles de trabajadores españoles que no llegan a ganar las 182 pesetas.

El falangismo ha creado un sistema de pagos muy complejo y que expresado así, en general, es ideal para engañar

a tontos, a saber: además del sueldo la empresa paga un "incentivo" del 10% y un fondo de puntos con una cantidad que es el 25% de lo que paga en salarios en total. Esos puntos se distribuyen así: obrero soltero, 3 puntos por cada persona que dependa de él, madre, por ejemplo, o hermano menor. Si se casa el valor de la mamá baja un punto, pero aumentan 5 por la esposa y uno por cada hijo hasta el cuarto, pues de éste en adelante cada hijo vale dos puntos. Además hay un subsidio familiar para matrimonios con dos hijos o más, de una peseta diaria para cada hijo. Los puntos se liquidan por mes. Veamos ahora este complicado sistema en la dura realidad cotidiana.

En España existen muchas empresas pequeñas, con pocos trabajadores y con bajos sueldos. Como el dinero para puntos es siempre el 25% del total de la nómina, resulta que si en una empresa casi todos son solteros y sin familia y uno o dos casados, los puntos valdrán mucho, pero si todos son casados y con muchos hijos, los puntos serán letra muerta. De lo que se deriva el triste caso de que los obreros se oponen a que se dé trabajo a los cargados de hijos.

Ejemplo: Un obrero gana 80 pesetas diarias; con "incentivo" gana 88. Tiene derecho a 5 puntos por la esposa y dos más por dos hijos. El punto puede valer 30 pesetas, son 210 pesetas al mes, o sea 7 pesetas más al día, más dos pesetas de subsidio familiar, total 97 pesetas diarias de las que debe descontar (sólo de las 80 pesetas originales) 2.53% por seguros sociales y 3% de mutualidad. Resumen: 92.58. Hasta las 182.87 que el optimismo patronal considera presupuesto mínimo para un matrimonio de dos hijos, faltan noventa pesetas 29 céntimos.

Así vive la clase trabajadora bajo el franquismo, tal el régimen surgido de la matanza 1936-1939, he ahí el paraíso franquista. Se explica la ola de huelgas, una tras otra, porque aunque no todos los casos sean exactamente el planteado, no hay duda que los salarios son notoriamente insuficientes y que un obrero para medio sostenerse con los suyos necesita tener un trabajo extra que le agota y le hace trabajar, en conjunto, 12 o 14 horas diarias.

Y éste es el régimen al que los turistas tontos llegan, van a "Chicote", alternan con los señoritos falangistas y con algu-

nos afortunados y quedan convencidos de que en España todo está muy bien. El simple dato de lo barato que resulta todo a los turistas es la mejor prueba del bajísimo nivel de vida del pueblo español. Y todavía en las plazas de Extremadura y de Andalucía el capataz escoge a los obreros como quien compra ganado, tocándoles los bíceps, para que trabajen doce horas o más y ganen lo suficiente para que su muerte de hambre sea lenta.

(Este es el tipo de información que molesta a Fraga Iribarne y también a algunos colegas míos, que fueron a España y sólo vieron los toros. Con lo cual regresamos a la vida de Iñaki, uno de estos obreros.)

Un día llegó a sus manos un periódico clandestino; quien se lo dio le dijo que si se lo encontraba la policía le llevarían a la cárcel y le darían una paliza. Su taller, aunque fabricaba cerraduras, era pequeño y en él nadie pensaba en huelgas, pero se enteraban de algunas que había a veces en las grandes fábricas y que acababan mal para los trabajadores. También supo quiénes habían sido aquellos rojos de los que en ocasiones hablaban sus maestros en el orfanato como de gente mala, asesina y atea. Y resultó que se trataba de obreros como él que años antes habían luchado por la libertad de los vascos y de todos los españoles en aquella guerra de la que él tenía unas versiones que no correspondían a lo que fue sabiendo más tarde.

Por sus compañeros de trabajo y por otros obreros que cada sábado se reunían a tomar un vaso de vino tinto, supo que vivía bajo una dictadura, que tal régimen había surgido de una guerra y que su padre había luchado precisamente en contra de los que ahora tenían el poder. Supo, también, que esos mismos lo habían matado y que los obreros, o muchos de ellos, luchaban como podían por la libertad, la propia como trabajadores y la de los vascos en general, mientras en otras regiones de España las cosas estaban por el estilo o peor.

Arantxa, en cambio, seguía creyendo en todo lo que aprendió en la escuela nacional católica (lo que no era extraño porque años más tarde muchos lo seguían creyendo), ya que prácticamente no salía de casa como no fuese al cine muy de vez en cuando y siempre acompañada por su hermano.

Iñaki se convirtió en un paradigma para Arantxa. Era la única persona, aparte del padre Urrutia, que le había demostrado cariño —la tía era muy parca en sus expresiones— y al mismo tiempo su única familia cercana. Y como Iñaki, para no inquietarla, nunca le contaba nada de la situación política y social, ella seguía en la etapa escolar: era necesario ser buen cristiano para no ir al infierno, donde hasta los niños se quemaban si no habían sido buenos católicos. Los judíos eran muy malos. Ellos eran culpables de que los moros hubiesen entrado en España siglos antes e incluso había en uno de sus libros escolares, *Manual de la Historia de España* (primer grado, Santander, 1939), la afirmación de que los judíos, en varias ocasiones, había martirizado a niños cristianos con horribles suplicios.

Y en otro libro que le pareció muy bonito y cuyo nombre recordaba muy bien, *Yo soy español* (de Agustín Serrano de Haro, Madrid, Escuela Española, 1953), aprendió que el Alzamiento Nacional fue la última guerra y se debió a que “en España había ya muchos socialistas y muchos masones y muy poco temor de Dios. Los socialistas excitaban a los pobres contra los ricos. Los masones querían que hubiera revolución”.

Claro que ella no sabía qué eran los masones o los socialistas, pero eso no importaba, ya que las monjas le habían dicho que eran muy malos y con eso era suficiente. Todos los rojos eran como el Maligno, aunque por fuera pareciesen ser como todo el mundo, y el Caudillo de España había salvado a la Patria.

Así iban las cosas entre los dos hermanos: mientras Iñaki pertenecía ya a un sindicato clandestino, Solidaridad de Traba-

jadores Vascos, Arantxa vivía en el mejor de los mundos admirando a su hermano que no le decía nada de su vida política o sindical para no comprometerla. Así, pensaba el muchacho, si algo sale mal, ella no sabe nada y no podrán hacerle nada.

Iñaki participaba cada vez más en la lucha clandestina. Como escribía bastante bien se había incorporado a la redacción del órgano de su sindicato y ello implicaba no sólo redactar, sino también colaborar en la distribución del periódico, que se reducía a dos o tres hojas en multicopista o una en imprenta manual, según las posibilidades de cada momento. La policía dedicaba grandes esfuerzos a perseguir las publicaciones clandestinas porque el estado franquista sabía lo peligrosas que eran para él, por la importancia de que los trabajadores tuviesen información directa y verdadera de la represión, de las condiciones de vida y de todo lo demás que la censura impedía que se publicase en los diarios y revistas permitidos.

Como tenía trabajo clandestino después del legal, había inventado diversos pretextos para justificar sus llegadas tarde, y Arantxa, que le tenían una confianza sin límites, los aceptó sin problemas.

Una noche salió de la redacción con un paquete de volantes que denunciaban la situación de los obreros bajo la dictadura y proclamaban la huelga como medio de defender sus derechos. No había luna y las calles angostas, calles obreras, como sus habitantes, sólo tenía la luz de los faroles, que no eran muchos. No había nadie en aquellas por las que transitaba Iñaki pero él iba sintiendo, a medida que caminaba, una extraña inquietud que le alteraba el ánimo. No era cobarde y nunca había sentido nada parecido, pero esa vez su preocupación y su inquietud iban en aumento. Hasta que llegó un momento en el que se dijo a sí mismo que su sensación de peligro no tenía fundamento y que era un tonto al dejarse llevar por ella.

La angustia y la inquietud no siempre tienen una justificación aparente. Las calles estaban solitarias, los faroles eran manchas luminosas y las puertas y ventanas de las casas estaban cerradas. La soledad es inquietante cuando se llevan papeles que pueden significar graves problemas.

Había recobrado una cierta tranquilidad cuando, sin haber escuchado nada alarmante, ni siquiera voces, al doblar una esquina vio a los grises deteniendo a dos transeúntes, pidiendo documentación y cacheándoles. Una sensación de hielo le recorrió la espalda. Apenas tuvo tiempo de dar vuelta en redondo, sin cambiar el paso, y volver a pasar la esquina en sentido contrario.

Inmediatamente comenzó a correr, pero uno de los policías le había visto. Corrió todo lo rápido que le permitían sus fuerzas pero tras él iban ya dos grises gritándole que se parase. Varias calles pasó sin fijarse ni por dónde iba, presa de un pánico salvaje que le impulsaba sólo a correr, antes de comprender que necesitaba escapar y que para ello debía pensar. Miró en torno, reconoció la calle y recordó que allí cerca había una tasca cuyo propietario pertenecía a la Resistencia y le conocía.

En otras circunstancias habría recordado que nunca debía atraer a la policía hacia lugares o personas comprometidas como él en la lucha contra la dictadura. Era lo primero que le habían dicho cuando lo admitieron. Pero en aquel momento, en su carrera desenfrenada, lo único que pensó fue que necesitaba ayuda, que alguien tenía que ayudarle a escapar. Y corrió hacia la taberna.

Una tasca obrera de Bilbao es un centro de humanidad, de lo mejor de la humanidad en muchos casos. Mostrador de madera, botellas detrás, como en todas las tabernas del mundo, y mesas pobres, también de madera, con algunas sillas. Pero los que estaban en ella, en la mayoría de las tabernas de las Siete Calles, no eran borrachos, ni gente ociosa, ni noctámbu-

los aburridos ni vagos. Eran trabajadores, hombres rudos y sencillos, que descansaban de la dura jornada y que, allí, en su ambiente propio, comentaban lo que la censura impedía que publicasen los periódicos o dijese la radio, conversaban sobre lo que estaba prohibido conversar y pensaban lo que estaba prohibido pensar. De hecho una tasca de entonces era un espacio libre, de una libertad relativa, ciertamente, pero libertad al fin, bajo un régimen de opresión y de miedo.

Era ya tarde y quedaban pocos parroquianos cuando Iñaki entró corriendo, casi sin aliento. Se dirigió al tabernero que estaba detrás del mostrador e hizo un gesto con la mano derecha hacia atrás. El hombre lo reconoció y, también con un gesto, le señaló una entrada a la trastienda cubierta por un trapo viejo y sucio en calidad de cortina. Iñaki entró, corrió por entre cajas de botellas de gaseosa, sifones y otros objetos semejantes y llegó a un retrete con un ventanuco que daba a un callejón lateral. No podía dejar el paquete, pensó, porque si lo encontraba la policía cerrarían la tasca y detendrían al dueño y a todos los parroquianos, de manera que, sin soltar los volantes, saltó por aquel agujero al tiempo que los grises entraban a la taberna pistola en mano. Ya en el callejón corrió desesperadamente y al pasar junto a un recipiente de basura arrojó allí el paquete de volantes y siguió corriendo.

Entre tanto en la taberna habían entrado cuatro policías y dos se quedaron afuera. Durante la persecución el grupo policiaco había crecido y dos de ellos vestían de paisano. Entraron gritando y amenazando a todos.

—¿Dónde está el que entró corriendo?

Hay un tipo de ser humano que necesita fortalecerse a sí mismo humillando a los demás, golpeándoles, haciendo valer su autoridad. Y ese tipo de ser humano se encuentra con frecuencia entre los policías de cualquier país, de cualquier régimen. El policía perfecto no tiene ideas, no piensa, no se interesa por la justicia ni por la condición humana, todo su horizonte

termina en la necesidad de obedecer al gobierno, sea el que fuere, y dentro de esa obediencia cabe todo, incluso el asesinato. Por eso agentes nazis sirvieron a Estados Unidos o a la Unión Soviética después de la guerra, y en muchos países los mismos que sobreviven a la democracia hicieron méritos en una dictadura y viceversa.

Los parroquianos miraron a los policías con una calma total. Se levantaron y, obedeciendo las órdenes que les daban, se pusieron contra la pared con los brazos en alto. Dos agentes los registraron bajo la mirada alerta de los dos de afuera, también con las armas en la mano, mientras los otros dos pasaron al interior, encontraron el ventanuco y saltaron por él.

Cuando los grises insistieron en preguntar a dónde había ido el hombre que acababa de entrar corriendo, todos dijeron que no habían visto a nadie.

Furioso, uno de los policías de paisano que vieron entrar a Iñaki, golpeó con la pistola a uno de los obreros. Le dio en la cabeza y la herida comenzó a sangrar.

—¿A dónde fue? ¿Por dónde salió?

—Ya le dije que yo no vi entrar a nadie.

Los demás policías se unieron a la violencia pero lo único que obtuvieron fue la misma respuesta: nadie había entrado.

Después de un rato se llevaron a todos, varios de ellos ensangrentados, incluyendo al propietario que, después de identificado como tal, fue el más golpeado.

Iñaki, mientras tanto, corrió lo más rápido que pudo hasta pasar dos calles y al dar vuelta a la segunda esquina cambió a un paso normal. Así avanzó por un tiempo breve. Adelante, en la misma acera por la que él marchaba, una pareja se despedía ante el portal de un edificio. Iñaki fue, poco a poco, recobrando el ritmo de respiración que la carrera le había hecho perder.

Y mientras respiraba más normalmente pensó que de ésta se había salvado. Por la calle, detrás de él, venía un vehículo de la Guardia Civil. Miró hacia atrás al oír el motor, pero no se

alteró ni corrió. Al tiempo que llegaba a la altura de la pareja, que tenía ya abierto el portal por el que la mujer iba a entrar, uno de los guardias se dirigió a Iñaki:

—Deténgase. Quiero ver su documento de identidad.

Iñaki pensó que lo mejor era hacer lo que le decían. Ya no llevaba encima nada comprometedor y no había problema en mostrar su DNI. Y entonces, mientras sacaba la cartera, vio que por el extremo de la calle acababan de aparecer, corriendo, dos policías. No podía tener la certeza de que fuesen los mismos que le perseguían, pero sin duda era lo más probable, ya que no se veía nada ni nadie que justificase la carrera de los dos grises con las pistolas en la mano. Obró por instinto, por reflejo, ya que no tuvo tiempo de pensar en nada, saltó hacia el abierto portal, empujó a la mujer y se lanzó desesperadamente a subir por la escalera de un edificio desconocido de seis pisos. No sabía hacia dónde iba, no tenía idea de si encontraría salida a la azotea o se toparía con una pared o con puertas cerradas. Lo único que le impulsaba era el pánico.

El inspector Berdejo, de la Brigada Político-Social, no odiaba a nadie. No se irritaba jamás, no perdía nunca el control de sí mismo, nadie le había visto perder los estribos. Ni siquiera cuando un detenido que estaba siendo torturado le escupió en la cara se le notó la más mínima alteración. Y fue total la impasibilidad que mantuvo mientras se limpiaba con un pañuelo que inmediatamente arrojó a la basura. Tampoco se alteró al ordenar lo que debían hacer con el preso, ni cuando los gritos del detenido estremecieron el cuarto y horrorizaron a algunos agentes veteranos, ni durante la media hora que duró el horror, ni cuando el médico le dijo que el hombre estaba muerto. El inspector Berdejo era inalterable. Tampoco era susceptible de ser influido de ninguna manera. Sabían bien

sus subordinados que le gustaban las mujeres y que a sus cincuenta y pico era un garañón. Pero también se filtró que en su deseo sexual no había ninguna clase de sentimientos. El amor, del que Berdejo se reía, le había proporcionado delaciones y declaraciones que nunca habría logrado por otros medios. El inspector sabía muy bien que la amenaza y un ligero maltrato contra la persona que amaba el preso, sobre todo teniéndola allí, a su merced, era más efectiva a veces que la tortura al preso mismo. Tenía también como agentes a dos o tres mujeres muy hermosas, bien pagadas y sin escrúpulos, que seduciendo a algún nacionalista vasco de actividad clandestina le habían sacado más información en la cama de la que se hubiese obtenido del mismo en una sesión de tortura. Pero a él nunca le había seducido mujer alguna y las que pretendieron conseguir algo de él mediante la seducción, que no fueron pocas, fracasaron totalmente. Ningún detenido fue mejor tratado por las gestiones de alguna mujer en su favor, nunca nadie dejó de ser aprehendido porque alguna mujer lo solicitase y esto incluye a las que estuvieron dispuestas a todo, e hicieron todo, para lograrlo.

Lo que sí se sabía es que nunca dejó de acudir a un ofrecimiento femenino. Así la solicitante creía triunfar. La decepción venía después.

Cuando Berdejo fue informado del incidente de la tasca bajó a los sótanos a ver a los detenidos. Los examinó tranquilamente uno por uno, todos ya con señales muy visibles del trato que habían recibido, y ordenó que los soltasen, con excepción de Martín Iturriaga, el dueño de la taberna.

Iturriaga era un vasco duro como una roca. Había luchado durante la guerra como los buenos. Después estuvo en la cárcel varios años, pero ni los combates ni los malos tratos en la prisión consiguieron quebrarle.

Y eso fue lo que vio Berdejo en los ojos del tabernero cuando lo tuvo sentado frente a él, en su despacho.

—Te he traído —dijo con una voz tan serena y normal como si estuviese hablando con un conocido en un café— para saber si éste que entró corriendo en tu tasca era tan importante como para que aguantes todo lo que has aguantado y lo que puede venir todavía.

El otro le miró con cuidado con su ojo derecho porque el izquierdo lo tenía morado y cerrado por los golpes. Vio la mirada del inspector y se dio cuenta de su absoluta frialdad, pensando: "este torturaría a su madre sin temblarle la mano".

—¿De verdad era tan importante? ¿Era un dirigente del PNV?

Iturriaga echó una ojeada al despacho. Era un cuarto pequeño con paredes empapeladas, aunque el papel estaba ya sucio, viejo y roto en muchas partes. A un lado tenía una mesita de madera con una vieja máquina de escribir y al otro un sofá muy gastado y una silla, en la que él estaba sentado. Lo vio todo y permaneció en silencio. Pero Berdejo le miró sin impaciencia y sin molestia.

—¿Vale tanto la pena? —insistió.

—Si usted me permite, le diré la verdad.

—Adelante. Te escucho.

—Usted sabe mejor que nadie que sus agentes no son infalibles. Son bestiales, torturadores y asesinos, pero infalibles no.

Hizo una pausa, pero Berdejo estaba tan impávido como si escuchase algo que no le interesaba mucho. Y no daba la más mínima señal de impaciencia.

—La verdad es que nadie entró en la tasca. La calle estaba oscura, sin luna, y los faroles están en la esquina. El tipo al que venían persiguiendo se debe haber metido en algún portal en la misma acera de mi taberna y los grises creyeron que había entrado en la tasca, porque era el único lugar con puerta abierta. Seguramente cuando el tipo entró en otro portal cerró detrás de él.

Berdejo le miró atentamente y después desvió la vista hacia la bombilla del techo, lo que le hizo ver las grietas que ya conocía muy bien. Algún día debieran arreglar y pintar esta mierda, pensó. Y volvió la vista hacia el hinchado y amoratado rostro de su interlocutor.

—Yo sé —dijo— que no dirás nada más aunque empleemos contigo los métodos más desagradables. Pero debes tomar en cuenta que en un interrogatorio puedes morir.

Un encogimiento de hombros fue la primera respuesta.

—No puedo hacer nada por evitarlo. Estoy en sus manos. Pero puedo decirle, si usted quiere, que el que entró corriendo era el *lehendakari*.

Berdejo no sonrió, pero tampoco se molestó. Tocó un timbre y entró el policía que estaba en la puerta.

—Llévese a éste y que lo suelten.

—¡Sí, señor inspector!

Cuando hubieron salido preso y guardián, Berdejo murmuró para sí: "Con un hijo de puta como éste nunca se sabe cuándo dice la verdad". Y como estaba solo se dio el lujo de sonreír, pero con una sonrisa tan fría que era más desagradable que una amenaza.

CAPÍTULO SEGUNDO

No hay en España...

Uno lo ha vivido desde que el primer recuerdo se almacena en la mente. Uno lo ha mamado, es un decir, y un día, un aciago día, uno mismo tiene que destruirlo.

Por allí pasó cuando todavía lo llevaban en brazos. Por allí, más tarde, pasó corriendo como un niño y caminando como un adolescente. Y, también, con los pasos de adulto. Por allí pasó con sus novias y con la que más tarde se convirtió en su esposa... Allí se detuvo, cientos de veces, a mirar la ría. Y ese pasar, ahora lo comprendía, ese diario ir de uno a otro lado de la ría, era el ritmo mismo de la vida, el ritmo de las palpitaciones de su corazón que lo llevaron a la escuela, al trabajo, a los amigos, al descanso. Así pues, lo que ahora pensaba destrozar era una arteria vital de su existencia anterior, de toda su existencia.

punte colgante...

Claro que él no lo conoció cuando estaba colgado de cadenas, en 1827. Ni tampoco pudo haberlo visto cuando estaba colgado de cables, porque en 1874, durante el asedio de los carlistas, fue destruido.

Deshacerse de algo que forma parte de la vida es como deshacerse de un poco de uno mismo. Es sacarse algo que se tiene dentro y que al sacarlo da dolor, un dolor impreciso,

pero fuerte, que las circunstancias no dan tiempo de analizar pero que allí está.

Era parte de él, de su ciudad, de su corazón, de sus sentimientos. Y, sin embargo, tenía que destruirlo. Lo peor era tener la certeza de que había que hacerlo. No tenía dudas, pero sufría la angustia de estarse preparando para aniquilar parte de su vida, de su ser, de su personalidad. Precisamente de la parte esencial de su persona, que era la formada por los recuerdos, base esencial de la existencia humana porque sin ellos sería como si hubiésemos nacido cada día.

Nunca antes le sucedió nada semejante. Jamás se vio en la necesidad de destruir parte de su memoria, de destruir sus recuerdos más gratos, los de infancia y juventud. A partir de ahora aquello se iría difuminando en su cerebro, se iría perdiendo en un pasado oscuro y ni sus hijos ni sus nietos conocerían nunca lo que con tanta fuerza integraba su calidad de hombre, apoyada en milenios de actividad de otros hombres.

más elegante...

Para Josú era el puente de San Francisco (o el Puente de Hierro, como muchos le llamaban) sobre la ría, con dos faros en cada orilla, uno a cada lado, haciendo pareja, y con sus dos escaleras, a izquierda y derecha, en cada una de las extremidades, ascendentes para quien iba a cruzar el puente y descendentes para los que ya lo habían pasado. Todo el conjunto tan familiar para quien lo vivió a todo lo largo de su existencia. Por eso destruirlo ahora era como destruir una parte de él, suya e íntima, porque nadie puede ver las cosas como las ve otro y ninguna persona pudo haber visto y sentido aquel puente exactamente como él, Josú, lo sentía.

Pero no había remedio, era necesario defender la ciudad, había que luchar hasta el último instante, el último segundo, hasta el último metro cuadrado, porque estaban luchando por Euzkadi y los vascos no eran los culpables de aquella guerra, como tampoco lo eran los millones de habitantes de España

que la sufrieran sin haberla deseado ni menos comenzado y los vascos, como los demás, estaban luchando en legítima defensa de sus libertades y del derecho a una vida digna y libre.

Josú revisó cuidadosamente el trabajo de los *gudaris* que estaban colocando la dinamita, y para hacerlo descendió por una cuerda hasta la estructura metálica en rombos que sujetaba los extremos, vio que todo estaba bien hecho, volvió a subir, dio sus órdenes y esperó.

Cuando aparecieron las avanzadillas fascistas ninguno de los hombres de Josú hizo fuego. Sólo cuando ya los de enfrente eran muchos, tres o cuatro de los *gudaris* dispararon un poco, dando la idea de que el puente era defendido por apenas dos o tres hombres, y después de tirar corrieron hacia la bocacalle más cercana y desaparecieron de la vista del enemigo.

Los "fachas" llegaron arrastrándose y cubriéndose hasta la cabeza del puente y allí se detuvieron. No se les hizo ni un disparo más ni ellos veían a nadie del otro lado. Un soldado del Tercio se adelantó y pasó el puente sin ver enemigos. Y entonces sucedió una cosa que hubiera sido extraordinaria en cualquier otra guerra, pero no en la de España. Josú estaba escondido donde no se le podía ver desde el otro lado, pero sí desde el final del puente en la orilla en que él estaba. Cuando el del Tercio avanzó, con su uniforme de la Legión que Belausti conocía muy bien, el comandante vasco empuñó su subfusil ametrallador —le llamaban "naranjero"— dispuesto a disparar tan pronto como el soldado enemigo le descubriese. Cuando el otro le miró a los ojos y una fracción de segundo antes de que Josú apretase el gatillo, el soldado, sin levantar su arma para apuntarle y sin gritar, pero a un nivel de voz que el vasco escuchó perfectamente, dijo:

—Viva la República.

Dio la espalda a Belausti e hizo señas a los franquistas para que avanzasen, mientras él mismo seguía hacia delante, hacia el comandante vasco. Y cuando un tanque de fabrica-

ción alemana llegaba a la mitad del puente, seguido por una bandera del Tercio, Josú hizo estallar la dinamita.

que el de Bilbao

Es duro tener que destruir algo que está integrado a la vida de uno. Es duro:

Para entonces el del Tercio estaba ya junto a Belausti diciendo:

—Soy republicano, soy de la UGT y éstos me agarraron prisionero y me dieron a elegir entre el Tercio o el paseo.

Más tarde fue uno de los que se fueron al monte con el comandante.

Pero todo eso fue hace mucho tiempo, unos veintisiete años antes de que yo llegase a Bilbao, ocupado por aquellos que no pudieron pasar el puente de San Francisco, porque la verdad es que ese puente, como los demás de la ciudad, nunca lo pasaron. Llegaron, sí, pero no pasaron los puentes.

Bilbao es una ciudad que rezuma solera. Se diría que los edificios y los lugares esenciales a lo largo de su historia se han quedado allí, incluso los que ya no están, como en esas fotografías hechas con máquinas especiales de espionaje que retratan el volumen de un vehículo después que ha dejado de estar en el lugar.

El Nervión, prolongado en la ría, Portugalete, en la desembocadura, el casco viejo con las Siete Calles, Begoña, a donde se sube en ascensor desde el Arenal. El Deusto, Atxuri, de cuyo equipo eran los once jugadores que, según la canción, iban en una gabarra por el río. Bilbao, el gran Bilbao, con Santurce, de donde venía, por toda la orilla, la vendedora de sardinas, con la falda arremangada, luciendo la pantorrilla. Bilbao: una ciudad hermosa y fuerte.

Cuando apenas me había recibido en su casa, en su piso, con todo el peligro que eso entrañaba si la policía me encontraba allí, la señora de don Juan Béistegui me contó un delicioso chiste vasco que dice:

—Jesús era el ser más humilde que haya existido jamás. Pudo nacer rey o emperador y nació hijo de un carpintero; pudo vivir en un palacio y vivió entre el pueblo más sencillo; pudo rodearse de reyes y sacerdotes y se rodeó de pescadores; pudo haber nacido en Bilbao y imiren dónde fue a nacer!

Si no se conocen las tabernas de las Siete Calles no se conoce a la gente de Bilbao y si no se conoce a su gente no se conoce Bilbao. Pero no me refiero a recorrer las tabernas como turista, tomar en ellas un vaso de tinto o una cerveza, admirar sus mostradores de madera, pulida por años y años de uso, observar al tabernero detrás del mostrador o el ambiente general. Lo que quiero decir es que si no se conoce a la gente de Bilbao no se conoce la ciudad, porque las ciudades son su gente. Y en el casco viejo hay calles que ya en sus nombres son nostalgias, recuerdos de otros tiempos, sueños de un pasado. La calle Pelota, la Barrencalle, la Belasticalle, Somera o Artecalle, nombres que no corresponden a zonas exclusivas, ni a avenidas con palacetes, sino a calles populares, con gente sencilla y espontánea que mira de frente, a los ojos. Y los obreros vascos que frecuentan esas tabernas y las llenan las noches de sábado son el corazón mismo del País Vasco, son Vizcaya. Son calor humano y manos callosas que se estrechan con respeto y que ofrecen amistad sincera.

A propósito de calor humano, es ahí donde fallan los sabios: en el calor humano. Si los ideólogos y teóricos comunistas se olvidaron del calor humano y quisieron convertir a las personas en estadística, cosa que, en la práctica, consiguieron Stalin y los suyos, otros muchos en todo el mundo no han podido identificar y aislar el calor humano. Basta con observar hoy a lo mejor de las generaciones españolas posteriores a la guerra. Cómo analizan minuciosamente todo lo que sucedió entonces, siempre esforzándose, esfuerzo loable, por plantear todo sin resquemores, como debe ser. Los historiadores estudian con paciencia y atención las circunstancias políticas y eco-

nómicas que determinaron los hechos; los estudiosos de la política examinan el juego de los partidos políticos de entonces, sus características, sus programas, sus afiliados, su fuerza. Algunos centran su trabajo en las grandes figuras de aquel tiempo: Azaña, Prieto, Besteiro, Negrín, Durruti, Federica Montseny, la Pasionaria. Otros buscan entender e interpretar a la mayoría de los españoles de entonces según ellos los ven, generalmente atribuyéndoles esa calidad que un mal presidente estadounidense designó como "mayoría silenciosa". Todo eso está muy bien, es lo correcto, todos ellos tienen razón.

Pero para saber cómo vivió, luchó y sintió el pueblo de Madrid el 7 de noviembre de 1936, para comprender a los vascos que combatían en los batallones de *gudaris*, y compenetrarse con los habitantes de Barcelona durante los bombardeos de marzo de 1938, para sentir a los niños muertos y a las mujeres gritando, hace falta mucho más que la sabiduría, la objetividad o la buena voluntad. Porque todas esas situaciones, cuando los hombres, las mujeres y los niños las están viviendo, atraviesan la tenue pero notable línea de la erudición, trascienden, es decir, traspasan los límites de la experiencia posible de los mejores analistas, superan la imaginación de quienes no las vivieron y se sitúan más allá de toda posible reproducción intelectual.

Sin embargo, esto del calor humano tal como he intentado describirlo, no se limita a la Guerra Civil. Todo eso es igualmente válido para quienes vivieron y sufrieron el fascismo, para los millones que permanecieron en España bajo la represión policiaca, psicológica, educativa, administrativa y cultural, que impusieron los vencedores. Tampoco los análisis que se hagan sobre ellos, por más eruditos y profundos que sean, podrán captar el latido de las sienes de los perseguidos, los aterrorizados, los encarcelados, los escondidos o, sencillamente, de quienes, durante casi cuarenta años, vivieron la angustia.

Porque, más allá de los cuidadosos y minuciosos estudios de los historiadores, lo que caracteriza todas esas etapas de la historia es el compás de la circulación en las venas de quienes las vivieron, el ritmo, acelerado e irregular, con el que latieron en aquellos instantes sus corazones y el ritmo de las arterias que oxigenaron el cerebro de cada uno, todo lo cual produce esa cosa inefable que, a falta de un término mejor, llamo calor humano. Y ese calor desaparece —podríamos decir que se enfría— cuando cada situación ha sucedido, cuando el protagonista se convierte en recordador de un pasado que, por serlo, no está ya hoy aquí. Por eso algunos, muy pocos, que siguen viviendo el calor humano de aquel tiempo, se vuelven latosos y molestos para las nuevas generaciones, porque no saben hablar sino de lo vivido, aquello que jamás podrán sentir quienes no estuvieron precisamente allí en aquel momento. Y conste que —cuestión de sutilezas— al mencionar a estos últimos latosos, los pocos sobrevivientes, no me refiero al clásico anciano con demencia senil que se pasa la vida contando un episodio de su vida. Hablo, simple y sencillamente, de calor humano y de quienes lo captaron, aunque no fueron todos; hablo de quienes (a diferencia de los ancianos volcados obsesivamente en su pasado) recuerdan y repiten lo sucedido con la fuerza humana y con una visión de conjunto que haga honor a su calidad esencial de testigos. Todo lo cual se entrevera en un tejido tan sutil y apretado imposible de deshebrar.

Quizá por esa sutileza, por esa imposibilidad, surge la tentación insidiosa de olvidarlo todo, generalmente envuelta en el disfraz del “sin rencores” o cualquier otra máscara tan falsa como ésa, porque la necesidad de no olvidar no tiene nada que ver con mantener rencores ni con persistir en los viejos odios, sino directa y únicamente, con la lucha, desesperada por inútil, pero indispensable, de evitar que generaciones más tarde se vuelva a caer en el mismo horror. Esa es la palabra definitoria de casi todo aquello: el horror.

Ya Roger Bacon decía "sin la experiencia nada se puede conocer suficientemente" pero qué experiencia (*erfahrung, experience, esperienza*) pueden tener del horror esos jovencitos que le dicen a su abuelo "no me cuentes batallitas" si les habla de su vida, burlándose del pasado de sus mayores, sin haber tenido que sufrir el fascismo, ni la Guerra Civil, con la sangre por todas partes derramada, ni el temor a la muerte, a una muerte siempre cercana, es decir, el miedo al "paseo", al fusilamiento o a la bomba, jóvenes que no vivieron el miedo a la detención y a la tortura de quienes soñaban con la libertad y luchaban por ella bajo la dictadura.

Sin embargo, en mitad del horror hubo algo más, algo que ya no entienden las nuevas generaciones y que no hay forma de explicarles porque las palabras ya no son lo mismo que fueron, ni los hombres, ni las cosas, ni la vida es hoy como fue en aquel tiempo. Ese algo es innombrable, inefable hoy, aunque realidad ayer. Puede contarse como un cuento porque para la gran mayoría de la gente del tiempo actual eso es lo que parece:

Érase una vez un pueblo que vivió plenamente palabras que estaban cargadas de sentido, como generosidad, solidaridad, ideales, camaradería, fraternidad... palabras que expresaban el aspecto menos frecuente de lo humano, por cuya razón fueron poco comprendidas fuera de aquel lugar. Había, también, palabras panfletarias, intereses turbios y malas acciones, pero el conjunto del pueblo era ajeno a esto porque lo que sentía era una gran alegría, como la de niños en el recreo. Pero las palabras han ido perdiendo luz, han perdido esa claridad que sólo pueden dar la pureza de la ingenuidad y la bondad humana. Y esas dos cosas son en estos días poco más que un recuerdo y benditos sean los que comprenden a fondo todo esto, que los hay, aunque sean pocos. En fin, lo importante es que, aunque los más no lo crean, hubo una vez un pueblo que creía en cosas extrañas en las que ya nadie cree. Por eso hay que contarlos así: érase que se era...

¿Por qué ahora ya no existe aquello? Porque uno de los más viejos males de la humanidad ha ido creciendo, ganando terreno, afectando a todos, gracias a la televisión, gracias a la tecnología y, sobre todo, gracias al sistema económico que se nos ha impuesto. Y ahora los hombres sufren de ese mal que es la soledad en medio de las multitudes, pero también la soledad entre amigos, la soledad entre la familia y, peor aún, la soledad que aísla y separa a los que constituyen la pareja. Las palabras se han distorsionado, se han desfigurado, se han transformado y el ser humano, al sentirse y saberse solo, se ha entregado en cuerpo y alma al único demonio verdadero: el egoísmo, la indiferencia hacia los demás, la frialdad ante el destino ajeno. Fue una suerte para John Donne morir en 1631, porque, ahora sí, poco a poco, los hombres y las mujeres se van convirtiendo en islas. Ahora las campanas doblan solamente por el muerto.

La primera vez que visité las tabernas del barrio de las Siete Calles me llevaron a ellas para que presenciase un espectáculo único: la actitud de un pueblo. Uno de los hombres del gobierno vasco me llevó por esas callejas únicas del Bilbao proletario de entonces —no sé ahora si sigue igual— y me dijo:

—En esta calle hay varias tabernas. Escoja usted la que quiera.

Indiqué una y entramos. Nos acodamos en la barra y pedimos una vaso de vino. Y a los diez minutos entró un hombre, que sin duda nos había seguido de lejos, se plantó en el centro del establecimiento y gritó:

—*iGora Euzkadi!* ¡Abajo la dictadura!

Nadie se alteró. Le miraron tranquilos —la taberna estaba llena de gente porque era sábado— y seis o siete corearon:

—*iGora Euzkadi!*

Mi acompañante me hizo salir y seguimos caminando.

—Puede haber algún chivato y al rato llegaría la policía. No podemos arriesgarnos. Pero escoja otra.

Calles más adelante entramos en otra taberna y la escena se repitió. Pero en ésta el que entró, que no era el mismo hombre de la anterior, lo que gritó fue:

—¡Muera Franco! ¡Gora Euzkadi Askatuta!

Y esta vez fueron muchos, unos veinte parroquianos, los que corearon:

—¡Gora Euzkadi!

Salimos caminando y pude observar que detrás de nosotros estaban saliendo también muchos parroquianos.

—Todos son antifranquistas, pero salen porque saben que la policía puede llegar y no quieren problemas inútiles —explicó mi guía. Esta escena se repitió dos veces más, sin que en ninguno de los locales hubiese la más mínima reacción de desagrado o de incomodidad, ni siquiera en la expresión de algún rostro. El pueblo vasco, el verdadero pueblo, estaba en masa contra la dictadura. Mis anfitriones me lo demostraron.

Pero fue más tarde, después de muchas cosas y de haber recorrido el País Vasco y haber estado en Madrid, cuando volví a las tabernas de las Siete Calles a charlar de hombre a hombre con algunos resistentes que ya para entonces eran mis amigos.

Una noche fuimos a poner una *ikurriña* en el ascensor de Begoña, con el que los bilbaínos suben de una parte a otra de su ciudad, un ascensor de servicio público, como un autobús. El procedimiento de los resistentes vascos era poner su bandera con un mecanismo que la mantenía horizontal, al nivel del suelo en el que estuviese, durante un tiempo previamente fijado, y que la erguía y la hacía visible desde todas partes a una hora determinada. La pusimos para que se levantase a las ocho de la mañana y la viese todo Bilbao. Pero aunque nos habíamos acostado de madrugada, después de instalar la bandera bicrucífera, a las siete yo salí a la plaza del Arenal, con mi cámara, esperando ver alzarse la bandera y tomar fotos de ella. Pero apenas salí al Arenal quedé estupefacto. Jamás en parte alguna había visto yo tantos policías. Su nombre oficial

era Policía Armada pero todo el mundo les llamaba “los grises”. Llenaban materialmente la plaza que estaba pletórica de gente, ya que casi había un uniformado por cada civil.

Y allá arriba, en la cúpula del ascensor de Begoña, unos policías tenían dificultades para llegar a la bandera y quitarla, ya que se había erguido antes de la hora prevista. Yo debía tomar las fotos para *Gudari* y si tardaba en hacerlo no lo lograría. Me metí en el edificio de una compañía de seguros (La Unión y el Fénix Español, se llamaba), y subí hasta el último piso como si fuese empleado o funcionario. Atravesé una puerta y me encontré ante una enorme oficina, un salón, lleno de empleadas trabajando en múltiples escritorios. Creo recordar que dije “con permiso”, usando nuestra mexicanísima fórmula, y atravesé la sala hasta llegar al balcón, que abrí sin pedir permiso a nadie. Allá enfrente estaba la *ikurriña* y los que querían quitarla. Y tomé varias fotos, una de las cuales, en efecto, se publicó más tarde en un número de *Gudari*. Pero en un balcón cercano de otro edificio estaba un tipo con el aire inconfundible de inspector de policía, acompañado de otros agentes de paisano, que me vio tomando fotos.

—¡Eh, usted! —me gritó— ¡Espere ahí!

Tal vez pensó que yo era un turista o quizá un empleado de la compañía de seguros, pero no me quedé a comprobarlo. Bajé las escaleras de La Unión y el Fénix como si me persiguiera el demonio, pensando que al salir del edificio sería visto y detenido por cualquiera de los abundantísimos “grises”. Por lo cual, al llegar a la calle, me quedé pegado a la fachada del edificio del que acababa de salir y con sólo caminar unos pasos me introduje en un hotel inmediato, que está justamente en la casa vecina y que se llama, o se llamaba entonces, Abando. Subí al segundo piso, entré en un cuarto, que no estaba vacío, y no contaré cómo me salvé de ser encontrado en la inmediata y cuidadosa búsqueda que hizo en el hotel la policía, porque más de uno de los lectores, y no pocos de mis

amigos de México, dirían que es demasiado cinematográfico o "melodramático". Me atengo al epígrafe de Javier Marías que puse al principio de este libro.

Después vendría mi foto haciendo guardia de honor ante el árbol de Guernica, en la Casa de Juntas, otras en Bermeo o en Ercilla, en Madrid, en la escalinata de las Cortes, ahora Cámara de Diputados, como antes la de la Venta de Lizuniaga con la propietaria, doña María Pilar Echeagaray de Irazoqui y un contrabandista, todas ellas publicadas por Pagés Llergo en *Siempre!* y otras que no llegaron a publicarse, en la Puerta del Sol, en la entrada de la Dirección General de Seguridad, otra en el Palacio del Pardo (por fuera, naturalmente) y todo ello sazonado por la ira del gobierno franquista según se prueba con las publicaciones de plana entera que me dedicó *El Español*, periódico del señor ministro de Información y Turismo, don Manuel Fraga Iribarne.

Pues bien, pocos años antes de todo eso, un día se despertó Arantxa a las seis de la mañana, sintió sed y fue a la cocina a beber un vaso de agua. Aunque ella misma no se lo confesaba, no podía dormir tranquila cuando se acostaba antes de la llegada de Iñaki. Y al entrar en la modestísima cocina obrera de la casa que les costaba trabajo pagar con los flacos ingresos del muchacho, vio que el pedazo de tortilla y el pan que había dejado para la cena de su hermano no habían sido tocados. Allí estaban, fríos e intactos, sobre un descascarado plato de peltre azul porcelana, encima de un hule ya muy descolorido por el uso. Sin saber a santo de qué, Arantxa recordó que aquel hule había sido de su tía y, según aquélla le dijo alguna vez, antes fue de su madre, a la que jamás conoció.

Durante mucho tiempo tuvo la obsesión de saber cómo había sido su madre. Muchas de sus compañeras en el internado habían conocido a sus mamás y ella no. Ese deseo de

saber cómo fue su madre permaneció en su ánimo infantil como una inquietud que a veces hasta le impidió dormir. Pero la vida fue reclamando sus derechos y aquella preocupación pasó a ser sólo una curiosidad insatisfecha.

Pero mientras miraba distraídamente el gastado hule que cubría la mesa y pensaba en aquella madre no sólo desconocida sino limitada para ella apenas a una sola fotografía mala, que mostraba a una mujer absolutamente extraña e indiferente, Arantxa súbitamente se dio cuenta de la hora y de que Iñaki no había cenado. Alarmada fue al cuarto de su hermano, cuarto de obrero, con un catre de campaña y una silla por todo mobiliario, y comprobó lo que temía: no había llegado. Aquello no había sucedido nunca antes y la primera reacción de Arantxa fue de tal sorpresa que quedó estupefacta, sin saber qué hacer. Era la primera vez que se encontraba ante algo inesperado sin tener en quién apoyarse. Después de unos instantes pensó que Iñaki habría tenido un accidente, le había atropellado un automóvil o algo así y comenzó a vestirse a toda prisa para acudir a la Casa de Socorro más cercana. Estaba a punto de salir cuando se abrió la puerta y apareció Iñaki. Traía la ropa desgarrada y sucia, los pantalones rotos a la altura de las rodillas, la americana llena de polvo y de tierra. El rostro blanco como la cal, la respiración alterada y su visible agitación daban la impresión de que se sentía muy mal. Y apenas entró se dejó caer en una silla. Arantxa le miró asustada, pero no dijo nada. Él ni siquiera la había saludado, cosa que no dejaba de hacer nunca. Ella tenía una interrogación en los ojos, pero permaneció callada, esperando que él se explicase.

—Casi me agarran —balbuceó el muchacho—, me salvé de casualidad.

Arantxa no entendió.

—¿Casi te agarran? ¿Quiénes?

Iñaki había dicho demasiado y permaneció silencioso, buscando en su cabeza una mentira creíble.

—¿Quién te quería agarrar? ¿Quién te perseguía?

Pero estaba tan cansado y tan asustado que no se le ocurría ninguna explicación. Miró a su hermana y estuvo a punto de romper en un sollozo. Arantxa comprendió que él estaba bajo una impresión muy fuerte y lo abrazó, sin encontrar palabras para transmitirle lo que sentía. El abrazo, apretado, fue más elocuente que las palabras no pronunciadas. Iñaki se abrazó también a ella y los dos se apoyaron mutuamente sin hablar durante un rato. Por fin, Arantxa expresó su necesidad de saber a qué se había enfrentado su hermano.

—Cuéntame qué te pasó —le dijo muy suavemente mientras le acariciaba la cabeza.

En su estado de nerviosismo y angustia, Iñaki no tuvo fuerzas para mentir.

—Los que me perseguían eran policías.

Arantxa se asustó. Para ella la policía sólo perseguía a delincuentes. O, como le dijese las monjas, a gente mala.

—¿Qué hiciste?

—Unos compañeros me pidieron llevar unos volantes de información sobre lo que pasa, lo que el gobierno esconde. Es necesario que el pueblo sepa la verdad.

—¿La verdad?

—Hermana, ya eres una mujer. No es posible que sigas ignorando que vivimos bajo una dictadura fascista. No hay libertad para hablar, para escribir. No podemos hablar vasco. Una cosa es que no sepas de política y otra que estés fuera de la realidad.

—Yo sé que no hay libertad. Pero también sé que es necesario que el gobierno nos defienda de los comunistas y de los masones, que son ateos.

—¡Arantxa, por favor! ¡Ya no estás en el colegio de monjas, ya no eres una niña!

—¿Eres comunista?

—¡Claro que no! ¡Soy vasco y católico, como tú! Pero quie-

ro una Euzkadi libre, sin generalísimos, donde podamos hablar de todo sin miedo, conservar nuestra lengua y mantener nuestra cultura y nuestras tradiciones.

—Yo no sé hablar vascuence.

—Yo tampoco, pero quisiera aprenderlo y ahora está prohibido. ¿No comprendes lo que es vivir en libertad?

Iñaki se desesperaba. Su hermana le parecía ignorante, incapaz de entender. Pero comprendió por qué era así.

—Yo tengo parte de la culpa, es verdad. Tú y yo fuimos educados en las mismas mentiras, en las mismas mierdas de la escuela nacional católica. Hemos vivido con falsedades desde niños, con periódicos llenos de veneno, con noticieros como el Nodo. Sin embargo yo, y muchos como yo, al llegar a mayores hemos visto la verdad detrás de tanta mentira. Nos contaron mentiras sobre la guerra, nos dijeron que era una cruzada por Cristo, pero mataron a muchos curas vascos, por el hecho de ser vascos. Nos hablaron de los rojos; según ellos todos los que defendían la República y los que luchaban por el estatuto para Euzkadi eran rojos, comunistas o masones. Pero ya es hora de que sepas que nuestro padre, el tuyo y el mío, combatió por esa República y por Euzkadi. ¡Y no era rojo ni comunista!

Iñaki siguió hablando por horas, exaltado por su pasión, la del descubridor que comunica a otro sus descubrimientos, y para Arantxa se abrió un mundo desconocido, casi increíble, pero verdadero, porque quien se lo estaba revelando era su hermano, su ser más querido, su único apoyo en el mundo, la única persona en la que tenía una fe absoluta.

Es muy duro para cualquier ser humano ver que se hunde todo aquello que le han enseñado, todo aquello en lo que creía. Estar toda una vida conociendo un mundo que nos enseñan y nos muestran como el único verdadero, y descubrir que todo era mentira es una experiencia muy dolorosa. Arantxa, que escuchaba a su hermano y le creía, se sintió de pronto vacía. Las palabras de Iñaki estaban destruyendo todo lo que había

sabido y creído hasta entonces, pero era superior a sus capacidades comenzar a creer en cosas que siempre habían sido para ella inexistentes o malas.

—Está bien —dijo por fin—, creo todo lo que tú me dices. Pero no puedo compartir tus ideas. Sé ahora todo lo malo que ignoraba, pero es más fácil darse cuenta de lo que es malo que creer de repente en algo nuevo.

Y tras un largo silencio que les pesaba a los dos, ella agregó:

—Lo más urgente ahora es que no te pase nada. ¿Crees que te sigan buscando?

—No; ellos no saben quién soy y no me han seguido. Los perdí lejos de aquí.

—Entonces no te metas en nada más. Mantente alejado de todas esas cosas.

Iñaki miró con tristeza.

—Te prometo tener mucho cuidado. Pero no te puedo prometer que no participaré en la lucha. En ella están mis mejores amigos, mis compañeros.

—¡Pero hay mucha gente que no hace nada de eso, que vive su vida en paz!

Iñaki estuvo un momento pensando la respuesta.

—Unos no participan por cobardía y otros por conveniencia. Pero lo importante de los seres humanos no es lo que no hacen, sino lo que hacen.

Aunque Iñaki no lo pensó, hay otro aspecto de la cuestión que es capital. No sólo cuenta lo que hacen, sino por qué lo hacen.

Don Pablo Urrutia era un hombre tranquilo y un sacerdote humilde, cuidadoso de sus feligreses, temeroso de Dios y disciplinado ante la jerarquía. Pero para algunos de sus superiores tenía un defecto: era vasco. Vivía en el último piso de una casa muy modesta, de apenas una habitación de entrada, que

servía de sala, de comedor y de cocina, y otra más pequeña, tras una puerta, en la que estaba la cama, humildísima. No tenía ama, sino apenas una asistente que una vez por semana iba a hacer una limpieza general. Porque hacer la cama y arreglar la casa diariamente lo hacía el mismo don Pablo.

Por ser demasiado vasco, aunque callado y respetuoso, no le habían asignado parroquia y su trabajo sacerdotal se limitaba a ser el confesor de algunos centros de beneficencia pública, como el colegio de huérfanas al que asistió Arantxa, y a decir en estos lugares alguna misa cuando el titular no podía hacerlo. Y es que don Pablo era siempre auxiliar, nunca titular de nada.

Su casa de tres pisos fue nueva a mediados del siglo XIX. Los peldaños de madera de las escaleras estaban muy gastados y el barandal fue abrillantado y pulido por el roce de miles de manos a lo largo de siglo y medio. Las paredes de la escalera se habían ennegrecido con el tiempo, como si hubiesen sufrido el humo de algún incendio, lo que evidentemente no había podido ocurrir, ya que en aquella estructura sustentada en vigas de madera, un incendio habría terminado con todo el edificio. Y sobre la superficie oscura de las paredes, pulidas en algunas partes, como si muchos hubiesen subido restregándose contra ellas, manos irrespetuosas habían labrado en el yeso palabras o figuras obscenas que don Pablo, ante la imposibilidad de borrarlas u ocultarlas, había deformado. Con un clavo prolongaba los trazos de las letras y desfiguraba los dibujos convirtiendo a unas y otros en garabatos irreconocibles.

Se reía de sí mismo por hacerlo, como si él fuese una novicia capaz de ruborizarse!, pero se justificaba diciendo que lo hacía para que los niños no viesen tales cosas. Y, además—él siempre lo consideraba en segundo lugar después de los posibles infantes—, no estaba bien que en la casa de un cura se vieran tales despropósitos.

Las habitaciones en que vivía no estaban mejor que la escalera. En algún tiempo remoto fueron cubiertas con papel pintado, del que quedaban aún residuos, y los esfuerzos tenaces por limpiarlas no habían tenido éxito. Debido a lo cual, grandes desgarramientos y lamparones, algunos de los cuales había intentado en vano el cura ocultar o disimular con láminas de temas religiosos, daban un aspecto lamentable al conjunto.

Su vivienda estaba en la parte más antigua de Bilbao, y muy cerca de una vieja iglesia pequeñita de la que nadie se acordaba y en la que el obispado había olvidado desde veinte años antes a un amigo suyo, don Javier Belausteguigoitia, un anciano sacerdote también postergado, al que Urrutia ayudaba de vez en cuando, sobre todo los viernes, ocupando uno de los confesionarios para descargar de trabajo a su amigo, aliviando el peso de la culpa y el pecado en las almas de viejecitas que no tenían ni culpa ni pecado, pero que se confesaban invariablemente cada semana.

Como era viernes llegó a la iglesia, que seguramente era aún más vieja que su casa pero carente de los elementos artísticos que dan valor a las antigüedades y, después de dejar la teja y el manteo en la sacristía y ponerse la estola, entró en el confesionario y escuchó a la primera feligresa, que con una voz conocida le dijo:

—Padre Pablo, soy yo, Arantxa.

—Me gusta encontrarte, hija, después de tanto tiempo. ¿Hace mucho que no te confiesas?

—No mucho, padre, pero necesito confesarme con usted.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

Y, una vez cumplida la regla litúrgica, Arantxa habló con el segundo hombre en quien confiaba, después de su hermano, pero lo hizo deliberadamente en confesión para garantizar la seguridad de Iñaki.

—Mi hermano está en un grave peligro, padre. Se ha metido con los que están contra el gobierno, hacen papeles y periódicos y sindicatos prohibidos. Y tengo mucho miedo, padre.

El buen cura se alarmó un poco.

—¿Con qué sindicatos hija?, ¿comunistas?

—No, padre, con algo que se llama no sé qué de trabajadores vascos.

Arantxa no lo notó, pero don Pablo respiró, aliviado de su temor.

—¿Solidaridad de Trabajadores Vascos?

—Sí, padre, eso es.

—Hija, eso es muy peligroso, debes convencer a Iñaki de que se aleje de esos asuntos.

—¿Es muy grave padre?

—Como acabo de decirte, es peligroso. Pueden encarcelarlo y hasta cosas peores. Pero desde el punto de vista religioso no es pecado.

—Pero, padre, yo he oído a las monjas y siempre he sabido que los obispos y los cardenales están contentos con el gobierno y siempre salen en el Nodo con el generalísimo.

Don Pablo suspiró y pidió a Dios, mentalmente, que le perdonase por su pensamiento definitivamente contrario a los actos de la jerarquía.

—Sí, hija, eso es verdad, pero ésa no es la enseñanza de Dios Nuestro Señor.

Arantxa quedó muy sorprendida.

—Pero si son obispos...

—Son hombres como lo soy yo. Y ellos también pueden equivocarse.

Y tras una pausa breve agregó:

—Lo que hace tu hermano es muy malo en el sentido de que es muy peligroso. Se necesita mucho valor para hacerlo. Pero no incurre en pecado por luchar por la libertad. Dios es testigo de que no miento.

—Sí, padre, eso es lo que me dijo, que lucha por la libertad de los vascos y que en toda España hay otros que también luchan por ser libres.

—Vivimos tiempos muy difíciles, hija mía, unos tiempos en los que cada quien debe obrar en conciencia, sin que se le pueda decir, en ese orden de cosas, qué es lo que debe hacer.

—Yo creía que eso era pecado grave.

—Debes saber, hija mía, que hay hasta sacerdotes que ayudan a esa lucha, quiero decir que ayudan a los que luchan por la libertad, por los fueros.

—¿Qué hago, padre?

—Intentar convencerle de que deje esas actividades. Él es tu único sostén, los dos sois toda la familia que queda. Díselo.

—¿Y si no me hace caso?, ¿si sigue en esas cosas?

—Entonces, hija, sólo te queda la oración. Pídele a Dios que lo ilumine y que él haga siempre lo que sea mejor.

Berdejo se quedó pensando en el incidente de la taberna.

Algo había en todo aquello que no acababa de convencerle. Y ordenó a sus agentes una investigación detallada en todas y cada una de las casas que estaban en la misma acera de la tasca. Necesitaba saber quién vivía en cada una y los antecedentes de cada persona en ellas. A la semana tenía ya informes detallados de sus agentes y datos de algunos delatores llevándolo a concluir que el hombre perseguido por los grises sí había entrado en la taberna de Martín Iturriaga, cuyos antecedentes conocía. Por lo que ordenó a varios soplores que estuviesen pendientes de esa taberna, de quiénes eran los amigos de Iturriaga, a dónde iba y con quiénes se reunía.

Iñaki recibió una severa reprimenda de sus compañeros de la organización, que le dijeron cómo, por su culpa, habían sido golpeados Iturriaga y algunos parroquianos y le ordena-

ron que no se acercase ni siquiera a la calle de la tasca hasta nuevo aviso, al tiempo que Iturriaga quedaba relevado de asistir a cualquier tipo de reunión con gente del sindicato clandestino y hasta de andar con amigos que pertenecieran al mismo. La taberna de Iturriaga dejó de ser frecuentada por los que habían hecho de ella un centro de contactos.

Aquel día Pedro Goritz salió de su casa tan tranquilo y normal como siempre. Se despidió de su esposa, recogió la fiambarrera, besó en la mejilla a su hija Laurencia y se fue a su trabajo. Alto, de cejas muy pobladas, frente despejada, carácter bonachón y poderosos bíceps, Pedro era un obrero más entre muchos y, en cierto sentido, pudo haber servido de arquetipo del obrero vasco medio. Todo parecía indicar que aquel día sería como cualquier otro. En efecto, en cierto sentido todos los días son iguales, todos son como cualquier otro para las piedras, quizá para el sol, tal vez para las montañas. Pero para nuestra especie hay algunos días en la vida de cada ser humano que son muy distintos a los demás. Y aquel era un día que sería determinante y definitivo en la vida de Pedro Goritz.

Al llegar al tajo encontró un impreso debajo de sus guantes de protección y junto al torno que manejaba. Era pequeño y en papel muy delgadito y lo reconoció por haberlo visto y leído ya otras veces, por lo que después de una rápida mirada a su alrededor, se guardó en el bolsillo la edición prohibida y clandestina de *Gudari*.

Pedro era obrero metalúrgico de toda la vida, como su padre y su abuelo lo habían sido. Cuando terminó la Guerra Civil tenía pocos años pero no pudo crecer fuera de las consecuencias de la contienda porque su padre, socialista, fue fusilado por los vencedores y la madre no dejó de contárselo y repetírselo a medida que iba creciendo. No obstante, Goritz no tenía sentido claro de la política ni interés en participar en ella. Se mantenía

al margen del activismo y se limitaba a leer prensa clandestina y a participar, como tantos miles, en las huelgas obreras que, de vez en cuando, desafiaban al fascismo español.

Ese día, como todos, comió el pedazo de tortilla que María, su esposa, le puso en la fiambarrera, bebió un poco de vino tinto de la media botella que llevaba con la comida y charló con los compañeros en una de esas conversaciones insulsas y vacías que eran las únicas que se podían mantener sin peligro. Sólo podían ser sinceros y apasionados cuando hablaban de fútbol y ese día no lo hicieron.

Al terminar la jornada, Pedro Goritz se quitó el mono, se puso un tabardo azul que tiempo atrás fue de su padre y salió, considerando que aquel día había sido uno de tantos. Pero se equivocaba.

Iba distraído y no se fijó en el tipo que leía un periódico apoyado en una esquina, ni tampoco en un automóvil negro parado del otro lado de la calle con dos hombres dentro. Por eso, por su distracción, un policía le agarró por la espalda torciéndole el brazo derecho antes de que pudiera darse cuenta de nada, mientras otro le registraba y sacaba de su bolsillo el bien doblado y pequeñísimo ejemplar de *Gudari*, tras lo cual lo metieron rápidamente en el coche y lo llevaron a los calabozos de la Brigada Político-Social.

La pregunta era siempre la misma:

—¿Quién te lo dio?

Y la respuesta también la misma:

—Lo encontré en el tajo, estaba debajo de los guantes.

La pregunta no cambiaba, no variaba. La respuesta sí cambiaba, no en las palabras, que eran las mismas, sino en el tono y en la voz, que se estaba volviendo un gemido apagado, porque había algo que sí estaba cambiando: la tortura que se iba intensificando, el dolor. La angustia. El miedo. El horror establecido con una indiferencia burocrática, como si quienes la aplicaban no fuesen seres de la misma especie del que la su-

fría. En efecto, la tortura fue variando. Primero fueron golpes, golpes en la cara, golpes en los riñones, golpes en los testículos que le hicieron aullar de dolor. Después le ataron las manos por detrás y lo levantaron por ellas con una polea hasta que quedó en el aire, a poco más de medio metro del suelo, casi con los brazos derechos respecto de la espalda, y en esa posición le golpeaban por todas partes.

—Creo que dice la verdad, que lo encontró en el tajo —dijo al inspector Berdejo uno de los que llevaban el “interrogatorio”—. Sabemos que así lo hacen. Dejan los impresos clandestinos donde los encuentren los obreros.

Berdejo leyó rápidamente el expediente de Goritz y levantó la vista.

—Podemos aprovecharle de todas maneras —dijo—. ¿Cómo está?

—Bastante mal.

—Que lo atiendan, déjenle descansar y denle de comer. Mañana me lo traen aquí, a mi oficina.

Al día siguiente un Pedro Goritz muy maltratado, con dolores en todo el cuerpo que se hacían agudos a cada paso que daba, pero más o menos consciente, se encontró ante Berdejo, que le hizo sentar frente a su escritorio y ordenó que les dejaran solos.

—Tú llevabas encima un periódico clandestino —dijo el inspector—, una de esas publicaciones de los rojos, de los enemigos de España. Y eso podría costarte muy caro, suponer más del mismo tratamiento que has recibido y una condena larga.

Pedro le miraba con dificultad, con sus ojos sanguinolentos desde su rostro desfigurado. Tenía un gran dolor en los brazos y en los costados, dolor que destacaba sobre el resto de todo su cuerpo dolorido. Se sentía muy mal.

—Yo no soy rojo —balbuceó—, soy católico y nunca...

Parece increíble que hayan existido tiempos en los que ser

“rojo” o “nacional” (como si los otros fuesen extranjeros) era la diferencia entre la cárcel y la libertad, entre tener trabajo o carecer de él, entre el bienestar y la tortura, entre la vida y la muerte. En ese tiempo era peor ser “rojo” en España que lo fue ser leproso en el Imperio Romano. El “rojo” no tenía derecho alguno, ni siquiera el de la vida, con la particularidad de que para ser considerado “rojo” no era necesario ser comunista, ni anarquista, ni siquiera republicano, como lo prueban, entre otros muchos ejemplos —idemasiados, por desgracia!—, los sacerdotes vascos asesinados. Pero peor aún es que muchos ignoren lo que sucedió y que otros lo estén olvidando.

Al inspector no le importaba en realidad que alguien fuera rojo o blanco. Lo único que contaba para él era lo que sirviera a sus fines, que eran destacar en su puesto como un celoso servidor del gobierno.

—Yo te creo —dijo interrumpiendo a Goritz—. Pero el hecho es que tenías un ejemplar de *Gudari* y no nos has dicho quién te lo dio.

El detenido iba a responder pero Berdejo levantó la mano indicándole que esperase.

—Sólo hay una forma de salvarte de la condena y ponerte en libertad, y es que colabores con nosotros, que nos ayudes.

Pedro sintió vagamente, en forma intuitiva, que se cernía sobre él un peligro mayor que aquel en el que se encontraba. Bajó la vista hacia la sucia y ensangrentada pernera derecha de su pantalón y musitó:

—¿Cómo?

—Diciéndonos quién reparte *Gudari* en la fábrica.

—¡Pero no lo sé!

—Ahora no. Pero te vas a fijar, vas a observar, y estoy seguro de que sabrás quién es. Nos lo dices y quedas libre y tranquilo.

El dolor del costado, donde le habían dado patadas, le dio una punzada que le hizo inclinarse de lado. El dolor se hizo

insoponible pero, al mismo tiempo, la ira creció hasta anular su miedo y su instinto de conservación.

—Mátenme y déjese de mierdas.

Berdejo le observó impávido, tomó el expediente, lo ojeó y oprimió un timbre a un lado de su mesa de despacho. Inmediatamente entró el policía que llevó a Goritz.

—Este hombre está muy mal. Llénenlo a una celda de primera. Que lo vea el médico. Que lo cure y denle bien de comer. ¡Ah!, y que avisen a su familia que está bien y que en diez días podrán verlo. Goritz lo oía pensando que todo aquello era un lenguaje en clave para que lo matasen o le siguieran torturando. Salió, caminando con dificultad y ayudado por el policía. Pero hicieron lo que ordenó Berdejo. Diez días después, ya muy mejorado y con el rostro casi normal, recibió, en un despacho de la policía, la visita de su esposa y su hija.

Media hora de miedo y de lágrimas duró la visita —porque así son esas visitas aunque muchos felices ciudadanos no imaginen siquiera tales situaciones—, y al terminar lo llevaron otra vez al despacho del inspector y nuevamente los dejaron solos.

—Ya en mejor estado de salud y habiendo visto a tu familia, habrás pensado en lo que te dije.

—Sí, señor inspector, he pensado que no me convertiré en un chivato, en un traidor a mis amigos y compañeros. Creo que no hay nada peor que un confidente de la policía. Le dije a mi familia que posiblemente no nos volvamos a ver en mucho tiempo o quizás nunca. En estos diez días he rezado mucho, pidiéndole a Dios que me ayudase a tomar una decisión. Y he tomado la única que puede tomar un hombre decente. Hágame lo que quiera, pero no cuente conmigo.

Berdejo lo escuchó con la misma tranquilidad y plácida expresión que pudiera esperarse si Goritz hubiese aceptado. Y con la misma impasibilidad habitual en él dijo:

—Me esperaba algo así, pero te equivocas y sí colaborarás.

—¿Cómo piensa lograrlo?

El inspector oprimió el timbre antes de hablar, la puerta detrás del preso se abrió silenciosamente y dos policías entraron.

—Tienes una hija, Laurencia, muy hermosa. Y no quieres que le suceda nada.

—¡Hijo de puta!

Pedro Goritz se lanzó contra Berdejo, pero antes que terminase de ponerse en pie los dos que estaban a su espalda lo inmovilizaron.

—¡Canalla! ¡No se atreverá!

Los insultos no producían la más mínima reacción en el inspector Berdejo, que observó al prisionero con una calma absoluta.

—¡Es una niña! ¡Tiene quince años y nunca se ha metido en nada!

Tres veces tocó el timbre el inspector, timbre que no se oía en el despacho, y la puerta del fondo se abrió. Un policía empujó por los brazos a Laurencia, esposada, que miró al interior de la oficina y gritó:

—¡Padre!

Pero a un gesto de Berdejo la muchacha fue sacada del cuarto con la misma rapidez con que había entrado.

—¿Qué le han hecho? —la voz de Pedro sonó sin fuerzas, desmayada.

—Todavía nada. Acaban de soltarla y va, con su madre, para su casa. Tú sabes que no nos será difícil encontrarla no sólo aquí en Bilbao, sino en cualquier lugar de España en que se escondiera. Y en ese caso cualquier cosa podría pasarle a tu hija, como que mis ayudantes se divirtieran con ella. Porque hay otras posibilidades peores. Así que basta ya de tontearías. Quedas libre para que puedas comprobar que tu hija está en su casa sana y salva. Y tienes diez días para investigar quién lleva *Gudari* a la fábrica.

Ninguna de las definiciones de la conciencia puede ser pre-

cisa y exacta, porque la conciencia es una cosa tan variable, tan cambiante, tan peculiar que cada ser humano tiene una distinta de las demás. En filosofía moderna conciencia es una relación intrínseca al hombre "interior" o espiritual por la cual se puede conocer a sí mismo y juzgarse. Campanella hablaba ya del "conocimiento inmediato de sí mismo". Pero eso no es todo: la conciencia que Kant llamaba intuitiva, y que es la experiencia interior de cada ser humano, es maleable, cambiante, susceptible de evolucionar para aceptar hoy lo que rechazó ayer y para renegar mañana de lo que hoy acepta. La conciencia determina la vida de la gente. Según la Real Academia, la conciencia es una propiedad del espíritu humano de reconocerse en sus atributos esenciales y en todas las modificaciones que en sí mismo experimenta, aunque una definición más concisa expresa que es el conocimiento interior del bien que debemos hacer y del mal a evitar. Sí, pero ¿qué es el bien y el mal? ¿Es el bien perseguir, encarcelar, torturar y asesinar a los que piensan de modo diferente al nuestro? ¿Es el mal ejercer la libertad de pensamiento? ¿Es el bien el egoísmo total que nos hace pensar sólo en nosotros mismos y en las personas de nuestro entorno familiar? Puede también decirse que la conciencia es una suma de representaciones, actuales o pasadas, que permite al hombre obtener una imagen de su personalidad. Pero esto, a nivel personal, sería para juzgarse uno mismo y, ¿quién se juzga admitiendo que el otro es igual a nosotros y con los mismos valores y derechos?

Desde el día en que Berdejo le fijó un plazo, Pedro Goritz dejó de ser el hombre que siempre había sido. A los ojos de los demás parecía siempre lejano y distraído. Sus amigos pensaban que estaba enfermo y le preguntaron muchas veces qué tenía, sin recibir respuesta.

—Nada —solía decir—, no tengo nada.

Pero lo que tenía era una angustia insoportable, un miedo terrible a lo que pudiese sucederle a Laurencia. Por las maña-

nas, cuando salía de su casa hacia el trabajo, se despedía de su hija casi temblando, con pánico verdadero de no encontrarla a su regreso.

Cuando la familia lo recibió al quedar en libertad, le hicieron muchas preguntas, pero él sólo respondió con una explicación simple:

—Me detuvieron por error. Creían que yo era enemigo del gobierno. Cuando comprobaron que era inocente me soltaron. Eso es todo.

Su esposa, que era una mujer sencilla, hacendosa y trabajadora, muy devota de su marido, aceptó la explicación. Pero al pasar los días y notar el cambio producido en él, se dio cuenta de que había algo más, mucho más, que él no le había dicho. Y creyó que el cambio se debía a las palizas y la tortura, de lo que él no había hablado, pero que fue evidente por las secuelas. Tuvieron que ir al médico para que, poco a poco, Pedro se fuese recuperando del daño físico.

—¿Qué te hicieron? —le preguntó ella una noche, conteniendo su dolor y su preocupación.

—Ya lo sabes, me dieron una paliza.

—Pero, Pedro, hay algo más. Tú has cambiado desde entonces, desde que llegaste ya no eres el mismo. ¿Qué te pasa?

—¡Nada! ¡No me molestes!

La esposa calló. La vida familiar se había destruido y esposa e hija lo sabían, aunque no imaginaban por qué.

En ese tormento interior vivió Goritz ocho días. Al noveno, víctima de una espantosa pesadilla, se despertó a media noche gritando:

—¡No puedo hacerlo! ¡No! ¡No lo haré!

Sus gritos fueron tan fuertes que la hija, alarmada, acudió a la alcoba de sus padres a ver qué sucedía. Pedro había despertado y la madre lo tranquilizaba, pero al ver a Laurencia su expresión fue tal que asustó a las dos mujeres. Tenía los ojos clavados en la muchacha como si estuviese viendo todo el

horror imaginable. Permaneció así unos instantes, con la vista fija en algo que, aunque era su hija, estaba más allá de ella, como si estuviese viendo a través de ella. Por fin, entre las expresiones cariñosas de madre e hija, se tranquilizó poco a poco.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las seis de la mañana —dijo la mujer después de mirar el reloj.

—Tengo que vestirme —exclamó. Hija, puedes volver a tu cuarto. Era una pesadilla, pero ya pasó. Vete.

La esposa le preparó una taza de café. Le ofreció un bollo pero él se negó a comer nada, y se fue sin explicar por qué salía tan temprano si su turno esa semana empezaba más tarde.

Con una idea fija y con la vista también fija, Pedro Goritz tomó el camino que conducía a la Brigada Político-Social y al inspector Berdejo.

Era el décimo día.

CAPÍTULO TERCERO

Una anteiglesia es, en el País Vasco, una iglesia parroquial, de hecho un pueblo agrupado en torno a su parroquia. Y así, de las anteiglesias de Etxano, Amorebieta, Ibarri y Gorocika, que durante la etapa histórica foral componían el Señorío de Vizcaya, las dos primeras se convirtieron en el municipio de Amorebieta Etxano y las otras dos fueron el ayuntamiento de Ugarte de Múgica.

¡Qué lejos estaba en 1964 el siglo XIII, en el cual otorgaron el lugar de lo que hoy es Amorebieta a don Pedro García de Salcedo para que lo poblase, como premio a su actuación durante la batalla de las Navas de Tolosa!

Otras muchas batallas habían tenido lugar en el País Vasco cuando yo llegué, pero por ellas ya no se daban terrenos como en 1212, cuando en Jaén, Andalucía, tuvo lugar aquella en la que se distinguió García de Salcedo.

Eran los tiempos en los que se estaba estructurando España y allí participaron Castilla, Navarra y Aragón, con ayuda de las fuerzas del papa Inocencio III, porque ya en aquella época, como en la actualidad, los papas tomaban partido en las contiendas terrenales. Fue un rey muy cercano al País Vasco y que reinaba en él, Sancho VII de Navarra, quien rompió el cerco musulmán y conquistó Úbeda y Baeza. Con esta batalla se terminó con el predominio almohade en la

Península aunque, curiosamente, del lado de los cristianos lucharon las huestes almohades norteafricanas, que también eran musulmanas, al mando de al-Nasir. Divergencias acerca de su religión, e intereses más fuertes que aquélla, les llevaron a luchar entre sí en un momento de la historia en que todos ellos, musulmanes y cristianos, eran igualmente españoles en tanto que nacidos por muchas generaciones en la Península Ibérica, en la que ambos grupos dejaron muestras de un arte que les sobrevivirá mientras haya España, tal es el caso del Alcázar de Sevilla, joya almohade de la España eterna.

Anteriormente se llamó todo aquello la Merindad de Zornotza (el Merino era el Juez Mayor), nombre que alternaba con el de Amorebieta hasta el siglo XIX. Por cierto, hay muchas leyendas acerca del origen del nombre de Amorebieta: una de dos capitanes, otra de dos virtuosas hermanas, una sobre una planta, etcétera.

A los efectos que aquí nos interesan, lo que cuenta es el santuario y convento de carmelitas de Larrea, hoy un barrio de Amorebieta, fundado en 1712 por don Juan de Larrea, convento al que más tarde se unió el colegio de los carmelitas y donde en 1931 se fundó una revista eusquérika llamada *Karmengo Argia*.

El convento de carmelitas descalzos de Amorebieta hubiese llenado todos los requisitos que exigiera fray Luis de León para practicar su concepto de la vida retirada. Separado del mundo por una tapia, además de por la fe de sus monjes, con una huerta por la que se puede pasear filosofando y con frailes conscientes del mundo exterior, aunque sin dejarse seducir por él, pocos lugares he conocido en mi peregrinar por la esfera terrestre que fuesen más adecuados para encontrar esa paz interna que todos anhelamos, consciente o inconscientemente, y que está más asociada a la circunstancia de cada

uno (con perdón de Ortega) y a sus experiencias vitales que a ninguna otra cosa.

Los de espíritu religioso, sumergiéndose en el misterio de la divinidad y en todas sus ramificaciones y consecuencias, suelen encontrar ese equilibrio espiritual que necesitan. Los que como yo son ajenos a las especulaciones y creencias metafísicas, reflexionamos sobre la condición humana sin restricciones ni prejuicios y llegamos si no a esa paz absoluta, que en estricto sentido está negada para siempre al ser humano, sí, por lo menos, a una recapitulación analítica sobre la especie, que no siempre es agradable ni estimulante, pero que sirve, a veces, para poner a uno en paz consigo mismo, lo que no es poco.

Pero unos y otros encontrarían el ambiente adecuado para ello en aquel maravilloso convento de carmelitas de Amorebieta, que un día me sirvió de refugio contra la persecución policiaca y del que guardo un inolvidable recuerdo.

En 1937 era vicario del Colegio de Larrea un hombre eminente por sus cualidades humanas, el padre Román de San José, carmelita descalzo. Todos los que le trataron y con quienes hablé, hombres y mujeres, fueron unánimes en exaltar sus virtudes y sus cualidades.

Pero un día llegaron a Amorebieta los nacionales, los salvadores de España, los defensores del cristianismo, los cruzados de la fe, y llegaron con una lista. Eran gente muy ordenada, muy cuidadosa, de manera que la lista la llevaban los oficiales, en este caso el capitán S. Altuna, de Tolosa, comandante de la 3ª compañía del Tercio de Oriamendi, de Requetés. Nada de grupos de incontrolados, nada de desorden, nada de anarquía o de iniciativa particular, no.

La lista enumeraba las personas que era necesario fusilar en Amorebieta para salvar a España y la encabezaba el padre Román de San José. Allí mismo, en la tapia del convento, por fuera, lo fusilaron. Lo castigaron con la muerte por un grave delito: editaba una revista diminuta, hecha para sostener el

apostolado, una especie de hoja parroquial, que se llamaba en vascuence *Karmengo Argia* (Luz del Carmen).

Ahora bien, en esta ejecución hubo algo excepcional que retrata a una parte del clero que apoyó a los "nacionales", tan ordenados y tan patriotas: el pelotón de ejecución lo mandó el capellán del Tercio de Oriamendi, don Luis Inchaurrendieta, que tenía el grado de alférez, quien primero confesó al padre Román y después dio la voz de fuego y también el tiro de gracia. Eran las 12:15 del 19 de mayo de 1937. Servicios del alférez-capellán que al triunfo de Franco se le pagaron con la parroquia de Guetaria.

Cuando algún español o española propone olvidar la Guerra Civil, yo digo que no: hay cosas como la muerte del padre Román de San José que no deberían olvidarse nunca, por el contrario, deberían pasar de generación en generación hasta el fin de los siglos.

Naturalmente, también hay que recordar a los cuatro muertos de la camioneta en Chamartín de la Rosa, con los que inicié este relato, y a otros como ellos. Tampoco a éstos hay que olvidarlos porque lo que no se debe olvidar es el horror. Pero a aquellos cuatro, y a otras muchas víctimas como ellos, hay que recordarlos conscientes de que el estado de cosas que condujo a su injusta muerte fue creado por quienes mataron al padre Román de San José.

Sin embargo, hay una diferencia abismal entre cualquier otro asesinato de los muchos de la Guerra Civil y el del padre Román de San José. Más bien no es una diferencia, sino algo más profundo y absolutamente inefable, es decir, sin descripción posible que pueda reflejar ese horror. Desde que conocí los hechos no he dejado de preguntarme qué habría dentro de la cabeza del cura castrense y asesino. Cómo se habrá enfrentado a su conciencia, con qué fantasías habrá pretendido justificarse ante sí mismo, qué rostro habrá visto en el espejo cada mañana al afeitarse. Cuando veía su mano derecha, la

que disparó la pistola al dar el tiro de gracia; al officiar la misa, al levantar la hostia, ¿qué habrá sentido? La eucaristía es el sacramento principal. Eucaristía es una palabra de origen griego que significa "acción de gracias" y su empleo litúrgico proviene de la actitud de Cristo cuando instituyó el rito. Y, aún antes de que llegase a la religión judía la dulzura de Jesús, ya en el Éxodo 20, el Decálogo lo dice muy claro: no matarás, y más adelante, no levantarás falso testimonio contra tu prójimo. ¿Cómo habrá el capellán-alférez armonizado todo esto con el asesinato del padre Román de San José?

Una vez en 1939 encontré en un barco a tres jóvenes sacerdotes españoles que iban para Venezuela. Venían directamente, como yo, de vivir la Guerra Civil, pero ellos en la España de Franco, y me dijeron, sin asomo de ironía (otros sacerdotes me confirmaron años más tarde la existencia de esta interpretación), que el mandamiento de "no matarás" debía entenderse como "matarás con justicia". No creo que mintiesen ni que constituyan tres excepciones, puesto que hubo otros sacerdotes que escucharon, aceptaron y repitieron lo mismo, única explicación —no justificación— para algunas de las cosas que el bando de los vencedores hizo "en el nombre de Dios". ¿Acaso Luis Inchaurregui, alférez-capellán del Tercio de Ormendi, se refugió en esa especial interpretación del mandamiento para enfrentarse a sus recuerdos? ¿Fue tan fácil para los creyentes cristianos franquistas modificar o cambiar los mandamientos de la Ley de Dios, reiterados y reforzados en el capítulo 5 del Deuteronomio? Y aunque el tal capellán se haya pretendido justificar de esa manera, ¿fue lo que él hizo "matar con justicia"?, ¿habrá estado sereno de ánimo alguna vez tras haber fusilado al padre Román de San José?

Lo cual me lleva a preguntarme: ¿tienen el mismo grado de culpa y la misma responsabilidad un campesino semianalfabeto o un obrero que, aprovechando la ausencia de autoridad creada por una rebelión militar, asesinan a quien, con razón o sin

ella, creen enemigo y explotador de sus desdichadas vidas? ¿Tienen ellos, repito, la misma culpa que un sacerdote, al que debemos suponer católico ferviente por su investidura y poseedor de un cierto grado de cultura, que mata a otro sacerdote de su misma iglesia por editar una hoja parroquial en vascuence?

Pero dejemos pensamientos duros, tan duros que duelen, y vayamos a la santa paz de convento de carmelitas de Amorebieta al que, por mi buena suerte, fui a dar en circunstancias peligrosas para mí.

La búsqueda de mi persona llevada a cabo por la policía franquista se intensificó hasta el punto tal que la resistencia vasca consideró necesario que yo desapareciese de la circulación en el convento que fue del padre Román de San José.

Por aquellos días uno de los vascos que me conducían de un lado a otro encontró a un policía de la brigada política, al que conocía precisamente por las veces que lo había detenido. Y el policía habló de mí.

—Por ahí dicen que anda un mexicano, periodista, fingiendo que está aquí, en Bilbao. Pero yo sé que ni siquiera está en España. Las fotografías que publica en México son composiciones fotográficas.

Y esto se lo estaba diciendo al mismo que me llevó, entre otros lugares, a la Casa de Juntas de Guernica a tomarme una foto que Pagés Llergo publicó a plana entera. Claro que no fue tan sencillo.

Un numeroso grupo de jóvenes vascos fueron a Guernica para esa foto. Algunos estaban en cadena, desde el cuartel de la Guardia Civil hasta la Casa de Juntas, para avisar si algún guardia salía en dirección a donde yo estaba. Otros ocupaban, también en cadena, a unos quince o veinte metros cada uno del siguiente, las varias calles que conducen a la Casa de Juntas, para avisar de cualquier señal de peligro y otros más estaban en automóviles estratégicamente distribuidos de tal manera que por cualquier lugar por donde tuviese que esca-

par podía subir a un coche y alejarme. En esas condiciones se tomó la fotografía y rápidamente nos fuimos todos. ¡Y Fraga decía que no había resistencia! ¡Como si fuese tan fácil hacer todo eso bajo un régimen represivo y fascista! ¡Pobre Fraga!

Sea como fuere, mis ángeles de la guarda, los vascos, del PNV y del gobierno vasco en el exilio entonces presidido por Jesús María de Leizaola, con oficinas en Francia pero respetado en todo Euzkadi, estimaron conveniente que yo dejase un poco de andar por todas partes y tuve que ir al convento de Amorebieta. Como no podía dar detalles que permitieran identificaciones, en *Siempre!* (número 596 del 25 de noviembre de 1964) lo conté así:

Hoy he estado en un convento, con un grupo de frailes de una simpatía arrolladora. Hacen recordar a los siete enanos de la Blanca Nieves de Walt Disney, no por su estatura —son vascos enormes— sino por su ingenuidad, bondad y simpatía. El hermano portero habla con el padre prior de tú y de igual a igual, uno es risueño, otro gruñón, aquél bonachón y el otro goloso. Pero cuando hablan de Euzkadi la seriedad les domina. Algunos de ellos han estado en la cárcel por el “delito” de ejercer el ministerio sacerdotal con nacionalistas vascos, como si un sacerdote pudiera negarse a acudir donde le llama un creyente. Algunos de sus maestros fueron asesinados por el franquismo, durante la guerra.

—Si alguien me dice que el padre fulano (no puedo dar datos más concretos porque si identifican a estos frailes los meten en la cárcel en el acto) —expresa el prior— no era un santo, le rompo la cara con sotana y todo; sé que estaría mal hecho, pero lo hago. Viví muchos años con él y jamás habló de política. ¡Era un santo!

Se refiere a un sacerdote asesinado por el franquismo durante la guerra. Y añade: —De este régimen sólo puedo decirle: piense lo peor de lo peor. Se quedará corto.

Hoy, más de treinta años después, puedo hablar claro diciendo cuál era el convento y dónde está, así como he dado el

nombre del sacerdote asesinado. En 1964 el prior era un joven vasco de cerca de dos metros de altura y con unos hombros del ancho de un armario de factura antigua. Yo paseaba con él por el huerto, charlando de diversos tópicos y sobre todo de ese pueblo tan admirable que es el vasco. Y hubo un momento en el que yo hablé del padre Román de San José.

—He conocido a varias personas que lo trataron, algunas hoy exiliadas en México, y todas coinciden en que era un hombre muy bueno.

Yo no podía imaginar que aquella apreciación mía —y lo digo sin ninguna ironía— era insuficiente para los méritos del vicario asesinado, pero el joven prior, que había sido su discípulo, se encargó de hacérmelo notar. Detuvo su paso, se volvió hacia mí, miró hacia abajo para verme a los ojos y con toda la fuerza de su fe, de su entusiasmo, de su corpulencia y de su estatura, me espetó: “¿Un hombre muy bueno? ¡El padre San Román era un santo! ¡Un verdadero santo!”

Lo que de inmediato acepté, no por el énfasis del prior, ni por su corpulencia, por su vigorosa energía, sino porque algo excepcional hubo de tener el asesinado padre San José para dejar tras de sí aquella fe y aquella fuerza espiritual. Y nunca desde entonces —cuando escribo esto han pasado treinta y dos años— he olvidado aquella escena en la huerta del convento, al aire libre, bajo unas nubes blancas, inmóviles en un cielo azul, con algunos monjes paseando lejos, y escuchando a aquel Goliat de los buenos —que no de los filisteos—, cuya fuerza física y corpulencia eran siempre, con ser asombrosas, inferiores a su potencia espiritual y a su fe, la cual después de en la divinidad, se extendía también al hombre, al ser humano como digno de un destino mejor que el que estaba —está— viviendo.

Hombres como aquel prior, al margen de toda consideración política o religiosa, son los que hacen que la esperanza en la especie humana se mantenga, a pesar de todo. Tal fue, en lo

que interesa, mi estancia en el convento de carmelitas de Amorebieta mientras *El Español* se desgañitaba insultándome.

El inspector Berdejo tenía por lo menos dos domicilios que sólo sus más cercanos colaboradores conocían, pero, además, había amueblado dos cuartos dentro del edificio del cuartel general de su brigada y allí pasaba a veces algunas noches. Un día (tiempo antes de que yo cruzase los Pirineos) estaba, desde muy temprano, estudiando cuidadosamente una escopeta de caza, calibre 12, de dos cañones. Había leído en una revista que en Estados Unidos recortaban el cañón de esa clase de armas y las convertían en algo manuable, fácil de esconder bajo un abrigo, pero de gran potencia destructiva, con las que se cometían asaltos y otros delitos. Llamó a un agente y dándole el arma le dijo:

—Llévale esto al armero y dile que le corte los cañones por aquí. Quiero hacer un experimento.

Acababa de salir el agente cuando le anunciaron que Pedro Goritz quería verlo. Lo recibió en pocos minutos.

—Supongo que ya has comprendido la necesidad de colaborar —le dijo al entrar en el cuarto en el que Pedro le esperaba.

Goritz tenía la vista baja y no contestó directamente al inspector. Tragó saliva y en un hilo de voz dijo:

—Iñaki Belausti.

—Muy bien, veo que has comprendido. Posiblemente te podamos ayudar...

De haber algún testigo de la escena, que no lo había, hubiese tenido la impresión de que había pasado una sombra.

Berdejo se quedó con la palabra en la boca, ya que Goritz salió, realmente se esfumó, apenas decir lo que dijo. El inspector se encogió de hombros y tocó un timbre para dar las órdenes correspondientes.

El día era claro, con un aire limpio, y el sol comenzaba a repartir sus dones, pero a Pedro Goritz le parecía un día oscuro y sucio, como si caminase entre el humo de la fundición. No veía a los transeúntes, apenas presentía sus bultos al caminar en línea recta sin saber a dónde iba. Cruzó una calle sin fijarse en el tránsito y estuvo a punto de ser atropellado. Los que venían en sentido contrario a él tenían que apartarse, y si no lo hacían él les empujaba con su cuerpo, sin hacer caso de las reclamaciones o de los insultos que algunos le dirigieron.

Nunca supo cuánto había caminado ni por dónde. No se acordaba de su trabajo ni de que, en el mejor de los casos, le sería descontado el salario por ausencia. Todo eso, como los automóviles, la gente y las calles mismas, pertenecía a un mundo que no era el suyo, un mundo del cual salió al decir aquellas dos palabras:

—Iñaki Belausti.

En verdad no era que razonase el hecho de haber traicionado a un compañero, de haberse convertido en un delator. Todo eso estaba, sin duda, en alguna escondida parte de su mente, pero su estado en aquellos momentos era más bien el de alguien que ha recibido un fuerte golpe en la cabeza y ha quedado semiinconsciente, con una vaga sensación de algo muy malo, con un desprecio hacia sí mismo que no racionalizaba. No tenía ideas concretas ni claras, simplemente aquella impresión de caminar entre un humo negro, denso y malsano, de saber que estaba en un lugar del cual no había salida posible, aunque nada en él lo incitaba a procurar salida alguna. Sentía un nudo en la garganta y una sensación de asfixia, algo como haber caído al agua en una profundidad enorme, estar siendo arrastrado hacia abajo y no tener ya interés ninguno en salir, ni en ver el sol, ni en ver a los suyos, ni en seguir viviendo, aunque sin tener, tampoco, conciencia de la muerte, ni como final ni como salida.

No podía pensar en el final ni en la salida porque no tenía conciencia de estar en alguna parte. Nada comenzaba, nada terminaba, nada transcurría. Era la nada absoluta, pero una nada con asfixia, con ahogo, con angustia.

La angustia. Poco a poco la angustia fue destacando sobre todas las demás impresiones y el sentirla inició un lentísimo retorno a su lado consciente. En esa lenta evolución de su mente transcurrió una hora más, sobre aquellas horas que, para él, pasaron en la oscuridad. Y con la angustia fue llegando la culpa. Pensó en Dios. Dios no podía perdonarle. Jamás le perdonaría nadie, pero menos que nadie Jesús. Porque Él se sacrificó por todos, Él fue al martirio por todos los hombres y en cambio Pedro Goritz había traicionado para no sufrir. Era un Judas. Era Judas mismo. Para salvar a su familia, a su tranquilidad, a su egoísmo, había vendido a un camarada.

Abrumado por esta conclusión ineludible se detuvo e instintivamente se apoyó en la pared. Sacudió la cabeza.

—Judas —dijo en voz baja—, ¡Judas! —repitió subiendo la voz— ¡Judas! —giró, haciendo volver la cabeza a una pareja que pasaba.

Y al despejarse su vista miró la calle: estaba frente a una modesta iglesia de barriada. Como si Dios mismo le hubiese conducido hasta allí. Como si Dios le ofreciese una oportunidad de arrepentimiento y perdón.

Entró, tomó agua bendita y se santiguó. Caminó hacia el interior y se arrodilló rezando un Padrenuestro. “Y perdónanos nuestras deudas...” La suya era demasiado grande como para ser perdonada.

Una mujer se levantó y se alejó del confesionario, del que en ese instante salía el sacerdote.

—¡Padre! ¡Padre, por favor!

—Ya es tarde, hijo...

—Necesito confesión, padre, se lo ruego.

Don Pablo Urrutia nunca se hubiera negado a confesar a un penitente tan angustiado como lo estaba visiblemente aquel hombre.

—Vamos, hijo.

El cura volvió al interior del confesionario y el hombre se arrodilló por fuera.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Padre, acabo de cometer un pecado mortal, he traicionado a un compañero, he entregado a un hombre.

—¿A quién lo has entregado, hijo?

—A la policía padre, a los asesinos y torturadores de la brigada social.

—Eso es grave, hijo. ¿Por qué lo hiciste?

—Me amenazaron con violar a mi hija que sólo tiene quince años.

—¡Dios mío! ¡Esa gente no tiene perdón de Dios! Cuéntame cómo fue.

—Ya me habían torturado, hace días, casi me matan, me dejaron muy mal y me pidieron que les dijese quién llevaba *Gudari* a la fábrica. Yo me negué y entonces me amenazaron con lo de mi hija. Ya la tenían allí, esposada, pero la soltaron y a mí también, me dieron diez días; hoy se cumplieron.

—¿Y a quién delataste?

—A Iñaki Belausti. A las ocho de la noche hoy, cuando lleve el periódico le agarrarán, le torturarán...

Don Pablo Urrutia se estremeció: Iñaki, el hermano de Arantxa. Lo había visto algunas veces, era trabajador, serio, un buen muchacho. Tenía derecho a la vida y era el único familiar y sostén de Arantxa, su protegida. Y lo que en otro país hubiera sido una pena leve, repartir un periódico prohibido, allí podía significar la muerte y en todo caso la tortura. Le golpearían, le torturarían. No eran pocos los que habían muerto en las comisarías. Don Pablo Urrutia se

angustió, perdió la calma, se alteró y comenzó a obrar irreflexivamente.

Miró el reloj, para lo cual tuvo que levantar la cortina del confesionario. Eran las siete.

—¿Dices que a las ocho? ¿Cuál es la fábrica?

—La metalúrgica, padre. Pero él lo entrega en la calle, cerca de la fábrica, al que después lo pone en el tajo, que es otro compañero, porque Iñaki no trabaja allí.

—Hijo, tú no tienes culpa. Lo hiciste presionado, para salvar a una niña que es tu hija. No temas, hijo.

Y muy apresuradamente, hasta el punto de sorprender a Goritz, que quedó estupefacto, dijo:

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patri et Fili et Spiritu Sancti, amen.*

Pedro quiso decir algo pero don Pablo ya se encaminaba hacia la sacristía.

Dos mujeres esperaban para confesarse y otras tres estaban rezando. Y todas vieron sorprendidas cómo el sacerdote salía del confesionario casi corriendo y quitándose la estola en el camino.

Don Pablo Urrutia llegó a paso veloz a la sacristía, donde estaba el sacristán, que le miró alarmado al ver con qué insólita premura se ponía el manteo y se calaba la teja.

—¿Pasa algo, padre?

—Es un caso urgente —respondió el cura.

—¿Quiere que le acompañe con los santos óleos?

—Gracias, no son necesarios.

Al salir vio sobre una mesa el paquete de la hoja parroquial que semanalmente les enviaban del obispado y lo agarró. Y corriendo sin recato alguno cruzó la iglesia, salió y siguió corriendo por la calle.

El sacristán y las mujeres quedaron tan sorprendidos que ni siquiera se les ocurrió pensar en alguna posible explicación para tan extraño comportamiento, salvo una de ellas,

que temió que don Pablo Urrutia hubiera enloquecido de repente.

En una maletita de lona solía llevar Iñaki los ejemplares de *Gudari*. Los entregaba en las fábricas que le asignaron, a la salida del trabajo, o poco después de la salida, al obrero que en cada centro de trabajo se encargaba de que al día siguiente hubiese ejemplares en los tajos.

Iba tranquilamente, caminando sin prisa. Venía por la calle de la Cruz, pasó la catedral y tomó por la de Tendería. Siempre que llevaba periódicos o volantes clandestinos sentía una cierta aprensión, un vago temor que no le abandonaba hasta haberse deshecho del material prohibido, especialmente después de aquel día en que estuvo a punto de ser capturado. Atravesaría Echevarría para llegar a La Ribera donde, al llegar a la esquina, doblaría a la izquierda en dirección a Atxuri.

Acababa de cruzar Echevarría cuando vio a un sacerdote que, a paso rápido, venía de La Ribera en dirección a él. Un observador acucioso hubiera notado la presencia de algunos personajes extraños en La Ribera, mirando atentamente a todos los que iban hacia Atxuri, pero Iñaki no podía verlos porque aún no llegaba allí. Y a ninguno de esos hombres le interesó un cura que cruzaba a tres manzanas de distancia y que se metió por la calle de Tendería. Como Iñaki caminaba despacio, el sacerdote pasó la calle principal y llegó a él antes que el muchacho llegase a la esquina. Entonces reconoció al hombre de la sotana: era don Pablo Urrutia, el confesor de su hermana Arantxa.

Estaba a punto de saludarlo con displicencia al pasar cuando don Pablo llegó a su lado, le tomó del brazo y le forzó a entrar en un portal que por suerte estaba vacío.

—No digas nada y no preguntes nada —dijo apresuradamente el sacerdote—. Dame el paquete que llevas y toma éste.

—¡Pero, oiga!

El tono de don Pablo Urrutia se hizo tan enérgico como la fuerza con que su mano le apretaba el brazo.

—¡Dámelo sin discutir!

Y al tiempo que hablaba le quitó el maletín, sacó el paquete de *Gudari* y metió el de la hoja parroquial.

—Y ahora sigue tu camino hasta la fábrica y dale el maletín a quien ibas a dárselo. ¡No dejes de hacerlo por nada del mundo! Ellos te esperan y tú tienes que llegar.

Aún no salía Iñaki de su asombro cuando ya el sacerdote se alejaba a buen paso con el paquete que le había quitado.

Permaneció varios minutos estupefacto, pensando en el significado de aquello, sin entender qué había pasado. Al principio se le ocurrió que sus compañeros le regañarían por haberse dejado quitar los periódicos por un cura, pero enseguida pensó que lo grave no era que se los quitase un cura, sino que los encontrara la policía. Pero, ¿por qué le había dicho que no dejase de seguir su camino y entregar el paquete? Además había metido otra cosa en el maletín. Pero, se dijo Iñaki, de haber querido entregarle a la policía lo hubiera hecho. Todo confuso miró los papeles que le había dejado don Pablo Urrutia. Y al verlos comprendió y decidió hacer lo que le dijo el cura, pero con el propósito de ir a buscarle días después para que le explicase aquel embrollo.

Así siguió caminando, llegó a La Ribera, dobló a la izquierda y vio al destinatario de los periódicos, que estaba pálido, mirándole con ojos aterrorizados, sin poderle decir que los policías le habían obligado a esperarle allí después de haberle detenido, registrado y amenazado. El hombre vio a Iñaki dirigirse a él sabiendo que estaba cayendo en una trampa, pero sin poder avisarle.

Y así fue como diez policías cayeron sobre Iñaki, lo sujetaron, lo esposaron y sacaron de su maletín la hoja parroquial de Bilbao.

Don Pablo caminaba tranquilo, dando la vuelta por diversas calles mientras pensaba qué hacer con los ejemplares de *Gudari* que llevaba. No quería llevarlos a la iglesia para no comprometer a su amigo el párroco Belausteguigoitia, pero dudaba si llevarlos a su casa. Entre una y otra duda, indeciso, se dijo que lo mejor sería tirarlos. Lo pensó cuidadosamente y por fin tomó la decisión: los tiraría.

Se dirigió a la plaza del Arenal, que a esa hora estaba llena de gente, y observó cuidadosamente los edificios. Había un hotel y por él se decidió. Entró y se dirigió al empleado que estaba detrás del mostrador:

—Buenas noches te dé Dios, hijo mío.

—Buenas noches, padre.

El empleado, dicen, era un pelirrojo pecoso y simpático de no más de veinte años.

—Un señor a quien no conozco me llamó por teléfono a la iglesia y me dijo que me trae un recado de un antiguo feligrés mío que vive en Argentina. Imagínate, hijo mío, que tomó conmigo la primera comunión y ahora ya es un hombre! En fin —suspiró don Pablo— los años no pasan en vano.

El pelirrojo le escuchaba solícito.

—¿Y vive aquí? ¿Cómo se llama ese señor?

Don Pablo suspiró de nuevo pensando “que Dios me perdone por estas mentiras”.

—Pues ése es el problema, hijo mío, que como es alguien a quien no conozco me dijo su nombre y se me olvidó. La verdad es que yo sólo me fijé en el de mi feligrés y hasta tuve que hacer memoria. Lo único que me dijo este señor es que está en el último piso de este hotel.

El joven estaba hojeando el libro de registro.

—¿Era italiano?

—No lo sé. ¿Cómo lo sabría?

—Por el acento, tal vez. Mire, padre, hay un señor italiano en el penúltimo piso, pero en el último... ¡Ya está! Hay un se-

ñor Suárez, de Guatemala! Y eso está al ladito de Argentina, ¿verdad?

Don Pablo no quiso avalar tal afirmación, pero tampoco le pareció prudente dejar pasar la oportunidad de modo que se limitó a decir:

—Ése debe ser. ¿En qué habitación está?

—En la 526. Creo que salió, pero bien pudiera estar porque ahora son llaves pequeñas, llaves *yale* y muchos de los huéspedes no las dejan aquí al salir.

—Pues voy a comprobarlo. Muchas gracias, hijo.

—Vaya usted, padre.

Don Pablo Urrutia observó el ascensor. Era muy viejo, de antes de la guerra, con puertas metálicas plegables y espejos en el interior. Y entonces se fijó en el vestíbulo, que ni siquiera había atraído su atención mientras estaba enfrascado en hacer creíble su historia y con el riesgo inminente de ser descubierto en la mentira. Sin duda era un hotel más viejo que antiguo. Un hotel pobretón, pese a estar en plena plaza del Arenal. Caminó tranquilo, abrió la puerta plegadiza, la volvió a cerrar después de entrar y oprimió el botón del último piso.

Al salir del ascensor se encontró ante un pasillo con una alfombra raída y una fila de puertas con los números de los cuartos. No tuvo que buscar mucho para encontrar la que conducía a la azotea, a la que se dirigió de inmediato. Unas chimeneas, tendederos que no se usaban, unas barras metálicas, una vieja bañera oxidada que alguien subió allí en vez de tirarla a la basura y algún otro desperdicio fue lo que encontró, bajo un cielo despejado y un día agradable.

El sacerdote miró en torno y vio que era muy fácil pasar a la azotea contigua, lo que hizo. Era una casa normal, con sus pisos y su patio interior al que daban varias ventanas de cocinas. Don Pablo se acercó a la puerta metálica que conducía al interior del edificio para ver si estaba abierta. Lo estaba. Se

asomó a la escalera interior y hacia abajo y comprobó lo fácil que era salir por ella hasta la calle.

Después de lo cual volvió a la azotea del hotel, se acercó a la orilla que daba al Arenal, sacó el paquete de *Gudari* y lo desató. Eran periódicos muy pequeños, impresos en papel biblia, muy delgado. Y el cura Urrutia sonrió al pensar en el papel biblia, por lo adecuado del nombre para algo manejado por un sacerdote. Sacó uno y leyó en la primera página: *iGora Euzkadi, Viva la Libertad!*, y más abajo: *Obrero vasco asesinado por la policía.*

Sonrió bonachonamente. Todo el mundo hablaba de esas cosas, en voz baja, en todas partes. Pero aquí estaban escritas y detalladas.

Una vez que hubo desenvuelto todo el paquete miró hacia abajo y vio la plaza repleta de gente. Y como había tomado la decisión de deshacerse de los periódicos tirándolos, lo hizo.

Cuidadosamente fue separando lotes de periódicos y arrojándolos a la plaza. Pronto estuvo el espacio lleno de papeles que caían sobre la gente. Unos los recogían, otros miraban hacia arriba para atraparlos. Varios policías uniformados corrieron a recoger todos los que pudiesen.

Don Pablo Urrutia ya no esperó a ver más. Con paso rápido pero sereno, pasó al edificio contiguo y descendió por la escalera hasta la calle. Cuando caminaba ya muy tranquilo, alejándose del Arenal, iba sonriendo, seguro de que Dios lo había comprendido.

Y hubiese sido para él un día feliz si de pronto no hubiese recordado al hombre que, en la confesión, le había informado. No era necesario pensar demasiado para comprender que la policía se sentiría engañada y le perseguiría. Otra vez sería detenido y torturado. Y tal vez su hija...

Don Pablo Urrutia se sintió peor que nunca en toda su existencia. Se recriminó por no haber pensado en todo. Se había portado como un imbécil, peor aún, como un malvado. Preocu-

pado únicamente por el muchacho hermano de Arantxa había, muy probablemente, contribuido a la destrucción de toda una familia, a la tortura de un hombre y, ¡Dios no lo permitiese!, a la violación de una niña.

Y no había remedio porque él no conocía al hombre que había acudido a él en confesión, que había confiado en él y al cual había traicionado. Y su traición era mucho más grave que la del otro, porque él era un sacerdote y porque aquel pobre hombre lo hizo para salvar a su hija, a una niña que ahora ya no tenía salvación por culpa de él, de Pablo Urrutia.

¡Si pudiese hacer algo! Pero, ¿qué? Intentó recordar algún dato, algo que le permitiese ayudar a aquel hombre y a su familia. Pero no recordaba nada más que la delación de la que el hombre se había acusado y de las razones por las que la hizo.

Laurencia estaba preocupada por su padre, tenía miedo, sabía que algo andaba muy mal, sin saber de qué se trataba. Pero a los quince años la mente suele dispersarse fácilmente y estar más atraída por cosas propias de esa edad que por los problemas de los adultos. Su madre la envió a comprar pan para la cena, como todas las tardes, y ella aprovechaba siempre esa salida para charlar con sus amigas, especialmente con Fernanda y María, que vivían en el barrio y que salían a la misma hora, también por el pan.

Las tres muchachas hablaban de muchísimas cosas y un rato más tarde no podrían explicar de qué habían hablado. Reían mucho y tampoco les hubiera sido fácil decir qué les había hecho tanta gracia. Eran adolescentes exuberantes, en la edad de descubrir el mundo, de cuchichear sobre cosas que concernían a los adultos y que, por eso, estaban siempre, para ellas, envueltas en curiosidad y aureoladas de misterio. A veces una le decía a otra algo como "mira qué guapo es aquel chico", pero no había picardía en ellas, entre otras razones

porque la escuela nacional católica y la dictadura militar-clerical las había mantenido en una ignorancia respecto a la reproducción humana, sus prolegómenos y sus desarrollos, mucho más profunda que la de muchachas de su edad en cualquier otra parte del mundo. Para ellas todo lo relativo al sexo era un misterio, pero no un misterio cualquiera, sino un misterio repugnante, cochino, sucio. Así habían llegado al nivel de la escuela nacional católica las ideas de San Agustín, obispo de Hipona cuando en *De civitate Dei*, escribía en el siglo IV: *el coito va unido al sentimiento de la vergüenza, puesto que la procreación se realiza por la misma vía que, en sentido contrario, da salida al flujo menstrual.*

A Laurencia y Fernanda las monjas les habían inculcado desde muy pequeñas que el propio cuerpo no debía verse nunca, ni siquiera al bañarse, por lo que era necesario hacerlo con un camisón. Sin embargo, en la intimidad de su alcoba, o del cuarto de baño, ambas habían violado esa prohibición y la curiosidad las incitó a mirarse, a conocer su propio físico, a saber algo más del cuerpo humano. Pero siempre lo hicieron con miedo, con la sensación de estar cometiendo un pecado, de estar haciendo una cosa muy mala.

Fernanda, por ejemplo, llegó a la menstruación sin que nadie le hubiera dicho nunca ni una palabra sobre el asunto, de manera que cuando comenzó a sangrar creyó que iba a morir, se llevó un susto terrible y sólo se lo contó a sus amigas (las que informaron a la madre), porque dada la parte del cuerpo por la que salía la sangre no se atrevió a decírselo a su progenitora. Y no era la única en tal estado de absoluta ignorancia sobre el sexo.

Laurencia había ido por los bollos para la merienda y el desayuno, como todas las tardes, y se quedó conversando con María, ambas esperando a Fernanda que se había retrasado.

Cuando terminó la juvenil tertulia, unos cuarenta y cinco minutos después, Laurencia se despidió de sus amigas y ca-

minó hacia su casa. Debía dar vuelta a la esquina y cuando lo hizo, ya sola, vio un automóvil parado delante de su portal. Inmediatamente tuvo la impresión de que había sucedido una desgracia porque nadie en aquella casa tenía automóvil. Además, el vehículo era negro, lo que le pareció de mal augurio. Y el de los sobrinos de don Aurelio, el vecino del tercero de la derecha, que sí tenían un coche viejo y a veces visitaban al tío, era gris claro.

Nunca antes había visto ese automóvil, aunque sí uno parecido en la puerta de la oficina de la policía cuando fue, con su madre, a visitar al padre aquel día en que hasta le pusieron esposas a ella. Ese recuerdo la estremeció. Se detuvo, indecisa. No sabía si lo prudente sería esperar lejos a que se fuese el automóvil negro, o ir a su casa para estar con su madre si es que había problemas.

Tenía mucho miedo y la calle estaba como siempre: los mismos niños jugando, los mismos tenderos en sus establecimientos, el mismo don Cosme, el zapatero ambulante y callejero, sentado en el lugar de siempre. Todo estaba igual con la sola excepción de aquel coche negro, vehículo de mal agüero. Una idea absurda le vino a la mente: ¿Por qué todo en la calle estaba tan normal si ella tenía tanto miedo? Estaba tan asustada que ni siquiera se dio cuenta de que tal pensamiento era una tontería.

En el automóvil negro estaba sentado el chofer, leyendo un periódico. Pero nadie más a la vista que le infundiera temor. Aún dudaba sobre qué hacer cuando escuchó, lejano y apagado pero para ella reconocible, un angustiado grito de su madre. El grito se cortó antes de terminar, como si alguien le hubiese tapado la boca. Y ya no se escuchó nada más. La calle seguía como siempre, don Cosme había reaccionado al grito pero miró al automóvil, no se movió de su banco y siguió arreglando los zapatos de la vecindad.

Al escuchar la voz de su madre, Laurencia estuvo a punto de echar a correr hacia su casa pero se contuvo pensando

que, al verla corriendo, el chofer del coche negro la detendría. Se dominó y comenzó a caminar despacio, a un paso que se esforzaba porque pareciera normal. Y así llegó a su casa, muerta de miedo y apretando compulsivamente la bolsa del pan con la mano derecha.

El portal era estrecho, profundo y oscuro. La escalera arrancaba al fondo, y al lado derecho de ella, frente la entrada, estaba el cuarto de la portera, la señora Francisca, que tenía una puerta de cristal desde la que se podía ver quiénes entraban y salían del edificio. También al fondo, a uno y otro lado, estaban las salidas interiores de los dos locales que ocupaban la planta baja, uno de los cuales estaba vacío y el otro ocupado por el taller de un fontanero.

Laurencia iba derecha hacia la escalera, pues vivía en el tercer piso, cuando de la portería salió súbitamente un sacerdote que la tomó del brazo con la mano izquierda al tiempo que con el índice de la mano derecha le hacía signo de callar y en dos segundos la había introducido en el cuartito de Francisca, que estaba sentada dentro.

—Hijita —dijo la portera—, haz caso al padre que ha venido a salvarte.

—¿Qué pasa? ¿Qué le han hecho a mi madre?

—Son los policías y ya sabes cómo trataron a tu padre. Pero a ti quieren hacerte algo mucho peor, tú no puedes ir a tu casa, porque te están esperando.

—¡Yo quiero ir con mi madre!

—Lo siento, hija, no puedo permitirlo. Ni Dios ni tu padre me lo perdonarían jamás —dijo don Pablo Urrutia.

Porque era don Pablo Urrutia el cura que acababa de impedir que Laurencia subiera a su piso.

Cuando el padre Urrutia estaba desesperado, en la calle, pensando en el mal que había hecho al hombre de la confesión y a

su familia, se acordó de que el obrero, en el confesionario, habló de una fábrica de metalurgia. Y recordó el escudo de la empresa que llevaba el delator en el mono que vestía. Don Pablo no había tomado jamás un taxi, pero en esta ocasión lo hizo, después de comprobar en su bolsillo que tendría suficiente dinero encima para pagarlo. Llegó a la empresa y comenzó preguntando por un obrero al que habían detenido y le respondieron que, según un testigo que lo había visto, acababan de detener a dos que, por las señas, deberían ser Iñaki y el que lo esperaba.

—No —dijo—, busco a un feligrés de mi iglesia, cuyo nombre no conozco, pero que fue detenido hace ya tiempo. Y creo que estuvo en prisión varios días.

—Entonces será Pedro Goritz —le dijeron—. Pero no ha venido hoy.

—Es urgente que lo vea. ¿Saben dónde vive?

Así averiguó el nombre y la dirección de Pedro Goritz. Pero, antes que el sacerdote, ya había llegado la policía a la casa de Pedro.

La encabezaba, contra su costumbre, el inspector Berdejo en persona, que llevaba en las manos una escopeta con el cañón recortado.

No había alterado su expresión ni había levantado la voz cuando le informaron de la detención de Iñaki con la hoja parroquial, únicamente pronunció cuatro palabras, en su tono mesurado de siempre, pero en las que sus subordinados más cercanos descubrieron una ira sorda difícilmente controlada. Sólo dijo:

—¡Ese hijo de puta! —y añadió—. Suelten a esos idiotas de la hoja.

Después pidió un automóvil para ir a la casa de Goritz con tres agentes y el chofer.

Cuando la esposa de Pedro abrió la puerta recibió un culetazo en la cara que la derribó al suelo ensangrentada y casi sin sentido. Berdejo, después de golpearla, pasó al inte-

rior y recorrió el piso sin encontrar a los que buscaba, Pedro y su hija. Llegó al comedor donde había un modesto trinchero de lámina de madera y fue sacando y tirando al suelo todos los platos y los vasos. Algunos los arrojó contra la pared de enfrente. Pero lo hizo de uno en uno, sin prisa, sin agitación, rompiéndolos cuidadosamente mientras sus subordinados le miraban en silencio, esperando órdenes.

Entonces se escuchó un gemido de la mujer caída.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó el primer agente.

—Fóllenla —respondió calmado Berdejo—, pero fóllenla bien y fóllenla todos.

Arrastraron a la mujer hasta la cama. Estaba casi inconsciente por el golpe que le dio Berdejo. Le arrancaron las ropas y uno de los agentes se bajó los pantalones y le abrió las piernas. Fue entonces cuando la mujer se dio cuenta de lo que estaba pasando y profirió el grito que escuchó Laurencia, y que uno de los policías ahogó tapándole, con una almohada, la boca y todo el tumefacto y ensangrentado rostro.

Y mientras los agentes cumplían las órdenes sobre la mujer, que se debatía en vano sujeta de brazos y piernas, Berdejo se dedicó, calmada y sistemáticamente, a destruir la casa de Pedro Goritz.

Don Pablo Urrutia llegó tarde, cuando ya la policía estaba en el piso de Pedro. Oyó ruidos y el grito, y por la portera supo que la hija había salido y la esperó. La misma Francisca le dijo quién era cuando Laurencia entró en el portal.

El sacerdote se dirigió a la portera:

—¿Hay otra salida? Pudiera ser que al bajar entrasen aquí.

—Por el taller del fontanero. Llamen a aquella puerta.

Urrutia tomó por el brazo a Laurencia y con los nudillos llamó a la puerta. Le abrió el fontanero que, al ver al cura y la muchacha, a la que conocía como vecina, les hizo un gesto con la cabeza indicándoles que pasaran. Después, sin decir palabra, se asomó a la calle, miró a uno y otro lado y dijo:

—Pueden salir. Vayan a la derecha, la esquina está muy cerca.

Don Pablo salió con la muchacha a su lado, siempre sujeta por el brazo, y se alejaron despacio sin llamar la atención de nadie, ni siquiera del chofer de la policía que estaba leyendo las páginas deportivas. Al dar vuelta a la esquina apretaron el paso.

Casi media hora más tarde Berdejo llegaba a la portería.

—¿Dónde está Pedro Goritz y su hija?

—¿Y cómo quiere que yo lo sepa? —repuso doña Francisca—. ¿Cree usted que yo sigo a los vecinos para ver dónde van?

Berdejo sabía que la portera sabía, que las porteras saben muchas cosas. Además, en aquel tiempo todos los porteros estaban obligados a actuar como informantes de la policía. Pero también era consciente de cuando es inútil insistir. Y como ya se había excedido con lo que hizo arriba, se encogió de hombros y se fue con los suyos.

Doña Francisca esperó un rato para estar segura de que el automóvil no volvía. Se asomó a la calle, no vio nada sospechoso y subió al piso de los Goritz. La puerta estaba abierta y la casa destrozada. Los pobres muebles rotos, destruidos minuciosamente, las sillas con las patas quebradas y el suelo lleno de pedazos de cristales y de restos de loza. Los cuadros de las paredes rotos, no sólo los vidrios, sino los marcos y el contenido, fotos y láminas. La destrucción sistemática no había perdonado ni los ceniceros de loza barata. Y una imagen de la Virgen de Begoña que procedía de la alcoba estaba destrozada en el piso de la sala.

Buscando a la esposa de Goritz entró al dormitorio conyugal. Y allí estaba, desnuda sobre la cama, con brazos y piernas en forma de equis, toda llena de sangre y con el rostro hinchado y amoratado, quejándose tan suavemente que casi no se le oía. Además de violarla la golpearon con un palo de

escoba hasta que se rompió y dejaron pedazos allí mismo. Doña Francisca corrió a llamar a la Casa de Socorro para pedir una ambulancia.

CAPÍTULO CUARTO

En Madrid hice contacto con un ex diputado socialista, de la República. Los vascos no estaban muy contentos con mi estancia en Madrid porque allí, aunque tenían relaciones con la resistencia castellana y amigos en ella, no se sentían tan seguros como en Euzkadi de poder protegerme. Era comprensible, tenían razón.

Contactar al diputado no fue fácil, como nada es fácil en la clandestinidad, y mientras esperábamos varios días me puse mi cara verdadera y fui con mi escolta del PVN a tomarme una foto en la puerta de la Dirección de Seguridad, en la Puerta del Sol. Y ya es hora de aclarar eso de "mi verdadera cara".

En aquel tiempo, siguiendo la costumbre de Pagés Llergo, la foto de cada colaborador aparecía en *Siempre!* junto a su artículo cada semana, de modo que mi foto con el bigote que entonces usaba y una pipa, como siempre he fumado, estaban al alcance de todo el mundo incluida la policía franquista. Por lo cual para mi visita ilegal a España —aunque no más ilegal que la autoridad de Franco— hube de tomar algunas medidas. La primera, dejar mis pipas junto a mis documentos de identidad y otros detalles a Jacqueline González Quintanilla, invaluable y encantadora funcionaria durante muchos años de la Embajada de México en París. Como la pipa no causa hábito no tuve problema alguno en no fumar durante mi estancia en España.

La segunda, afeitarme el bigote y la tercera ponerme unos lentes —que había escogido y ordenado antes de salir de México— con mi graduación, pero con una montura que me tapaba las cejas, la parte más fácilmente identificable de una cara.

El complemento de todo eso lo hizo, sin imaginar su uso, Horcasitas, apellido que fue durante muchos años (y sigue siéndolo) una institución para todos los actores de México. Un bisoñé perfecto que no sólo se veía como pelo natural sino que me reducía la frente a la mitad. Créase o no, al fin y al cabo ya no tiene importancia, con los lentes y el bisoñé hablé en México con personas amigas sin que me reconocieran. Por supuesto no hablé con íntimos, pero sí con gente con la que me relacionaba y charlaba con frecuencia. Pasar esa prueba fue para mí una gran seguridad. Si éstos no me reconocían, la policía de Fraga tenía muy pocas posibilidades de identificarme. Por supuesto, yo nunca revelé en ningún artículo el secreto de mi cambio de cara y la policía nunca lo supo.

La parte más arriesgada para mí fue el paso de la frontera, que tuve que hacer con mi verdadero rostro para que el guía tomase las fotografías que tenían por objeto, y lo lograron, dejar en ridículo a la policía franquista. En el número 597 de *Siempre!*, del 2 de diciembre de 1964, lo conté:

Me despidió en la frontera francesa don José Rezola, vicepresidente del gobierno vasco, institución que, como se verá, es la única autoridad verdadera que reconocen los vascos y ése es el primer hecho esencial. Franco tiene la fuerza bruta, la guardia civil, la administración oficial, las multas y la represión, pero el espíritu vasco sólo obedece a su gobierno. He llegado a Euzkadi habiendo entrado por los conductos del gobierno vasco y no por los de las autoridades franquistas, y aquí estoy...

Pasé la frontera a pie, desde la población francesa de Sare hasta la navarra de Vera de Bidasoa, en un trayecto que se anda en dos horas y durante el cual lo cotidiano se desgranó

en mis manos para dar lugar a la emoción y a la aventura. Exactamente, mi recorrido —después de eludir a la guardia civil por medios que el buen sentido aconseja no divulgar— fue por el centro del terreno que tiene a la izquierda el monte Labiaga, viniendo a España, y a la derecha el monte Larrum. Ya en territorio navarro me detuve a conversar con unos campesinos, y después tomé una cerveza en la Venta Lizuniaga en la que charlé con la esposa del dueño, la señora María Pilar Echegaray de Irazoqui, y con un joven contrabandista, con quienes me tomé una fotografía sin que ninguno de ellos imaginase lo que yo estaba haciendo. Las fotos hablan y como pruebas las presento. Cuando se puede pasar de un país a otro, y además publicarlo (como que hay otros muchos pasos que pueden usarse) ¿quién manda en verdad, la Guardia Civil o el gobierno vasco?

Más adelante en el mismo artículo relataba el episodio del guardia civil en el caserío, que ya transcribí. La foto con el grupo de campesinos, la de la Venta de Lizuniaga y otras del paso de la frontera se publicaron el 25 de noviembre de 1964 en *Siempre!*

Como cada cabeza es un mundo (aunque algunas uno vacío), hubo franquistas en México que escribieron a *Siempre!* diciendo que mis fotos en diversos lugares de España eran la prueba! de que yo no estaba allí clandestinamente. ¿Qué idea tendrá esa gente de lo que es la clandestinidad?, ¿creerán que uno permanece todo el tiempo encerrado dentro de un cuarto?

Pero estaba hablando de mi estancia en Madrid. Ya he pasado por revivir el recuerdo, ya he dado mi versión de hoy, apoyada en la memoria, sobre lo que viví entonces. Creo que sería útil a los efectos documentales, reproducir íntegro por lo menos uno de mis artículos de entonces, publicado en *Siempre!* en diciembre de 1964:

Tengo un dolor en el pecho y un agrio sabor en la boca. Estoy en Madrid, pero no en el Madrid con el espíritu que hizo historia el 2 de mayo de 1808; no en el Madrid alegre y bullanguero de principios de siglo —recuerdos de verbenas y chulapas— ni tampoco en el republicanísimo Madrid de abril de 1931, ni mucho menos en el Madrid que pudo producir el heroísmo extraordinario de aquel glorioso noviembre de 1936. Este Madrid no es nada de eso y por no serlo no es ni el Madrid abatido, angustiado y triste que en 1939 ocuparon Franco y los suyos. Este que ahora me encuentro es un Madrid distinto, que de aquél sólo conserva el nombre.

La cuestión es difícil de precisar y voy a intentarlo comenzando por esa gratísima impresión de Madrid que —en rotundo contraste con la mía— se suelen llevar los turistas mexicanos. Sin embargo, eso es fácil de entender para quien piense un poco: ellos no ven realmente Madrid, sino apenas la corteza de “Madrid, modelo para turistas”. Yo también lo he visto. He comprobado lo simpático que se oye, para nosotros, el acento madrileño en boca de las muchachas bonitas, sea la telefonista de un hotel o la que en una tienda de Preciados nos vende curiosidades turísticas, castañuelas o abrecartas de Toledo; la simpatía del mozo del café, la cortesía madrileña del conserje del hotel o —como lo vio un compañero nuestro— el ambiente de una corrida dominguera o el del bar Chicote, o el de los señoritos ricos y la gente de la situación, que vive y se divierte. Pero todo eso no es Madrid, por lo menos no más de un diez por ciento de Madrid. ¿Y el otro noventa por ciento?

Hay que recorrer el Puente de Vallecas, hay que tomar café en la calle de San Bernardo, o en una taberna de Las Ventas, o desayunar de pie en la Plaza de la Iglesia, pero no hacer todo eso como el turista o el curioso que buscan “ambiente”, sino como un compañero más con el que se puede hablar en confianza y en el que se confía porque su propio peligro le impide crear otro para los demás. Con todo eso —y en

docenas de lugares populares— se puede traspasar la dura epidermis que ha creado el fascismo y llegar a ver qué hay dentro de esa ciudad.

El madrileño era audaz, criticón, valiente y pletórico de desenfado. Uno podía ir por Lavapiés, el Paseo de las Acacias, la Plaza Mayor o la calle Toledo y encontrar un pueblo cuyas características lo hacían único. Hoy, la alegría y la sonrisa se fabrican para el turista, como se ha fabricado esa “Cueva de Luis Candelas” que hace soñar a las yanquis tontas en el romanticismo de los antiguos bandidos españoles. Hoy el pueblo madrileño ya no es único, ni audaz, ni atrevido. Y apenas se mete uno en su seno —como lo he logrado yo merced a los contactos que en Madrid tiene la Resistencia Vasca— se encuentra un pueblo que ha sido machacado, mutilado, parcialmente castrado, maltratado y silenciado. Palizas, asesinatos, fusilamientos, terror y veinticinco años de régimen fascista, de lavado de cerebro con una sola línea impuesta en toda la prensa, radio, cine y todo medio informativo. Una mujer a cuyo padre asesinaron los franquistas durante la guerra, siendo ella niña, me decía esta tarde: “Cada vez que entro en la Dirección General de Seguridad me tiemblan las piernas. Voy por el pasaporte, me atienden bien y con cortesía, me lo dan, me sonrén. Pero no puedo evitarlo: tiemblo toda, de terror”. Esa mujer refleja el sentimiento de una gran mayoría de los habitantes de Madrid, aunque de ello no se enteren los turistas. Y, ante tal situación, sólo llega a mi espíritu un verso de García Lorca, un verso que aquí suena más trágico y desgarrado que nunca: “¡Ay! ciudad de los gitanos, ¿quién te vio y no te recuerda?”

Este Madrid ya no es aquel del que dijo el poeta: “Madrid, capital de España, late con pulsos de fiebre”. Éste es el Madrid de hoy, el Madrid capital de Franco. Y casi no late.

Comprendo un poco a los que piensan que el viejo vigor hispano se ha rendido ante Franco. No se ha rendido, ha sido machacado; no ha pedido armisticio, ha sido aplastado. La gente de Madrid está apagada, ésa es la palabra. Apagada como una gran cantidad de antorchas que apenas unas horas antes llenaban de luz y de vida cuanto las circundaba, ponían en el mundo reflejos de su llama y se hacían ver

desde muy lejos, y ahora son sólo un montón de palos manoseados con una cabeza negra y chamuscada. Palizas, torturas, condenas a presidio, asesinatos. Y después nuevamente: asesinatos, presidio, torturas y palizas. Y en torno a eso mentira y más mentira, preparación intelectual de un régimen sin intelecto, lavado de cerebro, creación de lo que ellos llaman “nacional-sindicalismo”. (Hay en el mundo tres sistemas de gobierno —enseñan a las muchachas en el “servicio social” de falange femenina—: el comunista, que es malísimo, el capitalista, que es menos malo, y el nacional-sindicalista, que es el de España, el mejor de todos.) Así veinticinco años. Cinco lustros, casi una generación. Por eso España —por eso y por la situación económica y social— es hoy el país más atrasado de Europa, título que nadie puede disputarle.

Estoy en Madrid, maestro Pagés, y tengo el corazón oprimido y siento en el espíritu una angustia que no tuve en Euzkadi. Estoy en Madrid y tengo miedo, un miedo que no sentí en Bilbao, ni en Bermeo, ni en Guernica. Tengo, yo también, miedo a la policía, miedo a que me agarren y me torturen, miedo al terror implantado por el régimen para lograr esto mismo, que todos tengamos miedo. Aquí no siento el vigor latente del país vasco, la fuerza enorme de Euzkadi, que brota por entre los dedos de la policía franquista y se plantea en la calle, por encima del gobierno y su fuerza bruta, para proclamar que ahí hay un pueblo valiente en pie de lucha. “Para mí —me decía un resistente vasco— la guerra no ha terminado.” Creo que para Madrid sí acabó, hubo un instante en que se terminó todo: la guerra, la vida, el instinto de conservación. Estoy en Madrid, maestro, estoy en Madrid y tengo miedo.

Pero tal vez soy víctima de una depresión, muy explicable en quien está lejos de su patria y de los suyos, cortado todo contacto, sin esperanza de una carta o de una noticia. Si miro bien, con atención, observo que el montón de antorchas no está totalmente apagado. He hablado con los socialistas de Madrid, los socialistas que lo siguen siendo después de 25 años de Franco, que se reúnen y discuten y apuntan hacia un futuro con luz. He hablado con los dirigentes en Madrid de la Iz-

quierda Demócrata Cristiana, un partido nuevo en España, vigorosamente antifranquista, violentamente democrático y cristiano pero dispuesto a liberarse del clero trabucaire y político que tanto daño hizo a España. Uno de estos dirigentes me dio un periódico extranjero, que circula clandestinamente, y me dijo: "Si se lo encuentran encima lo meten en la cárcel". Pero él lo llevaba.

Y un viejo socialista en su casa, llena de materiales antifranquistas, me decía: "Sólo hay una cosa que no puedo soportar cuando estoy enfermo: la idea de morir antes que Franco". Pero no es sólo eso, no son sólo los de la guerra. Hay también una juventud que ha sido apaleada. "Tenemos todos los jóvenes —me decía uno de ellos— una deformación grande, porque hemos crecido y nos hemos desarrollado en este régimen y sólo hemos visto y leído, además de alguna que otra publicación clandestina, lo que el régimen nos ha dado a leer y ver."

Si en Euzkadi hay resistencia, en Madrid hay oposición, no todo está perdido. Por lo menos existen y funcionan clandestinamente en la capital de España el Partido Socialista, Izquierda Demócrata Cristiana, la Unión General de Trabajadores, la Confederación Nacional del Trabajo, los grupos republicanos y el Partido Comunista, separado de los otros, pero al que reconocen sus enemigos una buena organización y mucha fuerza potencial. Según sus miembros el antifranquismo en Madrid carece de militantes de base. Existe sólo en nivel de dirigentes, "de cuadros", como me dijo un dirigente del IDC utilizando términos comunistas.

Pero lo peor, lo más dramático, quizá lo que más duele cuando se busca en vano "aquel" Madrid, es el hecho de que cada grupo de señores que se juega la libertad y a veces la vida para reunirse y funcionar clandestinamente, cada grupo que tomando toda clase de precauciones y sorteando a la policía logra estar en posición de cambiar impresiones, suele dedicar todas sus energías a criticar a éste o aquel partido o grupo antifranquista con el que no está de acuerdo. Y así los esfuerzos que deberían concentrarse unánimemente contra la dictadura franquista se pierden en nimiedades, en discusiones ideológicas y políticas, en fracciones, grupos, partidos y subpartidos que

han convertido al Madrid de 1964 en un Bizancio estúpido que discute sobre cuál será el sexo de los ángeles, estando sitiado por los turcos. Y esto no es un cálculo, una hipótesis o un informe de segunda mano. Cuando vi a un socialista lo primero que hizo fue hablarme contra otra fracción de su propio partido, sin mencionar a Franco; cuando encontré al de otra sucedió lo mismo; uno de Izquierda Democrática Cristiana me habló de las cinco fracciones que esa denominación comprende en España, y que ahora están intentando conciliar y fundir en una, cosa difícil porque algunas son o parecen irreconciliables. He hablado con miembros de "todos" los grupos y partidos y a todos les he dicho lo inútil de sus escisiones y odios entre antifranquistas y todos me han dado la razón, pero todos han seguido en lo mismo.

En cambio en Euzkadi, Acción Nacionalista Vasca, Partido Socialista, partidos republicanos, Partido Nacionalista Vasco y UGT, CNT, STV se agrupan en torno al gobierno vasco con la sola y única excepción de ETA, un grupo de jóvenes que proclaman el terrorismo... De un grupito contra todos, a todos contra todos, hay una diferencia. Y si esto no gusta a los de Madrid lo siento por ellos. El único partido separado de los otros es el Partido Comunista, pero en Madrid los de los restantes partidos me hablaron de que posiblemente sea o se convierta muy pronto en el más fuerte de España, porque tiene —dicen— una excelente organización.

Existe en España una unión "Unión de Fuerzas Democráticas" que teóricamente agrupa a todos menos al PC y cuyo presidente es don Manuel Giménez Fernández, católico, catedrático de derecho canónico y residente... ¡en Sevilla!, es decir, "dentro" de España. El gobierno le teme por su enorme prestigio, que hace tiempo ganó defendiendo la reforma agraria desde el gobierno de Gil Robles —en el que era ministro— y ahora defendiendo obreros ante el Tribunal de Orden Público, con un valor extraordinario. En tiempos de Gil Robles las derechas le miraron con sospecha por defender la reforma agraria y ahora (Franco devolvió a sus propietarios las fincas ocupadas por el Instituto de Reforma Agraria según las leyes de 1932 y 1935, devolu-

ción que hizo de un plumazo con decreto de 23 de febrero de 1940) a aquello se une el hecho de que jamás estuvo con el alzamiento fascista. Todo el mundo sabe que es presidente de esa Unión de Fuerzas Democráticas, pero Franco sabe también que es un católico intachable, y, *lo que se vuelve más importante, persona que goza de la simpatía y la amistad del Vaticano.*

Pero al margen y dentro de esa unión nominal, los partidos luchan entre sí, se dividen, se multiplican y se pelean entre ellos. Socialistas hay por lo menos de cuatro grupos y por ahí andan los demás. Ciertamente es —y de justicia decirlo— que en este Madrid se agrupan personas de toda España en un crecimiento enorme, que los miserables que se amontonan en las afueras tienen demasiada hambre para pensar que un centralismo gigantesco concentra aquí mayor cantidad de policías, soplones y elementos represivos que en cualquier otra ciudad española, cierto que una tercera parte de choferes de taxis son policías en activo, que otra parte son confidentes de la policía, como mucha otra gente, cierto todo eso, pero así es Madrid hoy.

Éste es el Madrid en que me encuentro, un Madrid sin el espíritu heroico que esta ciudad tuvo tantas veces. A una manifestación en Bilbao van por lo menos diez mil personas y a una o dos que se han querido hacer aquí han acudido apenas doscientas o trescientas. Pero no hay que olvidar que —como me hizo notar un miembro de la resistencia vasca— hay que ser mucho más valiente para ser uno de esos trescientos que para estar entre los diez mil. Y tiene razón. Las de Euzkadi son manifestaciones del pueblo, pero las de Madrid son manifestaciones de héroes.

Y bien puede ser que entre esos hombres irreductibles que se juegan la vida frente al enorme aparato policiaco del Estado en este Madrid machacado, destrozado y apagado, puede ser que en ellos se encuentre el fulminante que un día haga estallar a todo este pueblo, haciéndole volver a los tiempos en que hacía la historia.

Y, desde este Madrid del miedo, le envío un abrazo muy cordial, muy estrecho, muy sentido.

P.D.: Un informante que está muy cerca de Francisco de la Guardia Gilbert, Inspector General de Orden Público, ha hecho saber a la Resistencia Vasca que me están buscando en Bilbao, con positivo interés de encontrarme. Pero la Resistencia Vasca es mi seguridad y la "Operación Siempre!" sigue adelante. ¡Si supieran que hoy estuve en El Pardo y que un centinela nos gritó que no se podían tomar fotografías cuando me tomaba una! El pobre del Director General de Seguridad, señor Carlos Arias Navarro, está comprobando que sus agentes son ligeramente estúpidos. ¿Cuándo se ha visto que alguien entre clandestinamente en un país, lo publique hasta con fotografías, se pasee por todas partes, se retrate en todos los sitios, hable con los opositores del gobierno y no lo puedan agarrar?

Hace dos días me pidieron en un tren la documentación y yo mostré la que uso aquí, que es española. Mi mayor problema es la cámara, que llama la atención y no se puede esconder tras un cómodo pasaporte de turista. Me esfuerzo en hablar hispanamente, pero parece que no me sale muy bien, pues los vascos me han dicho que en público me calle cuanto pueda. Una vez se me escapó un "ahorita" y sudamos tinta todos.

Hasta ahí el artículo, escrito, como los demás, en forma de carta a José Pagés Llergo. A más de treinta años de distancia se le pueden encontrar errores de forma y de fondo. Hace sonreír la insistencia en el desafío a la policía franquista, pero cuando se ve la reacción que tuvo *El Español* de Fraga Iribarne, dedicando páginas enteras a insultarme, se ve que lo pueril del asunto lo ponían ellos y que no era inútil esa actitud "chuleta" como diría un madrileño, ya que daba el resultado previsto: irritar a los fascistas y que cayeran en la trampa de hacer pública su irritación.

Pese a todo lo que tenga de rebatible he reproducido ese artículo porque su virtud principal es el haber sido escrito allí y entonces. Y, en las condiciones en que se escribió, historia. Allí. Y entonces.

Pero sigo con otra vida más infortunada que la mía, aunque, en términos históricos, de la misma época, de la misma España, esa que algunos quieren olvidar, sin entender que una cosa es perdonar (dejar atrás los rencores y los deseos de venganza, que siempre son negativos), y otra muy distinta olvidar todo aquello para que las nuevas generaciones lo ignoren y estén en posibilidad de repetirlo. Sigo, pues, con la historia de Arantxa, una muchacha vasca cuya desgracia, y la de su familia y allegados, fue la de haber nacido y vivido en un mal momento. ¡Como si uno pudiese elegir!

Don Pablo Urrutia estaba muy preocupado. ¿Podía un sacerdote hacer lo que él había hecho? No tenía dudas en cuanto a salvar a Laurencia, a la que había dejado a buen recaudo con las monjas vascas del orfanato para señoritas, pero había otras cosas que le atormentaban. La principal era que se sentía responsable de la destrucción de una familia. Porque tras dejar en seguridad a Laurencia volvió a la casa de Pedro Goritz para saber lo que había pasado. Y lo que supo le robó la calma y la tranquilidad de espíritu, porque él se sentía responsable. Fue por sus actos por los que había sucedido todo. De no haber intervenido para salvar a Iñaki, la esposa de Goritz no habría sido violada salvajemente y herida de gravedad, el esposo no estaría huyendo de la policía (por haber dado al inspector informes falsos sobre quién repartía *Gudari*), y la niña no habría sido reducida a la calidad de huérfana de hecho, aunque no lo fuese en sentido estricto.

Todo lo cual era consecuencia directa de sus actos. ¡Él, un sacerdote! No es nada fácil decidir lo que debe y lo que no debe hacer un hombre. Ése, pensó, es el eterno problema de los seres humanos, saber qué hacer en cada caso. Cómo comportarse en la vida. La experiencia le acababa de demostrar que no es cuestión de sacerdocio, sino de la condición humana. Un cura podía

hacer tanto o más daño que un seglar. (Aunque la inmensa mayoría de las personas hace lo que le resulta más cómodo, lo más egoísta, lo que implique menos peligros y menos molestia. Aquí se habla sólo de la gente de ese pequeño grupo que, en todas partes, mantiene en alto la dignidad humana.)

Él, Pablo Urrutia, se había pasado de la raya. Lo de arrojar ejemplares de un periódico clandestino a una calle llena de gente no era labor misionera. ¿O lo era? ¿Hasta dónde llegan los deberes de un cristiano? La duda le impedía sentirse en paz. Su condición sacerdotal debió ser un freno para él y no lo había sido. Claro que tampoco tuvieron freno los sacerdotes, ¡y hasta obispos y cardenales!, que tomaron partido durante la Guerra Civil y estuvieron de acuerdo con la represión sangrienta contra los vascos por ser vascos y contra otros muchos en las demás regiones españolas por no aceptar la rebelión y el fascismo. Pero eso no le consolaba, aunque lo pensó, porque, se dijo, cada quien debe responder de sus actos y en última instancia Dios juzgará.

Subió muy despacio la escalera de su casa. Estaba muy cansado y, aunque él sabía que no era el suyo cansancio físico, cada paso le costaba un tremendo esfuerzo. Tuvo que aferrarse a la barandilla para seguir subiendo y se sintió tan mal que hasta temió sufrir un desmayo. Se sentó en un peldaño de la escalera y allí permaneció un buen rato, viendo con mirada ausente la maltratada pared con sus restos de papel y sus raspaduras en el yeso.

Por fin se incorporó, con trabajo, y logró llegar a su cuarto. Apenas entró cayó sobre una silla y apoyó los codos en la mesa. Tenía un gran impulso de llorar, pero no podía. Ni podía llorar ni podía liberarse de todo lo que le atenazaba.

Y allí se quedó durante horas, pensando en todo lo que había hecho y sufriendo por Pedro Goritz, que casi había perdido a la esposa y se quedó sin hogar y que si era detenido moriría en la tortura. Todo por los actos de Pablo Urrutia,

sacerdote. Hasta llegó a pensar que hubiese sido mejor dejar que cayese sobre Iñaki Belausti el peso de sus actos, en vez de intervenir él para salvarlo dañando a otros.

Pero no logró salir de dudas. Y ya nada tenía remedio. ¡Es tan difícil ser hombre!

El inspector Berdejo no había perdido su impasibilidad a la vista de los demás, pero por dentro estaba consumiéndose de ira. Al llegar en coche a la puerta de su oficina vio a algunos de sus subordinados subiéndose a dos automóviles y uno de ellos, al percatarse de su llegada, se acercó a informarle:

—Hemos recibido un soplo de una imprenta clandestina. Dice el soplón que allí están ahora todos. Parece que ahí imprimieron los volantes de la última huelga.

—¡Vayan por delante! Yo les digo.

Salió la caravana de tres vehículos. Berdejo empuñaba la escopeta de cañón recortado, cargada con cartuchos de postas y su callada furia se notaba en los dedos que apretaban la madera de la culata hasta quedar blancos. Apenas se hubo detenido el primer automóvil cuando ya Berdejo estaba en la acera.

—¿Dónde? —preguntó.

—Al fondo del portal, la puerta de la izquierda.

—Que vayan tres por atrás, por si hay otra salida.

—Dicen que no la hay.

—¡Que vayan! No quiero más fugas.

—Sí, señor inspector.

Berdejo llegó a la puerta indicada seguido por varios agentes. Toda la furia acumulada por el engaño de que, según él, le hizo objeto Goritz le llenaba la cabeza como una obsesión irrefrenable. Se sentía hervir, pero no alteraba el tono ni el paso. Ni alteraba la voz ni se apresuraba. Sólo su mirada era más fría que habitualmente. Dio dos golpecitos en la puerta, ésta se

abrió apenas una rendija y Berdejo la empujó y disparó simultáneamente los dos cañones de la escopeta al rostro del que había abierto.

El inspector y sus hombres entraron en la casa como un huracán. Dentro sólo había cinco personas, contando al que abrió, que ya no estaba. Tres hombres y una mujer, aterrorizados por el disparo, la muerte de su compañero y la violenta irrupción, levantaron los brazos antes de que alguien se lo pidiera. Los agentes los golpearon sin motivo con las pistolas que llevaban en la mano —asustar, aterrorizar, quebrar el ánimo es parte de la técnica policial—, poniéndolos en fila y cacheándoles.

Uno de los hombres estaría ya por encima de los cincuenta años. Tenía blanco el cabello y las cejas, rostro de obrero, curtido por los años y el trabajo, al que había dedicado toda su vida, según acreditaban sus manos callosas. Los otros dos eran jóvenes, uno de unos veinticinco años, también obrero, y el otro mucho más joven, posiblemente de unos quince o dieciséis años, con aspecto de estudiante. La muchacha, muy guapa, sin duda pertenecía a la clase media. Y las expresiones de los cuatro acusaban una ambivalencia entre el miedo y la firmeza.

Después de verificar que ninguno de ellos estaba armado, algunos de los policías guardaron las pistolas y sacaron unos objetos oscuros, como de veinte o treinta centímetros de largo, con los que comenzaron a golpear a sus inermes presas. El obrero más joven recibió un golpe en la cabeza y cayó fulminado; a los demás les golpearon la espalda, los lados del cuerpo y el vientre con las cachiporras elaboradas con cable de acero, del que se usan en los ascensores, rematado por un lado con una bola de plomo, todo recubierto de cuero negro y con una correa como agarradera para introducir en ella la muñeca y evitar que se desprenda del brazo al atacar con ellas. Y mientras golpeaban los injuriaban:

—¡Hijos de puta!

La muchacha recibía golpes igual que los hombres pero no gritaba:

—¡Mala pécora! ¡Putra roja! ¡Ya vas a ver!

Todos procuraban cubrirse de los golpes con los brazos, pero ninguno gritaba, ni siquiera el jovencito, al que se le escapaban lágrimas en silencio.

Hay una bestialidad que yace escondida en lo más profundo del ser humano y que surge y crece con el poder. El hombre medio puede vivir toda una existencia sin sacar a la bestia del fondo de sí mismo. Pero si se le da poder e impunidad se puede transformar, se puede producir en él una verdadera metamorfosis que la mayoría no alcanza a comprender, especialmente quienes lo tratan como familiares o amigos. Porque el mismo individuo que es capaz de torturar hasta la muerte, que es capaz de llevar a cabo horrores indescriptibles, sigue siendo el mismo, en apariencia, para los suyos. Höss, comandante de Auschwitz, era un padre cariñoso y amaba a los perros, lo mismo que muchos de los asesinos y torturadores nazis. ¿Y qué eran los SS antes de dar salida a la bestia? Algunos agentes de seguros, como Heydrich, el "protector" de Bohemia, asesinado por la Resistencia; otros, empleados, oficinistas, gente normal y vulgar de la que no se podía sospechar hasta dónde llegaría en el sendero del horror.

El poder de adaptación de la especie es infinito. Nos adaptamos al frío, al calor, a la paz y a la guerra. Y también nos adaptamos al horror. Al horror, a lo que coloquialmente se dice que es inhumano, es decir, falta de humanidad, como si lo característico de la especie humana fuera la dulzura, la bondad y la piedad, cuando eso es lo verdaderamente ajeno a la especie, lo excepcional, lo inhumano, y lo más humano es precisamente lo contrario, como demuestra la historia de los hombres de todas las naciones y de todos los tiempos.

Kant, en la *Crítica del juicio*, definía humanidad (*humanität*) como significando, por un lado, el sentimiento universal de la

simpatía y, por el otro, la facultad de comunicar, íntima y universalmente, dos propiedades que en su conjunto constituyen la sociabilidad propia de la humanidad, por la cual se diferencia del aislamiento animal. Pero no profundizó en otras diferencias muy significativas entre nosotros y los animales como, por ejemplo, el gusto por la tortura, que sólo se da en muy pocas especies, además de la nuestra. Por algo Vaihinger dijo, entre otras cosas, que todos los conceptos, las categorías, los principios y las hipótesis de que se valen el saber común, las ciencias y la filosofía son ficción, privadas de toda validez teórica y a menudo íntimamente contradictorias, lo cual no lo considera una situación patológica sino normal. Pero, ¿qué tiene que ver todo eso con una actuación —una, apenas— de cualquiera de las policías brutales, crueles y criminales que hay por todo el mundo?

Uno de los agentes de Berdejo salió de las habitaciones interiores trayendo la prueba definitiva contra las víctimas: una pequeña prensa de mano en la que se podían imprimir hojas no mayores de media carta y de una en una, poniendo el papel, accionando la prensa mediante una palanca, sacando el papel impreso con la otra mano y poniendo uno nuevo.

Y otro más sacó de un ingenuo escondite, detrás del cubo de la basura, un montón de volantes llamando a la lucha pasiva contra la dictadura mediante el sabotaje, el tortuguismo y la desobediencia.

Cuando se cansaron de golpear a los detenidos y de destrozar la casa volvieron la vista hacia Berdejo, que había permanecido impasible, viéndolo todo desde la silla en la que se acomodó después de confirmar que sus víctimas estaban desarmadas. El inspector miró lo que quedaba del que había abierto la puerta, un cuerpo joven con una masa sanguinolenta donde antes hubo un rostro y una cabeza. Dos cartuchos de postas de una escopeta del 12 disparados a bocajarro en la cara no dejan ver lo que hubo antes. Se dirigió a los cuatro esangrentados detenidos y dijo:

—¿Quién era éste?

Antes que otros pudieran responder lo hizo el viejo:

—Se llamaba Iñaki Belausti.

Para Arantxa fue como si el cielo le hubiese caído encima.

Primero fue una enérgica llamada a la puerta y, cuando abrió, dos hombres, uno de los cuales le dio un empujón para entrar.

—¿Qué desean? ¿Quiénes son ustedes?

—Policía —dijo uno de ellos que ya estaba revolviéndolo todo.

El piso era muy pequeño y el registro llevó poco tiempo, pero la forma en que lo hicieron fue suficiente para dejarlo todo patas arriba. Mientras buscaban en el ropero —viejo ropero que había sido de la tía— tirándolo todo al suelo, en tanto que buscaban entre los cacharros de la cocina, cuando uno de ellos deshizo la cama, tiró las sábanas, palpó el colchón y con un cuchillo lo rasgó para ver si dentro había algo distinto al relleno de borra, todo el tiempo Arantxa estaba inmóvil, muerta de miedo, poseída por un terror indescriptible porque aquello estaba más allá de toda su experiencia. Le temblaba la mandíbula y las piernas se le debilitaron tanto que se dejó caer en una silla. Uno de los agentes policiacos la hizo levantarse para revisar la silla, que puso al revés para mirarla por debajo. Después de ver la volvió a poner en el suelo y Arantxa, tal como se había levantado, como una autómatas, cayó de nuevo en ella porque sentía que se iba a desmayar.

—¿Tú también ayudabas a tu hermano en lo de la imprenta?

La expresión de asombro de Arantxa fue tan auténtica que hasta dos tipos como aquéllos la creyeron.

—¿Qué imprenta? Mi hermano no trabaja en ninguna imprenta, es cerrajero.

—¿Le ayudabas en su labor de agitación anarquista?

—¿Agitación anarquista?

Para Arantxa todo aquello era como si le hablasen en griego.

—¿Qué ha hecho mi hermano? ¿Dónde está?

Pero no contestaron a sus preguntas.

—Ponte un abrigo y ven con nosotros.

—¿A dónde me llevan?

—Ya lo verás. ¡Andando!

Apenas pudo la muchacha agarrar su abrigo porque ya uno de los hombres la llevaba por el brazo, apretando tanto que le causó dolor.

Mirando a todas partes con mucho cuidado Pedro Goritz llegó a su casa por la noche, tres días después de la visita de Berdejo y los suyos. Al día siguiente de su confesión, todavía bajo la impresión de lo que había hecho, fue a su trabajo y allí le contaron que habían detenido a Iñaki y al otro, pero que los habían tenido que soltar porque en vez de *Gudari* llevaban la hoja parroquial. Los obreros celebraban el caso con grandes carcajadas porque Iñaki se había burlado de la policía, pero Pedro no podía reír. En el primer momento temió que se supiera que él había sido el delator, pero cuando nadie hizo la menor alusión a ello se imaginó que el inspector le estaría buscando furioso. Abandonó el trabajo y anduvo errando hasta que quiso saber si lo habían ido a detener. Pero antes de subir a su casa llamó con cuidado a la puerta de cristal de doña Francisca, que salió envuelta en una vieja bata y al verle abrió y le hizo pasar.

—¡Ay, hijo, qué desgracia!

—¿Qué ha pasado?

—Destruyeron tu casa, lo destrozaron todo, no ha quedado ni un alfiler entero.

Goritz sabía la causa de lo que habían hecho en su casa y sintió un miedo que le subía por las venas y se las iba helando.

—¿Y mi hija? ¿Qué le hicieron a mi hija?

—Nada, ella está a salvo. Se la llevó un sacerdote, el padre Urrutia. Ahora está en el colegio de huérfanas en el que el padre es el confesor. La pobre niña ni siquiera sabe lo que le hicieron a su madre.

El súbito alivio que Pedro Goritz sintió al saber que su hija estaba sana y salva se volvió una angustia inmensa, una fuerza que le ahogaba casi materialmente pues sintió que el aire le faltaba.

—¿Qué le hicieron a mi esposa?

—Está en el hospital. Se la llevaron hace tres días.

—Pero, ¿qué le hicieron? ¿Por qué está en el hospital?

Doña Francisca no sabía cómo decirlo, tenía la vista baja y su dedo índice de la mano derecha entraba y salía inútilmente en un ojal de la bata.

—¡Dígame qué le hicieron!

—La golpearon horriblemente, le deshicieron la cara, le dieron de palos y, además...

—¿Además qué?

—La ultrajaron, abusaron de ella.

Pedro Goritz quedó inmóvil mientras algo indefinible, algo que podía ser hielo o ser fuego pero que no podía imaginar siquiera, le iba invadiendo poco a poco, desde la planta de los pies hasta el cerebro. Había entendido bien lo sucedido pero una cosa era entenderlo y otra muy distinta asumirlo en toda su intensidad, en toda su trascendencia, en todas sus consecuencias.

Francisca no le miraba, no quería avergonzarle. Y Pedro iba poco a poco dejándose penetrar por la asunción de lo que habían hecho con su mujer. Era un hecho tan enorme para él que lo sentía como algo extraño e indefinible que muy lentamente iba penetrando en su cerebro. En dos dimensiones, en blanco y negro, en un escuchar y entender, era muy claro: habían violado

a su esposa. Pero era mucho más que eso, era un conjunto informe de emociones, de dolor y de miseria, de vergüenza, de humillación y de sufrimiento, de tener dentro del pecho un grito, una especie de aullido de fuerza infinita, de alcance infinito y de infinita angustia, pero alarido mudo, porque no salía del interior del pecho, donde se retorció y crecía, destrozándole.

Hubo un silencio que a Francisca le pareció de horas, aunque en realidad sabía que sólo era cuestión de minutos, pero de unos minutos desgarrados, llenos de una sustancia que transmutaba el tiempo en algo distinto y no definible.

Y de pronto escuchó un ruido ronco, un ruido raro, difícil de clasificar, difícil de entender. Entonces se atrevió a levantar la vista y dirigir los ojos a Pedro Goritz y supo qué era el ruido: aquel hombre hecho y derecho, aquel obrero recio y rudo, estaba llorando.

Con la enérgica mano que, lastimándola, la llevaba por el brazo como a un muñeco, Arantxa perdió el último residuo de claridad mental que le quedaba. La impresión que le produjo todo aquello había roto con todos los antecedentes de su existencia. Su mente estaba aturdida, atascada en lo inesperado, en lo inaudito, en lo increíble.

Ya en el interior del coche uno de los policías dijo:

—Su hermano ha muerto.

Arantxa recibió la noticia como si le estuviesen hablando de otra persona, de algún conocido lejano, que de vez en cuando hubiese visto. Se quedó quieta y callada, asumiendo lo que acababan de decirle. Supo que era algo así como que alguien ya no estaba vivo. Alguien que existió, que fue y vino por el mundo, que sintió y comió y habló. Algo sobre la muerte de un hermano que, además, decían que era el suyo.

—Usted tiene que identificar el cadáver, aunque no va a ser fácil. Pero es cuestión legal.

Arantxa estaba muy poco interesada en saber más de aquella persona que decían que había muerto. A ella sólo había una persona en la vida que le interesase y era Iñaki, pero lo que hablaban aquellos hombres no podía referirse a él, de eso estaba segura.

Por seguirles la corriente, dijo algunas palabras:

—¿Y de qué murió?

—Hizo resistencia, se enfrentó a la policía.

Qué tontería la de aquellos hombres. Seguro la confundían con alguna otra persona. ¿Y de dónde habían salido? ¿Quiénes eran?

El automóvil llegó ante un edificio oficial, de paredes viejas y descascaradas, sucias por el paso del tiempo y el descuido. Allí la hicieron descender y, tomándola del brazo, la llevaron por unos pasillos que olían a casa vieja y a hospital y que estaban llenos de puertas de madera pintadas de blanco y con cristales opacos. Arantxa iba pensando que bien pudieron haber pintado otra vez las puertas, porque toda aquella pintura blanca estaba ya casi gris y llena de manchas. En una de ellas vio, al pasar, la huella de cinco dedos de alguien que una vez agarró la puerta con la mano manchada de carbón o de tinta.

Al final del pasillo había una puerta sin cristales, toda de madera y pintada de un color gris oscuro. Y hasta allí llevaron a Arantxa y la hicieron pasar.

Del otro lado había un cuarto con dos escritorios viejos. Y en cada una de las mesas había un hombre también viejo. Al fondo, en la pared, un retrato del generalísimo y a la derecha una puerta.

Uno de los policías habló con el anciano de la derecha y éste se levantó, abrió la puerta e hizo pasar a Arantxa y a sus acompañantes.

Entraron a una gran sala en la que había mesas de mármol con bultos blancos, cuerpos tapados con viejas sábanas, unas ralas de tanto uso y otras con manchas de sangre seca. El viejo

condujo a los tres por entre las mesas y se detuvo ante una de ellas.

—Éste es su hermano —dijo uno de los policías de Arantxa—. Tiene que identificar el cuerpo.

El viejo levantó la sábana y apareció una informe masa roja con esquirlas de hueso y una materia gris que surgía en la parte de abajo, entre lo rojo y el mármol. Arantxa vio aquello y se derrumbó contra el suelo, con todo el peso de su cuerpo. La cabeza rebotó contra el piso de cemento y la muchacha quedó inmóvil.

Los dos policías intentaron reanimarla sin conseguirlo, algo preocupados, y viendo que no reaccionaba, la llevaron a la sección de urgencias del hospital anexo al depósito de cadáveres. Su preocupación no dependía de que Arantxa estuviese muerta, no, eso no les importaba. Lo que temían era que el inspector Berdejo se enfureciera por lo sucedido, porque le tenían pánico.

El interno que la recibió y que era antifranquista e hijo de republicanos —eso se supo después— exigió saber quiénes eran los dos tipos que la llevaban y cuando supo que pertenecían a la Brigada Político-Social sospechó lo peor y se dedicó a atender a Arantxa como si hubiese sido su propia hermana.

Cuando abrió los ojos, Arantxa no se acordaba de nada. Con sorpresa vio sobre ella un techo blanco, pintado a gruesos brochazos de esmalte, pero ya muy maltratado por el tiempo. Aquello no era su alcoba. Recordó a los dos hombres que registraron su casa, los destrozos que hicieron y que la llevaron en un automóvil. Algo la detenía en esa parte del recuerdo, algo que era, en su mente, como una pared impenetrable.

Miró hacia su lado derecho y encontró una pared cercana, como a un metro de distancia, pintada del mismo blanco y con el mismo método que el techo. Poco más allá de sus pies el rodapié de la cama era, como la cuja, de tubos metálicos que también fueron blancos alguna vez, hacía ya mucho

tiempo, y enseguida un biombo de tela plisada extendida sobre tubos metálicos mucho más delgados que los de la cama. Volvió la cabeza al lado izquierdo y encontró otra cama igual a la suya en la que yacía una anciana, al parecer dormida o aletargada. Y entonces, por un lado del biombo apareció una hermana de la caridad con un rostro agradable, que al verla sonrió y dijo:

—¡Bendito sea Dios que se ha recobrado! ¡Ya estábamos muy preocupados! El padre Urrutia se pondrá muy contento.

Arantxa frunció las cejas, sorprendida.

—¿El padre Urrutia?, ¿y cómo supo que estoy aquí?

—Vino al segundo día —explicó la monja—, parece que fue a buscarla a su casa y la portera le dijo que había salido con dos policías, acudió a la oficina de la policía y allí le informaron que estaba usted aquí. Y desde entonces ha venido todos los días. El hombre está muy preocupado.

—No entiendo nada —balbuceó Arantxa—. ¿Desde cuándo estoy aquí?

—Hace ya diez días, hija mía. Estabas en coma —dijo la monja pasando del usted al tuteo—. Te estuvimos alimentando con sonda.

La hermana de la caridad tenía una expresión dulce y cariñosa y Arantxa pensó, absurdamente, que se le marcaban mucho las arrugas de la sonrisa y las de los ojos, esas que llaman "patas de gallo", y esto se le ocurrió al tiempo que intentaba traspasar el muro de su mente. ¡Diez días! Le pareció imposible. Sintió algo en su cabeza y se llevó la mano a la frente, encontrándose con que tenía vendas todo alrededor de ella.

—¿Por qué me trajeron?

—Recibiste un golpe muy fuerte en la cabeza, tienes una fractura en el cráneo, afortunadamente muy pequeña, una fisura y, por lo que estoy viendo, sin consecuencias graves.

—¿Quién me pegó?

—Te caíste, estabas en el depósito de...

La monja calló, temiendo haber dicho demasiado. Y, en efecto, esa mención hizo recordar a Arantxa lo que su mente había sepultado como una protección del subconsciente contra el dolor y la angustia.

—Entonces... mi hermano...

—Sí, pequeña, ya está con el Señor.

Arantxa rompió en un sollozo profundo y desgarrado, que se extendió en sacudidas con sonidos roncós, y la hermana de la caridad consideró que lo mejor que podía hacer por ella era dejar que se desahogara.

Después de un rato los llores fueron haciéndose más tenues y más calmados, pero las lágrimas siguieron brotando de los ojos que mostraban, además del dolor, el terror que inspiraba a Arantxa el hecho de haber perdido, con Iñaki, su único sostén en el mundo.

Por la tarde llegó el padre Urrutia. Traía una expresión ambivalente entre la alegría por la recuperación de Arantxa, de la que al llegar le informó la monja, y la tristeza por la muerte de Iñaki. Agarró la única silla disponible para las visitas de ambas pacientes y se sentó a un lado de la cama.

Apenas lo vio, la muchacha empezó a llorar. El sacerdote, don Pablo como ella solía llamarle, era ya la única persona querida que le quedaba en el mundo, su única familia aunque en el sentido estricto no lo fuese.

—¿Cómo murió Iñaki?, ¿qué pasó?

—Lo más importante ahora, hija mía, es que has salido del estado de coma, que nos tenía muy asustados, y además con una recuperación asombrosa por lo rápida. Hay quienes nunca han vuelto de una cosa así. Y lo que ahora importa es que te recuperes totalmente. Yo...

El sacerdote estaba emocionado. Antes de entrar a la sala, tras escuchar a la hermana de la caridad, se había hecho el propósito de controlarse, de dominarse para no afectar a

Arantxa. Pero los sentimientos anularon sus previas intenciones. Muy discretamente se enjugó una lágrima mientras se decía a sí mismo, pero en voz alta:

—¡Valiente cursi estoy hecho!

—Tener corazón no es ser cursi —dijo Arantxa.

—Lo que pasa es que tú también lo eres —rió el sacerdote por encima de una lágrima rebelde—, eso es lo que somos, un par de cursis de folletón.

Ella permaneció callada y Urrutia se dio cuenta de que Arantxa acababa de saber la muerte de su hermano y eso no era para risas. Una vez más los nervios le habían traicionado. "Soy un bruto" pensó, esta vez en silencio.

—Perdóname hija mía, a veces no sé ni lo que hago. Pero pasaron tantas cosas de repente que estoy completamente desconcertado, tengo la cabeza a pájaros.

—¿Cómo murió Iñaki?

El cura miró a su alrededor. Estaban solos tras el biombo, con una anciana enferma e inconsciente a un lado. Pero el sacerdote se levantó, se asomó más allá del biombo, se cercioró de que no había nadie cerca que pudiera oír y después volvió a sentarse.

—Lo mató la policía —dijo en voz baja—. Yo oficié en su entierro y le di cristiana sepultura. Parece que estaba en una imprenta o en una reunión clandestina. Los periódicos dijeron que era un terrorista y que había hecho resistencia a los agentes con un arma, pero no es verdad.

Arantxa sintió como si alguien le hubiese hurgado en una herida ya de por sí muy dolorosa.

—¡Lo mataron!, ¿por qué?

—Por desgracia, ellos no necesitan tener una razón verdadera para matar a los que llaman "rojos". Ya lo hicieron antes y en gran escala. Iñaki estaba metido en la lucha clandestina y eso es muy peligroso. Ya te lo dije cuando tú me informaste de lo que hacía.

—¡Dios mío! ¡Pero asesinar a un muchacho desarmado!... Dios lo habrá recibido. Iñaki era muy bueno, era incapaz de matar, era...

Arantxa se había exaltado un poco y el sacerdote la calmó.

—Tranquilízate, hija. Parece que fue un inspector, un tal Berdejo. Le disparó a bocajarro. Pero ya ha pasado y...

—¿Y usted cómo lo sabe? —interrumpió la muchacha.

—Los sacerdotes sabemos muchas cosas. Yo eso lo sé de buena fuente. Es todo lo que puedo decirte.

Durante el tiempo que Arantxa permaneció en el hospital don Pablo Urrutia no dejó de visitarla ni un día. Poco a poco la fue acostumbrando a la idea de que Iñaki había muerto, a que asumiese la realidad de las cosas que ya no tienen remedio. Y ella lo aceptaba porque el cura era su único apoyo, pero en el fondo de su cerebro, clavada en lo más profundo de su pensamiento, estaba acurrucada la idea de que Iñaki no debió de morir así, de que su hermano fue víctima de un asesinato cobarde y de que quien lo mató debía morir también, para pagar su crimen.

Nunca le dijo esto al sacerdote, pero cuando se le escapó alguna insinuación el padre Urrutia le refutó con energía:

—No, Arantxa, la venganza es un mal pensamiento, una idea mala, que sólo causa daño y dolor a quien la tiene.

—¿No dice la Biblia que el que a hierro mata a hierro muere?

—¿Dónde oíste eso?

—Mi tía tenía una Biblia y a veces la he ojeado.

—¿Y no sabes que está prohibido leer la Biblia sin permiso de un sacerdote?

—No lo sabía, padre, pero, idéjeme leerla! Ahora que ya no está Iñaki voy a estar sola, necesito distraerme un poco para no pensar... ¡Por favor, padre!

El buen cura tenía sus dudas, pero se dejó convencer.

—Está bien, te lo permito, pero con una condición.

—¿Cuál, padre?

—Que cuando leas algo que no entiendas o que no te parezca bien lo consultes conmigo. Y sólo te autorizo a leer el Nuevo Testamento, los Evangelios.

—Está bien, padre Urrutia.

El sacerdote estaba preocupado por el futuro de Arantxa, tan joven y sola, y mientras ella convalecía él había dispuesto algunas cosas. Conocía a una señora que daba trabajo a costureras. Les daba las prendas ya cortadas y las trabajadoras las cosían en sus casas. Les pagaba por el número de piezas. Y como Arantxa tenía en su casa la viejísima máquina Singer que había sido de su tía, el asunto pudo arreglarse bien.

Arantxa estaba encantada porque ese trabajo le permitía vivir sin hacer lo único que se le había ocurrido mientras estaba en el hospital, emplearse como sirvienta. Era mucho más cómodo coser en casa.

Al principio tuvo que aprender y eso la mantuvo entretenida. Nunca antes hizo un trabajo como ése. Le entregaban camisas por piezas totalmente cortadas y ella tenía que hacer las prendas: unir las dos partes de cada manga y después hacer los puños y coserlos al extremo, pegarlas por los hombros al cuerpo de la camisa, previamente cosido, hacer los dobladillos, coser los cuellos y luego darles vuelta, como a un calcetín, para que lo cosido quedase por dentro, invisible. Todo esto requería atención, tenía que fijarse porque, además de las diferentes tallas de camisas, cada talla tenía tres tamaños de manga. Y se entregó a su trabajo con entusiasmo y dedicación.

Pero después de quince días ya supo todo lo necesario, el trabajo se volvió mecánico y adquirió tanta seguridad que no necesitaba pensar en lo que hacía. Primero disponía las piezas de la camisa en orden y luego todo era ir las agarrando a su turno, colocarlas y mover los pies haciendo trabajar a la vieja Singer, que fue nueva mucho antes de llegar a poder de la tía, que ya la adquirió de ocasión. Con la repetición mecánica de los mismos movimientos su labor adquiría un ritmo cuyo so-

nido en la máquina, aunque en pequeño, era cercano al de una locomotora, o así le parecía a ella. Con el ruido siempre igual y repitiéndose todo el tiempo, el movimiento constante de los pies en el pedal de la máquina y siempre viendo a la aguja subir y bajar y correr sobre la tela (aunque en realidad era la tela la que corría), su cerebro comenzó a pensar en otras cosas, es decir, en Iñaki y en su muerte prematura.

En su cabeza iba madurando la certidumbre de que su hermano había sido víctima de un asesinato repugnante y vil y eso le causaba una desazón que se traducía en odio. Porque Arantxa había madurado desde la muerte de su tía. Sabía que todos tenemos que morir, que la muerte es algo consustancial con el nacimiento, pero que la muerte debe ser natural o, por lo menos, lógica, como resultado de una enfermedad, de la vejez o a lo sumo de un accidente, pero no del acto cruel de un asesino.

La muerte, se decía, es una cosa irremediable, algo que a todos nos llega. Se muere a una edad avanzada o por una desgracia imprevisible. Sin embargo, su hermano había muerto a los veintidós años y no por una enfermedad ni tampoco por un accidente, sino porque alguien lo había matado deliberadamente.

Pensamientos que la hacían sufrir y creaban en su ánimo un creciente rencor. Una palabra se había instalado en su cerebro: Berdejo. Así había dicho don Pablo que se llamaba el asesino: Berdejo. Ante el cúmulo de ideas que acudían a su mente y por la impotencia de no poder castigar al criminal, Arantxa sacudía la cabeza, movía con más velocidad el pedal y hacía correr más velozmente la aguja.

Paulatinamente, estaba cultivando y desarrollando una idea fija, una obsesión: la necesidad de hacer justicia a Iñaki castigando a su asesino.

CAPÍTULO QUINTO

Muchas eran entonces las diferencias de puntos de vista entre don Manuel Fraga Iribarne y yo, y muchas siguen siendo, pero sólo me ocuparé de las de aquellos tiempos.

Él era ministro de una sanguinaria dictadura fascista surgida de una sublevación militar contra un gobierno democrático legítimamente constituido. Yo había luchado en la defensa de la legalidad republicana en la guerra civil desencadenada por los facciosos, y seguía combatiendo al fascismo español mediante la prensa y las ideas.

Su reacción en mi contra en la prensa que él manejaba, incluyendo, que yo sepa, desde *El Español*, órgano oficial de su ministerio, hasta una publicación en Los Ángeles, California, Estados Unidos, fue la prueba evidente del daño que hacían al franquismo mis reportajes desde la clandestinidad. Yo no proponía, como algunos de mis colegas mexicanos, muy bien atendidos por Fraga y los suyos, que México estableciera relaciones diplomáticas con el asesino Francisco Franco. (Es curioso cómo la humanidad, o buena parte de ella, aclama y acepta a los asesinos cuando tienen poder y hasta los hay que consideran honroso retratarse junto a ellos.) Yo no hablaba de los toros, ni del flamenco, ni de los "25 años de paz" que Fraga utilizaba como señuelo propagandístico ocultando que la suya era la paz de los sepulcros, de las palizas y

torturas de la policía y de las cárceles, una paz de censura y de represión.

En contraste con esa prensa manejable, la que informaba a gusto de los vencedores, yo estaba hablando de la España de los vencidos, es decir, de la España de la mayoría de los españoles, unos callados, otros actuando, pero todos sufriendo una dictadura férrea y criminal en su origen y en sus actos. Y lo que le dolía al después flamante presidente de la Junta de Galicia eran cosas como éstas, que contrastaban con la paz que él pregonaba:

El Domingo de Resurrección, Aberri Eguna, Día de la Patria, los vascos se trasladaron en masa a Guernica, contra la voluntad de las autoridades franquistas que dedicaron policía, Guardia Civil y Ejército a impedirlo. Puede calcularse el número de personas movilizadas hacia Guernica en unas noventa mil. A unos cuantos agitadores se les puede apalear o disparar, pero ¿qué hacer contra todo un pueblo? La Guardia Civil cortaba el paso en las carreteras a 4, 5 y 6 kilómetros de Guernica y la gente dejaba los vehículos y continuaba a pie. La policía pedía la documentación y amenazaba. ¿Cómo amenazar a miles y miles? La fuerza armada detenía cada automóvil, pedía los documentos, tomaba nota del propietario, de la matrícula y de todos los detalles con el doble objetivo de obstaculizar el acceso a Guernica, creando interminables filas de automóviles, y de intimidar a la gente. Pero, además de que los vascos dejaban los vehículos y seguían a pie, ¿cómo intimidar a decenas y decenas de miles?

La conspiración de silencio funcionó bastante bien contra la concentración de Guernica, organizada y dirigida por el gobierno vasco. El mundo entero debió saberla, pero no la supo. A los fotógrafos se les quitaron las cámaras, incluyendo a uno de *Paris Match*, pero se lograron algunas fotos que envió.

Después, el Primero de Mayo, Bilbao, por ejemplo, celebró su manifestación en plena Gran Vía, no obstante haber sido ocupada previamente la calle por la policía y el ejército. La gente paseaba tranquilamente, en grandes cantidades, por

ambas aceras, muchos en parejas, con esposa y todo. De pronto, como a una señal, todos se lanzan masivamente al arroyo y junto a policías y soldados, que se ven de pronto sumergidos en una multitud enorme, junto a ellos mismos se grita: *¡Viva la libertad sindical! ¡Viva el Primero de Mayo! ¡Gora Euzkadi!*

Naturalmente que después de cada una de esas demostraciones se multiplican las detenciones —y las palizas policíacas— pero no se puede detener a todos. En esas condiciones tienen razón los dirigentes vascos: el terrorismo carecería de objeto, puesto que no quieren dañar la industria ni la riqueza de su país. Quienes sí ejercen el terrorismo son las autoridades franquistas, pero sin resultado. La manifestación del Primero de Mayo la combatieron a garrotazos y arrojando contra los manifestantes agua coloreada para reconocerles y perseguirles por toda la ciudad, pero eran algo así como doce o quince mil personas, mucha gente para reconocer...

El Día de la Patria, en marzo, lo organizó el gobierno vasco; las manifestaciones de la Gran Vía, la Alianza Sindical Española, integrada por la C.N.T., la U.G.T. y Solidaridad de Trabajadores Vascos (*Revista Siempre!*, número 596, 25 de noviembre de 1964).

Como muestra de las diferencias entre el señor Fraga y yo las dichas son bastantes, pero hubo más todavía. El señor Fraga inventó una diferencia semántica inexistente, pero la inventó más por marrullería de político gallego que por ignorancia del idioma castellano.

Cuando decidí ir a España en la clandestinidad dije que me iba a incorporar a la Resistencia española y así lo hice. Porque “resistencia” (tomo el dato del diccionario de la Academia de 1956, decimoctava edición, que es el que estaba en vigor entonces) es “acción y efecto de resistir o resistirse” y “resistir” es “oponerse un cuerpo o una fuerza a la acción o violencia de otra” y en segunda acepción “repugnar, contrariar, rechazar, contradecir”. Por lo tanto, la oposición, la que hacía periódicos clandestinos, se reunía y organizaba partidos y sindicatos

prohibidos era una resistencia que repugnaba, contrariaba y rechazaba la dictadura. Auténtica resistencia.

Pero el señor ministro del asesino Franco (el que tomaba chocolate mientras firmaba sentencias de muerte, como contó uno de sus ministros, cosa que, entre otras, muchos españoles ignoran o han olvidado), el señor ministro prefirió, para sus fines de defensa del franquismo, interpretar, a su modo, que "resistencia" es "exclusivamente" lucha armada. Y usó esa peculiar y antisemántica treta para publicar en su periódico oficial del Ministerio de Información y Turismo, *El Español*, número 114 del 19 de diciembre de 1964, página 8, que reproduzco más abajo. A toda plana exhibe como cabeza el lema que su ministerio usaba entonces para la propaganda turística (pero en inglés para mostrar su servilismo a los dólares, los marcos y las libras esterlinas):

SPAIN IS DIFFERENT

y debajo:

¡Atención! El periodista mexicano Miguel de Mora quiere sumarse a la Resistencia.

Reproducía en tamaño reducido la plana entera de *Siempre!* en la que se anunciaba el principio de la aventura, página en la que José Pagés Llergo escribió: "Para vivir la angustia, la esperanza y los peligros de un grupo heroico, Juan Miguel de Mora se ha unido a la lucha clandestina para informar a México". Está bien claro: "a la lucha clandestina".

Pero Fraga Iribarne dice en su plana: "Es el caso que Juan Miguel de Mora [fijaos bien en el nombre del autor para no ser confundido con viles imitaciones] ha decidido sumarse a la Resistencia en España. Lo colorista del propósito se destiñe bastante, atendida la consideración de que en España no hay

Resistencia, y por eso sin duda quiere sumarse a ella el valeroso Juan Miguel de Mora. Si la hubiera sería otro cantar y él no lo cantaría; bien se cura en salud cuando advierte que “no voy a matar a nadie, ni a poner bombas...” ¡qué miedo!

El pobre ministro quiso salirse por la ironía para justificar lo injustificable. Pero no hay ironía posible bajo un fascismo asesino.

Cabe recordar que el gobierno franquista al que servía el señor Fraga acababa de ejecutar, el año anterior, 1963, a dos muchachos acusados de poner bombas en Madrid, Francisco Granados, de 27 años, y Joaquín Delgado, de 29. En uno de los atentados hubo 31 heridos leves y en el otro ninguno, pero los acusados fueron ejecutados con garrote vil y lo colorista del argumento fascista de que eso fue aplicar la ley (ley hecha por los violadores de la ley) se destiñe bastante cuando se sabe que los muchachos ejecutados, que llegaron a España desde Francia, “no” fueron los autores del atentado. Éstos, Antonio Martín y Sergio Hernández, lo han confesado treinta años después.

Pero Granados y Delgado, interrogados bajo brutales torturas y sometidos a juicio sumarísimo a puerta cerrada, fueron asesinados por la “justicia” del señor Fraga y su jefe, en la prisión de Carabanchel, el 17 de agosto de 1963. De donde se infiere quién, entre Fraga y yo, estaba en la verdad y quién en la mentira.

Los periódicos al servicio de Fraga (y, como ya dije, no sólo *El Español*) me amenazaban, durante mi estancia en España, con que pronto me encontraría la Guardia Civil y cosas semejantes. Ciertamente hubo por lo menos dos veces en las que creí ver el fin de la aventura y quizá el de todas mis aventuras. En esos días atraparon a varios antifascistas y la prensa del mundo lo publicaba. Recordemos que Franco y su régimen espúreo estuvieron ejecutando gente hasta el mismísimo año de 1975, en el que murió el general sublevado, sangriento tirano de España

“por la gracia de Dios”, como hizo grabar en las monedas. O, como dijo un gitano, que no se acordaba bien del texto de la moneda, “porque Dios es muy gracioso”. En fin, tuve mis problemas, pero Fraga Iribarne, el después ilustre presidente de la Junta Gallega, no pudo responder a la carta abierta que le publiqué en *Siempre!* Ciertamente en *El Español* del 20 de febrero de 1965 volvió a atacarme con el mismo tono sarcástico que dejaba traslucir su irritación y su amargura, pero sin mencionar la carta, que decía textual e íntegramente:

Sr. D. Manuel Fraga Iribarne.
Ministro de Información y Turismo.
Madrid, España.

Le escribo para darle las gracias. Yo sé agradecer, aun cuando la intención de quien merece mi agradecimiento no haya sido favorecerme. Le agradezco, pues, sus ataques virulentos en la prensa que usted inspira y sostiene, ataques que prueban cuánta razón tuve al entrar en España clandestinamente para ver la trágica realidad del pueblo, tan diferente del rosado panorama que usted presenta en su propaganda. Le agradezco expresiones como “sapo”, “alimaña” y otras que el buen gusto nos impide en México reproducir en letras de molde (*La Gaceta del Norte*, Bilbao, 4 de diciembre de 1964), exabruptos que son clara muestra de mi razón y de la impotencia de usted ante alguien a quien no pudo comprar para que mintiese a favor de la oligarquía que mantiene al régimen totalitario y tiránico en la patria de Lope de Vega, esa España a la que los mexicanos tanto queremos y que no puede ser la del eructo cuartelero ni la de la mano alzada al modo nazi. (Pero ahora, aunque Franco ya no lo haga, si alza usted su mano comprobará que sí llueve, porque hoy, como hace 25 años, llueve el desprecio y la censura de los hombres honrados y conscientes sobre la farsa sangrienta del franquismo.)

Que sea usted quien muestra de tal manera el cobre resulta particularmente interesante por tratarse de un hombre sagaz y astuto, muy

capaz en política, cuya tarea ha sido convertir al franquismo en un nuevo Jano, poniéndole una segunda cara, sonriente y amable, un rostro apto para turistas que haga olvidar el otro, verdadero espejo de su alma, el de los sótanos de la Dirección de Seguridad, el de las prisiones de toda España, el del garrote vil, los asesinatos, la sangre y la sevicia. Por eso no es poco que haya sido usted, maestro en maquillaje, quien me hace el favor de justipreciar mi labor periodística en España.

Por una parte sus boletines sin firma, de esos que envía usted a los diarios mediante la oficina de censura que funciona en los bajos de su ministerio —cuya existencia acostumbra usted a negar con buena dosis de cinismo—, y después nada menos que en el órgano oficial de su ministerio, *El Español*, que en su número del 19 de diciembre de 1964 me dedica entera la página 8 y anuncia que posiblemente seguirá ocupándose de mí. Tenga la seguridad de que considero esos ataques como galardones y, por ello, las páginas de esos periódicos que usted paga lucirán, en marco, en el lugar más visible de mi casa.

Entre otras cosas, habla usted, por boca de ganso, de que quiero “presumir de riesgo” y “certificarme de héroe”. En cuanto a los certificados de héroe es la policía de usted la que los extiende, apaleando y torturando a cualquiera que critique al régimen; son sus leyes absurdas, como la de asociación, que declara ilícita toda la que no sea franquista y falangista y establece que aun éstas pueden ser suspendidas por cualquier autoridad gubernativa; son sus sindicatos, en los que los obreros no pueden ni siquiera hablar. Todo eso y mucho más es lo que extiende el certificado de héroe en España, puesto que convierte en verdadero heroísmo, sin comillas, la ejecución de cualquier acto que sería normal e inofensivo en un país democrático y civilizado. En cuanto a mí, he tenido una vida lo bastante agitada, dentro de la profesión periodística, como para carecer ya de esas vanidades. Golpes de estado, motines, revoluciones y guerras han sido la sazón de mi labor durante años, como corresponsal extranjero. Cuando, por ejemplo, se ha estado en el Delta del Mekong volando con los pilotos estadounidenses en esos helicópteros que con tanta frecuencia derri-

ban las fuerzas del Viet Cong, esas cosas ya no impresionan. ¡Lástima para usted, señor ministro, que este tiro haya errado el blanco!

Pero a pesar de su exasperación contra mí, yo le comprendo a usted. Comprendo su ira, su indignación, su furia. Hay muchas cosas que se comprenden, aunque no se compartan. Usted es el tipo sinuoso y hábil, acostumbrado a las sutilezas, a las conversaciones “elegantes” en las que se bebe alcohol caro mientras se tratan, con mucha distinción, asuntos en los que puede jugarse el destino de muchos seres humanos; usted es el experto en sobornos, seguro de que “todo hombre tiene su precio”, el funcionario, en fin, que coloca el artístico y precioso biombo por delante del ensangrentado cadáver que dejó la Guardia Civil. Ellos son los “rudos” y usted el “delicado”, pero todos integrando el mismo espectáculo, como esas compañías de luchadores que recorren las provincias haciendo creer a los espectadores ingenuos que “el malo” es malo y que “el bueno” es bueno. Y, claro, un hombre “fino y delicado” considera tosco que alguien pase los Pirineos a campo traviesa. ¡Qué horror, caminar tanto! ¡Qué horror, correr el riesgo de que le den el alto y le disparen! Tengo la plena seguridad de que usted no haría tal cosa por ninguna causa.

Claro que si yo hubiese ido directamente a verle a usted como enviado especial de *Siempre!*, ¡cuántos paseos, homenajes, banquetes y atenciones habría recibido de su ministerio! ¿Y cuánto dinero por mi silencio cómplice?

Mas, aunque nadie ha pretendido sobornarme ni me han pedido nada por callar, determinadas cosas, pidiéndome, por el contrario, que escribiese la verdad en conciencia, el pueblo ibérico me ha hecho objeto de invitaciones, atenciones de todas clases y paseos —a Guernica y a El Pardo, por ejemplo— pero eso lo han hecho los hombres que luchan tenaz y valientemente contra el gobierno de asesinos del que usted forma la parte más inteligente y delicada.

Dice *El Español* —órgano de usted, señor ministro— que “en España no hay Resistencia”. Fíjese usted que yo no hablé, ni antes ni durante mi viaje, de grupos armados, guerrillas ni nada semejante. Yo dije —y digo— Resistencia. Usted afirma que no la hay. Muy bien.

¿Quiénes imprimen y hacen circular todos los periódicos clandestinos que el pueblo busca, por cierto, con mucho más interés que *El Español*?

He afirmado en mis conclusiones que existe una verdadera Resistencia muy bien organizada en las provincias vascas y que en el resto de la Península hay oposición general al régimen. Usted asegura que no. ¿Quién distribuye *Gudari* por todas partes en el país vasco? ¿Quién imprime y hace circular *Lan-deya*, órgano ilegal de los trabajadores católicos vascos? ¿Quién hace lo mismo con *Alderdi*, *Euzkadi Socialista* y otras publicaciones de diversas fuerzas antifranquistas que demuestran la impotencia de la policía? ¿Y cómo llamaría usted a la indomable actitud de la clase obrera negándose a aceptar las condiciones de oprobio y esclavitud en que la ha sumido el "Movimiento" del que usted forma parte? ¿No recuerda usted la huelga de 1947, primera en el mundo contra un estado policiaco y totalitario, huelga que paralizó Vizcaya, Guipúzcoa y parte de Álava? ¿No supo usted de la huelga de 1956 en toda la ría de Bilbao, que paralizó la casi totalidad de las industrias de la zona? ¿Y qué me dice de 1962, cuando entre la cuenca minera asturiana y las industrias vascas pararon casi cien mil trabajadores? ¿No sabe usted que durante 1964 no ha dejado de haber huelgas en Euzkadi? La Wilcox y otras industrias menores, por ejemplo, estuvieron en huelga durante mi estancia en Vizcaya. ¿Tan mal informado está el ministro de información como para no saberlo?

¿No llama usted resistencia a todo eso? ¿O cree usted que una huelga de decenas de miles de trabajadores contra un gobierno es un acto súbito e individual en el cual todos coinciden por milagro en dejar de trabajar el mismo día para mostrar su repudio a la tiranía? No subestime usted a los obreros porque ellos serán los que un día, a la vanguardia de la nación y usando su arma esencial, la huelga, darán al traste con las esperanzas de usted de que el franquismo sobreviva a Franco.

Y si, como usted dice, no hay resistencia, ¿de qué se ocupa la policiaca "Brigada de Investigación Social" o "Político-Social" de la que es

jefe Vicente Reguengo González? ¿Y de qué el Tribunal de Orden Público y los juzgados especiales? ¿Y por qué hay en España tantos detenidos políticos en cárceles y comisarías?

Uno de sus secuaces —porque usted no es tonto— ha creído un rasgo de ingenio preguntar si “en el propio México el caso de una fábrica de asesinatos montada por unas celestinas, ¿no vale la pena echarle una ojeadita?” Pues bien, tal fábrica, comparada con la enorme, inmensa fábrica de palizas, torturas y asesinatos que es todo el Estado Español Franquista se queda, como dicen en España, en “tortas y pan pintado”.

¿De qué murió, en octubre pasado, Benito Embid, empleado del Banco de Vizcaya, S. A. en Barcelona? ¿No sabe usted que fue la paliza policiaca lo que le llevó al sepulcro, a los cinco días de su detención, sin haber recobrado el conocimiento? Nuestras criminales celestinas —y dígame usted un país en el que no haya delincuencia del orden común— fueron inmediatamente a la cárcel con el repudio y la náusea del gobierno y de toda la nación, pero, ¿cuántos de los asesinos de Benito Embid —cuya única culpa fue un comentario contra el gobierno del que usted forma parte— están sometidos a proceso?

El coronel Enrique Elmar, del cuerpo de inválidos, ha asesinado en España a más gente de la que podrían matar nuestras celestinas si viviesen tres vidas. ¿Acaso está sometido a juicio? Un individuo que ni siquiera es abogado, el titulado “comandante del Cuerpo Jurídico Militar”, Manuel Fernández Martín, actuó durante veinticinco años ilegalmente en los consejos de guerra, siendo causa directa de más de mil penas de muerte —el noventa por ciento de ellas ya ejecutadas— que hasta en el régimen usurpador de Franco adolecen vicio de nulidad, y, ¿acaso está en la cárcel? Al final de su artículo —¡otro error, señor ministro!— dice usted que omiten cierta palabra —supongo que será palabrota— para que mi hijo “no se avergüence de su padre antes de tener uso de razón” porque “ya tendrá ocasión de avergonzarse después”. Lo que haga mi hijo cuando sea hombre está por verse, señor Fraga, pero lo que sí está ya visto es lo que los hijos de los ministros del gobierno de ignominia al que usted pertenece sí se avergüenzan de sus padres. Y si

lo duda pregunte a su colega, el general Lacalle, Ministro de Aviación, qué le contestó su hijo —actualmente en prisión por pertenecer a un sector de esa Resistencia que usted dice que no existe— cuando, en una demostración de lo que es el amor de un padre franquista, fue a la cárcel a darle una pistola para que se suicidara.

La parte más hábil de su artículo es sin duda aquella que dice: “Si quiere, puede entrar tranquilamente en España, con su nombre y su pasaporte. Incluso puede avisar de su itinerario a la Guardia Civil seguro de que le ayudará si encuentra alguna dificultad”.

¿No leyó usted el informe que acerca de España emitió la Comisión Internacional de Juristas de Ginebra? ¡Oh, desmemoriado ministro! Lo esencial del informe es la comprobación de la absoluta y total falta de garantías al ser humano que impera en España, ¿y me supone tan ingenuo de creer en las garantías que usted ofrezca en un artículo periodístico que ni siquiera firma? ¿Me permitiría usted, por otra parte, visitar cárceles, comisarías y cuarteles de la Guardia Civil, hablando con los detenidos? ¿Podría hablar con esos presos políticos de Carabanchel que cantaron villancicos contra el franquismo la última Nochebuena y después entraron en huelga de hambre? ¿Me dejaría usted reunir a los obreros de Altos Hornos de Bilbao para preguntarles en asamblea, que sería la primera en veintisiete años, qué piensan del régimen y de los sindicatos falangistas?

Lo que usted me ofrece o es una trampa o un viaje de turista tonto, para ver edificios, cabarets y restaurantes “típicos” y volver diciendo: ¡Qué bonita está la Castellana! Lamento informarle que ninguna de las dos posibilidades me interesa. El viaje a España que me importaba ya lo hice y si quisiera volver usaría el mismo procedimiento, no sólo porque su policía ya demostró su incompetencia para encontrarme, sino porque es más seguro y más digno confiar en el gobierno legítimo de Euzkadi y en el Consejo Delegado de la Resistencia que lo representa dentro del País Vasco, que en promesas de quienes usurparon el poder violando juramentos de lealtad, pisoteando la Constitución y reprimiendo a balazos la voluntad del pueblo. Pero más importante que invitarme a mí sería permitir a una comisión

del Frente Internacional de Derechos Humanos que haga un viajecito de investigación por España y sus prisiones. ¿Verdad que eso no lo aceptaría usted?

Además, si su periódico asegura que soy un tonto y que mis artículos sólo dicen mentiras, ¿por qué no ordena usted que los reproduzcan *El Español*, *ABC* y *Pueblo*, por ejemplo, para que se rían de mí todos los españoles? ¿No es verdad que de quien reirían sería de usted? Si todo en España está tan bien y tan “bonito”, ¿por qué mantiene usted la implacable censura previa de prensa que no deja de revisar ni los anuncios?

Será usted fino, inteligente y elegante, pero, por más que suene duro, además de servir de celestino a un grupo de asesinos es traidor a su patria. Llegó usted tarde para invitar a italianos, alemanes y moros a que matasen españoles —como hizo Franco, su jefe— pero se siente feliz de servir a quienes, al instalar bases nucleares en la Península condenan a España a la destrucción total en caso de guerra. Y está tan orgulloso de ello que hasta puso en inglés la cabeza principal del artículo contra mí. ¡Deformación profesional de los traidores de oficio!

Pero la historia, señor Fraga Iribarne, no retrocede y, como Roma, a la larga nunca paga a los traidores. Cuando llegue el momento preciso —ya cercano—, es decir, cuando se produzcan las condiciones necesarias, usted y todos los suyos serán barridos como lo que son: entes indignos de ostentarse hijos de la nación que dio al mundo a los héroes de Numancia, al alcalde de Móstoles, a Daoiz, a Velarde, a Francisco Javier Mina y a tantos hombres dignos. Y serán los hombres limpios de la Resistencia, esos héroes que mantienen durante más de veinticinco años una lucha desigual y heroica, quienes fincarán los cimientos de una España nueva y digna, a cuya esencia y espíritu México no sólo quiere, sino que reconoce oficialmente en el glorioso símbolo que es el gobierno legítimo de la República Española.

Así es México y no se deje usted engañar por quienes le hablen de nuestros defectos o se los muestren. Tenemos muchos, como país y como hombres, pero poseemos la suprema virtud de que entre noso-

tros, a lo largo de toda nuestra historia, los vende-patrias siempre han sido execrados y barridos.

Con la sincera expresión de mi mayor lástima.

Juan Miguel de Mora

Claro que en ese texto hay cosas que no ocurrieron como se esperaba y otras que, a más de treinta años de distancia, están, como dicen algunos, *démodé*. Acepto las críticas, que deben considerar el tiempo y las circunstancias antes de ser demoledoras. Pero creo que en la España de hoy, y desde la transición, hay quienes han confundido gravemente algunas cosas: piensan que hay que olvidar la Guerra Civil para no revivir odios. Correcto, eso está bien, el odio es negativo, sólo crea conflictos y daña mucho. Pero, ¿hay que olvidar también los cuarenta años de fascismo represivo y sangriento? Más claro: ¿hay que ocultarles eso a las nuevas generaciones, o suavizarlo, o disfrazarlo, para que no puedan prevenirse en un futuro contra más de lo mismo?

Precisamente para beneficio de las nuevas generaciones y de uno que otro desmemoriado, vale la pena recordar, someramente, cómo era esa "Arcadia feliz", esa España *diferente* a la que, según el señor Fraga Iribarne, yo intentaba desprestigiar con mentiras y en la cual "quería certificarme de héroe".

Sobre el ambiente general dejo la palabra a Rafael Fraguas:

Fichados. Todos se sentían fichados. Tal había sido la principal victoria de la dictadura. Hacer creer a una generación que se hallaba, toda, controlada por la Brigada Político-Social. La Brigada era la policía política del franquismo. Su jefe era Saturnino Yagüe... La pertenencia a un partido clandestino —todos eran clandestinos— podía acarrear entre cuatro y siete años de prisión, expedientes académicos que truncaban los estudios universitarios; arrestos, multas

sustitutorias de arrestos de hasta 500.00 pesetas; allanamiento de domicilio; inclusión en *listas negras* que impedían el acceso libre al trabajo; pérdida de pasaporte, inscripción de antecedentes y otras calamidades derivadas de la denegación del certificado de buena conducta en un entorno descarnadamente desprovisto de libertad (*El País*, 31 de diciembre de 1995).

Pero, además, estaban las palizas que mataban a veces, como la que puse de ejemplo a Fraga en la carta, y otras cosas como las siguientes:

En diciembre de 1970 se juzgó en Burgos a un grupo de dieciséis vascos acusados de terrorismo y del asesinato de un inspector de policía (Melitón Manzananas) del cual se decía que era un torturador. El fiscal solicitó seis penas de muerte. Hasta ahí todo parecería normal a quienes no tomaran en cuenta el origen espúreo del poder franquista: al que comete un delito se le castiga. Lo que quitaba toda su fuerza a este último argumento era el hecho de que les juzgó un tribunal militar, sin garantía procesal alguna y sin pruebas de que los acusados fuesen en realidad los autores de los delitos que se les atribuían. Debido a tales circunstancias se armó un escándalo nacional e internacional con cuatro obispos (de Bilbao, San Sebastián, Ciranda y Argaya) y el mismo Papa, pidiendo clemencia para los acusados. Y la bronca fue tan grande, que Franco conmutó la pena de muerte, con gran indignación de la extrema derecha profascista.

Pero no hay que sacar conclusiones erradas de esa conmutación: el franquismo asesinó desde el primer día, el 18 de julio de 1936, hasta el último, en septiembre de 1975, poco antes de la muerte de Franco. El 27 de aquel septiembre, condenados por un Consejo de Guerra que no pudo aportar una sola prueba de su culpabilidad, fueron asesinados por fusilamiento José Luis Sánchez Bravo, José Humberto Baena y Ramón García Sanz en el campo de tiro de Matalagraja en Hoyo

de Manzanares, Juan Paredes en Barcelona, y Ángel Otaegui en Burgos.

Ni el hecho de que Pablo VI no sólo pidió clemencia por vía diplomática, sino que habló del caso en la Plaza de San Pedro, ni el gran escándalo internacional previo a las ejecuciones, ni ninguna otra cosa pudo evitar el crimen. Tras estos asesinatos "legales" la reacción antifranquista del mundo fue enorme e incluyó a varios jefes de estado.

Podría convertirse esto en una larga relación de todos los ejecutados en aquellos años pero a nuestros efectos con lo dicho basta.

Tal era la España en la que, según Fraga, yo hacía el ridículo al querer, como lo logré, penetrar debajo de las apariencias, convivir con los que lo arriesgaban todo en una lucha por la libertad que no por no ser armada era menos heroica. Pero si bien mi intervención, como reportero, en esa lucha fue pequeña y afortunada, no todos los que sufrieron el franquismo corrieron con la misma suerte. Y el caso de Arantxa, aunque no sea ése su verdadero nombre, es un ejemplo de cómo vivían entonces algunos españoles.

Se quitó el sayal que vestía, se desnudó de sus vestidos de viudez, se bañó toda, se ungió con perfumes exquisitos, se compuso la cabellera, poniéndose una cinta, y se vistió los vestidos que vestía cuando era feliz en vida de su marido Manasés.

Pero todo eso, y lo que seguía, eran cosas para leer y no cosas para vivir. ¿Cosas para vivir? No, no hay "cosas" para vivir. Hay la vida y ya. Pero sí hay cosas para leer y éstas son sólo para leer. ¿Sólo para leer? ¿Aunque estén escritas en la Biblia, en el Libro de Judith? Nadie tiene ya esos perfumes "exquisitos" (¿qué será en verdad un perfume exquisito?) aunque sí haya perfumes muy buenos, que sólo algunas señoras, las ricas, pueden usar. Cosas para leer. ¿Y no podemos hacer las cosas

que leemos que otros hicieron? Las que somos vírgenes no podemos ser viudas, pero sí podemos vestirnos con bonitos vestidos, si los tuviésemos; podemos componernos la cabellera, podemos hacer muchas cosas sin necesidad de ser viudas. ¿Podemos matar? Las cosas escritas en los libros, ¿serán sólo para leer o serán ejemplos para que los sigamos? ¿Y las cosas que se leen en la Biblia? ¿Para qué están ahí?

A medida que pasaban los días Arantxa iba asumiendo la muerte de su hermano con pensamientos diversos. Primero fue el golpe de la ausencia de Iñaki. Nunca más lo vería, no volvería a tener su persona, su compañía, su apoyo, su protección, sus consejos. Nunca más le dejaría la tortilla para que cenase al llegar tarde por la noche. Después fue la ira, apenas controlada, contra el hecho brutal de su asesinato. Paulatina-mente la conciencia de la injusticia, de lo inadmisibile de que una persona pudiera ser asesinada impunemente. Y esa conciencia fue creciendo unida al sentimiento de impotencia, envuelta en el dolor sumado al de su muerte, de no poder hacer nada para vengar a su hermano, de la imposibilidad de lograr que el asesino sufriera las consecuencias de su crimen. Pensaba que era una desgracia ser mujer, que, por serlo, no podía hacer nada más que llorar.

Hasta que, violando la prohibición que le hiciera el padre Urrutia de no leer de la Biblia más que el Nuevo Testamento, comenzó a leer partes del Antiguo y dio con el Libro de Judith.

Se quitó el saco que llevaba ceñido y se despojó de los vestidos de viudez; bañó en agua su cuerpo, se ungió con unguentos, aderezó los cabellos de su cabeza, púsose encima la mitra, se vistió el traje de fiesta con que se adornaba cuando vivía su marido. Calzose las sandalias, se puso los brazaletes, ajorcas, anillos y aretes y todas sus joyas y que se quedó tan ataviada, que seducía los ojos de cuantos hombres la miraban.

Yo ya sé, se dijo, que los hombres son muy atraídos por las mujeres. Hasta he oído, ¿o leído?, que algunas mujeres hacen

lo que quieren de los hombres, los manejan a su antojo, consiguen de ellos todo lo que quieren. Sí, pero una cosa es la vida y otra la Biblia. ¿Habrán sucedido de verdad todas las cosas que cuenta la Biblia?

Arantxa había comprendido, poco a poco, que los hombres están, en un cierto sentido, bajo la influencia de las mujeres. Se lo habían afianzado en su mente los piropos que en algunas ocasiones le decían en la calle, las veces que alguno la había seguido y, también, las conversaciones con otras compañeras de trabajo, cuando se encontraban, al ir a recoger la labor o a entregar las prendas ya hechas, y charlaban un rato.

Al salir por la puerta de la ciudad de Betulia, encontró al prefecto de la ciudad, Ozías, y a los ancianos Cabrís y Carmís, los cuales al verla y notar su rostro mudado y sus ricos vestidos quedaron sobremanera maravillados de su belleza y le dijeron: "Dios, el Dios de nuestros padres, te dé gracia y lleve a cabo tus proyectos para gloria de Israel y exaltación de Jerusalén".

El Dios de nuestros padres, de mi madre y de mi padre, a los que nunca conocí. Ese Dios al que tanto he rezado, ese Dios al que ofrecí tantos sacrificios cuando estaba con las monjas. Ese Dios clavado en la cruz para redimirnos, ese pobrecito y amado Dios que tanto sufrió por nosotros. Pero si Él se dejó crucificar, si Él pudo hacer sólo el bien y dijo "amaos los unos a los otros", ¿cómo el mismo Dios, Dios padre que con el Espíritu Santo y el Hijo hacen un solo Dios verdadero, pudo aprobar lo que hizo Judith? Tengo que leer y releer todo esto muy bien para entenderlo, para darme cuenta de lo que dice la Biblia, para saber qué clase de ejemplos nos ofrece.

Siguiendo la dirección del valle, caminaron hasta que les salió al paso una avanzada de los asirios, que la cogieron y le preguntaron: "¿Quién eres tú y de dónde vienes y a dónde vas?" a lo que ella contestó: "Soy una hija de los hebreos que va huyendo de su presencia, porque están a punto de seros dados

en presa. Voy a presentarme a Holofernes, general en jefe de vuestro ejército para comunicarle noticias verdaderas; quiero indicarle el camino por donde puede subir y dominar toda la montaña, sin que perezca ni uno solo de sus hombres”.

Pero Judith estaba mintiendo. Judith hablaba de noticias verdaderas cuando estaba diciendo mentiras. Y Dios estuvo conforme con esas mentiras. ¿Y el “no mentirás”? Ahí hay una cosa que está mal, o que parece estarlo, sin embargo está bien, porque si no Dios no lo habría permitido. ¿Cómo saber cuándo está bien algo que siempre se nos ha enseñado que está mal? Estas cosas para leer ¿son ejemplo para hacerlas? ¿Cómo es que Dios permitió a Judith hacer todo lo que hizo? ¿Fue Dios padre o fue Dios hijo? Y si Dios mismo, Nuestro Señor Jesucristo se dejó azotar, torturar y crucificar sin hacer mal a nadie ni vengarse, ¿por qué el mismo Dios, puesto que sólo hay uno, aprobó que Judith mintiese y matase? Porque Judith, ya lo he leído todo aunque voy a volver a leerlo, mató. ¿Y el “no matarás”? Mi cabeza no da para tanto; tengo que leer y volver a leer.

Hallábase Holofernes descansando en su lecho, bajo un dosel tejido de púrpura y oro cuajado de esmeraldas y otras piedras preciosas. En cuanto se la anunciaron salió a la antecámara, precedido de lámparas de plata. Llegada Judith a presencia de Holofernes y de sus servidores, todos se quedaron maravillados de la belleza de su rostro.

Así es como los hombres son manejados por las mujeres. Por eso las mujeres honradas deben tener mucho cuidado, como me enseñaron las monjas y después mi tía, porque los hombres enloquecen siempre por esa cosa, pero sólo deben alcanzarla por el sagrado vínculo del matrimonio y para la procreación.

Judith sabía lo que quería Holofernes y por eso fue a seducirlo, a manejarlo para que estuviese sin defensa ante ella. Y para lograrlo se comportó aparentemente como una mujer mala, una mujerzuela, una golfa, como decía mi tía, que en

paz descanse, que llaman a esas mujeres. ¡Cuántas cosas malas, Dios mío! Pero Judith las hizo para salvar a los suyos, que estaban con ella en esa ciudad llamada Betulia. Y los suyos, los de Judith, eran los buenos y Holofernes era el malo y así se ve en la Biblia que no es malo hacer cosas malas para salvar a los buenos. ¿O para vengarlos? ¿O para impedir que los malos sigan matando buenos aunque ya hayan matado algunos?

Se acordó de su hermano quien le contó un día que cualquier cosa hecha por cualquiera puede verse desde tantos puntos de vista diferentes como personas la observen. A Iñaki se lo explicó un compañero de trabajo que antes de la guerra era catedrático de universidad, pero que al triunfo de los nacionales fue a la cárcel algunos años, y cuando salió tuvo que aprender el oficio de cerrajero para ganarse la vida.

Arantxa recordaba que se divirtió mucho con el ejemplo que puso Iñaki, que era el de una muchacha joven y bella que ve a un niño de pecho con su mamá, en la calle, y se pone a hacerle gestos y a decirle "cuchi, cuchi, cuchi", abriendo mucho los ojos, arrugando la nariz y moviendo las manos con los dedos muy abiertos y separados, como radios de una rueda.

Para una señora de mediana edad, la chica estaba demostrando su instinto maternal, lo mucho que le gustaban los niños, y cuando se casara sería una madre magnífica y muy cariñosa.

Para un anciano malhumorado todo lo que hacía la joven era idiota, porque el niño ni hacía esas tonterías ni podía apreciarlas y era estúpido creer que toda esa gesticulación y las voces le dirían algo.

Para un don Juan de barrio todo lo que hacía la chica era solamente para llamar la atención de los hombres que pasaban porque, pensaba él, así son todas las mujeres.

Para una vieja monja, virgen, todo aquello era una exhibición lasciva e impúdica, más le valiera a la muchacha usar una falda más larga.

Y para la madre del bebé su niño era tan maravilloso que llamaba la atención de todo el mundo y despertaba el deseo de hacerle fiestas. Total: un buen número de interpretaciones diferentes y hasta contradictorias. La lección del cuento es que lo que para unos es bueno, para otros es malo, y viceversa. Y por eso, se dijo Arantxa, lo que hizo Judith tendría, también, diferentes interpretaciones dependiendo de qué lado se quisiera ver. Sin embargo, lo de Judith era un asesinato y no una tontería sin importancia. Arantxa leía y releía, abría y cerraba la Biblia, daba vueltas a lo que leía, buscando la interpretación correcta, pero no podía desprenderse de lo que para ella era lo esencial: Dios aprobó lo que hizo Judith.

Al cuarto día dio Holofernes un banquete sólo a sus servidores, sin invitar a ninguno de sus oficiales. Y al eunuco Bagoas, que tenía la intendencia de todas las cosas, le dijo: "Ve y persuade a esa mujer hebrea que tienes encomendada que venga acá, a comer y beber con nosotros. Sería vergonzoso que despidiéramos a tal mujer sin tener comercio con ella; porque, si no la conquistáramos, se iría riendo de nosotros".

Arantxa sabía qué significaba "tener comercio" porque años atrás se lo dijo una compañera del orfanato, a ella y a otras tres muchachas más, contándolo con medias palabras y risas nerviosas y en medio del más grande misterio, como quien hace una revelación extraordinaria, y para ella y las que la escuchaban así era en efecto una revelación.

Entrando Judith se recostó. El corazón de Holofernes, fuera de sí, iba tras ella; su espíritu se turbó y abrigaba un deseo ardiente de unirse a ella. Desde el día que la vio estaba aguardando una ocasión para seducirla.

Así es como algunas mujeres manejan a los hombres, que son como perros —se lo dijo una monja— y las mujeres que los excitan son como perras. Pero Judith era buena, según la Biblia, y lo que hizo fue para salvar a su ciudad y a su gente.

... y comió en presencia de Holofernes, el cual se alegró sobremanera con ella y bebió tanto vino cuanto jamás lo había bebido desde el día que nació.

Todo aquello era muy difícil de entender. ¿Qué significaba eso de que Holofernes “se alegró sobremanera con ella”? ¿Le entregó Judith su cuerpo? Eso parecía lo más probable, ya que si él se emborrachó tanto ha de haber sido después de lograr lo que quería. Entonces, Judith se comportó como una ramera no sólo en las apariencias, sino en los hechos. Pero Arantxa recordó que Dios también protege a las ramera, según el Antiguo Testamento. Ella lo había leído en el libro de Josué. Lo buscó y allí estaba, Josué, capítulo VI, versículo 17:

Mas la ciudad será anatema a Jehová, ella con todas las cosas que están en ella; solamente Rahab la ramera vivirá, con todos los que estuvieren en casa con ella, por cuanto escondió los mensajeros que enviamos.

Las cosas malas pueden ser buenas, se repitió Arantxa. Todo lo malo puede ser bueno dependiendo por qué y para qué se haga. Pero únicamente será bueno para unos, porque para otros lo mismo será muy malo. Nunca antes en toda su vida Arantxa había empleado tanto tiempo en pensar.

Habíanse ido ya todos, sin quedar nadie, ni pequeño ni grande, en la estancia. Puesta entonces en pie junto al lecho de Holofernes, dijo en su oración: “Señor, Dios todopoderoso: Mira en esta hora la obra de mis manos, para exaltación de Jerusalén, pues ésta es la ocasión de acoger a tu heredad y de ejecutar mis proyectos, para ruina de los enemigos que están sobre nosotros”. Y acercándose a la columna del lecho, que estaba a la cabeza de Holofernes, descolgó de ella su alfanje: llegándose al lecho le cogió por los cabellos de su cabeza y dijo: “Fortaléceme, Dios de Israel, en esta hora”. Y con toda su fuerza le hirió dos veces en el cuello, cortándole la cabeza. Envolvió el cuerpo en las ropas del lecho, quitó de las columnas el dosel y, cogiéndolo, salió enseguida, entregando a la sierva la cabeza de Holofernes,

que ésta echó en la alforja de las provisiones, y ambas salieron juntas como de costumbre.

Así, leyendo la Biblia, vio Arantxa que algunas cosas tan horribles como cortar la cabeza a un hombre dormido e inerme podían ser bien vistas por Dios. Pero sus dudas prácticamente desaparecieron cuando, al seguir en sus lecturas y escoger partes de acá y de allá, leyó en el capítulo 24 del Levítico: *Asimismo el hombre que hiere de muerte a cualquiera persona, que sufra la muerte.*

Las ideas de Arantxa fueron complicándose, derivando de unas a otras, a veces asustándose de lo que estaba pensando y otras asegurándose a sí misma que su pensamiento, el mismo que a veces la horrorizaba, era el correcto. La Biblia daba por bueno todo lo que se hacía para salvar a los buenos o para su beneficio, incluso crímenes y hasta venganzas, y castigaba a los malos de una manera directa y aquí, en la Tierra. Pero don Pablo Urrutia insistía en que lo sucedido con Iñaki era irremediable desde todos los puntos de vista y que no había otra cosa que hacer más que resignarse. Arantxa, que nunca le dijo que había estado leyendo y releendo el Antiguo Testamento, se sintió defraudada por el sacerdote y comenzó a rehuirle. Pero como don Pablo la visitaba periódicamente, el rechazo se manifestaba en hablar poco, contestar distraídamente, no mostrar interés en la conversación y evidenciar un desapego total hacia el cura.

El buen hombre notó esa frialdad, que fue creciendo, y no sabía a qué atribuirla. Pese a todo insistió durante algún tiempo en querer consolar a Arantxa de la muerte de su hermano —a cuyo violento fallecimiento atribuía, y con razón, el cambio de Arantxa— con los argumentos que para estos casos tiene la religión. Pero pronto se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos y el distanciamiento fue cada vez mayor. Arantxa no se confesaba, no iba a la iglesia y no atendía a sus palabras. Y el sacerdote espació sus visitas en espera de un cambio en la muchacha, pero sin dejar de verla de vez en cuando.

Y así transcurría, para ellos, la vida en aquellos años secos de esperanza y vacíos de sueños que fueron, para muchos de los españoles, los sesentas. Aunque, claro está, los vencedores no sufrían, todavía estaban embriagados por la victoria, esa victoria que mantenía vivo el odio y viva la venganza, una década tras otra.

Al regreso de mi estancia clandestina en España fui invitado por el Centro Republicano Español a dar una conferencia sobre el viaje y sus circunstancias, especialmente acerca de la España que yo vi. Hay una parte de esa conferencia que resultó divertida, la relativa a las reacciones que provocó mi viaje entre los franquistas de aquí y de allá. Por su interés, y porque recoge los hechos, entonces recién ocurridos, mejor que mi memoria de hoy, transcribo esa parte de la conferencia, publicada íntegra en *Misión de Prensa en España*, Ediciones Comunidad Ibérica, México, D. F., 1965.

Cuando se acababa de publicar mi intención apenas, la primera reacción fue del delegado de Franco en México, señor Martínez de la Mata, quien dijo a varias personas: "Eso está escrito desde un café de Bucareli". Aleccionadora expresión, porque como cada quien por su pecho juzga al ajeno, la frase nos demuestra que dicho señor desde luego, como buen franquista, no sería capaz en absoluto ni siquiera de pensar en hacer algo semejante. La primera posición franquista, pues, fue negar la veracidad de mi entrada clandestina en la Península.

La segunda surgió mediante un boletín enviado por el Ministerio de Información a diversos diarios de provincia y que yo tomo de *La Gaceta del Norte* de Bilbao, del 4 de noviembre de 1964. Bajo el estimulante título de "Nos visita una alimaña" se decía de mí: "el sujeto en cuestión es una alimaña que no viene con buenas intenciones, y sí con el propósito de dedicarse a cometer fechorías y desmanes que no

se toleran en ninguna sociedad organizada". Obviamente se pensaba en la posibilidad de que la policía me capturase y se prevenía sobre qué clase de malhechor era yo, por si al capturarme, o después, se me hacía "daño".

La tercera reacción surgió aquí, en México: alguien con un nombre inventado escribió a *Siempre!*, en carta que, naturalmente, se publicó, indicando que todo lo mío era un cuento de espías apenas apto para Hollywood, es decir, que yo era un mentiroso que no había vivido tal clandestinidad.

Para entonces ya había surgido en la Península la reacción más alta, la de Fraga Iribarne en su periódico *El Español* en la cual, entre broma y broma, se decía: "por lo visto quiere emular a Christy, nuestro blanducho y melenudo amigo". Christy era un muchacho escocés al que se encontró en España con dinamita, al decir de la policía franquista, y que por ello fue condenado a treinta años de cárcel. La comparación era una especie de aviso sobre lo que yo podía esperar, unida a una invitación para que avisase a la Guardia Civil y anduviera "libre y tranquilamente por España".

Posteriormente, convencido ya el franquismo de que la operación *Siempre!* se había llevado a cabo felizmente, se inició en América la campaña tendiente a demostrar que la cosa carecía en absoluto de importancia, y así varios franquistas escribían a *Siempre!* diciendo que mis fotos junto a monumentos probaban que no existió tal clandestinidad y que ir a España como yo lo hice es tan sencillo como visitar Yucatán.

Pero para entonces se corría el riesgo de que el mundo pensara que la policía de Franco había hecho el ridículo ante la voluntad del pueblo de esconderme y protegerme, y en Los Ángeles, California, Estados Unidos, un órgano franquista subvencionado que se edita en español llamado *Carta de Los Ángeles*, alarmado ante la circulación de *Siempre!* en el sur de Estados Unidos, se apresuraba a explicar, bajo la firma de su director, Rogelio García Barcala: "La policía española no le ha detenido a usted —se dirigía a mí— porque la policía española sabe muy bien que no es usted un hombre peligroso, sino

más bien un soñador, un loco. Si fuera usted realmente un hombre peligroso para el régimen ya estaría bien detenido. Pero para qué hacerle caso a un poeta maniático, con una loquera encima extraordinaria... porque sólo a un poeta chiflado se le ocurren esas tonteras”.

Pero pasa el tiempo y la misma publicación cambia de opinión sobre el supuesto poeta. El último número habla de lo que escribo desde mi “escondrijo clandestino peninsular”, asegurando que todo son mentiras, bajo el ilustrativo título de “Un hampón se mete en España: Mora”.

Sinceramente pienso que un observador objetivo podría llegar a la conclusión de que mi viaje clandestino a España molestó al gobierno de Franco. Yo casi diría que no se lo tomó precisamente con flema, como correspondería a la enorme distancia existente entre todo un gobierno de facto, que domina una nación, y un pobre periodista sin importancia.

Así, en la primera nota me llamaban “uno de los sapos que segregan para ensuciar las páginas de la publicación”, lenguaje muy explícito acerca del estado de ánimo de quien lo escribe y ordena su publicación; en *El Español* se asegura que en España no hay Resistencia y que por eso voy a unirme a ella, contradicción evidente que recuerda un poco una ausencia de razón en la sinrazón que a mi sinrazón se hace; en la primera publicación de *Los Ángeles* se expresa algo conmovedor: “Ustedes los enemigos de España creen a pie juntillas que el generalísimo Franco es un monstruo. Están ustedes absolutamente errados. El generalísimo es un hombre bueno, todo sencillez, todo bondad, todo generosidad y comprensión”. Pero en la segunda parece que pierden la paciencia al decir: “la Guardia Civil nunca cuelga a nadie” y aclarar “para eso están los tribunales”.

Sin embargo, donde se vuelcan la generosidad y la bondad franquistas es al decir que “lo que se debía hacer con los vascos y hasta con el clero vasco, culpable de toda esa comedia del separatismo vasco” era “colgarlos a todos juntos para que aprendieran a ser más españoles y más patriotas”. Sistema pedagógico típicamente franquista, eso de colgar a la gente para que aprenda cualquier cosa. La gente

colgada por lo general sólo aprende a morir, pero es distinta, como se ve, la concepción de los defensores de Franco.

Curiosamente lo de "alimaña" es una obsesión para los fascistas franquistas. Ya el 26 de noviembre de 1937, el gobernador civil de la rebelión militar, José María de Arellano, en un documento por él firmado para proponer que se borrara de la historia al político republicano cuyo nombre se indica, decía lo siguiente:

Siendo indigno de figurar en el Registro oficial de nacimientos que se lleva en el Juzgado municipal instituido para "seres humanos" [estas comillas y las que siguen son del gobernador Arellano] y no para alimañas, el nombre de Santiago Casares Quiroga, someto a su consideración la procedencia de que se cursen las órdenes oportunas para que el folio "oprobioso" del Registro municipal de esta ciudad en que se halla inscrito su nacimiento, se haga desaparecer, y en este sentido espero que me comunicará V.E. la prestación de ese obligado homenaje a la España "una, grande y libre de Franco".

En el acta del Colegio de Abogados y en cuantos libros figure el nombre repugnante de Casares Quiroga, deberá procederse, asimismo, a borrarlo en forma que las generaciones futuras no encuentren más vestigio suyo que su "ficha antropométrica" de forajido.

Dios guarde a V.E. muchos años.

La Coruña, 26 de noviembre de 1937, Segundo Año Triunfal.

El gobernador civil

José María de Arellano

Como puede verse, eso de "alimaña" es una constante franquista desde los tiempos de la Guerra Civil. Obsesiones.

Jamás en su vida sintió tal terror Arantxa como el día en que tuvo que ir, por la noche, a la casa del inspector Berdejo con el

ánimo dispuesto al asesinato, ni nunca pasó tanta vergüenza como cuando, tomada la decisión de matarle, hizo las adquisiciones necesarias para llevar a cabo sus planes.

Cuando fue a comprar las medias sentía como si llevase un letrero que dijera "prostituta", tenía la impresión de que todo el mundo la estaba mirando, hombres y mujeres, todos con expresión de desprecio. No sabía a dónde mirar, ni siquiera se atrevía a ver los ojos de la vendedora. Y cuando la dependienta le mostró los ligeros sintió calor en las mejillas y supo que se había puesto colorada.

El inspector Berdejo tenía un problema: sabía que ese cura, el tal Urrutia, andaba en relación con separatistas y hasta sospechaba que fue él quien esparció el *Gudari* en el Arenal tiempo atrás, pero ya no eran los años de la Cruzada y, además, Alemania había perdido la guerra. Los curas vascos eran curas y el nuevo Papa no sería tan tolerante como el anterior con quienes eliminasen o torturasen sacerdotes. Y como sólo tenía sospechas, no podía acusarle de nada a menos de poder sacarle la verdad por los procedimientos habituales.

Es curioso —pensó— cómo aun teniendo poder de vida o muerte sobre mucha gente hay alguien que escapa a ese poder. Claro que si un cura es definitivamente peligroso se le puede organizar un accidente, o un asalto del orden común en el que sea asesinado por los atracadores y hasta agarrar y condenar a los "autores", pero un cura de poca importancia y sin tener siquiera la seguridad de que es él a quien buscamos queda prácticamente a salvo de toda indagación. Aunque siempre se le puede asustar. Sí, eso será lo mejor, asustarle.

Don Pablo Urrutia llegó tranquilamente a la puerta del edificio en que vivía y entró en el portal, pero no pudo subir porque dos hombres altos y fuertes, de mala catadura, se le atravesaron.

—¿Es usted Pablo Urrutia?

Antes de responder ya había notado que otros dos individuos, que no pudo precisar de dónde salieron, estaban a su espalda.

—Para servir a Dios y a usted.

—Venga con nosotros.

—¿A dónde me llevan?

—Ya lo verá ¡Vamos!

Lo tomaron de los brazos, y casi en vilo, lo sacaron a la calle y metieron en un automóvil negro, que no había visto antes porque estaba lejos y el chofer no se acercó con el vehículo hasta que vio entrar al sacerdote. Don Pablo Urrutia sintió miedo, mucho miedo, pero se encomendó a Dios, pidiéndole dominarse y no mostrar lo que sentía. Durante unos minutos, en silencio, cerró los ojos y le pidió a Jesucristo, que sufrió tanto, las fuerzas necesarias para ser capaz de no mostrar miedo y le concediese no sufrir demasiado si iban a matarle. Después consiguió dominarse y decidió que ésa era la oportunidad de su vida para morir con dignidad. Él no iba a dejar a esos asesinos reírse de él. Habían matado y torturado a muchos vascos (aunque, dolía admitirlo, también había vascos entre ellos) y se habían reído de los gritos y los quejidos de quienes no pudieron superar el dolor. Pues bien, ahora Pablo Urrutia se reiría de ellos, se reiría aunque fuese lo último que hiciera, aunque le estuvieran sacando las uñas una por una. Se propuso que sus gritos de dolor serían como risas y que el más horrible de los aullidos tendría el aire de ser una carcajada.

—No sé cómo pudo ocurrírseme semejante estupidez —decía don Pablo más tarde—. No hubiese podido llevarlo a cabo, no hubiese podido resistir. Pero eso fue lo que, en mi loca vanidad y en mi desesperación, pensé mientras iba en el automóvil entre los sicarios de la policía política. Todo miedo estaba justificado en aquel tiempo y en tales circunstancias.

Con algunos empujones, pero sin otro maltrato, Pablo Urrutia fue introducido en un local de los que usaba la Brigada

Político-Social en Bilbao. Le metieron en un cuarto cuyo único mobiliario era una silla en el centro, y le dejaron solo. Echó una mirada en torno y se sentó. Estaba relativamente tranquilo, pero no podía sustraerse a la inquietud de quien está a merced de un destino incierto.

Durante algún tiempo, bastante más de una hora, le dejaron en la más absoluta soledad, vieja táctica policiaca para inquietar al detenido, y en ese esperar sin saber qué espera, en el cual lo peor es la incertidumbre, don Pablo Urrutia fue sintiendo las diferentes variantes, alteraciones o matices del miedo, su subir o bajar, el crecer o disminuir, el sentirlo en el estómago o el sentirlo en la garganta.

En la desarbolada habitación habían quedado las huellas de otros tiempos. Eran áreas más limpias y más claras de tono en el empapelado con flores y grecas que cubría los muros. En la pared de enfrente se veía claramente el lugar donde estuvo alguna vez un cuadro que debió permanecer allí muchos años, pues en el espacio que ocupó, el papel de la pared se veía limpio y con colores mucho más vivos que las partes que siempre estuvieron a la vista. Debajo del cuadro hubo, en otras épocas, un mueble, seguramente una cómoda, pensó el sacerdote. En la pared de la derecha hubo dos cuadros ovalados, probablemente retratos de familia. Tal vez, se dijo Urrutia, el retrato de los que una vez fueron el padre y la madre y después el abuelo y la abuela y, quizás, para los últimos descendientes suyos, el bisabuelo y la bisabuela. Allí hubo retratos, sin duda hombre y mujer, retratos de una pareja que vivió, gozó tal vez, sufrió y amó. Pero para él, Urrutia, y para los que vinieran más tarde sería para siempre una pareja sin rostro, unas personas que pasaron sin dejar huella más allá de sus allegados, los primeros, los más cercanos. ¿Y acaso los demás dejamos huella? Cuántos murieron en la Guerra Civil sin dejar huella, sin que nadie supiese ni siquiera cómo habían muerto. La gente desaparece y, al poco tiempo, apenas diez millonésimas de segun-

do en relación con la edad del planeta, nadie se acuerda de ellos, ni sus vidas cuentan para nada en parte alguna. Después de todo, el hombre no es tan importante como él cree. Quizá, pensó el sacerdote no sin preocupación, lo que predomina es lo animal, el instinto, y por eso hay tantos hijos que no se interesan ni siquiera en sus padres después que son viejos, y prácticamente nadie tiene el menor recuerdo para sus bisabuelos. Honrarás a tu padre y a tu madre. Sí, ciertamente, el mandamiento es claro pero no pasa de ser palabras, palabras que se van olvidando según pasan los años.

Otras zonas claras en los muros señalaban la presencia anterior de algunos muebles y todo alrededor de la habitación, partiendo del suelo y cubriendo una altura de unos diez centímetros, un friso de madera que alguna vez sirvió de protección a las paredes contra los posibles daños causados por zapatos o por el paso frecuente del mechudo con lejía por el piso del baldosín.

Cuando se abrió la puerta, y apareció el inspector Berdejo, don Pablo Urrutia ya había tenido tiempo suficiente para dominar el miedo, encomendarse a Dios y decidir la actitud que asumiría.

—Perdóneme el retraso, padre —dijo el policía al entrar—, pero no me avisaron a tiempo que estaba usted aquí.

(Qué redomado hipócrita es este hombre, pensó Urrutia, sin duda cree que soy estúpido.)

—Ya nos conocíamos, creo, ¿no es así?

—Sí, señor inspector, fue cuando investigaba el paradero de una muchacha llamada Arantxa Belausti.

—Sí, ya recuerdo, un caso lamentable. Creo que se recuperó.

—Sí, señor inspector, se recuperó por completo, gracias a Dios.

—Lamento que lo dejasen en un lugar tan inhóspito como éste.

—Perdone, pero quisiera saber por qué estoy detenido.

—¿Detenido? No lo está todavía, pero sí podría estarlo porque tenemos informes que no le favorecen.

—¿De qué se trata? Yo no he hecho nada que pueda hacerme merecedor de una aprehensión.

—Tenemos razones para suponer que fuera del tiempo del altar y del confesionario usted realiza otras actividades. Y queremos saber todo acerca de esas actividades para evitarle problemas, padre Urrutia. Si usted habla, se irá de aquí muy tranquilo y nadie sabrá nada.

—¿Y de qué quiere usted que hable?

—Nombres. Necesitamos nombres que cotejaremos con los que nosotros tenemos.

La expresión de don Pablo Urrutia asumió el aire más vacío que pudiera imaginarse, entre mirada perdida de idiota clínico y ojos de santo de iglesia de pueblo.

—Perdón, señor inspector, dígame si entendí bien: usted quiere que yo le dé los nombres de quienes me ocupo en mis actividades fuera del altar y el confesario, ¿no es así?

—Sí. Y créame que hacerlo le evitará muchos problemas.

—Con mucho gusto. Yo siempre estoy en la mejor disposición de evitar problemas y aunque no entiendo muy bien la cosa, cuenta usted conmigo.

Berdejo se sorprendió un poco de la facilidad con que el cura había aceptado darle información, pero sabía que el miedo hace milagros, de modo que llamó a un amanuense y le dijo:

—Llevas al padre Urrutia a un despacho cómodo, donde esté a gusto. Le das un café o cualquier cosa que solicite y escribes todo lo que te diga. Te dará muchos nombres y datos relacionados con ellos. Después... —se volvió al sacerdote— ¿No le importará firmarlo? Es sólo para efectos internos, le aseguro que nadie sabrá que usted dio esos datos.

—No hay inconveniente alguno. Pero me avergüenza que se tomen tantas molestias por mí.

—No se preocupe. Cualquier cosa que necesite, pídala.

Don Pablo Urrutia fue conducido a una oficina confortable, se sentó en un sillón muy cómodo y el amanuense ocupó su lugar frente a una máquina de escribir y preguntó:

—Por favor, dígame su nombre completo, estado, lugar de nacimiento, edad y domicilio.

—Pablo Urrutia Berriozábal, sacerdote, de sesenta años, natural de Larrea, con domicilio en...

Cuando terminó la parte rutinaria, el hombre de Berdejo le dijo:

—Debido a su deseo de colaborar me ordenaron que usted hable dando los nombres y los datos a su modo y que yo lo escriba tal como usted lo dicte.

Don Pablo Urrutia se arrellanó en su sillón, pensó un poco y comenzó así:

—Ya que de nombres se trata podemos comenzar con Asterio.

—¿Quién?

—Asterio, A s t e r i o. Fue obispo de Amasea, en el Ponto, al principio del siglo V y nos ha dejado doce homilías, que primero se publicaron en Amberes en 1608 y después las volvió a imprimir el padre fray Confebis, en 1648.

—¿Fray qué?

—Fray Confebis, hijo mío. Pero también el abad de Bellegarde y Maucroix las tradujo al francés y las publicó en París en 1691. El día de San Asterio es el 20 de octubre.

El escribiente estaba asombrado, oyendo todo aquello sin entender nada y tecleando en la máquina para transcribir lo que podía.

—Otro de los nombres interesantes es Mamerto. Era obispo, hacia el año 463 gobernaba la iglesia de Viena en Galia y murió hacia el 474. Instituyó las rogativas, fue canonizado oportunamente y su fiesta es el 11 de mayo.

—Pero padre, ¿está usted seguro...?

—Metodio, apóstol de los eslavos —continuó impertérrito el sacerdote—, quien era hermano de san Cirilo y que también fue canonizado, murió en el año 882 y su fiesta es el 9 de marzo. ¡Interesante caso y bello ejemplo el de dos hermanos que llegaron a santos!

—Señor, yo pienso...

—No nos detendremos en santos tan esclarecidos como san Frutos, san Rústico o san Gaudioso, los cuales celebran su fiesta el 25 de octubre. Pasaremos por san Adelfo y san Pamaquio, el primero del 29 y el segundo del 30 de octubre, ni pararemos en san Clodoaldo, el 7 de septiembre, o en san Panfucio, del bello nombre, con fiesta el 23 de septiembre...

En ese momento se abrió la puerta, entró Berdejo y se quedó de pie, escuchando. Don Pablo lo vio y siguió hablando sin interrupción ni cambio de tono:

—Tengo serias dudas respecto de san Festo, cuya fiesta es el 21 de diciembre, porque no he podido dar con él. Ciertamente está Sexto Pompeyo Festo, el gran gramático latino, pero vivió en el siglo III antes de la era cristiana y por lo tanto no puede ser santo. Pero en la misma fecha se celebra a Glicerio, emperador de Occidente a quien el emperador de Oriente, que era León I, le opuso a Julio Nepote, que lo apresó en 474 de nuestra era y lo obligó a aceptar el obispado de Salona. Murió en 480 y no deja de ser sorprendente que fuese canonizado quien fue obligado a ser obispo.

Berdejo comenzó a escuchar con una sincera expresión de sorpresa y, aunque él no lo supo, fue el padre Pablo Urrutia el primer ser humano que logró provocar alguna expresión en el rostro del inspector. Poco a poco la expresión fue cambiando de sorpresa a ira y cuando el sacerdote dijo:

—Pero más sorprendente es todavía que exista San Baco, con fiesta el 6 de octubre, siendo Baco el dios pagano de la orgía, la borrachera, la depravación y...

El inspector dio una tremenda bofetada al cura, tan fuerte que casi lo dejó inconsciente, con la vista nublada y la mejilla roja y comenzando a hincharse.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a enseñar a burlarte de la mala puta que te parió!

Berdejo agarró a Urrutia por la sotana y lo levantó mientras lo injuriaba. Pero don Pablo, todavía medio atontado por el golpe, comenzó a decir:

—Mi ocupación fuera del altar y el confesionario es la hagiografía, el estudio de las vidas de los santos y...

El inspector arrojó al cura contra el suelo con toda su fuerza le dio una patada y ordenó al escribiente, que se había hecho prudentemente a un lado:

—Que se lleven a este cabrón cuanto antes, porque si no, lo mato a patadas. Que lo suelten por ahora, que ya le daré lo suyo.

Y dirigiéndose a Urrutia, en el suelo:

—No creas que te vas a ir así como así. Esto me lo vas a pagar. A ver si ese Dios tuyo te puede proteger, ya verás que no, ¡hijo de puta!

Al principio las calles parecían estar como siempre, como todos los días, con ese aire de cosa vista que nos hace muchas veces dejar de notar los cambios, las variantes que se producen sin cesar, muy pequeñas a veces pero que van alterando el conjunto y que, de tan acostumbrados, no vemos sino muy de tarde en tarde, de manera que creemos estar pasando siempre por la misma calle, que según nosotros no ha cambiado en mucho tiempo, pero que, sin embargo, no es exactamente igual porque en ella se producen cambios constantemente, aunque sean pequeños, aunque no los veamos cuando se producen, sino mucho después, como una sorpresa, como un descubrimiento de algo diferente en lo que siempre nos parecía inalterado.

Más adelante las cosas empezaron a cambiar, porque se trataba de calles que había recorrido muy de tarde en tarde, o de otras por las que nunca había pasado. Pero la mirada de la muchacha no se fijaba en detalles, ni antes ni después, ni en las calles que se conocía de memoria ni en aquellas que para ella eran nuevas. Su cabeza sólo tenía cabida para dos cosas: el camino y la muerte. La muerte y el camino. El camino que era necesario recorrer para llegar a la muerte. El camino era largo, pero en la formación, la experiencia vital y lo que había sido la vida de Arantxa no había entrado jamás la posibilidad de tomar un taxi. Ni siquiera se le había ocurrido, era algo tan fuera de su mundo que ni como curiosidad o posibilidad entraba en él.

De esta manera Arantxa iba hacia la muerte, a dar la muerte para ser más precisos, y no tenía ojos ni pensamientos para nada más porque cuando se va a matar no es posible pensar en otra cosa. En otra cosa salvo en el camino, porque es necesario llegar al lugar preciso y ella, aunque tenía la dirección en la mente y en un papel, caminaba ya por partes de Bilbao que nunca antes había recorrido y se concentraba para seguir la ruta adecuada y no perderse.

Estaba angustiada, pero lo más angustioso había sido antes, un día antes. Cuando sintió sobre su cuerpo, centímetro a centímetro y como si una mano tosca y rugosa le recorriese hasta en sus partes más íntimas, la mirada del inspector Berdejo.

Había inventado un tío inexistente porque tras mucho pensar decidió que no podía complicar a nadie vivo en sus planes. Y se asombró a sí misma por haber podido hacer lo que nunca hubiese creído posible.

Vestida lo más provocativamente que permitían la educación de Arantxa y la España de la escuela nacional católica, se anunció con el inspector. Tenía rojas las mejillas, un ahogo que le atenazaba la garganta y unas manos que le temblaban tanto que tuvo que aferrar con fuerza la bolsa para que no se le notase el miedo. La espera no fue muy larga porque Arantxa

era hermosa y los sicarios de Berdejo conocían los gustos de su amo.

—Ahí fuera está una gachí que quiere verle —le dijo un ayudante madrileño que era muy de su confianza—. ¡Y es una tía buena!

—¿Qué quiere?

—Busca a un pariente desaparecido. Es lo que dice.

—Será algún rojo que está en la cárcel. Que pase.

Ese era el momento que Arantxa más temía, el de estar frente a frente con el asesino de su hermano. Muchas veces había pensado en ello y siempre había temido que no podría disimular, que algo la delataría y todo se echaría a perder. Siempre pensó que esa primera vez, la primera ocasión de ver los ojos del asesino sería la más difícil, mucho más que la segunda, cuando pensaba matarlo. Judith estaba salvando a su pueblo, pero Holofernes no le había matado al ser más querido. El problema de Judith había sido el acto de matar, que ya de por sí es terrible, pero no había tenido que pasar por la angustia de ver los ojos del asesino de su hermano y sonreír con disimulo. Pero cuando llegó el momento más temido, cuando la hicieron pasar y vio al inspector Berdejo a los ojos, de alguna parte sacó fuerzas y se mantuvo mucho más tranquila y dueña de sí misma que cuando iba hacia allí o mientras estaba esperando que la recibieran.

—Dígame en qué puedo servirla.

—Un tío mío, un hermano de mi madre, ha desaparecido, hace ya casi un mes que no sabemos de él y pensamos...

—Pensaron que podría estar detenido. ¿Era rojo?

—No sé, podría ser...

—¿Y le interesa mucho?

—Sí, mucho, mucho.

La mirada de Berdejo la estaba recorriendo de una manera totalmente obscena y se detuvo precisamente a la altura del sexo.

—¿Y estaría dispuesta a mucho por saber de su tío?
Arantxa no dudó.

—A todo —musitó mientras la mirada del hombre la hacía ruborizarse hasta sentir el calor en el rostro.

—¿A todo?

—Sí, señor. A todo.

—No le aseguro nada —dijo Berdejo, pero si va mañana por la noche a mi casa podremos hablar de ello. ¿Quiere?

—Sí, señor, iré.

—Julián, dale a esta señora la dirección del chalé. Esté allí a las ocho. Aunque yo no haya llegado, le abrirá el encargado, que es de toda mi confianza, usted pasa y me espera allí.

Así de fácilmente logró Arantxa la cita privada que había planeado para matar al asesino de su hermano. Pero no escuchó al inspector después que hubo salido.

—No sé quién es ni qué querrá esta golfa, pero no me creo lo del tío, se ha ofrecido demasiado pronto, sin aparentar siquiera un poco de vergüenza. Al que le toque guardia en el chalé mañana dile que cuando llegue la registre, por la buena o por la mala. Y allí le sacaré qué es lo que busca, además de follarla.

Don Pablo Urrutia estaba asustado, pero sereno. Era plenamente consciente de que había cometido un grave error al burlarse del inspector, cosa que Berdejo jamás le perdonaría. Sabía que el inspector era vengativo y cruel y que tarde o temprano se cobraría la burla. Y todo por su estúpida vanidad, por un orgullo necio. ¿Qué necesidad tenía de complicarse de ese modo una vida que ya de por sí era bastante complicada? Se acusó del pecado de soberbia, correcta actitud autocrítica, pero en su fuero interno se supo pecador irredento porque al burlarse del inspector había sentido un placer recóndito pero innegable, hasta el punto de que, a pesar del dolor, estuvo a punto de

reírse de Berdejo en su cara cuando le estaba pegando e insultando. Sabía que su pecado era más grave por no arrepentirse, pero al fin y al cabo era sólo un hombre sujeto a las debilidades humanas. De modo que comenzó a pensar cómo podría esconderse, e irse a un lugar donde la policía no pudiese encontrarle. Pero, ¿existía ese lugar en la España de Franco?

Si se mantenía fiel a la Iglesia no podía ir a ninguna parte, en tanto sacerdote, si no lo sabía el obispo. Y, aun en la hipótesis muy remota de que convenciese a Su Ilustrísima de guardar en secreto su nuevo destino, estaban los secretarios, los familiares y todo el personal de la diócesis que harían imposible ocultar su cambio y su nueva residencia.

Por otra parte, si llegaba a cualquier otro lugar sin estar destinado allí por las autoridades eclesiales llamaría la atención de inmediato y sería detenido como cura falso e identificado, por lo menos, como rebelde no sólo respecto del Estado sino, lo que sería aún peor, en relación a la Iglesia.

Otra posibilidad era colgar definitivamente los hábitos y convertirse en un fugitivo, pero la desechó de inmediato. Después de horas de reflexión y de tomar en cuenta hasta las ideas más descabelladas, decidió quedarse en su casa y en su trabajo, como siempre, y esperar los acontecimientos aunque, eso sí, más alerta y más cuidadoso que nunca.

De pronto era de noche. Abstraída en sus pensamientos, nerviosa y con un estado de ánimo que mezclaba el miedo con la decisión inquebrantable de llevar adelante su propósito, Arantxa no se había percatado del descenso del sol, no vio el crepúsculo vespertino y súbitamente se encontró en plena noche.

Las calles ya no tenían más luz que la del alumbrado público que, ya cerca de las afueras, no era tan intenso como en las calles céntricas. Los faros de los automóviles iluminaban todo en forma pasajera: la inundaban de luz a ella, cuando

venían en dirección contraria, o alumbraban su camino, si circulaban hacia donde ella iba. La primera vez que se sintió bajo los reflectores de un coche se sobresaltó, se sintió descubierta, como si alguien hubiera sabido sus intenciones y la señalara con los rayos luminosos que la exhibían ante todo el mundo. Pero en seguida se dio cuenta de que pensar eso era una tontería. Nadie sabía lo que iba a hacer. Nadie. Y, cosa extraña, en la comisaría ni siquiera le pidieron su nombre, seguramente porque ya lo sabían. Pero no había visto a ninguno de los agentes que la conocían, los que registraron su casa y la llevaron al depósito de cadáveres. De todas maneras era lo mismo, para lo que pensaba hacer.

Bajo un farol se detuvo para consultar las señas que un ayudante de Berdejo le había dado escritas en un papel. Miró en torno para reconocer dónde estaba y confirmó, leyendo el nombre de la calle en la esquina, que no se había equivocado en el trayecto.

Un hombre pasó a su lado y la miró con interés. Arantxa se veía como una hermosa mujer, llamativa por su físico, pero no con el aspecto de golfa que ella suponía que la hacía notoria para todos. Por un momento sintió un gran temor de que el hombre le dirigiese la palabra, pero no lo hizo. Se limitó a mirarla admirativamente y siguió su camino.

Unos niños jugaban en la calle, y una mujer, sin duda la madre, se asomó a un balcón y los regañó por no haber entrado ya en la casa. Los críos corrieron al portal y la mujer echó una mirada a la calle antes de regresar al interior de su piso. La mirada se detuvo un instante en Arantxa, pero sólo un instante, suficiente sin embargo para que la muchacha se sintiese mal.

Arantxa se detuvo temblorosa y se dio cuenta de que estaba muerta de miedo. Respiró aceleradamente y comprendió que el pánico que sentía aumentaba a medida que estaba más cerca de la casa de Berdejo, es decir, más cerca del momento en que tendría que matarlo.

Llevaba un cuchillo puntiagudo, de hoja delgada y larga, que cortaba cualquier cosa como si fuese mantequilla. Lo había escogido cuidadosamente en una cuchillería sin preocuparse del hecho, del que era consciente, de que el vendedor la identificaría sin dificultad alguna. Pero los pensamientos, la vida y el mundo de Arantxa terminaban en el momento de matar a Berdejo. Lo que ocurriese después ya no le importaba. Una vez vengado su hermano, una vez muerto el asesino de Iñaki, que lo era —ahora lo sabía ya— también de muchos otros “rojos”, además de torturador y canalla, lo que siguiera le era completamente indiferente. Su vida no contaba porque la sentía vacía, innecesaria, fútil.

La calle se había terminado en lo que a edificaciones se refiere. Seguían unos quinientos metros sin casas, aunque continuaban el pavimento y los faroles, y más allá se encontraba el chalé del policía tal como se lo había descrito el ayudante. Solitario, sin ninguna casa cerca, con una verja de hierro que circundaba un pequeño jardín, atravesando el cual se llegaba a la construcción.

Arantxa se detuvo a unos trescientos metros. Vaciló unos instantes. Tocó el mango del cuchillo, que quedaba entre sus senos, con la hoja en su funda de cuero sujeta por un cinturón que se había puesto bajo la ropa; la hoja llegaba hasta su vientre, por debajo del ombligo. Tal vez hubo una fracción de segundo en la que estuvo a punto de renunciar a todo y correr hacia su casa, pero dominó el miedo y siguió hacia su destino.

Estaba a unos ciento cincuenta metros del chalé cuando escuchó pasos a su espalda. Un hombre se dirigía rápidamente hacia ella, mujer solitaria en pleno descampado. Arantxa presintió que el tipo traía malas intenciones y corrió hacia la reja. Llegó con el hombre ya muy cerca, pero la puerta estaba sin cerradura ni candado, la empujó y entró, cerrándola tras sí. El perseguidor soltó una blasfemia y se detuvo. Arantxa le observaba oculta tras unos matorrales del descuidado jardín. El su-

jeto, acerca de cuyas intenciones ya no había duda, vaciló un momento y después agarró la puerta de la reja con el evidente propósito de entrar y buscar a Arantxa. Se encendió una luz en el chalé, la que estaba encima de la puerta, y el individuo soltó otra blasfemia, esta vez en voz más baja, dio la vuelta y regresó hacia las calles, la ciudad y las luces.

Arantxa respiró aliviada y miró a su alrededor. Lo que alguna vez fuera un jardín ahora era una pequeña selva, con cardos, ortigas y otras malas yerbas que habían crecido acá y allá, sin orden. Había arbustos, zarzas y dos enormes eucaliptos, restos de lo que se quiso hacer en un tiempo lejano, cuando todo era nuevo y el chalé la ilusión de alguien. Las casas están ligadas estrechamente al sentimiento y a los estados de ánimo de los seres humanos. Nacen de las ilusiones y mueren del abandono. Sufren, como las personas, el paso del tiempo y como ellas dependen del cariño y del afecto. Cuando una casa es querida se la cuida, se la atiende y se prolonga su vida por mucho tiempo, incluso por siglos. Pero cuando se impone el interés, cuando sólo se piensa en ella en función del dinero, se la derriba para aprovechar el terreno, se la vende o, como algunos humanos hacen con sus mayores, simplemente se la abandona en espera de alguna ocasión en que pueda servir de algo, siempre que no se vuelva una molestia. Claro que también hay casas muy queridas por quienes carecen de los medios para conservarlas en buen estado, pero en esos casos se nota el cariño en unas flores, en un barandal limpio, en el brillo de un piso viejo y en otros mil detalles que no dejan lugar a dudas.

Arantxa miró a la puerta de la casa encima de la cual se encendiera la luz, pero nadie la había abierto. La única señal de vida había sido aquella bombilla que de invisible en la penumbra había pasado a ser una fuente de luz. La puerta, de madera, estaba tan descuidada como el jardín, con residuos de barniz, agrietada y en partes rota. Era evidente que Berdejo no vivía

allí pero comprobarlo no sorprendió a Arantxa, que nunca creyó ir a otra parte que a un lugar sucio, adecuado a las aventuras amorosas del inspector.

Ante ella estaba la puerta, apenas a tres o cuatro metros, unos cuantos pasos que, sin embargo, no se decidía a dar. Una vez más tocó con la mano derecha el mango del cuchillo, escondido bajo sus ropas. Miró la puerta de la casa y después la puerta de la reja. Todavía estaba a tiempo de retroceder, de volver a su casa y olvidar para siempre aquel asunto. Sintió que lo que iba a hacer sería como arrojarse a un abismo cuyo fondo ignoraba totalmente. Su duda era mayor porque quienquiera que hubiese encendido la luz de la entrada no había salido, no había abierto la casa, no había dado señales de vida. Pero ella había tomado su decisión.

Caminó hasta la puerta y vio que tenía un llamador de hierro con la forma de una mano sujetando una bola. Lo agarró, lo levantó y esperó dos o tres segundos, antes de dejarlo caer con fuerza. En el silencio de la noche el ruido pareció agrandarse, extenderse y correr por el campo y las calles. Arantxa se estremeció, pero esperó. Y por fin la puerta se entreabrió, para que quien estaba dentro pudiese mirarla. La luz sobre la puerta iluminaba muy bien a quien llegaba y a quien lo recibía. Y cuando la puerta se abrió por completo, Arantxa sintió una oleada de terror que la dejó inmóvil, estupefacta, sin ánimos, sin voz y, por unos segundos, incapaz de pensar, con la mente en blanco, con los ojos fijos en lo increíble, en lo monstruoso, en lo inaudito.

De pie frente a ella, con una mirada feroz que irradiaba ira y desprecio, estaba Iñaki. Su hermano.

Don Pablo Urrutia llegó muy preocupado a la iglesita en la que ayudaba a su amigo Belausteguigoitia, el anciano párroco. Y no es que él fuera mucho más joven pero estaba mucho mejor,

físicamente hablando. Habían pasado ya cinco días desde el incidente en la comisaría y aún le dolía la patada, pero le preocupaba mucho más la inminencia de una agresión que no podía prevenir, pero que sabía que llegaría, tarde o temprano. No podía explicar por qué tenía la certeza de que Berdejo tomaría represalias. Otros habrían pensado que, pasada la explosión de ira del primer momento, el inspector olvidaría sus amenazas. Pero el padre Urrutia conocía a los seres humanos y en los ojos de Berdejo había visto una crueldad sin freno ni medida y una tenacidad que, aplicada al rencor, no tendría tampoco límites.

Pensando en esto se puso la estola y caminó hacia el confesionario. Apenas se sentó y abrió la rejilla, oyó una voz femenina que decía.

—¡Padre!

—Ave María Purísima —dijo el sacerdote.

—Sin pecado concebida —le respondió la voz que, para sorpresa suya, dijo también: —¿Es usted el padre Urrutia?

—Sí, hija mía, yo soy.

—No vengo a confesarme, yo tengo mi confesor. Vine a avisarle.

—¿Avisarme? ¿De qué?

—De que quieren matarle. Van a fingir un atraco y le robarán lo que lleve, pero van a matarle, le golpearán para matarle. Son tres o cuatro.

—¿Policías?

—No. Trabajan para los policías de la Brigada Político-Social, pero no lo son. Ellos hacen las cosas sucias, las más sucias, y les pagan por hacerlas.

Urrutia estaba muy asustado, pero dominaba el miedo para averiguar más.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque uno de ellos es mi hombre. A mí no me importa lo que hagan. La gente nunca fue buena conmigo. Pero a un

sacerdote, no. No quiero ser cómplice de la muerte de un cura. Por eso vine a decírselo.

—Gracias, hija. ¿Y sabes cuándo van a... a hacerlo?

—Esta noche. Ellos saben que usted sale de aquí entre las ocho y las ocho y media. Uno le esperará aquí, puede ser que dos, y le seguirán hasta su casa. Allí, antes de que entre al portal le atacarán.

—Hija, te agradezco...

—¡Ah! y ningún policía podrá ayudarle. Ellos llevan una contraseña o una tarjeta que les protege como si fuesen policías de la Social.

Pablo Urrutia permaneció en silencio unos instantes, anonadado por el miedo. Cuando se rehízo y quiso decir algo a la mujer, era ya otra la que estaba ante la rejilla del confesionario:

—Ave María Purísima...

Pasó el sacerdote (pasó, que no escuchó) tres o cuatro confesiones, no habría podido decir cuántas, sin saber siquiera lo que le estaban diciendo, respondiendo mecánicamente y dando automáticamente penitencias y absoluciones sin saber ni siquiera de qué estaba absolviendo a aquellos pecadores.

Llegó el momento en que no pudo más, murmuró una excusa y, pálido y desencajado, salió del confesionario. Las dos ancianas que esperaban le vieron el rostro y comprendieron que estaba enfermo.

Iba hacia la sacristía cuando se encontró de frente con Valentín Zubalkoa, que caminaba hacia la salida de la iglesia. Valentín era un activista de Solidaridad de Trabajadores Vascos, el sindicato clandestino, y el cura lo sabía muy bien. Verlo en aquel momento fue para Urrutia como para un naufrago que está nadando ver una tabla que flota a su lado.

—¡Valentín!

—¡Padre Urrutia!

—Hijo, tengo que hablar contigo, es muy urgente.

Zubalkoa se volvió hacia su esposa, que iba a su lado, y le dijo que lo esperase mientras hablaba un momento con el padre Urrutia. Ambos entraron en la sacristía y el cura le contó al obrero todo lo que había sucedido y la situación en que se encontraba.

—No se preocupe, padre, lo arreglaremos. Por lo pronto usted no se mueva de aquí hasta que yo regrese. Voy a dejar a mi mujer en casa y vengo por usted.

—Temo por ti, hijo, eres fuerte, pero tú solo...

—No vendré solo, padre. Usted espéreme aquí. Y si tardo un poco me espera también.

A la hora y media Valentín volvió con otro obrero vasco y dijo:

—Vámonos, padre. Le llevaremos a un lugar seguro.

Pese a su aprehensión se puso el abrigo y salió, pero le volvió el ánimo, porque en la calle esperaban diez obreros más, todos de enorme corpulencia, que le rodearon completamente mientras caminaban.

—¿A dónde vamos? —preguntó el padre Urrutia a Valentín, que iba a su lado.

—A un lugar seguro. Después veremos.

Detrás de ellos, al dar vuelta a una esquina, se escucharon algunos ruidos, golpes y voces ahogadas, pero el cura ni se enteró de que los dos maleantes que debían seguirle de la iglesia hasta su casa habían recibido una rápida y eficaz paliza.

Tomando toda clase de precauciones para cerciorarse de que no eran seguidos, los amigos de Valentín llevaron al sacerdote a la casa de uno de ellos, que era viudo y vivía solo.

—Aquí es imposible que lo encuentren. Ni siquiera hay portera.

—Yo... —balbuceó emocionado Urrutia— no sé cómo agradecerlos. Me habéis salvado, pero, ¿qué voy a hacer? No puedo quedarme a vivir aquí.

—No se preocupe, padre —dijo Valentín—, que ya lo tenemos todo pensando. Mañana o pasado nos da usted una lista con todo lo que necesite de su casa y nosotros lo sacaremos sin que nadie nos vea ni nos siga.

—¿Pero cómo van a hacerlo?

—Como hacemos otras muchas cosas más difíciles. Eso es cosa nuestra.

—Os lo agradezco de todo corazón. Pero, insisto, no puedo quedarme a vivir aquí. ¿Qué voy a hacer?

—También eso lo tenemos pensado. Le vamos a sacar de Bilbao. En San Juan de la Luz hay una casa donde le alojarán todo el tiempo que sea necesario. Y después ya se verá.

—¿En Francia? Pero eso es imposible. ¿Qué hago yo en Francia?

Entonces intervino el dueño de la casa diciendo:

—Vivir, señor cura, vivir. ¿Le parece poco?

—Desengáñese, padre Urrutia —explicó Valentín— si se queda usted aquí lo matan. Conocemos bien de lo que es capaz Berdejo. Un camión que lo aplasta o una viga que le cae de una obra al pasar. Después de lo que usted me contó que le hizo a ese inspector su vida no vale un comino.

—¿Será posible?

—Para que sepa usted con quién se las gasta le contaré algo: un falangista bien situado se enfrentó a Berdejo porque los de la Brigada Social habían dado una paliza tan brutal a un sobrino suyo que el chico estaba muy grave en el hospital. Y amenazó al inspector con denunciarlo y le dijo que no iba a parar hasta que lo echaran. Pues ese mismo día, tres horas más tarde, un automóvil lo atropelló y lo mató. Nunca encontraron el coche ni al que lo conducía.

—¡Dios mío!

—¿Ya entiende por qué debe irse de aquí? Si se va a otra parte del País Vasco, o de España, tarde o temprano lo encontrarían. En cambio en Francia aunque sepan dónde está no le

harán nada. Hay por allá otros a los que odian más que a usted y no se atreven a matarlos allí. Créame, padre, lo que le digo es la verdad.

Don Pablo Urrutia no tuvo otro remedio que aceptar los hechos y hacer frente a la nueva situación que se había creado. Conocía a uno de los secretarios del obispo y pensó en explicarle que tenía un problema personal que le obligaba a estar un tiempo en Francia, para que le permitiesen presentarse a la jerarquía correspondiente en el país vecino. Pero se lo diría por carta, discretamente por la censura postal que aún existía en ciertos casos, cuando ya fuese un hecho consumado su estancia fuera de España.

La primera noche que pasó en la casa a donde le habían llevado, charló con el inquilino.

—Yo no soy de aquí —le dijo su huésped—, ni siquiera el que uso es mi nombre verdadero. Cuando acabó la guerra yo estaba en la zona centro sur, en Madrid. Era comisario de guerra y comunista. Me escondí, no me agarraron y logré pasar al norte, donde adquirí nueva identidad y aquí estoy. Tuve más suerte que la mayoría.

El padre Urrutia estaba un poco alarmado.

—¿Es usted comunista?

El hombre sonrió al ver la expresión del sacerdote.

—Sí, pero no se asuste, padre. Ahora soy de Solidaridad de Trabajadores Vascos. Soy comunista, pero no estalinista. Cuando vi cómo se cumplían las órdenes de Moscú y hasta se asesinaba a los que eran o se suponía eran trotskistas me desligué del partido y en eso también tuve suerte, pues podían haberme eliminado, como hicieron con otros.

—Pero comunista...

—No crea todo lo que se dice por ahí. Muchos nos hicimos comunistas por ideales, porque creemos en un destino mejor para el mundo. Y también, es justo decirlo, porque el Partido Comunista fue durante la guerra el mejor organizado

y el más eficaz en la lucha. Mientras algunos se dedicaban a robar y asesinar en la retaguardia y otros a hacer la revolución, así decían, nosotros íbamos al frente, intentando ganar la guerra, organizábamos el ejército de la República, dábamos el ejemplo.

—Pero los asesinatos...

—Nosotros no matábamos curas, no asesinábamos, no dábamos "paseos". La única excepción eran las órdenes de Stalin y eso fue lo que me hizo dejar el partido. No creo que el fin justifique los medios, no podía tolerar que se asesinara a voluntarios de las Brigadas Internacionales acusándoles de trotskistas. Salvé a un muchacho francés enfrentándome al partido y lo mandé a Francia. Me acusaron de "desviacionismo" y de simpatías trotskistas. Me pasé a una unidad socialista, de carabineros, y les dije que o me dejaban en paz o me cargaba a alguno de ellos. Me dejaron por un tiempo y mientras tanto los problemas se agravaron tanto que no pudieron ocuparse de mí. Y perdimos la guerra.

—Yo creía que los comunistas...

—Eso es lo que quiere Franco. Que se piense que cualquier miembro del partido era un estalincito sin redención posible. Pero allí había mucha gente honrada y valiosa, gente que hizo como yo, tarde o temprano.

Don Pablo Urrutia no las tenía todas consigo.

—Pero usted me ha dicho que es comunista. ¿Lo sigue siendo?

—Cada hombre necesita una fe. Usted, padre, tiene la suya, que yo respeto. La mía es el ideal de una sociedad justa, en la que los obreros y los campesinos tengan todos los derechos y en la que se acabe la explotación de los más por los menos. Eso es todo.

El cura estuvo en aquella casa siete días y acabó, inunca lo hubiese creído!, siendo buen amigo de su huésped.

El traslado del padre Urrutia a Francia, incluido el paso de la frontera, se llevó a cabo sin problemas. Tuvo el hombre sus momentos de franco miedo y mucho desasosiego pero la organización de los vascos, es decir la del Partido Nacionalista Vasco en clandestinidad, así como la de Solidaridad de Trabajadores Vascos, era muy buena (como yo mismo lo vi tiempo después) y todo transcurrió como se había planeado.

Cuando ya estaba instalado en el hogar francés que lo había recibido y todo estaba en orden, el *gudari* que le condujo todo el camino y lo llevó a buen término, se despidió.

—Queda usted en buenas manos, padre —dijo—, y cuando necesite comunicarse con alguien de allá, ya sabe cómo hacerlo. Yo regreso al paraíso del caudillo.

—Muchas gracias, hijo, nunca podré agradecerles bastante lo que han hecho por mí. Y ten mucho cuidado.

—Gracias, padre. Pero me encargaron que, antes de irme, le hiciera una pregunta.

—Pues dime, hijo, dime lo que sea.

—¿Conoce usted a una chica que se llama Arantxa Belausti?

Urrutia quedó muy sorprendido, pues no se esperaba la mención de Arantxa, a la que ya sólo veía muy de vez en cuando.

—Sí, la conozco muy bien, desde que era niña. Estaba en un orfanato del que yo era director espiritual.

—¿Sabe usted algo de sus padres?

—El padre fue comandante de un batallón vasco. Cuando cayó Bilbao él se fue al monte con algunos de sus hombres y estuvo más de un año en la guerrilla. Hasta que un día fue a su casa, a ver a su mujer y a su hijo, y la Guardia Civil lo mató. La madre murió unos nueve meses más tarde, en Bilbao, en un tiroteo. Ella tuvo la mala suerte de pasar por allí y la alcanzó una bala. Arantxa nació en la Casa de Socorro, estando ya muerta la madre.

—¿Tenía más familia?

—Sí, un hermano, Iñaki, al que mató la policía, precisamente Berdejo. Le descerrajó un escopetazo en la cara. Yo me hice cargo de su entierro y oficié en él.

—Muchas gracias, padre Urrutia. Teníamos esos datos pero necesitábamos confirmarlos.

—¿Le ha pasado algo a Arantxa? Ella quedó muy mal tras el asesinato de su hermano. Sólo pensaba en venganza, estaba llena de odio, aunque dada su historia y su situación ese odio tiene una explicación.

—No le ha pasado nada, padre, sólo que quiere hablar con nosotros.

—¿Con quiénes?

—Con nosotros, con los que le hemos sacado a usted de España, padre. Con la organización clandestina. Y usted comprenderá que no podemos correr riesgos. Pudiera ser una trampa.

—De que Arantxa no está al servicio de la policía yo respondo con mi vida. Ella jamás ayudaría a los asesinos de su hermano. ¡Si hubiera visto cómo quedó a raíz de lo de Iñaki!

—Pues eso era todo, padre Urrutia. Quede usted con Dios.

—¡Que Él te proteja, hijo mío, y nuevamente gracias!

Nada de singular: una taberna de las tantas que hay en Bilbao, con dos mesas en la calle. Las dos mujeres llegaron y pasaron al interior. Era por la tarde, hora de salir del trabajo, cuando mujeres y hombres de la clase obrera se reunían en cafés o tascas para charlas, para mantener un romance o para distraerse del quehacer cotidiano.

El día anterior, por la noche, la otra mujer había llegado a la casa de Arantxa. Ella había madurado y envejecido desde su ida a la casa del inspector. Estaba, como siempre, pegada a su máquina de coser, pero con la obsesión que no la dejaba ni de

día ni de noche, con la impresión que había sido verlo allí, en aquella casa, a aquella hora, tranquilo y fresco como era materialmente imposible que estuviese, puesto que estaba muerto. Había sido ver lo que no podía ser visto, sentir que aquél que creyó conocer no era conocido, que no era aquel, sino otro, que su hermano no era su hermano y, lo que era peor aun, que nunca había sido su hermano. Había sido aquella noche, y seguía siendo, sentir que el mundo no estaba en su sitio, que lo vivido fue soñado, es decir, no vivido jamás.

—¿Tú eres Arantxa Belausti? —le preguntó cuando abrió la puerta.

—Sí, para servir a usted.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro, pase, pase usted y perdone.

Y, ya en el interior:

—¿Tú quieres hablar con los de Solidaridad?, ¿se lo dijiste a dos que eran amigos de tu hermano?

—Sí.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Tengo que decirles algo que es muy importante que sepan, algo que descubrí.

—¿Por qué no me lo dices?

—Porque es cosa de mucho cuidado, algo que puede causar muchas desgracias y dañar a mucha gente. Tengo que decirselo a quien pueda decidir lo que hay que hacer.

—Bien. Escúchame: mañana por la tarde vendré a buscarte, ponte ropa como para pasear con un chico. Iremos a tomar una gaseosa. Debemos andar sin prisa, como dos amigas charlando de tonterías y nimiedades. Mi nombre es Encarna, Encarnación, pero llámame Encarna. Iremos a un bar donde dos hombres se reunirán con nosotras, como si fuesen nuestros pretendientes o nuestros novios. Un rato estaremos juntos los cuatro. Después yo saldré con uno y tú te quedarás charlando con el otro y le contarás lo que sabes.

Y allí estaban, en una mesa de las antiguas de mármol, típicas y características de cafés y tabernas de los años treinta, esperando a los dos hombres. Después de una media hora, Arantxa estaba inquieta.

—¿Vendrán?

—No te impacientes. Los compañeros están comprobando que nadie nos ha seguido y que no hay moros en la costa. Después vendrán.

Día tras día, semana tras semana, mes tras mes, los agentes de Berdejo habían estado buscando a Pedro Goritz. Preguntas a los confidentes, a los vecinos, a los infiltrados en grupos de resistencia. Vigilancia especial en los lugares que Goritz solía frecuentar. La esposa fue objeto de una vigilancia continua durante todo el tiempo que permaneció en el hospital, al acecho de que Goritz diese alguna señal de vida. La hija fue objeto de un cerco invisible al orfanato, se registraban recados, ropa o cualquier cosa que cualquier persona llevase allí esperando encontrar alguna carta o noticia que Pedro enviase a su hija. Todo fue inútil. No había rastro alguno de Pedro.

Cuando la madre salió del hospital se reunió con la hija. Alquilieron un cuarto en el que apenas cabían las dos y, con la ayuda de antiguos vecinos y conocidos, se dedicaron a lavar ropa, de lo que vivían muy pobremente. El cuarto y ellas fueron vigilados prácticamente cada minuto por policías y confidentes. La casa estuvo bajo control las veinticuatro horas del día, registrando entradas y salidas y siguiendo a la madre o a la hija, a ambas, cada vez que salían a recoger o entregar ropa y hasta a comprar el pan. También investigaron a las personas que les daban trabajo, por si alguna hubiera tenido alguna vez relación con Goritz.

Era la invasión profunda de la intimidad. Al principio no se dieron cuenta pero a los pocos días la impericia de algunos

agentes hizo fácil que los vieses. Ni a la madre ni a la hija les importó porque nada tenían que ocultar, pero estaban bajo el temor de ser atacadas otra vez. Pasado el primer mes se convencieron de que sólo se trataba de esperar a su esposo y padre para aprehenderlo. Y como sabían que eso no iba a suceder, vivieron un poco más tranquilas, aunque siempre bajo la sombra del miedo. El miedo. El miedo es la base, el sustento de todas las dictaduras, de los regímenes de terror, de los que gobiernan sobre la angustia. Y la intromisión en la intimidad. Saber que no se podía ir a ninguna parte sin ser seguido, de que no se podía hablar con alguien sin que la policía anotase quién era el interlocutor y en muchos casos lo interrogase. La sombra del miedo se proyectaba sobre la madre y la hija, aumentada por lo que había ocurrido antes, por el horror de aquel día aciago en que Berdejo y los suyos llegaron a lo que era entonces el hogar de la familia de Pedro Goritz. El miedo, sí, pero también la invasión a la intimidad. Laurencia sentía, además de miedo, vergüenza. Se sentía mirada obscenamente. Hasta cuando estaba bañándose o haciendo sus necesidades temía que se abriera la puerta y apareciera uno de aquellos hombres que la miraban con lujuria descarada y agresiva insolencia cada vez que entraba o salía de su casa.

La Brigada Social y Política empleó tal cantidad de hombres y dinero en la búsqueda de Goritz que realmente fue un despilfarro. Pero todo fue inútil. Pedro Goritz había desaparecido.

Sólo el inspector Berdejo tenía la convicción de que, tarde o temprano, lo encontraría. Y estaba en lo cierto.

No podía Berdejo enviar a sus hombres a recorrer todas las montañas de la Península, pero aunque lo hubiese hecho ninguno de sus agentes habría reconocido a Pedro Goritz en un pastor barbudo y con el pelo largo y encrespado que cuidaba de sus ovejas en una montaña de Navarra.

Calzaba el hombre unas abarcas hechas de pedazos de cubierta de ruedas de automóvil, ya tan gastadas que se veían

las cuerdas, y vestía unos pantalones de pana que alguien había tirado a la basura mucho tiempo atrás, tan rotos y luidos que los canalillos de la pana habían desaparecido en la mayor parte de ellos. Cubría sus brazos y su tórax y espalda una prenda hecha indudablemente por él mismo con costales de arpillera mal cocidos y otros trapos del mismo material en calidad de mangas y que se amarraba al frente con unos pedazos de cuerda de cáñamo, sustituyendo lo que habrían sido botones en una chaqueta normal. Debajo, en calidad de camisa, la tela más lisa y suave de un antiguo costal de harina. Y sobre los hombros una especie de capa hecha de dos pieles de oveja secadas al sol con sal, es decir, rígidas y burdamente cosidas.

Pero, contra lo que pudiera suponerse, indumentaria tan insólita hasta entre los pastores no era un mal disfraz, sino un producto de la necesidad.

Cuando pudo reponerse de lo que le había contado Francisca, la portera, que hicieron con su mujer, le dio instrucciones muy claras y precisas para que las transmitiese a su hija Laurencia y a su esposa.

—Explíqueles que la policía estará meses, tal vez años, vigilándolas en espera de que yo quiera comunicarme con ellas. Así han agarrado a muchos, de los que varios han muerto. Dígale a mi mujer que yo arreglaré las cosas de modo que si me detienen o me matan, o muero, aunque sea de enfermedad, ella lo sepa. Mientras no tenga ninguna noticia mía es que estoy bien y libre. Dígales a las dos que no pierdan la esperanza, que yo veré cómo hago para que un día podamos reunirnos, pero que eso no será muy pronto. Y que no hagan caso de nadie que diga que va de parte mía, si no es que le dice algo a mi esposa que sólo ella y yo sepamos.

Después, Goritz salió de la casa y caminó hacia las afueras. Pensó que en Bilbao estaría en mayor peligro que en otra parte y se dirigió a Navarra, pero como la Guardia Civil patrullaba constantemente las carreteras marchó a campo traviesa,

por cerros y montes, y un día, yendo por una montaña bastante escarpada, vio a lo lejos un destacamento de la Guardia Civil a caballo.

No había comido casi nada desde que salió de Bilbao. Un pedazo de queso que le dio un hombre que trabajaba el arado, un mendrugo que le proporcionó una mujer, por cierto con una actitud que dejaba entrever el mucho miedo que sentía ante un desconocido vagabundo mal vestido.

Cuando vio a la Guardia Civil estaba hambriento y débil. Quiso esconderse, temeroso de ser descubierto, corrió hacia unos matorrales, no se fijó por dónde andaba y cayó en un profundo despeñadero, enganchándose en los arbustos que brotaban de la escarpa, le apercazaban por la ropa y la rasgaban, sosteniéndole unos segundos, mientras la prenda se descalandrajaba, y dejándole caer de nuevo rebotando por el declive.

La Guardia Civil no le vio ni supo de su existencia y siguió su camino, pero Pedro estaba inconsciente en el fondo del carcavón y allí hubiese muerto de no ser porque una hora más tarde lo vio Melesio, un pastor de ovejas de los que viven todo el tiempo en la montaña, sin ir a un pueblo más que muy de vez en cuando, cada año y a veces cada dos. Melesio le dio agua, le reanimó y le ofreció un mendrugo de pan y un poco de queso. Goritz no se había roto ningún hueso, pero estaba lleno de heridas, tenía medio cuerpo en carne viva y sufría grandes dolores. Con dificultades pudo Melesio llevarlo a su hato, donde tenía una choza y allí lo cuidó hasta que se repuso.

Para Pedro, un obrero metalúrgico que nació y vivió en una ciudad industrial, la vida entre pastores, prácticamente como uno de ellos, fue una experiencia extraordinaria. Apreció la naturaleza como nunca antes. No es lo mismo salir al campo algunos domingos, con la familia, que vivir en él. Y vivir en el campo durmiendo en el suelo, en una choza, tampoco es lo mismo que vivir en una casa situada en el campo. Los árboles,

las cañadas, las montañas estando en una de ellas, el caminar sin encontrar planos ni llanuras, siempre subiendo o bajando, los torrentes, los senderos, las rocas, el aullido de los lobos y el ulular de los búhos en las noches, el balido de las ovejas, el gorjeo de los pájaros y el zureo de algunas palomas por el día, todo ello fue como asomarse a un mundo nuevo y totalmente desconocido.

Los pastores eran gente sencilla, pero no simple ni tonta. Estaban al tanto de la situación del país y algunas veces la comentaban, fugazmente pero con suficiente claridad como para saber que ninguno de ellos simpatizaba con el gobierno. A uno le habían matado a un tío, que era socialista. Otro tenía en la cárcel a un primo hermano, natural de San Sebastián y que era cura, acusado de separatista. Y uno más había perdido a su padre cuando él era muy chico, porque se lo llevaron a la guerra, a la fuerza y con amenazas, los requetés y los militares sublevados.

En la región había varias majadas, no muy lejos unas de otras, y a veces los pastores de algunas de las más cercanas entre sí se reunían a charlar, dejando el cuidado del aprisco a los perros, cuyos ladridos se oían con facilidad en la noche. Así conoció Pedro Goritz a otros pastores y, aunque ninguno le hizo preguntas, todos sabían que era perseguido, porque en aquel tiempo quedaban todavía hombres huyendo de un poder que suponía muerte o cárcel en el mejor de los casos. No hacía muchos años que grupos de hombres armados por las sierras eran los últimos residuos de la defensa de la legalidad republicana aplastada por la rebelión militar. Los guerrilleros se habían acabado, pero los fugitivos aún existían, perseguidos implacablemente.

Uno de los pastores iba a dejar el trabajo y su patrón no tenía sustituto, por lo que se ofreció a recomendar a Pedro. El patrón llegó al hato sólo un día, para contar el rebaño y preguntar a Melesio y a los otros, que eran conocidos en el pueblo, si creían

que podía confiar en Pedro. Los cuatro a los que preguntó, por separado, le dijeron que sí, que lo habían tratado y se veía en él a un hombre honrado que no estaba allí para robar ganado. El amo de las ovejas supuso, lo mismo que los demás, que Goritz —que allí dijo llamarse Pedro Gómez— estaba huyendo y eso era una garantía más de su buen comportamiento como pastor, de manera que le encargó el rebaño y le pidió que si algún día pensaba irse que le avisara con Melesio o algún otro, para que le pagara y lo sustituyera. Cada cierto tiempo llegaba un muchacho a llevarles víveres y sólo una vez al año las ovejas se llevaban cerca del pueblo para ser trasquiladas, en el verano.

—Pero para eso falta —le dijo el amo—, y cuando llegue el día tú verás qué haces.

Y fue así como Pedro Goritz, obrero, se convirtió en Pedro Gómez, pastor de ovejas.

Lo que no había cambiado era su voluntad, su fuerza interior, la que no había cedido ante la tortura y la muerte, pero sí ante la amenaza que le hiciera el inspector en relación con Laurencia. Su odio a Berdejo y los deseos de venganza persistían en su ánimo, fortaleciéndose con el tiempo, junto al doloroso recuerdo de su mujer y de su hija, tan lejos de él, de su ayuda y protección.

Los dos hombres que esperaban llegaron, pero no por la calle, sino que salieron de una puerta interior, de modo que Arantxa, que miraba con impaciencia hacia la puerta de la calle, se sorprendió al ver, de pronto, a un hombre que se sentaba junto a ella y la saludaba familiarmente.

—Hola, Arantxa, ¿cómo estás?

Era un hombre joven y fuerte, alto, de mirada clara y pelo castaño, casi arquetipo del vasco por su complexión. Arantxa le miró y sintió que podía confiar en él, aunque estaba un poco asustada.

—Bien gracias —respondió rehuendo, por timidez, la mirada de él.

Encarna y el otro se fueron a una mesa cerca de la puerta. No había ningún parroquiano de la taberna cerca de Arantxa y su compañero.

—Bueno, ahora dime qué quieres, por qué querías vernos.

Arantxa tragó saliva y por un momento dudó si informar, haciendo lo que consideraba su deber moral, o pasar por estúpida y no decir nada. Hizo una pausa demasiado larga mientras el hombre la miraba a los ojos. Al principio ella rehuyó la vista, indecisa, pero se rehízo, sostuvo de frente la vista de él y dijo:

—Soy la hermana de Iñaki Belausti. Él estaba con vosotros, hacía cosas. Un día casi lo agarra la policía. Y luego me dijeron que lo habían matado, que lo mató la Brigada Social esa. Vi un cadáver con la cara deshecha, lo enterramos. Pero no era Iñaki. Mi hermano no ha muerto.

Si esperaba que esta revelación sorprendiese a su interlocutor quedó decepcionada porque el otro la escuchó impávido, sin parpadear. Y como ella callara él dijo:

—¿Y qué más?

—Yo creí que lo habían matado y quise matar al inspector, ese Berdejo.

Esta vez, cuando Arantxa calló, la pausa fue muy larga.

—¿Y eso es todo?

—No, eso no es nada. Lo que pasa es que Iñaki no ha muerto, y no sólo no ha muerto, sino que está al servicio del tal Berdejo, de la policía.

—¿Y por qué nos dices eso?

—Porque creo que puede hacer mucho daño, porque Iñaki debe saber mucho y puede delatar a muchos, por eso.

—¿Cómo sabes tú que Iñaki está al servicio de la policía?

—Porque yo fui a una casa de Berdejo y me abrió Iñaki. Cuando lo vi salí corriendo, enloquecida, pero desde entonces no he dejado de pensar en ello.

—¿Y a qué ibas tú a la casa de Berdejo?

—A matarlo.

—¿Cómo conseguiste las señas?, ¿cómo sabías que allí vivía? ¿Cómo pensabas llegar hasta él?

Arantxa sintió que una oleada de calor le llegaba a la cara. Se puso roja y bajo la vista. Cuando por fin pudo hablar lo hizo casi tartamudeando.

—Porque... porque yo estaba dispuesta a todo con tal de matarle. Fui a la comisaría, le hablé de un supuesto tío que había desaparecido y... me le ofrecí.

—¿Ibas vestida así?

—No. Para verle y para ir a su casa me vestí de... de golfa. Yo estaba dispuesta a matarle fuera como fuese. En la comisaría él no hizo nada más que desnudarme con la vista, dándome miedo y asco, y decirme que fuera a esa casa a la noche siguiente. Y fui, pero al ver a Iñaki me llevé tal impresión que salí corriendo. Después, cuando me serené, poco a poco, me di cuenta de que mi hermano estaba al servicio del inspector, cuidando su casa. Y pensé en decíroslo.

—Entonces Berdejo no llegó a tocarte.

—No, sólo me ofendió con la mirada, me insultó mirándome como a una prostituta y me dijo que fuese a su casa. Ésa es la verdad.

—Te creo. Dime, ¿con qué ibas a matarle? ¿Tienes un arma?

—Compré un cuchillo. Todavía lo tengo, es muy afilado y muy grande.

—No hubiera sido fácil. Un hombre es más fuerte.

—Yo no pensaba en nada. Estaba enloquecida. Sólo pensaba en que había matado a Iñaki. Y era tal mi furia que creo que le hubiese acuchillado aunque fuera más fuerte.

—Quieres tanto a tu hermano y ahora lo delatas.

Arantxa se mordió el labio y bajó la vista. Tragó saliva y dijo:

—Tú nunca podrás imaginar lo que lo quiero. Ni tampoco lo que me duele esto que estoy haciendo. Pero no podría vivir

sabiendo que por mi culpa, por no decir lo que sé, están matando o torturando a los que eran amigos y compañeros de mi hermano y confiaron en él. Y ellos también tienen hermanas, esposas o madres.

—Y supón que nosotros tenemos que matarle para que no haga daño. ¿Qué harías tú?

—Ya lo he pensado. Me mataré.

Lo dijo muy tranquila, sin aspavientos, sin alarde, como algo natural y se diría que hasta normal. Como una respuesta ordinaria a una pregunta ordinaria.

Arantxa, abstraída en su decisión, que había meditado mucho, no se dio cuenta, pero su interlocutor reflejó en su rostro la impresión que le causó oír aquello.

—No lo hagas —dijo con énfasis—. Por ahora tu hermano vive y nadie va a matarlo. Prométeme que esperarás hasta que te avisemos.

—Pero lo de Iñaki...

No te preocupes. No puede hacernos ningún daño. Prométeme que no harás nada hasta que te hablemos. Anda, dilo.

—Lo prometo.

El hombre desconfiaba.

—¿De verdad?

—De verdad. Lo juro.

El hombre se tranquilizó. Hizo una pausa, pensativo, que Arantxa no interrumpió.

—Lo que me sorprende es que la policía no te haya buscado después, al ver que no fuiste, al ver que...

El hombre se calló súbitamente, como si hubiera estado a punto de decir algo que no debía decir.

—¿Al ver qué?

—No, nada.

—No le di mi nombre y nadie me lo pidió. Ese Berdejo no me había visto nunca. Los policías que me conocen son los dos que registraron la casa y me llevaron al depósito de cadá-

veres cuando me dijeron que Iñaki había muerto. Y no estaban el día que fui a la comisaría.

—De todas maneras, había razones para que te buscasen. Bueno, vete a tu casa, sigue como siempre y ya te avisaremos. Y no olvides que has jurado.

—Está bien. No lo olvidaré. Yo cuando juro no lo hago a la ligera.

—¡Ah! Y no vuelvas a buscar al inspector. ¿Está claro?

—Ya no tengo por qué hacerlo. Ya sé que, aunque sea muy malo, él no mató a Iñaki.

Durante mi estancia con la Resistencia vasca no tuve encuentros con la policía salvo los casos ya señalados antes, pero todo el tiempo estuvieron buscándome y todo el tiempo estuve toreándoles. Poníamos banderas vascas en sitios relevantes, esparcíamos volantes subversivos contra la dictadura franquista en las avenidas, calles y plazas más importantes y a las horas de mayor concurrencia y cosas por el estilo.

A propósito, voy a explicar cómo se puede hacer esto último: en un día en que no haya viento (porque si lo hay los volantes caen antes de tiempo y el que lo hace es capturado) se coloca en la azotea de un edificio una tabla de las que los niños llaman "sube y baja", es decir, con un tubo o cualquier objeto en el centro de la tabla que permita el balanceo y con uno de los extremos hacia la calle. Claro que antes, varios días antes, se estudia el terreno, se escoge la azotea, se sube la tabla y se organiza todo, incluso dejar escondido el paquete de volantes y preparar el paso a azoteas vecinas para salir por un edificio distinto a aquel por el que se entró. Una vez que todo está listo, el día y la hora escogidos se ponen los volantes en el lado de la tabla que da hacia la calle y del otro un recipiente de agua cuyo peso equilibra el de los volantes, pero agujereado. El peso de los volantes y el del agua se deben probar previa-

mente en un lugar seguro y así saber cuánto tiempo tarda en caer el agua necesaria para que los papeles pesen más que el balde y caigan a la calle. Así de sencillo. Después uno puede estar abajo en el momento en que comienzan a caer los volantes que uno mismo puso.

Ni yo no los de mi grupo sabíamos dónde se imprimían los materiales, salvo *Gudari*, que se hacía en Venezuela. Esa ignorancia era necesaria porque si agarraban a uno de nosotros no podría decir, aunque lo torturasen, dónde estaba la imprenta clandestina.

El artífice de la "Operación *Siempre!*" fue el vicepresidente del gobierno vasco en el exilio, José Rezola, desde San Juan de la Luz, en Francia. El que dirigió y llevó a cabo toda la operación sobre el terreno fue don Juan Ajureguerra, Presidente del Consejo Delegado de la Resistencia en Bilbao, y quienes la hicieron posible, los vascos, todos esos heroicos luchadores desde Juan Béistegui y su esposa, cuyo valor tranquilo jamás olvidaré, hasta los frailes carmelitas de Amorebieta, pasando por el guía que me llevó a través de los Pirineos y todos los demás cuyos nombres nunca supe.

No podía yo imaginar entonces que ahora, cuando en toda España imperan la democracia y la libertad, la gloriosa *ikurriña* sería utilizada (y por ello ultrajada) como bandera de una banda de asesinos que son fascistas por sus procedimientos y por sus fines. Lo primero, por los asesinatos, todos a mansalva, todos cobardes, todos a traición, sean con la bomba que mata indiscriminadamente o con el tiro en la nuca al transeúnte desprevenido, y también por su manejo de jóvenes manipulados, como lo hizo Hitler, para hacerles actuar en las calles lo mismo que las Secciones de Asalto, conocidas como "camisas pardas". Lo segundo, por su voluntad paranoide de imponer a todo el pueblo vasco su ideología mediante el terror (al mar-

gen de la voluntad expresada multitudinariamente en manifestaciones y en las urnas), suponiendo que una banda como ésa tenga algo que pueda llamarse ideología.

Durante mi estancia en Euzkadi, ETA hacía sus pininos terroristas, pero todas las fuerzas vascas, desde el PNV hasta STV pasando por los socialistas y todos los demás, estaban ya en su contra y en contra de sus procedimientos. Varios de aquellos ex comandantes de batallones vascos que me condujeron y protegieron me hablaron en contra de ETA. Ellos eran gente digna, gente valerosa, que no asesinaba por la espalda sino que se enfrentaba con valor heroico a todo el aparato represivo de la dictadura franquista. Por eso me resulta sorprendente la actitud ambigua de algunos dirigentes vascos en relación con ETA. Se diría que para ellos es más importante defender los derechos de los asesinos encarcelados que los de las víctimas.

Escribí lo anterior el 13 de febrero de 1998. Y a la mañana siguiente, día 14, leo en *El País* y encuentro a *mis* vascos, a gente como aquella que hace más de treinta años luchaba heroicamente contra el fascismo, encuentro el "Manifiesto por la democracia de Euzkadi" firmado por trescientos intelectuales y artistas vascos, en el que se dice:

1. Desde el final de la dictadura franquista se ha organizado y extendido en Euzkadi un movimiento fascista que pretende secuestrar la democracia y atenta contra nuestros derechos y libertades más esenciales. Este movimiento está dirigido por ETA, así como por Herri Batasuna y otras organizaciones de su entorno, que utilizan la violencia para sembrar el miedo, coartar gravemente la libertad de expresión e imponernos a todos sus "alternativas políticas".

2. La mayor parte de nuestros representantes políticos e institucionales, incluidas las más altas instancias, difícilmente pueden ser exonerados de responsabilidad en este proceso de deterioro de la democracia. Durante todos estos años han transigido con las exigencias de este movimiento antidemocrático y no han actuado con la unidad y firmeza necesarias,

llegando incluso en ocasiones a repartir la responsabilidad de los crímenes de ETA entre esta organización y el Estado. Sentimos como un agravio constante la colaboración de las instituciones que nos representan con quienes sustentan y alientan el fascismo, no habiendo dado otro fruto esta condescendencia sino un incremento constante en la coacción, el miedo y la muerte.

Al mismo tenor continúa el brillante y valiente manifiesto cuyos firmantes se oponen a toda transacción con ETA porque “una cesión al chantaje de las armas significaría la quiebra de la legitimidad democrática”. Y firman entre otros muchos, cuyos nombres no han llegado a mis manos, Jon Juaristi, Manu Montero, Fernando Savater, Mikel Arzumendi, Javier Corcuera, etcétera.

Para decirlo con todas las letras, ya es hora de que los infiltrados de ETA en el gobierno vasco actual den la cara. Porque, francamente, yo luché en España contra el fascismo, contra grupos, métodos y asesinatos como los de ETA que en España llevaba a cabo la Falange Española de las JONS, desde antes del 18 de julio de 1936 y de ahí en adelante no terminaron totalmente hasta el fin de la dictadura.

A mi salida de España entrevisté en París a don Jesús María de Leizaola, Presidente del Gobierno Vasco en el Exilio (*lehendakari*), de cuya entrevista cito lo que considero más trascendente:

...a la muerte de José Antonio Aguirre, primer *lelendakari* de Euzkadi, le tocó [a Leizaola] sustituirlo en el puesto y ahora preside algo excepcional: un gobierno que no obstante encontrarse fuera de su territorio es querido y obedecido dentro. El gobierno de Euzkadi no gobierna, pero manda, de ello no puede tener la menor duda quien como yo ha entrado en Euzkadi clandestinamente por las vías de la Resistencia y ha

trabajado en la organización vasca que dentro de la Península dirige el Consejo Delegado de la Resistencia dependiente de este gobierno.

—¿En qué número, asesinados, encarcelados, etcétera, se podría calcular las víctimas del franquismo en Euzkadi después del 30 de marzo de 1939, fecha del fin de la guerra?

—A fines de marzo de 1939 quedaban en las cárceles o reducidos al régimen de trabajo forzoso en los batallones de trabajadores, o en campos de concentración, unos veinte mil vascos. Tan sólo en la prisión del Puerto de Santa María pasaban de tres mil. No se ha podido llegar a hacer relación de los que fueron muertos violentamente después de la fecha a la que se refiere la pregunta. Acusado del delito de ayuda a los Aliados en la pasada guerra mundial fue ejecutado, todavía en 1943, al menos un vasco. Desde entonces y hasta la fecha constantemente han sido detenidos y condenados, y lo siguen siendo, multitud de vascos.

—¿A qué régimen vive actualmente sometida Euzkadi?

—Actualmente sigue sometida a la ocupación militar. Los organismos civiles, municipales, etcétera, se hallan controlados por personas al servicio de dicha ocupación militar.

—¿Cuál es la posición del gobierno de Euzkadi en relación a la República?

—El gobierno de Euzkadi reconoce a la República como único poder legítimo actual que representa al conjunto del Estado Español. En relación con dicho gobierno de la República, el gobierno de Euzkadi mantiene el Estatuto de Autonomía y participa en toda la acción antifranquista en el interior y en el exterior.

(*Siempre!*, núm. 600, 23 de diciembre de 1964)

Pedro se dirigió un día a Melesio, al que debía la vida y con quien más se había compenetrado, y como al desgaire le dijo:

—¿Dónde crees tú que podría conseguir una pistola?

El pastor le miró sorprendido y un poco asustado:

—¿Una pistola? ¡Coño! ¿Y para qué la quieres?

Pedro le miró a los ojos y con voz muy tranquila le dijo:

—La quiero para matar a un canalla fascista.

—Déjate de locuras. Todo eso ya pasó. Ahora lo que necesitamos es olvidarnos de todo aquello y vivir.

—A mí no me importa el pasado. Yo no estuve en la guerra, era muy chico. Y sí, creo que se deben olvidar esos odios locos que causaron tantas desgracias. Pero dime la verdad, Melesio, y que esto quede entre tú y yo: si tú estuvieras casado y un canalla, ayudado por otros, destrozara tu casa, violara a tu mujer y le diera tantos golpes que estuviese mes y medio en el hospital, ¿tú qué harías?

—¡Matar a ese hijo de puta, me cago en la madre que lo parió!

—¿Ya ves? ¿Ya ves para qué quiero la pistola?

—¡Pero eso no tiene nada que ver con la guerra ni con la política!

—Algo tiene que ver, pero nada lo justifica.

—Pero tú dijiste que era un fascista, que quieres matar a un fascista.

—Sí, Melesio, pero no lo quiero matar porque sea fascista, sino por lo que me hizo.

—Mira, Pedro, eso que me has dicho es muy grave, muy grave. ¿Eso te pasó a ti, le hicieron eso a tu mujer?

Goritz miró a los ojos del pastor y, de hombre a hombre, le dijo:

—Sí, eso me pasó. Lo juro por Dios. Pero si se lo cuentas a alguien yo haría cualquier barbaridad contra ti. Y no quiero hacerla, porque te estimo.

—Déjame pensar en ello, es muy gordo, es muy grave. Déjame pensarlo.

Al día siguiente, Pedro estaba lavándose la cara en el torrente que pasaba junto al aprisco, cuando se le acercó Melesio con un maletín muy viejo, manchado de tierra y medio podrido.

—Toma —le dijo—, mira a ver si aquí hay algo útil a tus fines. Hace ya bastantes años me lo dio un hombre al pasar por aquí, como tú. Él iba para Francia, y me dijo que sería

mucho peor si le agarraban con esto, que lo enterrase o hiciera lo que mejor me pareciese.

Pedro acabó de secarse el agua helada de la montaña en un pedazo de piel de oveja que usaban a modo de toalla y abrió el maletín. Parecía lleno de ropa, y lo primero que sacó fue un rollo de prendas que, extendidas, resultaron ser un uniforme de capitán del Ejército de la República. Estaban la guerrera y el pantalón, el correaje y la gorra, a la que le habían quitado el aro para que fuese menos voluminosa. En el corazón del envoltorio había un paquete hecho con una toalla amarrada con cuerdas.

Y dentro, envuelta en franela, engrasada y limpia, una pistola Astra, de calibre nueve milímetros, acompañada de cuatro cargadores repletos de proyectiles.

Pedro Goritz decidió en ese momento que había llegado el tiempo de dejar de ser Pedro Gómez...

Eran las nueve de la noche cuando Encarnación llamó a la puerta de Arantxa. Esta última preguntó a través de la puerta antes de abrir y sólo franqueó el paso cuando reconoció la voz.

—Vístete —Arantxa estaba en bata, trabajando—, tenemos que reunirnos con el hombre que habló contigo el otro día.

—¿A esta hora?

—A la que se puede. Tienen que andar con mucho cuidado.

Y mientras Arantxa se vestía:

—Yo sólo he venido para dejarte abajo con quienes van a llevarte, porque a ellos no los conoces y no habrías ido. Están esperando en un coche.

—¿Y a dónde vamos?

—No lo sé. Pero me dijeron que es muy importante para ti. Y para que no desconfiases, quien habló contigo me dijo: "Dile que no se olvide de lo que juró".

La escalera estaba como todos los días, pero Arantxa sintió vagamente que algo no era lo mismo, algo indefinible, algo invisible, pero que se sentía. Cuando llegaban al portal temió que fuese un mal augurio, un mal presentimiento, pero ya era demasiado tarde.

Encarna la dejó en un automóvil donde la esperaban dos hombres y el conductor. Era un automóvil viejo, de años atrás, quizá de antes de la guerra, pero en España había en ese tiempo muchos automóviles viejos. Se sentó entre los dos hombres y uno de ellos le dijo:

—No vayas a cabrearte, pero necesitamos taparte la cabeza con un trapo negro y que te sientes aquí abajo, en el suelo. No debes ver a dónde te llevamos.

—¿No me tiene confianza? ¿Creen que trabajo para la policía?

—No es eso mujer, sino todo lo contrario. Si te agarran y te torturan nunca podrás decirles lo que no sabes. ¿Entiendes?

—¿Y lo de sentarme en el suelo?

—Coño, si alguien ve que llevamos a una mujer con la cabeza tapada lo menos que piensan es que la estamos secuestrando.

Arantxa se dejó tapar y se sentó en el piso del coche con sus malos presagios dándole vueltas en la cabeza. El viaje le pareció muy largo y el auto dio muchas vueltas, pero al fin se detuvo. Escuchó el sonido de una puerta corrediza metálica y le quitaron el trapo negro. Había poca luz, se incorporó y salió del vehículo y vio que estaban en un garaje.

A un lado había una puerta abierta, con una estrecha escalera ascendente y por ella la invitaron a seguir a uno de los hombres mientras el otro subía tras ella. Arantxa pensó que estaban en un chalé y llegaron a una cocina, que pasaron, hasta entrar en una habitación grande al otro lado de la cual había una puerta cerrada.

Un trinchero a un lado, unas cuantas sillas puestas en varias filas, como para reuniones, y al fondo, cerca de la pared,

una mesa de comedor detrás de la cual había dos hombres sentados. Uno era el mismo que habló con ella en el bar. El otro era mayor, tendría unos cincuenta años, una mirada clara y simpática y una sonrisa amable al decir:

—Siéntate, mujer. ¿De modo que tú eras la que iba a matar a Berdejo?

Arantxa le miró sin responder, un poco irritada por la sonrisa hasta que en los ojos del hombre vio sincera simpatía.

—Sí, señor, yo soy.

—Lo primero que quiero decirte, para que estés tranquila, es que tu hermano no es traidor.

La muchacha sintió una mezcla de alegría y sorpresa, pensando que el hombre quería engañarla para que no sufriera.

—Pero yo le vi en la casa del inspector...

—Lo mandamos nosotros.

Arantxa entendía cada vez menos y su expresión lo proclamaba.

—Te lo voy a explicar todo. Mandamos a Iñaki a matar a Berdejo. Él entró a la casa por una ventana de la parte de atrás y de un golpe en la cabeza dejó sin sentido al agente que cuidaba la casa. Iba a atarle y amordazarle cuando tú llamaste a la puerta. Abrió y te encontró allí. Eso le desconcertó de tal manera que olvidó todo y se fue corriendo. Estaba desesperado, convencido de que su hermana era, perdona pero debo contártelo todo, una prostituta y al servicio de Berdejo. Tú también pensaste que él estaba con la policía. Lo que hizo Iñaki fue desobedecer órdenes, desaprovechar una oportunidad única, porque hasta ese momento todo había salido bien. Fue, si se quiere, un acto irresponsable y una grave falta de disciplina.

Miró primero a Arantxa y después al que estaba a su lado, y dijo:

—Pero nosotros tenemos una debilidad que, en el terreno de la lucha, nos coloca por debajo de la eficacia de nuestros enemigos. Y esa falta es que somos humanos y entendemos

los problemas humanos. Los problemas humanos de los demás y no sólo los de uno mismo. Para los fascistas todo lo humano se reduce exclusivamente a su familia. Cualquiera de esos asesinos, lo demostraron los nazis, puede querer mucho a sus hijos y hasta a sus perros. Pero las demás personas ya no son humanas, ya pueden ser torturadas o asesinadas sin la menor compasión. Y los subordinados que fallan en un asunto como el de tu hermano son castigados muy severamente y, en algunas ocasiones, asesinados. Pero nosotros no somos como ellos y aunque eso nos perjudique preferimos ser así. Lo que sintió tu hermano lo entendimos todos. No hubo uno solo en el Consejo de la Resistencia que no comprendiese su angustia y su pérdida de control al abrir la puerta y verte allí, vestida como ibas.

Arantxa bajó la vista y se sonrojó visiblemente.

—No es que fueras vestida como una golfa —aclaró el hombre al notar su embarazo—, pero sí de un modo que tu hermano no te había visto jamás. Iñaki vino inmediatamente y nos contó todo, su falta y tu presencia, lo mismo que tú hiciste después con respecto a él.

—Entonces... —comenzó a decir Arantxa, pero el hombre siguió hablando.

—Pero había algo que no estaba claro. Tú dijiste que la policía no te había buscado después de esa noche. Pero si Berdejo citó a una mujer en esa casa y al llegar encontró golpeado al guardián y ni rastro de la mujer, tenía que haberla buscado por todo Bilbao. Y no lo hizo. ¿Por qué?

—Yo no sé...

—Llegamos a pensar que no nos habías dicho toda la verdad, pero investigamos por nuestra cuenta y supimos lo que había pasado. Al volver en sí, el agente vio que no faltaba nada en el chalé y tuvo miedo de decir a Berdejo que le habían sorprendido y golpeado dentro de la casa. Berdejo es brutal y cruel, y ese policía, como todos sus subordinados, le teme. Cierto, el

inspector no te encontró esa noche, pero el guardián le dijo que no había llegado nadie y Berdejo habrá pensado que te arrepentiste o que encontraste a tu tío o cualquier otra cosa. A él no le faltan mujeres.

Hizo una pausa, miró fijamente a Arantxa y añadió:

—De modo que tu hermano nos informó de tu aparente relación con la policía, y tú nos informaste de lo mismo respecto de tu hermano. Para cada uno de vosotros el otro es el ser más querido, pero es más importante la propia dignidad y el respeto a la vida de lo que podían ser víctimas de una traición. Si tuviésemos a mil como vosotros los fascistas tendrían que abandonar Euzkadi.

Arantxa tenía necesidad de saber algo.

—¿Quién era el muerto que enterraron como mi hermano?

—Un pobre muchacho que apenas dos días antes se había incorporado al trabajo de la Resistencia. Era huérfano de guerra y no tenía familia. El compañero que estaba al frente de la imprenta sabía que Iñaki había tenido ya problemas con la policía y se le ocurrió algo que siempre se ha hecho en la clandestinidad. Se echa la culpa a los muertos o se "mata" a un compañero para que la policía deje de buscarlo. Por eso se decidió enviar a Iñaki a lugares como la casa de Berdejo. Porque no sabrán a quién buscar.

El hombre intercambió una mirada de inteligencia con su compañero en la mesa, y volviéndose a la puerta dijo:

—¡Ya puedes salir!

La puerta se abrió y apareció Iñaki.

Por un instante ambos hermanos estuvieron inmóviles, mirándose. Muy despacio se aproximaron uno al otro, avanzando los dos, y cuando estaban cerca Iñaki extendió su mano derecha sin levantarla mucho y ella la tomó con la izquierda, dejando las dos manos abajo, como cuando iban juntos por la calle, después que se reunieron por primera vez. Y así se volvieron de frente a la mesa.

—Hay una cosa que debéis saber los dos —dijo el hombre mayor—. Hemos cancelado la orden de matar a Berdejo. Darla fue una excepción, un caso único. Y lo hicimos porque se trata de un sádico, de un hombre de una crueldad inaudita, que tortura y asesina. No la hemos suspendido para salvarlo, sino para no convertir a nuestros jóvenes en asesinos.

Ahora fue Iñaki el que quiso hablar:

—Pero yo creo...

—Espera —expresó el hombre joven levantando una mano. Y el otro siguió hablando:

—Matar al primero, cuando se trata de un criminal como Berdejo, parece fácil y quizá lo es. Claro que después viene la resaca; se ha matado a un hombre. Pero después del segundo ya no pasa nada, porque el animal que hay en nosotros se acostumbra a todo. Y ya en el tercero no es necesario que sea un tipo como Berdejo, sino que puede ser cualquiera, hasta una persona inocente. Ya no importa. El asesino se ha profesionalizado y todo lo hace "por la causa". Pero no hay causa alguna que justifique el asesinato a sangre fría.

Se calló mirando a Iñaki, pero nadie le interrumpió y continuó:

—Si los jóvenes se convierten en asesinos profesionales en la clandestinidad y pueden justificarlo todo "por la causa", no importa cuál sea, ya no hay diferencia entre ellos y los fascistas. Los nazis eran, antes de asesinos, gente común y corriente, movilizada por los nazis en nombre del nacionalismo alemán. Su partido, no lo olvidemos, era el Partido Nacional Socialista. El nacionalismo desvirtuado y manipulado sirve para engañar tontos, para cometer crímenes y para todo.

—¡Pero nosotros somos nacionalistas! —exclamó Iñaki sin poder contenerse— ¡El nuestro es el Partido Nacionalista Vasco!

El hombre mayor, de la mirada clara, sonrió al decir:

—Cálmate, hijo, tienes razón pero es que yo no he terminado. El nacionalismo es algo muy importante, pero se puede

emplear para el bien o para el mal. Depende del uso. Es como un arma. Una pistola puede usarse para defender legítimamente una vida contra un asesino y también para asesinar a un inocente para robarle. Y puede ser la misma pistola. La guerra es mala porque se mata gente. Pero los militares fascistas y los engañados requetés luchaban defendiendo los intereses de lo más negro y reaccionario de España, luchaban contra nuestras libertades y por eso mataban. Y los *gudaris* combatían por la libertad de Euzkadi y de España, peleaban por los más en contra de los menos. Y también mataban. No era el hecho de matar en combate, que los dos bandos hacían, lo que los diferenciaba, sino la razón por la que luchaban. Pues lo mismo es el nacionalismo. No es malo ni bueno en sí mismo, todo depende del uso que se le dé. Utilizado para defender los derechos y los deseos de las mayorías es bueno. Usado para imponerse sobre los más por la fuerza de los menos es muy malo. La mayoría de los vascos somos nacionalistas, pero para salvaguardar nuestra lengua y nuestra cultura y el derecho a gobernarnos a nosotros mismos, no en el sentido de los nazis.

—¿Entonces ya no mataremos a Berdejo?

—No, por ahora. A menos que se convierta en un peligro tal que no haya más remedio. Pero hemos comprendido que si matas a uno como él lo sustituye otro peor y no se arregla nada. En cuanto a vosotros dos, tendréis que dejar de veros por bastante tiempo. Iñaki sigue oficialmente muerto y puede hacer muchas cosas sin que los de la Brigada Político-Social sepan a quién buscar. Y tú, Arantxa, si dejas traslucir que tu hermano vive lo condenarás, de modo que mucho cuidado. Si alguien te pregunta o te insinúa algo, tienes que mantenerte firme en que Iñaki está muerto. Aunque sea uno de los nuestros el que te pregunte.

Como todos estos hechos nunca fueron, hasta hoy, registrados por escrito, sino que pasaron de unos a otros por transmisión oral, nadie se acuerda con precisión de las fechas, aunque sí de los años. Por otra parte, los hechos relacionados con Pedro Goritz (que naturalmente no se llamaba así) nunca los conocieron ni Arantxa (que no se llamaba Arantxa) ni Iñaki, ni el padre Urrutia (que tampoco se llamaba Urrutia) excepto, por lo que hace solamente al cura, lo que supo que le pasó a la familia de Pedro y únicamente hasta que dejó a Laurencia con las monjas del orfanato. La conexión entre unos y otros fue solamente conocida por Berdejo y por Urrutia y el haber conocido ambas historias, en cierto modo paralelas, el que esto escribe, y poder contarlas juntas se debe a relatos de las personas de la Resistencia vasca que no participaron directamente en ellas, pero que las escucharon de algunos de los participantes.

Por todo lo anterior, podemos concluir que aproximadamente un mes antes del encuentro de Iñaki y Arantxa, un mendigo que era o parecía anciano por la gran barba y el largo pelo que llevaba, se instaló a media calle de la casa en que realmente vivía el inspector Berdejo en Bilbao. Iba vestido de harapos y se cubría con un viejo abrigo, que sin duda fue alguna vez de una persona mucho más alta y corpulenta y que debe haber sido viejo, sucio y roto muchos años antes de que el mendigo lo encontrase.

El hombre ponía su sombrero, lleno de grasa y de manchas, en el suelo a su lado, y permanecía tranquilo, sin pedir nada. Cuando alguien dejaba caer una moneda en el chapeo se oía su voz diciendo:

—Que Dios se lo pague.

Y eso era todo. Si veía al policía de la zona, o a la pareja, se levantaba discretamente y caminaba hasta que se perdían de vista y después de un rato volvía a ocupar su lugar. Ya sabía

muy bien distinguir cuando algún "gris" iba de paso y entonces no se levantaba, sabiendo que no se ocuparía de él.

Su andrajosa indumentaria iba cubierta por el no menos harapiento abrigo y protegían su descalcez unos carraos que, a juzgar por su aspecto, jamás habían sido nuevos. Su mirada era serena e inspiraba confianza de manera que las pocas personas que cruzaban su vista con él (casi nadie mira a los ojos de los mendigos) generalmente le daban alguna moneda. Solía llegar muy temprano a su lugar, como a las seis o las siete de la mañana, se iba poco después y volvía a las seis de la tarde quedándose ya hasta bien avanzada la noche, a veces hasta altas horas de la madrugada y otras a las diez o las once de la noche.

Con el paso del tiempo se convirtió en una figura familiar para los transeúntes y habitantes de la manzana y hasta dos o tres mujeres de las casas cercanas, cuidadosas inspectoras de la vida de su calle, habían notado que ese mendigo jamás estaba borracho y, por ello, cada una por su lado, se había convertido en su protectora espontánea, con una moneda por aquí, un pedazo de pan o de tortilla por allá y una sonrisa, todo lo cual el viejo agradecía con su invariable:

—Que Dios se lo pague.

A los dos meses ya no se iba cuando llegaban los grises de turno en la zona. Simplemente se levantaba con respeto y recogía su viejo fieltro y como ellos ya sabían también, por haberlo observado, que no era borracho ni creaba problemas, pasaban a su lado sin molestarle.

El edificio en el que tenía un piso el inspector Berdejo era el más nuevo de la calle y el de más pretensiones. Aunque el barrio no era lo que se puede llamar de lujo, tampoco era pobre y correspondía, en general, a una clase media acomodada. Sin embargo, el edículo que Berdejo habitaba tenía un vestíbulo amplio, cubierto de mármol tanto en el piso como en las paredes, y con dos macetas grandes con helechos a los lados

del ascensor, a lo que se añadía un portero uniformado más propio para una calle de mayor altura social, el cual se ocupaba de recibir a los extraños, preguntarles a dónde iban y anunciarlos a los inquilinos mediante un teléfono interior.

El mendigo barbudo siempre estuvo en la acera de enfrente de la casa de Berdejo, pero al principio estaba bastante lejos y con el tiempo había ido cambiando insensiblemente de lugar hasta colocarse ya casi enfrente de la entrada, aunque al otro lado de la calle. Aparentemente nunca miraba al portal que tenía enfrente, siempre abierto de día, pero veía perfectamente el amplio zaguán, el ascensor al fondo, los albahaqueros y al portero, casi siempre asomado a la calle. Cuando llegaba el inspector, el automóvil que lo traía le tapaba la vista del portal desde que se bajaba hasta que ascendía los tres escalones de mármol que conducían a la puerta del ascensor. Entonces lo veía. Por las mañanas llegaba el automóvil y se detenía, obstaculizando la vista del vestíbulo y esperando allí hasta que bajaba Berdejo, se subía al vehículo y partían. Pero por las noches, pasadas las diez, la puerta, de madera labrada, estaba cerrada y el mecanismo era otro: llegaba el coche, se bajaban dos agentes, uno abría, con llave, la puerta del edificio, el otro miraba hacia la calle en busca de algo sospechoso, se bajaba Berdejo, entraba en la casa, el que abrió le daba la llave, se cerraba la puerta, se volvían a subir los agentes al auto y éste partía. Y así un día tras otro, una semana detrás de la anterior y un mes que seguía al que acababa de pasar.

Tardó el viejo algún tiempo en cerciorarse de que el portero vivía solo y sin familia, de lo que habría estado seguro mucho antes, si hubiera sabido que el anuncio solicitaba un conserje que fuese de más de cuarenta años y viudo.

La primera vez que el mendigo estuvo de noche en la acera de enfrente, el agente de escolta de Berdejo que lo vio, tumbado en un quicio, como durmiendo, no le dio importancia por-

que estaba muy lejos. Y en el tiempo que fue transcurriendo después, fue tan lento el avance del andrajoso viejo que tardó dos meses y medio en avanzar unos ochenta metros. Cuando estuvo enfrente del portal ya era parte de la calle, y ya los guardaespaldas de Berdejo estaban acostumbrados a verlo.

Pero después de tanto tiempo Pedro Goritz llegó a la conclusión de que le era imposible matar a Berdejo en la calle sin morir también él. Y Goritz quería reunirse algún día con su mujer y con su hija, por lo cual tenía que encontrar otra forma de hacerlo. Cuando dio con lo que creyó la solución a su problema hizo algunas compras y esperó con la misma paciencia con que lo había hecho todo ese tiempo. Esperaba una noche en la cual, cuando el portero cerrase a las diez la puerta del edificio de Berdejo sin que éste hubiese llegado, no hubiera nadie en la calle. No fue la primera ni la segunda, ni la tercera porque había una pareja que estaba peleando la pava en un portal inmediato y que a esa hora se despedía. La cerrada de la puerta de Berdejo era la señal para que ella entrase a la casa y él se marchara. El sábado la pareja no estuvo, porque —aunque Goritz no podía saber la causa de la ausencia— fueron al cine, pero estuvieron los grises de la zona charlando con el portero y un grupo de jóvenes cantando en la calle. Con el tiempo Goritz se dio cuenta de que los novios estaban ausentes todos los sábados y, siguiéndolos un día que les vio en la calle por la tarde, averiguó que iban al cine. Eso fue para él un gran descubrimiento, pero la cosa se complicaba porque, el único día de la semana que los novios estaban ausentes, la calle estaba llena de gente. No obstante, Pedro siguió esperando, haciendo exactamente lo mismo que todos los días y todas las noches.

Y así llegó un jueves en que los novios, cosa rara, ocasión única, no aparecieron. O estaban en la casa de alguno de los dos, en alguna fiesta familiar, o fueron al cine, quizá a algún estreno. Pero lo importante es que no estaban.

Cuando el portero comenzó a cerrar las puertas no había un alma en la calle. Cerró la primera hoja y cuando empujaba la segunda de pronto tuvo en la cara una pistola Astra de calibre nueve milímetros.

—Si gritas te mato —le dijo una voz que por lo calmada era peor que una voz nerviosa o agitada—, sigue cerrando la puerta.

Y las puertas quedaron bien cerradas con Goritz y el portero dentro. Pedro guardó las llaves. El portero estaba blanco como la hoja de papel de un escritor sin ideas.

—No tengo nada contra ti —le dijo Goritz—, si haces lo que te digo no te pasará nada.

El portero asintió en silencio porque estaba tan asustado que no podía hablar. Pedro le metió una gasa en la boca y le amordazó cuidadosamente con una venda elástica, preguntándole si podía respirar a lo que el aterrado hombre, con los ojos muy abiertos le dijo que sí con movimientos de cabeza. Después le hizo caminar hacia sus habitaciones, un cuarto detrás de la portería con una pequeña cocina anexa, y le ató cuidadosamente de pies y manos, dejándole sobre la cama.

En ese momento comenzó la espera. Pedro Goritz estaba esperando al inspector Berdejo para matarlo. Y se le ocurrió pensar que la muerte se había instalado en aquel lujoso vestíbulo. Después de una media hora volvió a entrar en la portería para ver si el hombre no se había desatado. No se había movido y le miró con los ojos muy abiertos por el miedo.

—No me he ido ni me voy a ir en un buen rato —le dijo—, así que siga quieto.

El portero dijo que sí con énfasis y con los mismos ojos aterrorizados.

Pedro hizo examen de conciencia y se dijo que tenía toda la razón, que un hombre como Berdejo no merecía vivir y que hasta Dios tenía que comprender un caso como éste. Había estado tanto tiempo planeando la muerte del inspector, tanto

tiempo esperando, tanto tiempo pensando en ello que no estaba tenso ni nervioso.

A las doce cuarenta y cinco escuchó el ruido de la llave en la cerradura y se colocó detrás de la puerta que se abría. En ese momento se asustó pensando en que podía ser otro vecino; había un matrimonio en el segundo piso que había visto llegar de noche a veces. ¿Y qué haría si era la pareja y lo descubrirían? Al pensar que podía fracasar y que habría resultado inútil tanto esfuerzo si quien llegaba era el matrimonio, estuvo a punto de llorar. Tenía la pistola en la mano, sin seguro. La puerta estaba abierta pero nadie entraba. ¿Le habrían descubierto? Se oían dos voces, la de un hombre que ordenaba y la de otro que asentía y reconoció la de Berdejo que, antes de cruzar el umbral, estaba dando instrucciones a uno de sus agentes.

Después de sentirse tan tranquilo durante la espera, estaba nervioso y asustado a la hora de la verdad. Se estaba dando cuenta de eso cuando la puerta se abrió del todo, entró el inspector y se oyó el ruido del automóvil que arrancaba.

Berdejo empujó la puerta con fuerza y al cerrarse de golpe la hoja vio a Pedro Goritz, es decir, vio a un mendigo barbudo y con pelo largo. Quiso sacar la pistola de su funda en la axila, pero una mano férrea le sujetó por la muñeca mientras la otra le puso una pistola en la cara.

—Un movimiento y te mato.

Berdejo no se movió. Miraba aquel rostro barbudo queriendo averiguar quién era, sin lograrlo.

—Soy Pedro Goritz, hijo de puta.

—Podemos hacer un arreglo. Si me matas no tienes salvación. Te perseguirá toda la policía, de España y de otros países, porque sería un asesinato. No podrás pedir asilo político.

—No quiero más que un capricho, hijo de puta —la voz era firme, calmada y helada—, quiero que me pidas de rodillas que no te mate. Es un capricho y es lo único.

—Pero...

—Sólo eso quiero, que pidas perdón de rodillas.

—Tú eres católico, creyente...

—Claro que lo soy. ¡De rodillas o disparo ya!

—No es que tenga miedo, pero voy a...

—¡De rodillas, cobarde, hijo de puta!

Y el inspector Berdejo se arrodilló.

—Debes entender que...

El primer disparo, hecho a bocajarro, fue en el hombro derecho y destrozó la clavícula. Y fue entonces cuando el inspector Berdejo perdió la serenidad y el respeto a sí mismo. Un hombre puede no ser respetable para los demás y seguir viviendo, sabiéndose odiado y despreciado. Pero siempre conservará un concepto, bueno o malo, equivocado o acertado, de la propia dignidad. Y esa dignidad, en la hora final, en el segundo decisivo, unos la pierden y otros la conservan. Berdejo la perdió por completo si damos crédito a los que dicen que el portero habló de lo que había escuchado desde su cuarto. Y dicen que el inspector gritó:

—¡Por Dios perdóname, perdóname! ¡No me mates, perdóname!

La abyección no surge súbitamente en cualquier humano. Es falso que el miedo haga caer en ésta a quien no es abyecto.

El segundo disparo fue en el hombro izquierdo. Cada hombre se enfrenta a la muerte a su peculiar manera y nadie sabe cómo lo hará hasta que llega el momento, el último. Berdejo, el otrora impasible, inexpresivo y temible Berdejo, estaba llorando y retorciéndose en el suelo, diciendo frases incoherentes y pidiendo perdón. Él, que había visto y causado tantas muertes, no aceptaba la suya. Suele suceder.

—Ésos fueron por mí y por las amenazas a mi hija. Y éste es por mi esposa.

El tercero y último disparo fue en la nuca, con la pistola

apretando el cuello y la cabeza contra el piso de mármol. El cerebro saltó manchado el blanco impoluto del piso.

Días después de que me hubiesen contado esta historia, entre tres o cuatro vascos, porque uno ponía este detalle y el otro aclaraba algo, mientras alguno más recordaba lo que los anteriores habían olvidado, días después, digo, cuando vine a despedirme, porque al otro día yo dejaba la España de Franco, uno de ellos me trajo una vieja revista y me dijo:

—Tenga. Ahí está el retrato del famoso "Berdejo".

Era la noticia del primer aniversario de su asesinato y el pie de foto decía:

Hoy se cumple un año del vil asesinato del inspector [naturalmente no se llamaba Berdejo] y, aunque fueron detenidos algunos cómplices, el autor material del crimen todavía no ha sido encontrado. Este destacado funcionario de la Brigada Político-Social fue siempre un hombre íntegro que cumplió con su deber hasta el último momento de su existencia y que fue asesinado con inaudita crueldad. Hoy, a las ocho de la noche, tendrá lugar una misa por el eterno descanso de su alma en la iglesia...

La foto, muy bien reproducida en excelente retrograbado, era una de estudio, lo que se llama un busto, en la que se veía muy bien el rostro del hombre, su expresión —o la falta de ella— y su mirada.

Ver la foto me cambió de época y me congeló en el tiempo, en un tiempo pasado, porque, aun después de veintiocho años, pude reconocer sus rasgos de buitres, la mirada penetrante en un rostro como de mármol, es decir, el extraño e inefable contraste de unos ojos vivos en una cara inexpresiva, sin nada de lo que llamamos la expresión de un rostro en la vida banal y cotidiana, y el hecho de que, aunque no sonreía, el hombre

proyectaba una idea de ironía cruel y de desprecio hacia el mundo, como queriéndome hablar, explicarme tranquilamente cómo había matado... ¿a cuántos?

La Querencia, Ajusco, México
(Melbourne, Delhi, París, Madrid,
Salamanca y otros lugares del mundo)
De octubre de 1994 al 14 de febrero de 1998



Juan Miguel de Mora, México, 1964.



Juan Miguel de Mora, disfrazado para entrar en España, 1964.

Siempre!
CRUZA LOS
PIRINEOS Y
SE UNE EN
ESPAÑA A LA
RESISTENCIA



PARA VIVIR
LA ANGUSTIA,
LA ESPERANZA Y LOS
PELIGROS DE UN GRUPO
HEROICO, JUAN MIGUEL DE
MORA SE HA UNIDO A LA LUCHA
CLANDESTINA PARA INFORMAR A MEXICO

En España,



CON LA RESISTENCIA



La frontera ha sido cruzada y el reportero de SIEMPRE! tiene su primer encuentro con el pueblo: una familia campesina charla con Juan Miguel, en la montaña vascongada.

Siempre! CRUZA LOS PIRINEOS A CAMPO TRAVIESA Y SE INTERNA EN EL PAIS VASCO PARA OBSERVAR Y VIVIR LA LUCHA DE UN PUEBLO POR SU DIGNIDAD Y SUS LIBERTADES

35

Madrid



CIUDAD RENDIDA!



Juan Miguel, en la escalinata del edificio de las Cortes, Compañía de Madrid. Un momento en un momento así. El Madrid de Franco, convertido para los turistas, aterido y debilitado para los españoles.

LA ALEGRIA Y LA SONRISA SE FABRICAN AHORA PARA EL TURISTA PORQUE EL PUEBLO DE HOY YA NO ES EL DE AYER CRITICON, DESENFADADO, PORQUE HA SIDO ABLANDADO POR GOLPE Y CARCEL

SOBRE LA RUTA DE LA OTRA ESPAÑA..!

BERMEO



ERCILLA



POLICIA



GUERNICA



**DE SAN SEBASTIAN A BILBAO, SIEMPRE!
RECORRE EL PAIS VASCO Y VIVE CON LA
RESISTENCIA SUS MOMENTOS ESTELARES**



De guardia, ante el árbol de Guernica —símbolo sagrado de los vascos—, que no pudieron destruir las bombas alemanas de la Legión Cóndor, en abril de 1937.

34

Juan Miguel de Mora, 1964.

OPERACION SIEMPRE

Miguel de Mora (alias Tartarín) ha estado en la "resistencia española"



Contra lo que mucha gente cree, no es un vulgar turista español en España. Es una misión que el gran periodista español Miguel de Mora es una de sus actividades más interesantes en la "Resistencia" española. A un que dice sobre la resistencia.

HACE algunas semanas les hablamos a ustedes de los propósitos del aguerrido informador Juan Miguel de Mora, que por cuenta de "Siempre", de México, y no sabemos si con mayores y más clandestinas financiaciones, venía a España nada menos que "a sumarse a la resistencia". Sumarse a algo que no existe constituye un verdadero alarde de valor de parte del señor Mora, a quien ya entonces le advertíamos que podía pasearse tranquilamente por España sin que nadie le pidiese cuentas de a donde iba ni lo que se proponía hacer. Pero como el señor Mora se ha creado su presencia, y esto exige un escenario ficticio, una creación con arbores de papel y casas de cartón, insiste en el tema para no traicionar lo espectacular y, en definitiva, para insertarse en una acción puramente teatral de la que él ha sido el autor, el creador, el guionista, el director, el intérprete y hasta el apuntador.

Para justificar su viaje por España como otro cualquiera de los catorce millones de extranjeros que nos han visitado, aunque él pretenda lo contrario, y poder cobrar sus correspondientes honorarios, ha publicado varias crónicas, de las que ofrecemos a nuestros lectores una muestra.

Se alza el telón sobre un decorado de paisaje vasco. Al fondo, el río Nervión. La presencia de esta corriente fluvial vizcaína tiene por objeto utilizarla para tirar a ella la máquina de escribir del señor Mora, no porque se trate de un instrumento inútil para él, como todos sospechamos después de leer sus crónicas, sino "porque su tipo era conocido de la Policía franquista".

Después de asegurar que los sindicatos son propuestos por los empresarios, formula un detallado cuadro del sistema español del salariado, y, bien a su pesar, no puede dejar de admitir los incentivos, las compensaciones y las ventajas económicas del trabajador, aunque las contempla desde su consideración personal con ánimo verdaderamente pesimista y, por supuesto, sin el menor ojeo con los salarios de su propio país. Si lo hiciera, deduciría consecuencias verdaderamente interesantes.

Lo curioso es que agrega textualmente que "todo esto no está tomado de las estadísticas", ni siquiera "de los boletines o escritos de los organismos de refugiados españoles". (Ni siquiera...? Quiénes informan al señor Mora tienen con él una confianza "a la que —son sus palabras— jamás llegarán con los turistas, con los periodistas extranjeros, ni tampoco con los refugiados republicanos que visitan su patria después de largos años de exilio...") Pues si no se lo cuentan ni a estos, deducimos que en el mundo hay una sola persona capaz de recibir esas confidencias: el propio señor Mora. Enhorabuena.

El intrepido corresponsal afirma que ha estado muy cerca del jefe superior de Policía de Álava, Juppuzoa, Navarra, Santander y Vizcaya, y que incluso hasta tropieza con él en la calle. En Madrid se propuso vivir muy cerca del director general de Seguridad. También se acercó al comisario general de Investigación Social y al de Orden Público. ¡Vaya hazana! Si cada uno de los españoles que se codan o hablan con estos señores, o se los encuentran en la calle o en el teatro o en el fútbol, creyese que eso daba lugar a escribir una crónica para el extranjero, las tabricas de pasta química de papel no darían abasto para recoger tantas lucubraciones.

En efecto señor Mora, en España es muy fácil tropezar, o hablar, o vivir en la proximidad de cualquiera de esos señores, y estas facilidades sirven precisamente para destruir lo que usted afirma. Lo que se reírían los mejicanos si un periodista español les contase que había visto o hablado a tales o cuales jefes de la Policía de México. ¡Ingenio tenebrismo y ganas de que los lectores deglutan ruedas de molino. ¡Verdaderamente, el señor Mora ha hecho muy bien en tirar su máquina de escribir al Nervión, porque para lo que le servía...!

Por último, el señor Mora, en otra crónica, se ha manifestado muy orgulloso de la página que dedica EL ESPAÑOL a su "aventura" en España. Dice que la ha puesto en un marco y lo ha colgado en lugar de honor en su casa. Gracias por la atención. Para corresponsales de alguna forma le ofrecemos esta nueva página, a fin de que pueda hacer otro cuadro que haga pareja con el anterior, y lo cuelgue también de la pared. Y, hasta la vista, si es que el señor Mora se decide a correr otra venturilla por España.



El teniente Churchill, en 1894.

LOS SOLDADOS ESPAÑOLES VISTOS POR CHURCHILL

NEW YORK, 6 de octubre. Describiendo el periódico "World" conocer opiniones imparciales respecto a la guerra de Cuba, a las condiciones del Ejército español y de su modo de pelear, y sabiendo que un inglés, Mr. W. Churchill, se encontraba en las columnas que manda el general Suárez Valdés cuando ocurrió el choque con Máximo Gómez y Maceo, solicitó de este intrepido viajero un juicio de lo que había visto.

Mr. Churchill ha escrito al "World" la siguiente carta, que este periódico publica:

"Señor director de "World".

Honorable señor. Contesto a su invitación refiriéndole brevemente mis impresiones. Uníme a la columna del general Suárez Valdés en Sancti-Spiritus Cruzamos el límite de la provincia de Pinar del Río buscando a Maceo. Las marchas eran dificultosas por los pésimos caminos, las lluvias y el calor.

Después de una marcha larga tuvimos algunas escaramuzas y encontramos a Máximo Gómez y Maceo el día 2 del presente diciembre en la plantación llamada "Reforma".

Hubo un combate importante. El campo de batalla era abierto como de media milla de extensión y flanqueado por bosques. El enemigo estaba oculto en los matorrales y apoyó su retaguardia en la selva.

LA INFANTERÍA ESPAÑOLA AVANZO TRANQUILAMENTE hasta treinta yardas de la fuerte posición a que el enemigo se había replegado desahogándose de ella.

El general Suárez Valdés iba en un caballo blanco al lado de la infantería y presentaba los líos enemigos un blanco admirable. El general Navarro mandaba la retaguardia y se expuso a la muerte en lugares donde no tenía obligación de estar, dada su producción.

Los insurrectos son muy malos tiradores. Sobre las cabezas de los generales pasaron toneladas de plomo" hirviendo esto a tres ordenanzas.

Los bajas de los españoles hubieran sido mayores si los insurrectos hubieran tenido buena puntería, pues las tropas marchaban en orden cerrado hacia las formidables posiciones protegidas de los separatistas.

Sentíase impresión grandísima contemplando la serenidad, el valor y, por que no decirlo, la indiferencia de la infantería española. Los soldados rían y cantaban bajo un nutrido fuego. Operaban con una disciplina admirable que sólo puede ser comparable a la del soldado ruso.

Rolof escapó de ser capturado por milagro. Los medios de guerra de los ejércitos europeos son impracticables en Cuba.

Regreso por Ciego de Ávila y Júcaro, e iré en un automóvil a Cienfuegos.

Firmado: W. CHURCHILL (teniente del 4.º Regimiento de Húsares del Ejército inglés.)

"El Porvenir" Sevilla
10-XII-1895

SPAIN IS DIFFERENT

¡Atención! El periodista mejicano Miguel de Mora quiere sumarse a la Resistencia

Siempre!
CRUZA LOS
PIRINEOS Y
SE UNE EN
ESPAÑA A LA
RESISTENCIA



PARA VIVIR
LA ANGUSTIA,
LA ESPERANZA Y LOS
PELIGROS DE UN GRUPO
HEROICO, JUAN MIGUEL DE
MORA SE HA UNIDO A LA LUCHA
CLANDESTINA PARA INFORMAR A MEXICO

...se levante en armas, hunda...
...destruya a toda una generación, se...
...del fascismo extranjero, implante una dictadura...
...por crímenes y, después de todo eso, se...
...una propaganda de "25 años de paz", mientras millo...
...personas vivían tranquilamente quien es el Para mí bajo qu...
...un mundo acorde con los principios que proclama México, pe...
...ero que sepa que su padre—dentro de su radio de acción y...
...posibilidades— siempre estuvo dispuesto a luchar por ese m...
...mejor. Si llegare ese mundo de verdadera libertad del hom...
...nijo sabrá que su padre no lo esperó cómodamente escond...
...la dulce mediocridad de la cobardía y de la indiferencia, que...
...las cosas no mejoran, sabrá que su padre no permaneció...
...ante la lucha y los esfuerzos de otros. Por eso voy a España...
...reportero mejicano que se ha unido a la Resistencia.

El periódico "Siempre", de Méjico, inserta una crónica fechada en Bayona, de Francia, de la que deben tener conocimiento nuestros lectores, así porque al punto le merece, como porque su autor, Juan Miguel de Mora, se ha hecho acreedor a que lo ofrecemos las columnas de EL ESPAÑOL para plataforma de sus aventuras.

Es el caso que Juan Miguel de Mora (filas) hora en el momento del saber para no ser confundido con otros (incluidos) ha decidido unirse a la Resistencia en España. Lo estudiante del presente se detiene bastante atendida la consideración de que en España no hay Resistencia, y por eso siempre quiere sumarse a ella el veterano Juan Miguel de Mora. Si la hubiera, sería otro cantar, y si en la guerra, bien se cura en salud cuando advierte que "no voy a resistir a nadie, ni a poner bombas". ¿Qué miedo?

Entonces ¿qué pretende? Sentimientos, informar, pero no por el canal oficial, como el dice. Atravesará la frontera a campo traviesa, supuesto de los carabineros y perteneciendo a la Guardia Civil para unirse a la Resistencia. Por la ruta, quiere escribir a Charlot,

nuestro blandibulo y melencólico amigo; y quizá en la escuela más con en alguna de sus preferencias.

Charlot que, según propia colección de Mora, la titulada Resistencia es una utopía, un pufido; pero añadido que esta palabra, el español, hecho durante ocho siglos para vencer a los árabes, nada tendría de particular que al cabo de otros ocho siglos se apreciara los frutos de los amigos del correspondiente mejicano.

Charlot también —según me repitido palabras de Mora— que si lo de España lo comparara con los actos de los guerrilleros vengadores, o con los de otros nacionalistas, la cosa "parece lista y menor". Pues —añadimos nosotros— ¿por qué el señor Mora no se va a Venezuela o a sus otras naciones, donde las cosas se por tan listas ni tan menudas? ¿No tendría más oportunidades de ejercitar su valor? Y en el propio Méjico, el caso de la fábrica de aeroplanos montadas por unas centenas ¿no vale la pena echarse una ajadilla?

El señor Mora quiere que su hijo, una buena criatura de sensados, sepa que su padre no lo dejó inmediatamente sucedido en

...la cobardía y de la indiferencia, por encima de esto...
...desprecio...
...Cuando usted recibe estas líneas yo estaré en España...
...mediante el procedimiento normal y la ruta cómoda que garantiza...
...la impunidad y una buena dosis de salamento. Voy a pasar la...
...tera a campo traviesa, por los Pirineos, huyendo de los carabineros...
...y sorteando a la Guardia Civil, por las vías de esa resistencia...
...que existe, lucha y sudre, y con la que estoy en contacto. Voy a...
...nocer la vida de esos heroes anónimos que combaten por la dignidad...
...dad de todos. Juan Miguel de Mora no entrará en España por ningún...
...canal oficial, pero un hombre más —con nombre y documentos...
...españoles— se unirá temporalmente a quienes, sin más estimación...
...que su fe indomable y su valor probado, sostienen una lucha digna...
...igual y gigantesca, como la de Don Quijote contra los Molinos de...
...Viento. Y numerosas fotos más dentro de España probarán que...
...SIEMPRE! está allí, aunque la policía franquista no sepa cómo...
...por dónde llegó, ni dónde alzar a su reportero.

la dulce mediocridad de la cobardía y la indiferencia. ¿Por qué? ¿Es eso Méjico?

Es una pena que el señor Mora tenga tanta imaginación y la utilice para engañar a sus lectores. Si quiere, puede entrar tranquilamente en España con su nombre y su pasaporte. Incluso puede avisar de su itinerario a la Guardia Civil, segura de que la ayudará si encuentra alguna dificultad. Y como la Subsecretaría de Turismo le agradecerá a toda costa que se vaya "Spain is different".

Todo lo demás, presencie de riesgo, certificarse de libros, ocultar que en España se puede viajar libremente de un lado para otro, sin que nadie se preocupe de otro, todo esto lo que un hombre más feo en nuestro hermoso idioma, y nosotros nos lo callamos, para que con libre criatura de seis años, el hijo del señor Mora, no se avergüence de su padre antes de distribuir del uso de razón. Por lo visto, ya tendrá ocasión de avergonzarse después.

8.—EL ESPAÑOL, No. 114 del 19 de diciembre de 1964, página 6.
Madrid.



Nos visita

“LA GACETA DEL NORTE” de Bilbao del 4 Diciembre 1964.

Pág. 7.

una alimaña

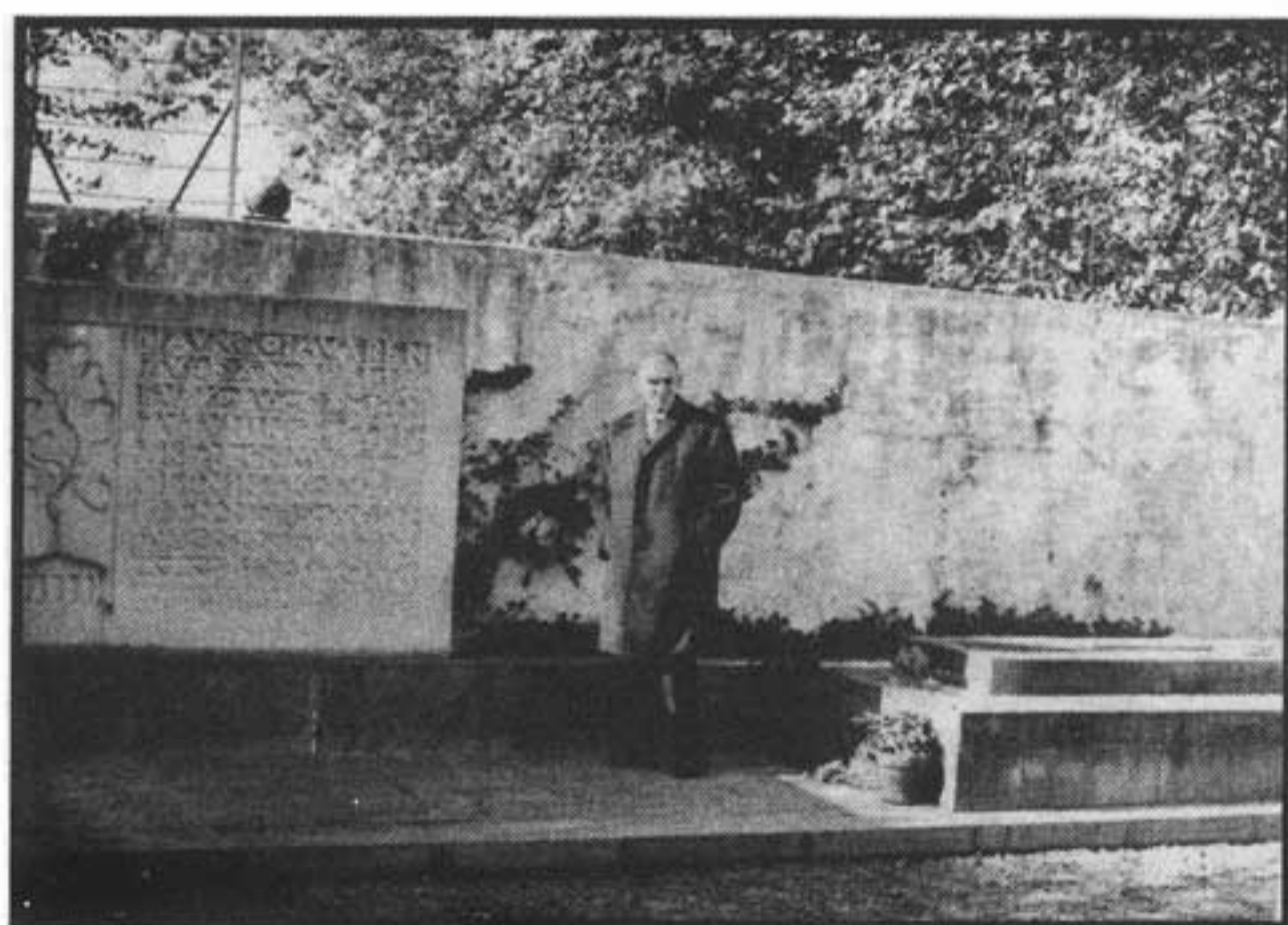
ESTOS días se encuentra en Madrid y se propone visitar varias provincias españolas, el presidente de la Asociación de Periodistas de Méjico, don René Tirado. Se han organizado varios actos en su honor y cuantas veces se ha expresado en público ha sido para decir su satisfacción por las atenciones que recibe y su contento por encontrarse en España. Hace bien poco ha sido “Cantinflas”, el extraordinario artista mejicano, y no hace tampoco mucho, “Los Charrros”, que tan acusada huella de simpatía y buen recuerdo dejaron por donde pasaron. Y vienen también economistas y hombres del comercio y de la industria y muchos mejicanos, con bondades raíces familiares en nuestro país, los cuales aprovechan alguna ocasión singular, las “Fallas”, el verano, la Navidad, para visitar a sus parientes. Igual les sucede a muchos españoles, con vínculos arraigados en Méjico. En una palabra, las relaciones entre los dos pueblos son amistosas y entrañables, y a unos y otros nos complacen.

Pero no a todos. En Méjico hay unos miles de resentidos, a quienes se les revuelve la piel cada vez que oyen estas cosas de la buena amistad y entendimiento. Uno de esos tipos es un periodista cuyo nombre no diremos, cuyo acmónimo se amorata en cuanto se dice que España vive y prospera en un ambiente de orden. Uno de los sapos que agregan para ensuciar las columnas de dicho periódico esta peroración, en contra de lo que cuentan sus compatriotas al regresar de España, que nuestro país es un antro de crímenes políticos, represalias feroces y guerra civil siempre latente, mantenida por unos resistentes indomables que se ocultan en las montañas. En vista de lo cual ha tomado la siguiente resolución:

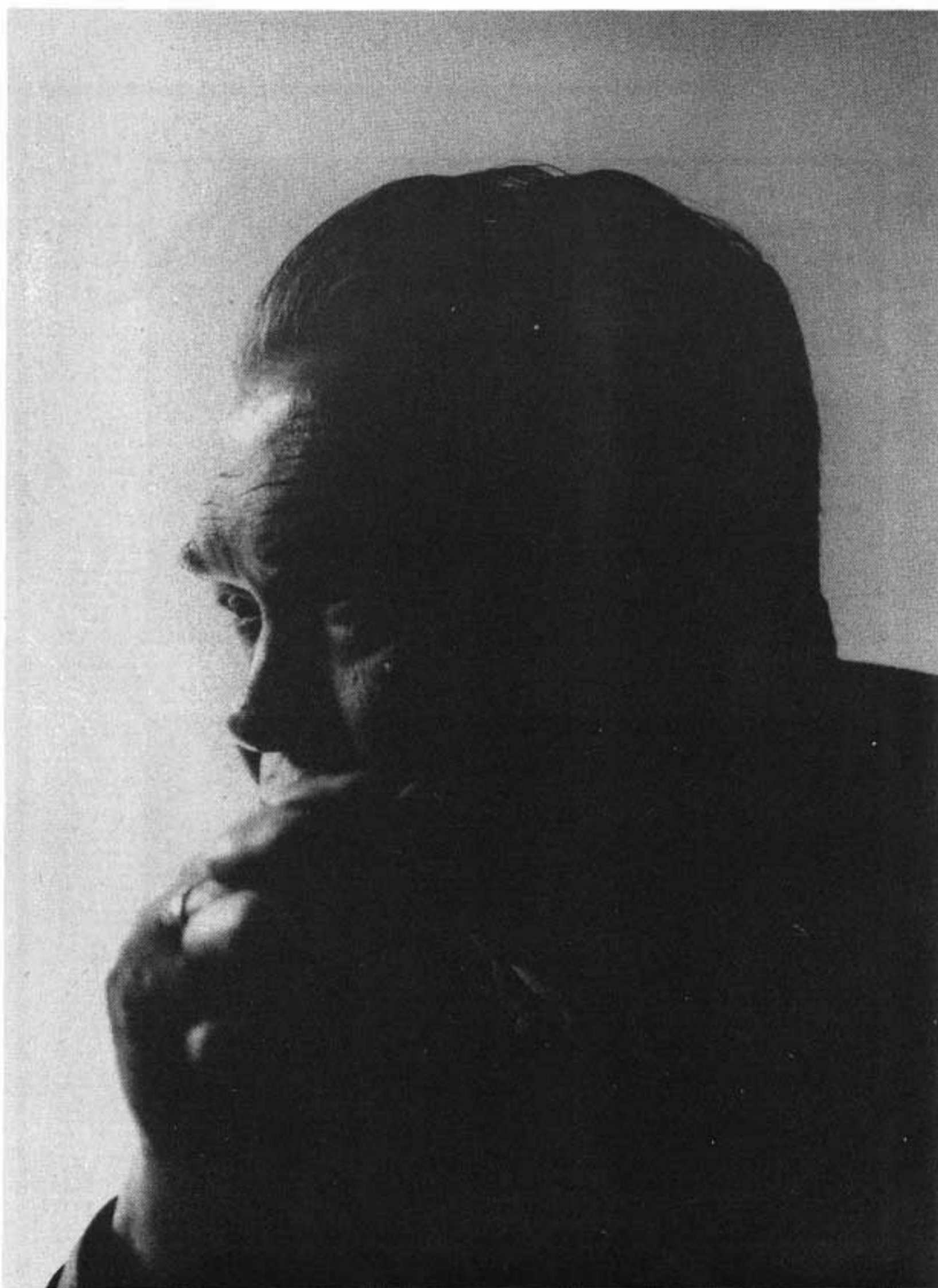
“Cuando usted reciba estas líneas — dice a su director — yo estaré en España, pero no me será posible el procedimiento normal y la vida cómoda que garantiza la impunidad y una buena dosis de aislamiento: Voy a pasar la frontera a campo traviesa, por los Pirineos, burlando de los carabineros y sorteando a la Guardia civil por las vías de una resistencia que existe, lucha y sufre, y con la que estoy en contacto. Voy a conocer la vida de esos héroes anónimos que combaten con la dignidad de todos. No entrare en España por ningún canal oficial, pero un hombre más — con nombre y documentos españoles — se unirá temporalmente a quienes sin mas estímulo que su fe indomable y su valor probado, sostienen una lucha desigual y gigantesca como la de Don Quijote contra los molinos de viento. Y numerosas fotografías de España probarán que estoy allí, aunque la Policía franquista no sepa como ni por donde llego, ni donde atrapar a su reportero.”

A continuación se despide del hijo de seis años, el cual abraza en su día que su padre no permanezca impávido ante la lucha y los esfuerzos de

Recurrir a esos estratagemas y andar por las cloacas cuando se puede cruzar libremente por las calles, indica que el sujeto en cuestión es una alimaña que no viene con buenas intenciones y al con el propósito de dedicarse a cometer fechorías y desmanes que no se toleran en ninguna sociedad organizada. O, de lo contrario, se trata de un pendejo, cuya familia hará bien en pedir que sea sometido a observación, porque está reclamando a gritos la camisa de fuerza.



José Rezola, vicepresidente del gobierno vasco en el exilio, frente a la tumba del primer presidente vasco, José Antonio Aguirre, en territorio francés, 1964.



José Pagés Llergo, director de la *Revista Siempre!*, 1964.

Los muertos estaban quietos de Juan Miguel de Mora, Textos de Difusión Cultural, Serie Rayuela de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir en septiembre del 2001 en los talleres de Ediciones del Lirio S.A. de C.V. México, D.F. Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 75 g. La tipografía se realizó en tipo Leawood de 8, 9, 10 y 11 puntos. La edición estuvo al cuidado de Carlos Pineda y el autor.